

Carlos Martínez-Moreno nació en 1917 en Colonia del Sacramento, Uruguay. Actualmente reside en Montevideo, donde ejerce el periodismo en calidad de crítico, editorialista y colaborador de periódicos y revistas de su país y de otros de la América Latina. Ha publicado con anterioridad dos libros de relatos: *Los días por vivir* y *Cordelia* (Montevideo, 1960 y 1961), y una novela: *El paredón* (Seix Barral, Barcelona, 1962).

CON LAS PRIMERAS LUCES quiere ser como una envolvente metáfora del proceso de decrepitud de una clase social, la del patriciado uruguayo, grupo social descendiente de las familias que fundaron el país, que se sobrevive en una escenografía a menudo esperpéntica y en cualquier caso terriblemente triste, en medio de la pujanza de otras clases rectoras de distinto origen. La novela parte de un suceso real, del que dieron cuenta en su tiempo los periódicos de Montevideo: después de una francachela alcohólica un hombre queda dormido en un banco de la quinta donde ha vivido siempre y donde en esa época ya no vive. Su primo, dueño de la casa, cierra inadvertidamente el portón, clausura el recinto y se acuesta a dormir. El borracho despierta en la madrugada, trata de saltar una verja, se lancea una ingle, se acerca a rastras al pórtico de la casa y allí agoniza desangrándose a lo largo de toda la noche. La novela es la rememoración de la vida del personaje en relación con esa casa que ha sido su ámbito casi total y de las personas que en ella han convivido. Y la historia de su decadencia y de su dilapidación.

216

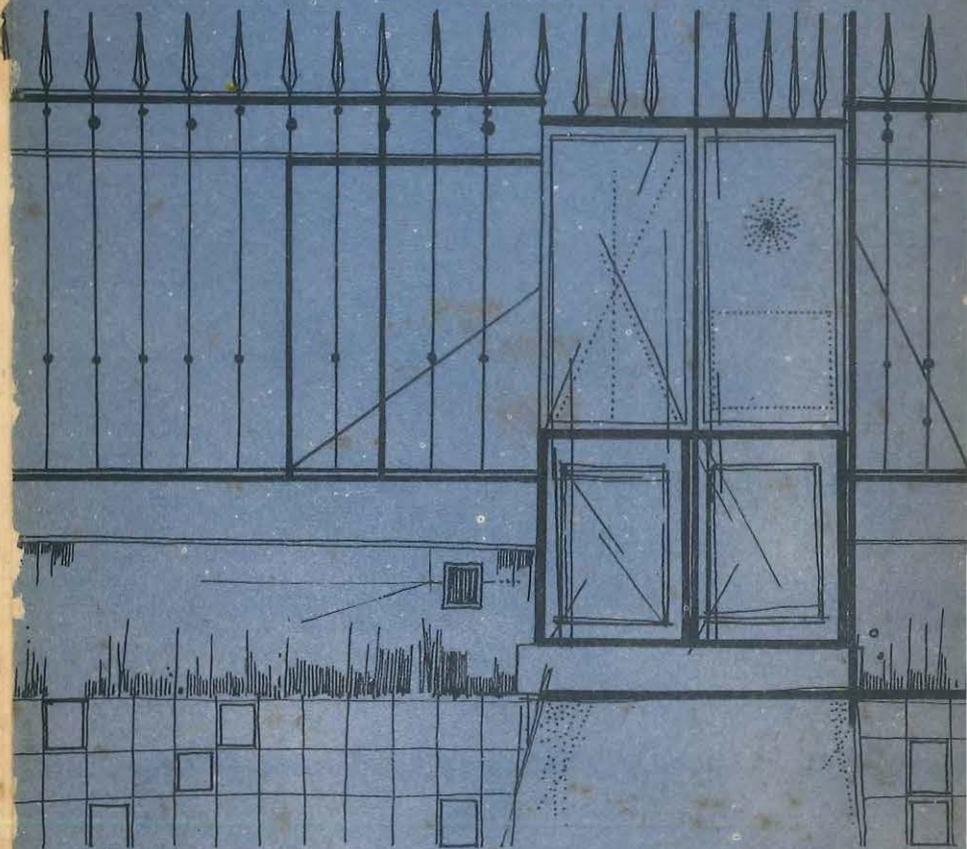
CON LAS PRIMERAS LUCES

MARTINEZ MORENO

SEIX BARRAL

CARLOS MARTINEZ MORENO

CON LAS PRIMERAS LUCES



SEIX BARRAL



NUEVA NARRATIVA HISPÁNICA

BIBLIOTECA FORMENTOR

La ciudad de los muertos, de Consuelo Alvarez
Homo Faber, de Max Frisch
Los extraordinarios, de Ana Mairena
La Criba, de Daniel Sueiro
La estela del crucero, de P. A. Quarantotti Gambini
Un verano en Manitoba, de Hermann Scholz
Billar a las nueve y media, de Heinrich Böll
En plazo, de Fernando Avalos
Igual que el mar, de Elizabeth Jane Howard
Fausto y Anna, de Carlo Cassola
Nuevas Amistades, de Juan García Hortelano
El profeta, de Fernando Morán
Un cielo difícilmente azul, de Alfonso Grosso
Las afueras, de Luis Goytisolo
Las batallas perdidas, de Louis Guilloux
Principiantes, de Colin MacInnes
Tiempo de silencio, de Luis Martín-Santos
Ya no humano, de Osamu Dazai
El hombre que quiso ser Dios, de Haakon Chevalier
El barril mágico, de Bernard Malamud
Tormenta de Verano, de Juan García Hortelano
Fin de Fiesta, de Juan Goytisolo
La isla, de Juan Goytisolo
La soledad del corredor de fondo, de Alan Sillitoe
El secreter, de José Cabanis
Los árboles desnudos, de Tage Skou-Hansen
Esta cara de la luna, de Juan Marsé
La Patria y el pan, de Ramón Nieto
Con el agua al cuello, de Oreste del Buono
Insegura felicidad, de Alfred Kern
Los árboles de oro, de Ramón Carnicer
Gato escaldado, de Stig Dagerman
El collar alrededor de tu cuello, de Ute Erb
Johan Tander, de Tarjei Vesaas
Lo uno y lo otro, de Gabriel Celaya
El paredón, de Carlos Martínez Moreno
Puente de cáñamo, de Juan Fariás
Las mismas palabras, de Luis Goytisolo
Ritmo lento, de Carmen Martín Gaité
Las cuarentenas, de Fereydoun Hoveyda
Fuego en la noche oscura, de Fernando Namora
Un corazón árido, de Carlo Cassola
Reloj sin manecillas, de Carson McCullers
Ciudad de Ebano, de Colin MacInnes

37/150 ll

CON LAS PRIMERAS LUCES

CARLOS MARTINEZ MORENO

CON LAS
PRIMERAS LUCES



SEIX BARRAL



NUEVA NARRATIVA HISPANICA

Primera edición
(Primer a tercer millar), 1966

Il faisait cette horrible lumière qui
précède de peu le lever du soleil.

SAMUEL BECKETT

Yo nací (perdonadme)
en la edad de la pérgola y el tenis.

GIL DE BIEDMA

© Editorial Seix Barral, S. A. - Barcelona, 1966

Depósito Legal B. 15.958 - 1966 Núm. de Registro 5382 - 65

Printed in Spain

...Ahora sí que me jodí del todo. La lanza de la verja, la ingle, la punta de fierro. Yo antes podía. Las copas, la edad, también la noche. Yo antes podía. A los diez, a los quince, a los veinte. Si a los veinte ya no lo hacía es por el absurdo, por el absurdo de que un hombre entre al jardín de la casa en que ha vivido como un ladrón, saltando la verja, salga de la quinta en que nació como un ladrón, pasando por encima de las lanzas en fila. No por miedo a ensartarme, porque las pasaba con sobra. Duele, tal vez no sea gran cosa pero duele. Yo antes podía, claro que sí. También podía contra el dolor y contra las copas, todo con otra fe, con otra fuerza. La estupidez fue olvidarse de los cuarenta y cinco años y de la noche y de las copas. De los cuarenta y cinco años, de las copas y de la noche, en este orden. O no, la verdadera estupidez fue entregarse antes, en el banco, fondearse allí, quedarse dormido. Y también Roberto. Bob que seguramente ahora duerme, puesto que no ha sentido las trompadas en la puerta. Si pudiera patear con ganas en este cuadro de roble de abajo, tal vez hacerlo saltar, si está tan podrido como se siente a las manos de despintado y descascarado. Pero no, la ingle no me deja, no puedo. El lanzazo en la ingle, como en las viejas patriadas. Ah sí, podés sufrirlo, podés desangrarte y morir aunque no sea el lanzazo heroico de las tacuaras del 97 o del 4. Podés morir aunque no sea más que el lanzazo de un mamado que se queda preso en un jardín por haberse echado a dormir la mona en un banco, y quiere salir cuando ya todos se han ido y encuentra el portón con candado y quiere saltar y se ensarta. No es una historia para contarla en verso, no, no te gastes. Ahora duele más, a veces como agujitas, como relámpagos y de nuevo como un trueno sordo, duele como un dolor de tripas, qué joder, ese mismo dolor ya enterrado de la vieja operación de apendicitis purulenta, puntas de gangrena (podía mirar el frasquito y el tortuoso gusano blanco que había sido una víscera), un dolor sin pira (la vieja palabra infantil), como un dolor de hacerse encima sin hacerse, un dolor que desalienta, que sube de las tripas como un gran desaliento invasor, eso es, como pidiendo dejarlo todo, como pidiendo que le dejen todo. La ingle izquierda. Podría

patear la puerta con la pierna derecha aunque sea zurdo, zurdo cerrado decían en las canchitas. Pero no. Seguramente sentiría como otro lancetazo, ahora sí insoportable, este desgarrón, este mordisco y algo como un resto cosido de tela ardida se soltaría del todo y adiós mi plata. Sangra. Sangra si paso los dedos, gotea enfundada entre la ropa, gotea debajo del pantalón, retenida entre el calzoncillo y la redondez final y blanda hacia los pelos del vientre. Sangra igual si no le paso los dedos, sangra también todo el tiempo, no depende de mí ni de mis dedos, no hay modo de enjugarlo y va a sangrar toda la noche. Debería levantarme ahora, si pudiera, debería levantarme e ir a golpearle las ventanas del cuarto. Bob también duerme, duerme otra borrachera como la mía, como la que yo dormí antes en el banco, mientras él seguramente aún tocaba el piano, rígido y como prendido en lo alto, duro como un poseso, pálido, borracho, sin darse cuenta de que a su alrededor y detrás de él los otros degenerados se reían o roncaban o se aliviaban el vientre. Después seguramente dejó de tocar, se levantó, creyó que me había ido y despidió imperiosamente a los demás, fue hasta la verja y pasó la cadena y cerró el candado, el candado con esa cadena tan cortita que no dejaba espacio para separar las hojas del portón y deslizarse perfilando el cuerpo. Y entonces, cretino de mí, quise saltar, porque sé dónde está la línea de florones que corre a media altura a lo largo de toda la verja, la línea de rosetones en que podía hacerse estribo; y ahora también los florones están herrumbrados y un pie los achata y cedén y entonces el salto, voleando todo el cuerpo, tenía que ser eso que fue, una locura, un error de medida por años y por centímetros, un cálculo mal hecho y era fatal, fatal es la palabra, fatal es claro, tenía que ensartarme. Debería ponerme de pie ahora si pudiera, pero no sé, tal vez no puedo, tal vez esta joda inútil de ir gateando por el pórtico de columnas y golpear sólo la puerta de entrada o las ventanas angostitas del recibidor me ha estado desgastando y la sangre pesa ya mucho más, como si me apretara y me empujara hacia adentro, entre el borde final de la barriga y el calzoncillo, y me clavara al piso cuando seguramente lo que está haciendo es dejarme, dejándose chorrear hacia abajo, como la gota de resfrío balanceándose en la punta de la nariz en mi cara de chico, así gotea... o son las ganas de orinar, ¿también eso?... así gotea, así llora, así filtra y me desinfla, filtra y desinfla y desagota lo de adentro mientras va secándose en la ropa, agarrotándose y empuja; podría mear acostado, ya lo sé, abrir y mear acostado, pero saldría sangre al mismo tiempo, una viborita de sangre sobre las baldosas de damero, un garabato, una firmita en el

pórtico de columnas, una rúbrica garrapateada en el atrio de la infancia y listo, y si uno muere, perdón, y si uno muere un poco más de sangre. Es el dolor de las tripas, como un dolor de barriga después de los atracones, un ronroneo doloroso de las tripas a causa de los primeros higos verdes; puedo ubicar la higuera en medio de la noche, como todo, como sé de qué modo remata en su capitel esta columna en que me agarro en busca de avanzar, de arrastrarme un poco y ver si ya ha cedido el sueño espeso de Bob, pero la higuera y la cima de esta columna y de las otras que siguen a la derecha y a la izquierda, son tres en total, ésta es la del medio, están adentro de la noche, penetradas de la noche y de la humedad y del sueño de la noche como lo estaba la lanza de la verja —son más de tres, deben ser quince o veinte lanzas las que quedan, y antes seguían y daban toda la vuelta— la verja, la antigua verja en otra antigua noche, el dolor de las tripas y el gotear pausado de sangre, de sangre o de jugo de tripas, jugo de tripas como decía Tío Jaime para negarse a comer las achuras sin dejar de ser tan hombre como el que más; yo tampoco, yo tampoco quiero ser menos hombre que nadie por más que tenga miedo, miedo de levantarme, miedo al tirón, un miedo viejo de convalescente de apendicitis purulenta con puntas de gangrena, la memoria de un miedo en el vientre, miedo de desatar con más fuerza este goteo hasta convertirlo en un chorro, hasta hacerlo volverse hemorragia (aunque tal vez la hemorragia interna ya está trabajando, la procesión va por dentro como dicen); porque gota a gota, quieto en el piso tal vez aguante hasta que Bob se despierte, y en cambio si me levanto y saltan afuera las tripas ya no, ya no podré esperar, no podré caminar, un niño andando leguas con las tripas afuera, sujetándose las tripas con un brazo y cargando a la hermanita con el otro es Dionisio, Dionisio-el-héroe-del-Arroyo-de-Oro, pero no puedo ser yo, yo que no soy héroe, yo que no soy niño, yo con mis cuarenta y cinco años, yo con mi peludo a cuestras, yo con la barriga saliéndose por la rotura del pantalón, yo con un ojal en la ingle, convergiendo hacia la bragueta, yo lleno de alcohol y manando un hilito de sangre que me abandona y me desmonta en la noche, mientras golpeo y le grito, creo que le grito porque me oigo gritando pero uno se oye antes que nada por dentro y si algo anda mal dentro de uno —dolor de cabeza, tripas de afuera, lo que sea— se oye seguramente con más fuerza, con un eco exaltado y desesperado, con un horrible eco desesperado y entonces uno cree que ha gritado y tal vez sólo está gimiendo, sólo está murmurando, la boca contra el suelo. Creo que le grito pero Bob no oye nada —lo llamo Bob como

en la infancia, hace años que no, ahora se llama Roberto o, envejecido, solterón y débil para los ojos de los crápulas, Robertito— Bob está ahí pero no oye nada, sé cómo termina esta columna pero no puedo erguirme hasta verla, ni siquiera lo bastante para acariciarla con las manos, erguirme y encender un fósforo para verla, como sé dónde está la higuera que conozco desde siempre pero no puedo marchar hasta ella y tocarla, todas las cosas que duran en la noche y se soportan y soportan el tiempo y la noche están cada vez más lejos de mí, se corren a un costado, están como yéndose, lo cerca y lo posible es sólo este goteo de la sangre y acaso mojar el dedo en ella, embadurnarme el dedo y acercarlo a la cara para saber si todo pasará o si uno va muriéndose y está ya oliendo a muerte, más y más a medida que el desaliento crece, a medida que sube de las vísceras, que gana todo el vientre. Casi no es un dolor, es más bien un ardor, un ardor seco y caliente por debajo de la maceración de la carne, un aliento seco y caliente en un pedazo de cuerpo que se impregna y se empapa y se vence, un ardor seco y afiebrado en un pedazo de cuerpo que uno siente como desprendido y ajeno pero también como enemigo, que uno siente como un trozo de entretela que cada vez se embebe más, alimentado desde adentro para morir, que cada vez se sumerge más en un fondo que lo hace más pesado. ¡Roberto, Robertol, la salvación sería que me oyera y viniese hasta mí y me alzara y me mirase a la cara y me tendiera en su cama y llamara a alguien, a un médico, a más gente. Pero no me oye, no escucha el grito ni los puños golpeando en el viejo cuadro de roble del panel de abajo de la puerta que da al pórtico de columnas, no oye porque está solo y hundido también, pero hundido en su cama, hundido en su sueño de borracho, chupado hasta la hez por ese sueño como yo por este hisopo vivo que se hincha con mi sangre, o tal vez no está solo, pero no, estaba borracho, estaba muy borracho para no estar ahora solo, recuerdo que lo vi y lo pensé cuando yo no estaba lastimado todavía y a pesar de la tranca podía tener fe en lo que estaba viendo, tenerla entonces y aún tenerla ahora, tener fe en que era así como lo vi, sólo fe en eso. Sí, únicamente estando muy borracho pudo haberse olvidado de mí, de mí su primo-hermano-como-hermano, olvidado de no haberme visto ir, olvidado de que me fui a vomitar y no volví, olvidado de que salí al jardín cuando ninguno de los otros se había ido, olvidado de todo, transformado en un piano mecánico que toca, «sobre recuerdos de infancia y un poco de buen gusto», como le gusta decir, titubeando cada vez que lo dice, como si improvisara la frase y el pensamiento, transformado en un piano

mecánico que toca, para oídos que no lo merecen, nocturnos de Chopin, Funerales de Liszt o hasta un tango, anoche sí hasta un tango. No, ahora ya no puedo erguirme ni tomarme de la columna, si lo hago va a crujiir y romperse algo a la altura de la ingle, encima de estos pelos duros de sangre de la ingle, encima de esta trompa tinta en sangre en que se alargan y estremecen unas ganas oscuras de orinar, unas ganas suicidas como de orinar para romper la costra, para cuartear esa película de sangre sobre la piel y dejar correr la vida en el chorro, si uno se tienta y afloja y se orina, bastaría con aflojar y dejarse ir; y además, aquello ocurriría como en un sótano entre las ropas, porque no puedo alzarme, porque no puedo ponerme de costado, porque no puedo acomodar el cuerpo al hecho mismo de desabrocharme, de desprenderme y quedar libre, si este ardor y estas tentaciones de aflojar cerrando los ojos trepan desde un fondo ciego del cuerpo, desde unas ganas ancestrales de morir hoy, de morir siempre. Y creo, sí, creo que podría morirme hoy mismo si esto sigue y creo que voy a morirme hoy mismo si esto sigue, morirme a los cuarenta y cinco años arañando la puerta principal en la casa de mis abuelos y mis bisabuelos, morirme a los cuarenta y cinco años si esto sigue, ahora que Bob nos proclama día a día Familia de Longevos, para poner lejos de nosotros y sobre todo para rechazar de él, para aventar de sí toda idea de la vejez y de la muerte. Pero si la vejez ya no estuviera de algún modo en mí habría podido dominar mejor el cuerpo y no ensartarme, medir la distancia y no meterme una lanza de verja en la ingle izquierda, habría estado libre del riesgo de morir tan sólo porque tenga estos años y haya tenido esta borrachera, esta borrachera que también se me fue de golpe por la boca de la herida, que también se desagotó en mí como si se rebajara en un vaso con una fisura, como si se escurriera de mí invisiblemente y sin aliento, sin alzarse ni evaporarse del modo en que sube y se evapora en la calma nocturna del jardín si yo tomado de un árbol la orino y la expulso, como flota en la calma de la noche y se evapora desde un revuelto fondo ácido si echado en un banco y colgando la cabeza la vomito, como se volatiliza y emigra si solamente la eructo y la soplo. ¿Es posible que esto, que esta grieta en las tripas, que este desánimo que sube desde las tripas y va envolviéndome como una enredadera, cada vez más alto y más adentro, tirando hacia abajo, queriendo rodear el pecho desde el sitio de sus vísceras sea la muerte? ¿Es posible que vaya a morirme porque Bob esté borracho y no me oiga, esté dormido y no me oiga, porque Bob haya echado el candado mientras yo dormía la mona en el banco, haya echado

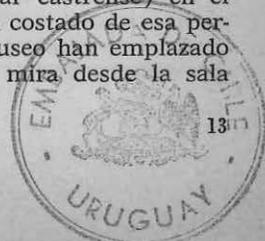
el candado y haya vuelto y pasado por este mismo pórtico, hace tal vez algo más de una hora —he perdido la noción del tiempo, hace tal vez menos de una hora— haya pasado por aquí, pisado las baldosas negras y también las blancas, cerrado, apagado la lámpara que entrevera la fila de columnas en el techo cuando hay viento? ¿Es posible que tenga que morir porque él haya cerrado, apagado e ido a dormir sin saber que disponía de ese modo que yo imbécil quisiera saltar con todo apuro, como si el aire entero de la quinta me asfixiara, que yo imbécil haya querido saltar, loco por salir desde que golpeé (entonces pude patear la puerta y no lo hice) desde que golpeé y él no oyó, que yo imbécil haya querido saltar y me haya hincado la verja en la ingle, que yo imbécil no haya podido gritar ni golpear hasta despertarlo, que yo imbécil haya gateado, que yo imbécil me haya encogido, resignándome a morir como una bestia, solo y agujereado en la noche? Pude evitarlo todavía, cuando volví a tientas y a tropezones, agarrándome y ya lastimado, pude evitarlo tomando esa botella de leche que Bob puso —tras haber vuelto de la reja y un segundo antes de apagar la luz del gran farol de cristales— en el escalón del umbral, como en una tarima que domina el pórtico; pude llegar hasta la botella y agarrarla y revolverla y partirla tirándola con todas las fuerzas de la mano derecha contra la puerta, lanzándola y protegiéndome en seguida los ojos contra la lluvia de vidrio pulverizado; y tal vez hubiera hecho un estampido seco y él habría oído, aunque es posible que lo hubiese confundido con un tiro, con un balazo en la noche, ahora que la quinta, ahora que el casco mutilado de la vieja quinta ha venido a quedar en medio de un barrio de merodeadores, de desharrapados y malevos. Y tampoco habría salido, para ligarse una bala perdida, sin comerla ni beberla. Lo conozco muy bien, no habría salido. Ahora, de todos modos, ¿a qué pensarlo? La botella también parece más lejos, como el capitel de la columna, más lejos y apenas es posible ubicarla por un resto de brillo en un resto de luz de la noche. ¿Qué hora será, dónde estarán los otros? Y él mismo, él mismo ¿no saldrá, no saltará de su sueño acordándose súbitamente de mí y estará salvado, no soñará este sueño en que yo estoy, este sueño que trato de incrustarle pensando en él a todo lo que doy, mientras goteo y me desangro? Y ya acogotado por este sueño, ¿no saltará de la cama y no vendrá hasta la puerta y no prenderá desde adentro la luz del pórtico y me verá caído? Lo otro es nada, las horas de la noche y su viaje, confiar en que el lechero madrugue y llegue hasta la botella y aquí, tendido como otra botella, como otra botella ya sin nada me encuentre. No sé si tendré voz para decirle «Leván-

teme, ¿no ve que estoy herido?», no sé si podré hacerlo o tal vez no me dé tiempo y retroceda y prefiera suprimir el servicio, saltarse la botella y esquivar el lío si me ve desde lejos tirado aquí, arrollado y quieto como un perro muerto sobre las baldosas. No verá sangre desde tan lejos, eso no, estoy seguro, porque el pantalón todavía no ha empezado a anegarse y el paño chupará un rato largo, no verá sangre pero tal vez tampoco se arrime. O sí, quizá se arrime y me toque con la punta de un pie, ese pie que precisaría pedirle ahora, para patear la puerta; y quizá dé en seguida un paso atrás y salga disparando a avisar y Bob lo sepa cuando la policía le eche la puerta abajo a culatazos (no hay timbre), y lo saque de la borrachera y lo sacuda y le pregunte y acabe de despertarlo y después los diarios digan, como dicen siempre, «Sorprendidos ante el macabro hallazgo», o prefieran empezar por el momento en que llega el lechero a cambiar la botella vacía por otra llena y escriban, para abrir la narración con mayor arte, «Al romper el alba del día de hoy» o mejor todavía, es más poético, «Con las primeras luces del día de hoy» o más cortito (todos lo entienden, es una frase hecha), «Con las primeras luces»...

El general Escudero mira desde lo alto. Se puede imaginar que mirara así desde su cabalgadura, aunque ahora su cabeza emerja desde un fondo de redondeles apagados, de vagas flores humosas, de ambiguos élitros que representan el trabajo de la edad sobre el óleo y sugieren en mayor medida un empapelado de interiores que un terroso paisaje de batalla.

Viste su uniforme de gala, ha peinado cuidadosamente la barba de color castaño claro, que cae hacia el centro de la tela, ocultando el broche metálico de la guerrera, el recamado cuello por donde, como una nervadura, corren —interrumpidos por la pelambre, visibles cuando ella se detiene— los laureles de oro.

Viste su uniforme de gala, el mismo que —con el cribado de la polilla— pende desde una percha (que ha tomado en cuenta, con minucia de reconstrucción histórica, la talla del General, su abroquelado pecho, su armado costillar castrense) en el Salón de Honor del Museo Histórico. A un costado de esa percha, y en un caballete, los copistas del museo han emplazado la réplica de este original en que ahora mira desde la sala



principal de la quinta, de este óleo de Galino o de Blanes, cuarteado en las esquinas y surcado, trémulamente surcado por unas venitas oscuras sobre el arrebol rosa de los pómulos.

El tiempo no ha tocado en cambio para nada los ojos, no se ha atrevido con el azul de los ojos. Por eso, puede decirse que el General Escudero mira desde lo alto. Cabe imaginar que mirara así desde su cabalgadura. La mirada del óleo es lo real y presente; la posibilidad del recuerdo ecuestre, una simple conjetura.

Está peinado con evidente pulcritud, pero la trama menuda, a pincel de cerdas finísimas, de esa banda de cabello claro que se vuelca hacia la sien derecha, está en cambio deteriorándose y como fantasmándose, amalgamándose en una desapacible mancha confusa, dejándose ganar por una impudicia anacrónica de pelo recién mojado y aplastado, apelmazándose. La banda principal de pelo viene desde esa raya tirada a peine que cunde hacia arriba y aclara el hemisferio izquierdo del cráneo; cae como un ala hacia la oreja derecha, traza una onda sobre la frente espaciosa, insinúa en lo alto de la osatura frontal un dibujo noble y clásico, una quebradura tranquila. Desde la raya hacia la oreja izquierda, en cambio (el rostro ha sido ligeramente perfilado por el pintor, para que ese costado prevalezca, pero sin que el óvalo que lo encierra se deprima, sin que la mirada deje de ser franca para tornarse oblicua), el pelo cae profusamente aunque en orden, forma una patilla de nacimiento espeso que va adelgazándose hacia un remate bajo y más fino, a la altura del lóbulo de la oreja. Es todavía densa al pasar junto al pabellón del oído, lanza al cruzar allí un destello, un relumbre inesperado, una veta de claridad y luego repentinamente se oscurece, adelgaza y claudica, definiendo por su límite el cachete jocundo en que viborean las venitas del tiempo, esa delicada muerte varicosa de los óleos de familia.

Los ojos están vivos y son azules, de un azul infantil, acuoso, que a ratos parece desleírse hasta el celeste de la guerrera, ganados por un reflejo de ella; o no, mejor y más cierto: como si algo los impregnara súbitamente, una evocación, una banda de niebla o de lágrimas, un enternecimiento. La mirada es la zona indemne de ese rostro, lo que una muerte real no puede haber cerrado.

La nariz acentúa la actitud de ligero escorzo: sólo la nariz izquierda está a la vista. Las comisuras de la boca caen como si las oprimiera el bigote que nace de otro golpe de claridad, encima mismo del centro de los labios. Y de esas puntas discretamente escépticas (la única zona del rostro que descreo o que duda) caen los dos afluentes leonados que hacen la espe-

sura de la barba, los que luego ennegrecen, por una demasía de pasta en el retrato. Un rastrojo inocente, claro y juvenil de pelo parte desde el estrechamiento inferior de los pómulos y afluye a ese centro viril, hirsuto a pesar de la prolijidad del arreglo, en el que ocurre un milagro engañoso, como si todos los rasgos de la cara se apoyasen allí, se entregaran a pesar juntos, gravitaran, se aplomasen en una carnalidad pacífica, en los cuarenta y tantos años de edad que tiene el modelo, en el tiempo que —fuera del cuadro y dentro de él— ha transcurrido desde entonces.

Cuando la barba se estrecha, el circuito de laureles, como un collar, como un dogal de oro, empieza a existir; y por un efecto curioso de perspectiva, por un error ingenuo de proyección, fruto tal vez del refrescado de ese filete de luz agria, el recamado trepa hacia la nuca, como si subiera desde la nuez a una vértebra más alta, como si quisiera agarrotarlo, supliciarlo de momificación o inmortalidad, de hierático sentido del deber, de austeridad patricia. Podría colgarse a todo el torso desde allí, desde esas ballenas invisibles, desde ese ahorcamiento de seda, si tal torso ya no estuviera envarado en la triple vertical que le hacen la fila de truculentos botones de oro, bajando desde el tórax hacia el vientre, y la armazón irrefutable de las dos charreteras, amonestando primero los ornamentos del cuello, en un tenso discurso horizontal sobre los hombros, descendiendo luego en la acolchada lluvia de alamares y cordones tiesos, que ocupa desde las clavículas hasta el tercio superior de los brazos. Imposible caerse, derivar, oscilar, siquiera moverse desde esa tupida corsetería de la Gloria, desde ese envarillado escenográfico de Patria Vieja, desde esa ortopedia anatómica estilo Imperio.

El bicornio, retenido por la flexión del brazo izquierdo, asoma su proa desde la sombreada región en que el paño se hace insondable, en el hueco librado al juego del codo contra el flanco del cuerpo.

La mano izquierda alumbra más abajo, prorrumpe a descansar sobre el pomo de la espada, señoreando la confluencia del bruñido y las borlas, la desdeñosa pesantez del largo cordón y del nudo de resaltantes hilos (otra vez demasiada pintura, otra vez polvo o roña, deterioro y venganza del tiempo sobre el énfasis del pincel), la vaina de acero que se reclina sobre el color arena del pantalón de gran parada.

La hebilla que preside el abdomen no marca aún las desventajas de la edad (el General puede montar de un salto, enhorquetarse a un corcel brioso y espolearlo a escape, sin el impedimento precoz de una barriga). Pero importa menos que esa

mano lechosa que rinde sus dedos en el pomo de la espada, menos que esa otra mano —marfilina contra la sombra del cortinado— que se distiende flojamente sobre un libro inavergünable, un libro de cantos carmesíes que flota incendiando un lampo de terciopelo pardo, acaso el extremo de una mesa, acaso un *secrétaire*, flagrante mueble de ciudad y molicie.

El General Escudero, militarmente cuadrado en sus cuarenta y tantos años reales, expuesto a la lepra insidiosa de sus casi cien años pictóricos, mira desde lo alto. Ese libro que nace de su mano derecha puede haber sido inventado por el pintor, pero no es un invento gratuito en su vida de oficial del siglo XIX. Ese libro y otros libros han estado olvidados sobre una consola o sobre un sofá, interrumpidos por un marcador en cuero repujado o por un cortapapel de Eibar, ligeramente magullados por otras marcas de doblez en triángulo en las esquinas de sus páginas, dormidos en los profundos aposentos coloniales de las Violetas o abiertos a una perplejidad de vasto campo alrededor, a una ceguera de épocas bravías; han estado verticales y en fila en los anaqueles de la quinta montevideana, aquí donde Roberto ahora los mira, aquí donde alguna noche los toma y los baja, los acaricia, estornuda en su polvo, apenas los hojea. Porque el general, y antes que el general el coronel y antes que el coronel el comandante se han abastecido de ellos, al punto de escribir desde su tienda de campaña, desde el corazón de la Guerra Grande, para ocupar ese vacío bárbaro, frases que muestran a sus hombres «Dispuestos a morir, como Leónidas en las Termópilas»; al punto de decirlo en esas cartas apergamina-das, con ramales de tinta como dibujos que los años pasan de negro a herrumbre, de negro a bermejo, de negro a orín, decirlo en partes de novedades redactados para el gobierno del Cerrito y para Manuel Oribe, para la quieta flotación de esos legajos que el Museo mineraliza en cajas y mata con tarjetas, con números de orden y letras de índice. También hay alguna carta sentimental que Roberto siente hacérsele harina, alas de mariposa entre las manos, cuando la saca por un momento a la mortal bocanada de luz de los balcones, al crudo sobresalto secular y la sepulta otra vez entre las hojas lapidarias, entre las cubiertas de pergamino de aquel Diario nunca enteramente descifrado, o entre las llaves y bocallaves de plata del álbum familiar, con los esquineros y lomos atornasolados de un marfil que parece trasmutarse a fondos de escamas y luces equívocas, luces de un tiempo muerto, en lo alto del *dressoir*, contra el rincón más pío y en penumbra de la sala.

Allí están los antiguos daguerrotipos del general y de la bisabuela Felipa, de la tía abuela que (como la tía carnal más

cercana a estos días) se llamaba Rosina, de la otra tía —asimismo virgen, asimismo reclusa en esos claustros domésticos, la casa del centro, la quinta de las afueras, la estancia de las Violetas— la tía que en su retiro sigiloso se llamaba Canuta y que en su transfigurada personalidad de poetisa (virginidad también preservada por el cerco del honor de la familia) pretendía llamarse, soñaba con llamarse Amalia.

Todo lo ha visto en un segundo, todo lo ha sentido Roberto al preguntarse «¿Qué pensaría el bisabuelo de esto?» Está de pie en medio de la sala, justamente en el punto central del dibujo de la alfombra, y la luz de la mañana, filtrada a través de los cortinados, exagera la sucia palidez de su cara, la blancura amarillosa de sus manos cruzadas sobre el pecho de la remera azul.

—Traten de levantarlo, si no las rueditas lastiman el piso.

—Ah sí, te parece muy fácil. Vení a ayudar vos, si sos tan forzado.

Se ríen: ¡él forzado! Él con aquel pelo que ha comenzado a teñir en las sienes, él con su flacura acartonada de *vieille fille*, él con esa agilidad desproporcionada al precario sostén de sus piernas, con la presteza de un bailarín en la barra. Forzados, precisamente, son ellos: Saquieres, Elermes, Montero, el gordo Narváez. Lo que les falta, en cambio, es levedad, habilidad, discreción.

—...que las rueditas lastiman el piso. ¿Para qué son, entonces? —dice Saquieres—. ¿Para bailar un minué?

El piano vertical es negro, con el dibujo en dorado de un león rampante en el panel que cubre el cuerpo de las teclas. Tiene, como dos órbitas vacías, el soporte de dos velas, los implorantes candelabros que por tanto tiempo han montado guardia a los flancos de la partitura. Ya nadie los usa; ya nadie —desde los días de Mariucha y el Pianista Virtuoso— abre tampoco un libreto de música en el atril, junto a las fauces del león. «Toca Debussy con los ojos cerrados, como Cortot», suelen decir de Roberto. Cuando saben que es Debussy, los que saben que es Debussy. Pueden saberlo Saquieres o el gordo Narváez. No El Hermes (Hermes, Elermes), ni Montero (Monterito, El Sombra).

—Todo por tu manía de que la reunión no sea aquí.

—Ah, eso no. Es mi condición, mi única condición, ya saben. La galería de losanges, al fondo, cerrando el sitio del antiguo porche trasero hacia las espesuras arbóreas de la quinta, sólo existe desde que el Dr. Escudero la mandó hacer, ganando un ambiente pero empeorando —fue el primer remiendo— el equilibrio, la gracia, el estilo de la casa.

Fue, en realidad, una mejora para marcar la ruina. Porque acababan de rematar la casa de la calle Veinticinco y la quinta dejó de ser una mansión de veraneo, para pasar a vivienda de todo el año. El porche trasero, con su hilera de balaústres, daba al norte. El doctor hizo talar las araucarias más cercanas, las substituyó con lo que llamaba el parque inglés: césped y cedros de jardín, en dispar convivencia con los canteros de orillas de cantos rodados, con dibujos de estrellas o guardas, que hay al frente. «Ahora hay sol, un sitio para leer los diarios o para tomar el té de las cinco en invierno». El parque inglés no duró demasiado: cuando sobrevino lo que Saquieres llama *la deca*, trozos enteros de césped empezaron a amustiarse, a quemarse con las heladas; y no hubo una mano de jardinero que preparase su resurrección. Murió también un cedro calvo, murió un cedro plateado, nadie los repuso. El doctor se seguía extasiando con el otro cedro calvo, con su color herrumbre en los otoños, con su rojiz de árbol europeo. Eso y los gallos de riña, que no eran tan europeos. Los gallos de riña y el té de las cinco, dos ritos desaparecidos. «En casa de los Escudero, *el fabricote* es toda una ceremonia», contaba el gordo Narváez que había escuchado decir en su infancia. Años después entendió la frase, la festeja al contarla ahora: *el fabricote* era *el five o'clock tea*.

Sí, el doctor Escudero había leído los diarios en aquella galería, había jugado a las cartas con Misia Margarita, la abuela. Pero era la historia que Roberto había visto en su niñez y no era tan intangible, tan sacra como el aura de la sala, poblada de las memorias del general. Podían, pues, sacar el piano vertical a la galería. (El gordo Narváez le llama, no se sabe por qué, «la glorieta»; la glorieta había estado más lejos, entre un círculo de casuarinas, y hoy no es más que un depósito de trastos viejos, de bidones, de carretillas, de armaritos despanzurrados que regurgitan revistas viejas, ejemplares de *Caras* y *Caretas*, del *Tit-Bits* y de *Billiken*, que al gordo le encanta reparar, casi llorando. ¿Por qué, entonces, le llama glorieta a la galería, siendo el único que se pasa las horas, las tardes de domingo en la verdadera glorieta?)

Pasado a descansar a la sala, el piano vertical no correspondía al apogeo de la familia, no había animado las veladas de los grandes tiempos. En ese tiempo estaba en la otra ala de

la casa, en un rincón del estudio del general, integrando un mobiliario que completaban su viejo escritorio de ébano con patas esculpidas, los sillones de cuero negro capitoneado, la mesita de fumar con su lámina de bronce. En la sala estaba, ése sí, el piano de cola. Pero el piano de cola había sido subastado con la casa de la calle Veinticinco, había sido llevado al centro para sumarlo al sacrificio, cuando las locuras de juventud del Tío Jaime y la crisis del 90 y los gallos del Doctor Lucas Escudero liquidaron la gran fortuna, torpedearon el barco, pegaron el primer tajo lateral al área de la quinta.

Tío Jaime era hijo de la vejez del general; y por eso había crecido en la debilidad, en la tolerancia, en el consentimiento. El doctor le llevaba más de quince años. Y en sus tiempos de abogado con estudio en la calle Convención, había tratado de encaminarlo en vano.

—No nací para Febrero Novísimo, no nací para Marcadé ni Ortolán, soy un artista. ¡Qué voy a hacerle!

Lo decía en broma, sin concederse importancia. Roberto recuerda aún los dientes enormes y amarillos, como de nutria, que Tío Jaime descubría al celebrar su propia frase. Lo ve volverse desde la banqueta cuya altura ajustaba antes de ponerse al teclado, ve su cabeza ya plateada sobre el dibujo trepador del león, que araña tras aquel perfil de precoz senilidad. Imposible precisar cuántos años tendría entonces, «hijo de la vejez». Está envuelto en una bata a listas rojas y negras, levanta la tapa del piano, recorre el teclado con unos dedos delgados y sensitivos. «Como los míos», piensa ahora el sobrino. El y el primo Eugenio lo admiraban.

—Tío —le decían— tocá *El disparate*.

El tuteo era la forma de confianza extrema, que la liberalidad del tío tronado, calavera y tarambana autorizaba. Nunca pudo saberse cómo concluía *El disparate*, que era tal vez una invención (letra y música) del Tío Jaime. Corría los dedos en un arpegio burlesco, en una cabriola de sonidos perladados y felices, en la parodia musical de una carcajada. De pronto esa cascada inicial hacía una pausa, daba paso a un acento hipócrita de elegía. El tío ponía (mirándolos, esperando escuchar su risa) los ojos en blanco y asumía su voz de fasete para cantar aquellos versitos, seguramente inventados por él, escandiéndolos sílaba por sílaba:

*Ces-ca-tho-li-ques-là
si-mé-lan-co-li-ques-là...*

La abuela había prohibido que cantara aquella letra, que reputaba impía. Tío parecía recordarlo cuando ya había desmenuzado los dos versos iniciales. Fingidamente se reportaba, se daba una palmada en la frente, se arrepentía.

—Mi cuñada Margarita (o tu abuela Margarita) se aflige, me había olvidado.

Voluble y divertido, arrancaba del teclado una musiquita marcial o, a veces, una música trivial y machacona de calesita. Y entonces su irreverencia de ateo abordaba el tema de la muerte:

*Quand on est mort on est foutu
Et on vous porte au cimetière...*

Roberto no se acordaba de la muerte de Tío Jaime, ni Eugenio tampoco. Seguramente no había sucedido en la quinta, acaso Tío Jaime hubiera muerto en un hospital o en una quinta de salud; ¿no habría sido en el sanatorio de enfermos mentales, que quedaba a cinco o seis cuadras? ¿A quién preguntárselo ahora? Hubo una suerte de elipsis, una deliberada omisión, quizá por móviles de pudor doméstico en aquella muerte; los niños nada supieron del entierro, ni siquiera cuándo, qué mañana o cuál tarde había ocurrido. Tío Jaime desapareció tan súbitamente como los temas de sus canciones; había muerto y lo habían llevado al cementerio, como postulaba su cantito. Tal vez, como a otros difuntos que habían perdido la razón antes de que los hubiera abandonado la vida, lo habían sacado por la puerta cochera del sanatorio de enfermos nerviosos y lo habían llevado a discreto escape, sin mayor pompa.

Rememora, en cambio, la impresión que le hizo aquel comentario falsamente indulgente de la abuela, en mitad de un té de las cinco en la galería:

—Pobre Jaime, que Dios lo haya perdonado. Vivió toda la vida dándole la carne al Diablo y los huesos a Dios.

Por años y años lo intrigó la descomposición orgánica de la sentencia, esta dación a partes. ¿Por qué, en todo caso, era la carne preferible a los huesos, por qué lo corruptible valía más que lo incorruptible? «No es eso», le aclaró Eugenio. «Era un criterio de mostrador de carnicería. Los huesos valen menos.»

—Hay que avisarle a Eugenio —apunta Monterito.

—No —dice Roberto—, es mejor que no venga. Está tomando mucho últimamente.

—Hay que avisarle —confirma Saquieres—. ¿Qué puritanis-

mo te ha entrado hoy? Que tome lo que quiera, como vos. Y que mañana se mande en ayunas una botella de leche, como vos.

—Yo tomo a veces, de puro triste —dice Roberto, con un acento ficticio de perdición—. Para ponerme a la altura de ustedes, para olvidarme de ustedes, para no verlos.

—Para no vernos, tocás Debussy cerrando los ojos.

—O te acostás cerrando los ojos —dice Elermes, con su escasa posibilidad de ingenio. Y los demás festejan. Roberto hace una flexión cortés y afeminada con las piernas. «¿Y a mí qué?» Acaso va a decirlo pero no lo dice, prefiere el silencio. O, mejor aún, prefiere volver a dar órdenes: es lo que lo sobrepone a los demás.

—Levántenlo despacito, y yo voy poniéndole los repasadores debajo de las ruedas. Para que no raye el piso.

—¡Vamos! ¡A la una, a las...!

...La botella de leche casi contra mis ojos, no había botellas sino tarros, tarros y jarros de latón, la rodilla para apoyar el tarro, el jarro con rayitas que graduaban cuarto litro, medio litro, un litro; el hombre, sus zapatillas, su cinturón de cuero que se abría para dar el vuelto, la faja llena de monedas sonando en la barriga. Aquello debía hacer un peso sobre las ingles, como el que siento ahora. No un peso de plata, mal chiste, no un peso fuerte, como decía el abuelo Lucas cuando hablaba de su tiempo. Un peso de correaes, de hebillas, de revoltijo de monedas, de la misma mano que las buscaba. Tripas podridas. Tripas podridas. Tripas podridas del lechero, podridas de blanco, podridas en plata. Tripas podridas las mías, podridas de sangre. Revolverse el vientre para dar el vuelto. O para que a uno le den el vuelto, el vuelto a la vida, el vuelto a la muerte. Corno que duele. No venía en botellas la leche. La sirvienta llegaba corriendo con la cacerola como si fuera una raqueta, como si fuera una matriz, como si fuera su sexo estirándose hacia el del lechero. Bajaban las cabezas, cuchicheaban, reían. En fija una inmundicia, una zafaduría, más claro echarle agua, era lo que todo el mundo aseguraba que hacían con la leche. Pero tengo idea de que no, de que era más espesa que la de ahora, espesa como una sangre, como esta sangre. Si es espesa goteará más despacio, tanto mejor. Goteará más despacio y Bob podrá despertarse, abrir los ojos, verme en la noche, oírme en la noche.

No había botellas de leche, el libro lo habría dicho; el libro de tapas celestes y sus dos indiecitos adolescentes con taparrabos, ¿eran varones, eran niñas?, imposible saberlo si la edad no apuntaba en los pechos, si el taparrabos cubría las vergüenzas, se llamaba «¿Quieres leer?» y decía Dame un vaso de leche, ¿vamos a salir en coche?, pero cuando hablaba de botellas no eran de leche sino de vino, rojas botellas de vino, densas botellas de vino, de vino tinto, grueso como una sangre, rojo oscuro como una sangre, pegajoso como una sangre, Celmira está en la cocina, dulce de cerezas, semillas de zapallo, sopa de cebada, pero mi lección favorita era aquella otra, Cecilia ven acá, chaleco verde, gato rabón, gente mal educada, cómo la vida brota y vuelve con esas palabras. La paloma voló. El sofá de la sala es de seda, ¿dónde estará ese libro?, sí, le contesto ahora, le contesto esta noche, le digo que quisiera leerlo, quiero leerlo, leerlo ahora mismo, levantarme con las ropas empapadas de sangre, empapadas de vino, empapadas de leche y ponerme a leerlo, sentarme en el escalón junto a la botella y ponerme a leerlo, o solamente ponerme a mirar sus figuras, aquella niña con cintas en el pelo, aquel chico de gorra de pana, la niña con sus botitas a media pierna, el chico con su pantalón a media asta y su trajecito de pana oscura a media manga, el perro Top con un palo cruzado en la boca, árboles, o un carretel de hilo o una llave o un huevo destripado del que sale, como un pezón oscuro, la yema, o un aljibe de piedra o un quepis abollado, o un general a caballo que no avisaba a los niños que fuera Garibaldi pero tenía la cabeza de Garibaldi, ese hombre es un general, va montado en un caballo blanco, blanco como la leche, blanco como la túnica de la maestra, Niños lean, Veo un ojo del sapo, veo un ala del pato. No, no, ya estamos más adelante, ¿por qué atrasarse tanto, por qué dormirse tanto, por qué dormirse toda la noche, por qué si Bob es capaz de tocar una sonata sin dormirse y sin abrir los ojos, por qué? Sí, también dormíamos durante el verano en la misma pieza y Bob hablaba en sueños, hablaba en sueños sin pensar, yo ahora pienso como un loco en este sueño pero no hablo nada, creo que no hablo, no me oigo al menos, Bob hablaba en sueños y eso me hacía una extraña impresión, como si él se estuviera dando vuelta desde adentro afuera, la misma impresión que a él le haría, que a él le hará verme con las tripas vueltas hacia afuera, o saber que debajo de este barro revolcado de sangre, que debajo de esta porquería de chocolate tengo las tripas vueltas hacia afuera, podría despertarse Bob y venir corriendo, salir Bob del silencio de la casa corriendo, saltar Bob desde el retrato de los dos que está en la sala corriendo, el retrato Bob

en que estamos vestidos de marineros, ese retrato odioso que todavía me eriza si me acuerdo de que la tela de la blusa era alpaca blanca, de que la tela del pantalón era alpaca, alpaca inglesa y todo lo que quieras Mamá pero picaba, y yo quería que aquello terminase, quería que aquello terminase y que esto termine, la misma inmovilidad pero sentado en un sillón blanco de varillas de madera, varillas del asiento que se me incrustaban en los muslos como palmetazos de alpaca blanca, varillas del respaldo que me azotaban la espalda y los hombros como latigazos de alpaca blanca, y el aro de la boina en la frente, el aro de la boina en la frente como una corona agobiante, el aro azul que decía por fuera Fusiliers de Marine, yo y Bob decíamos ser en la foto, yo nunca lo había pretendido ni me habían consultado al comprarla, decíamos ser Fusiliers de Marine, y la cinta de la boina marinera cafa con su lengüeta sobre mi hombro izquierdo y yo reclinaba la cabeza hacia los rulos resplandecientes de Bob, que escapaban por debajo de su boina Fusiliers de Marine, sus rulos como cañones de confitería, ésas eran sus armas de Fusilier de Marine, sus ojos más absortos que los míos, menos ensimismados que los míos, su cabeza más fuerte sobre el cuello azul de estrellas en las puntas que la mía y mi brazo derecho pasado por detrás del pescuezo de Bob y mi mano oprimiéndole la clavícula derecha, si él me lo hubiera hecho yo me habría puesto a saltar y a gritar, por la picazón de la alpaca, y ahora no viene, yo tu compañero de armas de la infancia, tu fusilero de marina en pareja echando aquí el resto —sí, el resto, tripas, sangre y tal vez, no quiero ni saberlo, no quiero ni decirlo, no quiero ni pensarlo, mierda— y tú durmiendo, sordo a la foto, sordo al libro de lecturas, Destapa esa botella, las uvas ya están maduras, las botellas no eran entonces de leche como ésta que has puesto en el umbral, en el umbral donde pensábamos que cada uno tenía un mundo que era suyo, con animales que eran suyos, con autos que eran suyos, con gente que era suya, y todavía no mujeres que fueran tuyas, no habíamos podido precisarlas, mujeres eran Mamá y la madre de Bob, que se llamaba Herminia, y mujeres iban a ser pero aún no eran Mariucha y la otra prima, Coco, sobre todo Mariucha, Mariucha que no puede levantarse y venir corriendo, Mariucha cuyo ataúd vi rellenar de bolas de papel de diario, un mundo con jugadores de fútbol que eran nuestros y de boxeadores que eran nuestros pero no eran fantásticos, que sólo se parecían a Dempsey o a Tunney, yo prefería a Dempsey, el Tigre de Manassa, Bob a Tunney porque se llamaba Gene y ese nombre que era el mío le gustaba, porque yo había elegido primero y él se conformaba siempre con su saldo, porque Gene

había sido marinero y Bob se sentía feliz de haberlo sido, no odiaba su traje de alpaca como yo al mío, no le había picado, no odiaba el retrato, sonreía a los años al sorprenderme recordando con tanta irritación haber sufrido, no se reiría ahora, sí se sorprendería, la botella de leche de pie en ese umbral donde nosotros nos sentábamos después del almuerzo, donde yo tenía un mundo que se llamaba Sámbara Catonia y él tenía otro mundo parecido, casi igual, que se llamaba Sambaracatoña, y no eran mundos diferentes como Liliput y Brobdignac sino casi iguales y casi iguales también al mundo en que existía ese umbral y en que hoy existe, sobre ese umbral, esta botella de leche. Y ahora, mientras yo me desangro, no estamos sentados en el mismo umbral, ni vestidos de marinero sobre el mismo sofá, ni resoplando pesadillas gemelas en el mismo cuarto de la quinta, ni cabalgando en ramas vecinas de la misma higuera porque sea verano y la sombra del árbol resulte más fresca que la reverberación de la casa contra el umbral siempre en sombras, tallado al sur pero golpeado por el aliento pesado de la casa, por el aliento de la siesta de la casa, que era la siesta de Mamá y de Tía Herminia y de todas las personas de la casa, de todas las personas mayores que se habían ido a reclinar tras haber renunciado a hacernos dormir la siesta, «¿Es que los niños no se cansan nunca?», se decían, «¿Es que los niños no precisan descansar ni siquiera con este bochorno?», se decían, y ahora sí precisaría descansar, descansar junto a Bob, puesto en su cama, y si ya hubiera venido el lechero podría pedirte, Bob, para esta sed abrasadora un trago de leche o si no Bob un casquito de limón como en las siestas de vigilia en que soñábamos con nuestros mundos parecidos, con cualquier forma del dominio o de la victoria, mientras tú Bob, puesto en cuclillas carpinteabas tus zancos, que eran siempre los zancos más altos, empatillando palos de escoba o, ahora pienso que no, se habrían quebrado si hubieran sido palos de escoba, deben haber sido varillas sacadas de la glorieta, por algo fue desintegrándose la glorieta, varillas con clavos herrumbrados y miedo a tétanos que seguramente fuiste arrancando de las paredes de la glorieta, pero ganabas no sólo porque hicieras los zancos más altos sino porque te animabas a subirte a ellos y a mirar desde allí, a mirar desde allí y a correr sin que se te revolviere el estómago, como mi vértigo de siempre, como este vértigo de hoy en mis tripas, y ahora nada, no está, no corre, él duerme, duerme borracho, duerme como para morirse conmigo, como para hablar incoherencias en un sueño que nos lleve, haber vivido juntos, decir «Yo nací aquí» y estar en esto... «Yo nací aquí», antes se nacía en las casas, no como ahora que se nace en los

sanatorios, decía Tía Rosina en sus últimos meses, cuando la certeza de morir en la quinta se le borraba de enfrente si pensaba en que éste era antes que nada el sitio en que había nacido, antes se nacía en las casas y no en los sanatorios, decía, es tan espantosamente impersonal... Pero más científico, objetaba Bob para contradecirla. ¿Científico? La tía desechaba el argumento, porque no era posible presumirlas de nada científico cuando todo partía del pecado original, así creía la tía, era virgen, es claro, no valía la pena hablar con ínfulas de algo tan culpable, sólo nacer en las casas, sólo nacer a puertas cerradas debía rescatar, en su concepto, una parte de la indecencia genésica, puertas cerradas, puertas cerradas, gato rabón, gente mal educada, casi suena a verso, puertas cerradas como las galleras del abuelo Lucas y los gallos atados de una pata para no perder fuerzas antes de la pelea, como si alguien me atara ahora de un pie mientras estoy caído, para fondear mi vida, vendrá, saldrá, tendrá su boina en la cabeza pero no dirá Fusiliers de Marine; no dirá nada, ya es viejo, ya se tiñe, no puede llevar una fresca guirnalda de mar sobre esa frente viciosa, vendrá hacia mí con la boina ciega y el gallardete arrancado, ¿dónde habrá ido a parar aquella cinta azul de letras blancas, dónde van a parar las cintas de las coronas que ponen en las estatuas de los próceres?, cintas como largas tripas que chorrean por el suelo, tripas que salen del vientre de las coronas, del vientre de la Historia, del vientre de la Leyenda; vendrá, se acercará con la camisa blanquecina a la primera luz, con la camisa arrugada y agría de haberle dormido borracho encima, borracho adentro, se acercará, alzaré una mano para tapar un bostezo, y yo creeré que estoy gritándole ¡Roberto, Roberto! y a lo mejor sólo murmuro roberto-roberto, roberto, con el tono de una palabra corriente y él bajará la cabeza hacia el umbral y verá primero la botella pero en seguida la mancha de sangre, la mancha de vino, la mancha oscura y entonces sí gritará, tendrá todas sus fuerzas de recién despierto, él sí gritará y yo tal vez sonría, no sé si sonreiré salvado o, como en la foto dolorosa de la blusa de alpaca blanca, sonreiré de soledad, congelado, fijo, sin ningún cambio. Sí Bob, te sonreiré Bob, de cualquier modo te diré Bob aunque no diga...

Esta quinta en la noche, en que está ahora un hombre desangrándose —un hombre cuyo pasado le pertenece, un hombre que ha vivido en ella— fue antes mucho mayor de lo que es hoy, se abría sobre fondos de campos que hoy no existen, desconocía caminos que hoy la cruzan. La calle posterior se llama General Escudero, es cierto, y paga en el nomenclátor una parte del precio de expropiación. Pero ese nombre aparece con más frecuencia en la página policial de los diarios que en el recuadro de las efemérides. La ejecutoria de la Guerra Grande ha quedado librada al suburbio; y provee periódicamente de crímenes, de madrigueras allanadas, de enterraderos descubiertos a esta Monevideo que casi la ignora.

En todo el trozo expropiado, loteado, vendido, el tiempo se ha desarticulado, se ha roto, en la medida en que vive en las cosas y de ellas, gracias a ellas, sumergido en ellas, alzándose de allí. En esta quinta es todavía posible la ilusión de que ese tiempo no ha cesado de transcurrir, porque aquí —aunque con cierta avería, aunque con cierta soledad, aunque con cierta ruina, a las que aluden este hombre que se desangra lentamente y acabará por agonizar en las baldosas de damero del pórtico y ese primo que duerme en el interior de la casa— se vive aún al nivel del tiempo de las cosas, y todo existe sobre un fondo detenido, grávido, de peso muerto, hecho de tiempo y de objetos, de presencias corporales, como si el tiempo fuera una gran sala vacía y las cosas (esta palmera que cabecea en la noche, este encaje deprimido en el florón abollado de la verja, la glorieta desvencijada detrás de la casa, esa campana como dibujada a pluma que fue la jaula de los pájaros del General Escudero) representaran su mobiliario, sus flotadores a través de las edades.

El tiempo no son sólo los años, sino también las horas del día y el brillo dispar de las estaciones: la noche agiganta la red aérea de esa pajarera y el sol perfora su alambre decrepito, las tinieblas achatan la glorieta y la luz atraviesa la criba de su envarillado. Y la primavera se impregna en las glicinas violáceas y el otoño amontona hojas color de herrumbre sobre la herrumbre del portón de la quinta. La lluvia, el temporal, los relámpagos: el viento agita los árboles y las ramas rozan los cables por los que llega la luz a la casa. Las lámparas vacilan, bajan su lumbré, guiñan. Alrededor de sí, Roberto (no el que ahora duerme, sí el que ha de estar leyendo) siente el aro inseguro, receloso, que hacen los muebles, los retratos, la galería chinesca de los rincones de la casa. Sufre, casi se diría que saborea la opulencia inesperada de las cosas cuando un golpe de claridad (un relámpago a través del balcón, el fognazo de una

lamparilla) las hace emerger súbitamente de lo oscuro: el respaldo del sillón frairero, ese ataúd de pie que es el reloj de pesas, el destello fugaz de los cristales del comedor. Y su sombra, su sombra frágil, su sombra débil, su sombra pensativa, salta a veces sobre esos fondos poblados, parecería querer ponerse a horcajadas sobre una moldura, asirse de las perillas de la biblioteca, trepar a la calesita de los armarios que pasan. Es un segundo, y además ahora duerme; pero en ese segundo los fantasmas de la quinta le dan en los pulsos. Si la noche es de invierno, el refugio mejor es el de la estufa: sus corales, sus abismos cárdenos, sus ramazones de oro, sus murciélagos de papel quemado volando en el humo. El general Escudero debe estar paseándose sobre su nombre en la calle, en el sitio de las antiguas caballerizas, donde iba a apaciguar —en medio de la tormenta— el pánico de los caballos. El doctor Escudero debe estar inclinándose sobre la puerta de las galleras, verificando los pasadores; o aplicando un pedazo de Iona al sitio de un vidrio roto en los invernáculos. El fantasma de los helechos suspendidos y las claraboyas está del otro lado de la calle; y también quedó sobre esa orilla el fantasma celular de las galleras. Las caballerizas, en cambio, toman un tramo de la calle y se hunden muertas debajo de las miserables casillas de lata que brotaron con el loteo. Alguien deponè su acre fatiga jornalera en el acre espacio feudal del sueño de los gallos de riña. Un borracho, perdido en la noche, vomita en la esquina de las begonias.

Eugenio y Roberto podrían haber recordado —si Eugenio no estuviera desangrándose, si Roberto no durmiera estrechos sueños de alcohol en una estrecha cama de cartujo— los buenos años viejos de la quinta, cuando el tranvía de caballos no pasaba más allá del puente, cuando los carruajes solían llegar con las llantas enlodadas, con las capotas de hule picadas de polvo y lluvia, envueltos en el aura del camino real que ahora han asfaltado. Cuando una quinta se convierte en fábrica de cerámica o en club de ciclismo, los poetas lacustres del periodismo claman por un museo. Siempre por un museo, como si hubiera peor forma de traicionar la vida que congelarla, ficharla, minarla de naftalina, embalsamarla. Eugenio y Roberto no pueden —en cambio— recordar la verja cuando seguía y daba vuelta a una imaginaria esquina anegada de pasto, en vez de cortarse según la esquina municipal que ahora existe; porque de ese costado de la quinta extrajeron una faja para entregarla a las necesidades «del amanzanamiento de la zona».

Por allí vegeta hoy una calle de mala muerte, con un oscuro nombre en tés, que designa a una flor en guaraní. El Doctor

Escudero obtuvo al menos que la calle hiciera un sesgo, respetando la saliente que la forma del predio tenía hacia los fondos, y manteniendo indemne el emplazamiento de las cocheras, a cambio de entregar (ya entonces no había coches, ya Tío Jaime guardaba allí su trepidante Panhard Levassor) las destartadas caballerizas, que sólo hedían a la putrefacción de los restos de forraje en las bateas, en los rincones de una cuadra sin caballos. Esa calle de nombre guaraní fue hija de la crisis del 90, de las locuras de Tío Jaime, de la emboscada en que cayeron los años felices. La verja hacía una esquina ficticia en redondo, y las quince o veinte lanzas del frente se continuaban en el vallado lateral, que repetía otras tantas hasta su entronque en el muro que preservaba el flanco de las caballerizas. Antes de que la verja entrara en esa curva, se abría y cerraba el espacioso portón de los coches, con sus dos pilares de mampostería y una hornacina para la campana de bronce en el de la izquierda. En el sitio mismo en que empezaba ese portón irrumpió la calle, con su nombre cursi de flor guaraní. El pilar de la izquierda hizo de puntal para el muro ciego que, viniendo desde el tramo ya existente, se levantó entonces. Los restos de la verja fueron a dar hacia los campos abiertos, los campos donde después se jugaba al fútbol, donde estaba el ruedo del refidero, los campos que un alambre volcado e invadido de campanillas azules separaba (en la niñez de Eugenio y Roberto) del guardapatio de las galleras, del invernáculo, de la cochera. Partidos en pedazos, como si fueran cabeceras de camas, los tramos cercenados de la verja fueron excoxiándose, desintegrándose, convirtiéndose en tendedores para las sábanas de le casa, en perchas de la ropa del servicio, en escurrideros de lejía. Allí debe haberlos sorprendido el loteo, que los condujo a una barraca de demoliciones. Entonces no existía el prestigio de los trastos viejos, esta valoración esnob de los naufragios; no se había husmeado en la chatarra de las quintas el olor a patio.

Empatillaron el comienzo del nuevo muro al pilar de la izquierda y lo dejaron haciendo esquina, con la órbita vacía de la campana de bronce expuesta hacia la calle de la flor guaraní. La campana está arrumbada en la glorieta, en aquella hornacina para vírgenes o hueco para llamadores (el constructor había cumplido indicaciones, sin prejuizar en materia religiosa) apareció hace un par de años un feto envuelto en hojas de diario. Ya el barrio pululaba alrededor; fue necesario alzar el muro de ladrillo, echarle unas hiladas más, coronarlo de cascos de botella. Los merodeadores aprendieron a pasar las nalgas sin rozarlas en las puntas de vidrio, sin arañárselas siquiera.

Hubo que apelar a los últimos trozos de la verja inservible, a aquellos hierros mohosos y desafectados, y hacer con ellos unas llaves en forma de horqueta, que sostenían una triple alamburada de púa. Y hace aún menos tiempo, diciendo que era blanco y la quinta había sido siempre blanca, pretextando gastos de conservación y escaseces de dinero, Roberto alquiló el muro para la propaganda electoral. Enjalbegaron los ladrillos, arrancaron las barbas de musgo, dibujaron grandes letras celestes: «Cuidado con el paredón: vote a Nardone». Quedaban muy pocos paredones tan largos como éste, para prestarse al juego de palabras. Y aunque por la calle de nombre guaraní pasa muy poca gente, desde el camino principal —circulando de norte a sur— podía leerse. Las elecciones han pasado, la mano de cal está ensuciándose, el musgo vuelve triunfal desde abajo y la cuarteada, murió Nardone. Pero las siete palabras —vivas como una cábala, estúpidas en su irrisión de eternidad— siguen visibles.

La verja daba la vuelta y eso no llegaron a verlo. Pero el otro tramo está igual. Y allí ha venido a lastimarse Eugenio, este hombre que gatea sobre los escalones del pórtico, que asciende al piso de damero, que se arrastra en la noche mientras su primo duerme. Más inocente habría sido la verja de bordes curvos, puesta a más baja altura. Pero los merodeadores de la quinta, que entraban a robar flores para venderlas en el Cementerio del Norte, la habrían saltado sin el menor esfuerzo.

Desde la estrecha hoja del portón central —ese portón que un Roberto borracho y sin dinero, que un viejo Bob sin travesuras ha asegurado esta noche con cadena y cerrojo— parte hacia la esclinata de la casa un sendero central. Es un sendero para peatones, pavimentado de grava, comprimido por canteros de altos bordes de piedra, dibujados (trozos de mármol blanco y mármol negro, oscuros ramales de granito, volutas y guardas de cuarzo) sin ningún estilo, al capricho vagabundo de un artesano decadente; y encima de ellos un jardinero igualmente decadente ha incrustado palmeras de jardín, orlas de boj, laureles, empolvadas, cenicientas orillas olorosas de alhucema, jazmineros del Paraguay. Gracias a un abandono reparador, el pasto justiciero desborda esas dudosas maravillas de la paciencia, las asesina sin lástima.

Antes de llegar a la casa está la curva del camino de los carruajes: desnivelado por las lluvias, pelado, abierto en grietas, casi rojizo. El Panhard de Tío Jaime fue el último fantasma de ese camino, ya no hay huellas. *La deca* sólo puede haber depositado allí marcas de zapatos; la llanta delgada y reseca de la

Forchela de Saquieres no ha podido imprimírsele, porque ahora el portón de coches queda hacia los fondos (es un portón de hojas de cinc, sin rejas, sin floripondios, sin volutas, un portón de cinc con agujeros mellizos para cadena y candado), sobre la calle General Escudero. La Forchela entra por él en las noches, pasa a saqueo entre la pajarera y el primer ciprés calvo (se ha trazado una senda de rayas paralelas sobre colchones de pasto) da un golpe de rombos de luz en la galería del té de las cinco y va a perderse más al fondo, en una suerte de cañón umbrío, que queda tras la pared final de la glorieta, entre la araucaria del traje de novia y la esquina de la higuera.

La batería de ese Ford a bigote suministra la única luz lívida y sobresaltada que suele bañar el escenario; la otra, tranquila, carnal, adormilada, es la luz de la luna, cuando aparece detrás de la jaula desierta, convirtiéndola en un ambiguo cenador de manjares muertos más que en habitáculo de pájaros idos. Desde los saltos del Ford las cosas saltan. Salta ese banco, cercano a la pajarera, en que Eugenio se dejó estar cuando borracho; salta una casilla de perro sin perro; saltan, como si fueran a caer de través, las sombras de los troncos de las palmeras, de la araucaria Virginia-Jaime-Aurelio, el pie de palo, podrido y trunco, de un palomar extinto. Saquieres, como si ese baile lúbrico de alambres corroidos, de puertas desbisagradas, de árboles solemnes lo excitase, se suma al repentino escándalo de la luz dándole a intermitencias febriles al *chanchito* («en las cachilas no se llama claxon»). La silueta del gesto crucificado de Roberto le da la bienvenida, sobre el esmerilado de la vidriera.

En otros tiempos el Panhard Levassor maniobraba en un cuadro, rugía entre el invernáculo y la cochera. Pero el Panhard, a pesar de sus rumbosos faroles de carburo, jamás salía de noche. La infancia del automovilismo fue una infancia solar. ¿Qué habrían parecido, a la luz de estas linternas de bronce, enormes como de barco, los techos grises de vidrio rugoso y menudo alambre en células de panal en que emergía el invernáculo entre las hojas circundantes, o las galleras con su aire de inquilinato irreal, de mundo feroz en miniatura?

Si las casas se salvaran de la ruina convirtiéndose en museos, y los herederos de esas casas se salvaran de la dispersión convirtiéndose en guardadores de tesoros, el Panhard estaría seguramente aquí y Roberto tendría que mostrarlo a la gente ociosa de los domingos, como si fuese un taxi rojo del Marne sobre el piso de adoquines de Los Inválidos. Pero junto al Panhard estarían los carruajes de alto bordo, desuncidos y lóbregos, convertidos a un concepto fúnebre por el anacronismo de una exhibición posterior, por un uso residual de difuntos.

Afortunadamente esta quinta no es un museo sino una posesión claudicante, con olor a madre selvas en la noche, con olor a orines subiendo desde el revés de sus tapias, con un pianito tintineando entre esa inmensidad de cosas muertas.

Del guardapatio de las galleras se pasaba, saltando el acostado impedimento de un alambre caído, las guías de plantas de zapallo y la floración rotosa de las campanillas azules («flor de rancho», las llamaba el aristocratismo de Bob) al verdadero *sitio*, al dominio nocturno de los gatos, al dominio matinal de los gallos, a la cancha de Berjanita y Parentela. Eran fondos abiertos, contra vagas lindes de árboles y una casa rosada donde vivía una lavandera.

Allí jugaban al fútbol. Roberto y Eugenio se ponían frente a frente, venían caminando uno hacia el otro, en el sistema de poner un pie y, donde éste terminaba, ubicar el otro, sin dejar hueco. *Pisaban*, según la jerga de las canchitas. Aquel cuyo zapato se sobreponía al del contrario, en el encuentro de las dos marchas, elegía a su primer compañero; el perdidoso al segundo, el ganador al tercero, hasta integrar los cuadros. Como quiera que se compusiese, el cuadro de Eugenio se llamaba siempre Berjanita y Parentela. Acaso él fuera Berjanita, aunque nadie lo llamaba así; su parentela, en cambio, era abstracta, inominada, cambiante. Un día la componían unos muchachos, al día siguiente otros. El cuadro de Bob, por su parte, no tenía nombre. En eso parecía más humilde, más débil. Pero acaso el orgullo de Bob era mayor, y el anonimato no era su punición sino su misma apoteosis. Porque le llamaba simplemente así, *mi cuadro*, como si la propiedad de la pelota le agenciase la de los compañeros de cada día. Sólo el gordo Narvárez venía de esos tiempos. Y se comportaba ahora como si el último partido lo hubiese sorprendido en el cuadro de Bob y aquello hubiera fijado su actitud y sellado su suerte para siempre, como al perro arrollado y sepulto bajo lava en una calle de Pompeya; cada vez que Eugenio veía al gordo junto a Bob, sentía esa extraña relación de dependencia, casi de pertenencia: Narvárez era un cautivo por vida.

Habían hecho —Bob carpinteaba zancos, Bob claveteaba palos y travesaños— dos arcos a cuarenta metros de distancia, tal vez a treinta y cinco, acaso a treinta (ya han desaparecido, el recuerdo estira los escenarios de la infancia, la estatura de un niño los mide desde abajo, los supone más largos). Nada faltaba a aquella cancha, de cuanto hacía la gala de las canchas verdaderas: pero las mallas de los goles eran antiguas redes de pesca o tules de mosquitero sin cesar recosidos, que la pelota atravesaba.

La *deca* se llevó el reñidero, se llevó las galleras, se llevó el invernáculo, aventó las pasiones del Doctor Escudero. Eran los tiempos del estudio de la calle Convención. Pero la abogacía del doctor era menos importante que su afición por los gallos, que su gusto por las plantas. La quinta había pasado a ser vivienda de todo el año, y el Doctor estaba de regreso a media tarde. Presuntamente devastado por una expresión de agravios, inverificablemente harto de alegatos de bien probado, el Doctor bajaba del coche, saludaba a Misia Margarita y al poco rato estaba ya, rejuvenecido y tenso, entre sus gallos: el cenizo, el requemado, el blanco. Bob y Eugenio no habían entrado nunca, pero tenían un vago recuerdo del reñidero, más allá de lo que a poco andar se transformaría en el campo de fútbol. Habían visto al Doctor marchar hacia allí llevando un gallo bajo el brazo, envuelto a veces en una cobija, la cabeza hundida en la axila de su dueño y criador. Lo habían visto, sobre un fondo de gente que se desgranaba, volver con el giro en triunfo o (mientras una de las figuritas del fondo alzaba un animal contra el cielo) con un pío envoltorio bajo el brazo. Lo habían visto elegir, acariciar con las manos los puones de acero puestos sobre un pañuelo en la mesa. La abuela Margarita desaprobaba esa pasión, y se lo demostraba haciéndole un hueco de silencio, no hablándole de gallos, no acompañándolo nunca a la gallera. Lo seguía en cambio al invernáculo, torcía la cabeza para no ver las crestas entre los listones, mientras su Orfeo el Doctor Lucas la volvía irresistiblemente hacia ellos, tendía el cuello hacia un canto aislado en el crepúsculo, hacia un olor ardido de gallera en la calma de la última tarde.

La *deca*, en cambio, no se ha llevado la araucaria (está detrás de la glorieta) a que se encaramó Tío Jaime siendo niño, cuando su hermana Virginia, muerta años después en Santa Fe, se desposó en la quinta. El abuelo Lucas festejaba el episodio al contarlo, y Tío Jaime, por contraste, lo negaba equívocamente, o corregía detalles pueriles, como si ellos mitigaran su culpa, como si esa culpa estuviera todavía por saldarse. Virginia se casaba con el primo Aurelio («Endogamia», dice el gordo Narváez. «Así es como la sangre de ustedes se ha vuelto tan vieja y tan floja»; y mira a Bob, ese débil, gastado, castrado ser que lo domina. «Pero esos tíos no tuvieron hijos», responde Bob). Tío Jaime no había dicho antes que aquel matrimonio le disgustase. Por lo demás, tenía sólo once años, nadie habría tomado en cuenta su opinión. Pero una hora antes de la boda sustrajo, de encima de la cama de Virginia, el traje de novia; y trepó con él a la araucaria. El abuelo Lucas narraba con alegre vividez el trance, era posible ver la desalmada cara infan-

til de Tío Jaime, sus dientes amarillos de nutria y la velada cola del traje flotando entre las ramas, enganchándose en ellas. Tía Virginia (ni Bob ni Eugenio la conocieron, su compunción no podía sino divertirles, su muerte lejana no agregaba ni alteraba nada) tomó el partido de llorar a gritos, de desmayarse luego, de respirar su frasco de sales sin dejar de convulsionarse en sollozos. El General, vestido con su uniforme del Museo, estaba frenético, prometía latigazos, sembraba una pedagogía de terror al pie del árbol; y ante cada uno de sus argumentos, Tío Jaime trepaba otra rama y la cola de tules se hacía un nuevo desgarrón. Tío Aurelio —se conservó pomposamente viudo, engordó entre corbatas y levitas negras, volvió de visita en la infancia de Bob y Eugenio, cumplió fielmente su cita de estar en Santa Fe a la hora de su muerte, para tenderse junto a la finada— jugaba el papel de la paciencia. Estaba vestido de chaqué, resplandecían sus zapatos de charol en la contrariedad del mediodía. Ofrecía (y mantuvo la palabra) su reloj de oro a Tío Jaime, si bajaba en seguida. Tío Jaime era un hombre de principios y aquel negocio seguía avergonzándolo. Pero cuando el abuelo Lucas terminaba la historia, sonreía ambiguamente, abriendo apenas la tapa sobre las teclas de sus dientes de nutria, y simulando hallarse conturbado echaba mano al bolsillo del chaleco y consultaba la hora (para enlazarla acaso a la hora de su claudicación) en un plano, delgado, pulido reloj de oro. «Eran sentimientos incestuosos, pero entonces ni chicos ni grandes lo sabían» —dice ahora Roberto, sobreimprime su extemporánea clarividencia de hoy al cuento del abuelo—. Oh, sentimientos incestuosos. El mundo ha progresado muy poco desde entonces.

—Sé bueno, hermano mío, no me abandones.

—No hermana, nada temas, duermes, duerme.

—Es muy difícil dormir, hermano mío, ahora que nos hemos quedado sin madre.

La representación era un vínculo más poderoso que el del parentesco real. Porque ninguno de los tres —Mariucha, Bob, Eugenio— era hermano del otro, y cada uno de los tres tenía su madre.

Mariucha hacía el gesto presunto de una huérfana que no

puede dormir. Se quedaba fija en ese gesto, para que los otros la tuvieran por una estampa, pudieran seguir contando con ella. Y entonces, casi a escondidas de la situación dramática, se alzaba del sofá que le servía de camastro (porque en el drama había pobreza, sordidez, pietismo cruel y crudo, al estilo del libro preferido) y se deslizaba agachada hacia el piano. Sólo sabía tocar los estudios del Pianista Virtuoso, pero cualquiera de ellos, cualquier música acorría la invención de la escena. Bob tocaba otras cosas, era mayor, podría haberlo hecho mejor. Pero Bob tenía bastante con haber sido el dramaturgo, no había que abrirle el honor de todas las situaciones, de todas las innumerables permutaciones que —sobre el sosiego estólido de la vida— estaban descubriendo en el teatro.

—Hermano mío, ¿qué hacemos por ella?

—Tratemos de que duerma.

Y Mariucha se había soltado el pelo pajizo, para darse un aire doméstico de durmiente, y tocaba El Pianista Virtuoso. Bob había hecho también, con rollos de papel de embalaje, con estrellas y rombos de papel cometa, la sumaria decoración que, en un par de biombos viejos traídos de la glorieta, figuraba el escenario. El más desposeído era el expuesto a los papeles más viles, en cuando había papeles viles: Eugenio.

Esa necesidad de música, adicional a la emoción de los gestos, esa invención casera del melodrama se habían originado en el cine de barrio, en el *biógrafo*, como aún se decía entonces. Jueves a jueves, los tres iban a ver los episodios de *El signo fatal* (o acaso fuera *El sino fatal* y lo hubieran pasado en limpio en el concepto y en el recuerdo, dándolo por falta de ortografía). Jueves a jueves iban los tres; jueves a jueves, Mariucha no aguantaba el espesor de la atmósfera del cine, la densidad de la encerrona y la emoción viciosa de las imágenes en el aire viciado.

—Me falta el aire. Me voy a casa.

Quería irse sola; siempre insistía en el simulacro de querer irse sola. Pero era parte de una comedia dentro del drama, de otra ficción al margen de la ficción de la pantalla. Si la hubieran dejado, se habría muerto de miedo. O, a pesar de su naturaleza veraz, habría aducido el temor a un desmayo por el camino. Lo cierto es que se turnaban para acompañarla; para llevarla hasta la quinta (Mariucha pasaba días, semanas enteras en la quinta, pero no vivía allí, aunque allí se murió) y volver a la carrera, a fin de perder lo menos posible del episodio.

—Mariucha no debería ver esas cosas tan horribles en plena digestión. Eso es lo que la enferma —decía Tía Herminia—.

—Pero si no come nada —decía Bob, que se obstinaba en llevarla.

—No es eso —decía Mariucha—. No sé, me gusta pero después me falta el aire y me ahogo.

Ya sabían que habría de faltarle el aire mientras la llevaban, marchando al viento de la primera tarde, desde la quinta al cine.

—Esta vez te toca llevarla de vuelta —decía Eugenio.

Hacían una cuenta escrupulosa del jueves que le tocaba a cada uno.

De la mano de ambos, alegre y radiante entre dos primos mayores, podría haberse predicho que esa vez a Mariucha no le faltaría el aire. Perdía pedazos enteros de la historia, había que contárselos al volver. El que no había tenido que llevarla era el encargado del cuento; así se distribuían las cargas. Tenía cierto patetismo, en su inocencia, la carita pálida y sonriente de Mariucha (Mariucha-la-flacucha-paliducha, se burlaban cariñosamente los primos) oyendo una conversación que desde ahora le concernía como próxima accidentada, y sin embargo la aludía como a una cosa. Callábase a pesar de su convicción de que este jueves no acontecería, porque muchos otros jueves lo había negado de antemano y luego había ocurrido.

El otro problema era la narración del fragmento saltado. Bob inquiría demasiados detalles, desde que volvía a sentarse junto a Eugenio, y la película solía correr —en ese mismo momento— a una atroz velocidad de incidencias. —¿Y qué más, y qué más?

Sólo el vecino de al lado notaba el regateo, se volvía hacia él con disgusto. Porque el pianito puesto al pie de la pantalla lo mordisqueaba todo. Eran polkas, schottischs, marchas militares, según el calibre de la emoción circulante, según los puñales que se clavaban o los callejones por donde saltaban los angostos automóviles de Scotland Yard.

Finalmente, dieron con el recurso del portero. El miraba por ellos, asido del cortinado del fondo, y bastaba con detenerse a su lado al regreso. Ahora, con la carrera, el aire le faltaba a Bob o le faltaba a Eugenio. Mariucha había recuperado el suyo desde que salieran de la sala. Contra el jadeo del muchacho que regresaba —y como si ese jadeo obrase de fuelle y le insuflara inspiración— el portero contaba sumariamente lo que había acontecido en el forzado intervalo. Cuando Bob volvía a sentarse junto a Eugenio, cuando Eugenio volvía a sentarse junto a Bob, nadie precisaba explicaciones.

—El viento sopla cada vez con más fuerza. ¿Qué hacemos si no se duerme, hermano mío?

En este punto Mariucha regresaba desde el pianista virtuoso. Tal vez había empezado a faltarle el aire junto a las teclas, volvía a echarse encogida en el sofá, volvía a existir para la situación dramática.

Hermano mío, hermana mía. El texto no era mayormente inventivo, no necesitaba serlo. Un viento que levanta pesadas cortinas de brocado, árboles que crujen afuera. Era posible hallar esa escenografía real si había temporales en la quinta. Era también posible prescindir de ella, darla por supuesta con la mención de los diálogos.

A veces improvisaban más allá de la sumaria anotación de los cuadernos. Eugenio, desquitándose de su pobreza literaria, preguntaba entonces:

—¿Cómo hablamos? ¿Asinomás o en el Oismatareis?

Bob sonreía para esconder su fastidio: ¿por cuánto tiempo lo perseguiría su errata? Mariucha prefería lo más rebuscado, rimaba mejor con su cabellera suelta, con los collares que se echaba al cuello aún para hacer papeles de mendiga, con el maquillaje enharinado que robaba de la polvera de Tía Herminia, con su concepto procesional de la vida.

—En el Oismatareis, no sean malitos. En el Oismatareis, esta vez, esta solita vez, la última.

—Si hablarais en Oismatareis, tendríais que decir no seáis malitois —anotaba Eugenio—. ¿En Oismatareis, entonces? ¿Qué decís vos, compañeros?

Bob era condescendiente al extremo con Mariucha, le profesaba un sentimiento que —a esa edad de la niña— solamente podía infligírsele como la continuada complacencia a los caprichos. Pero el Oismatareis marcaba un límite.

—No, no —decía Bob, con una irritación perentoria—. Asinomás o no juego.

Los nombres de los dos lenguajes venían de un error de Bob, de una trampa en que había caído diciendo su propio libreto.

—Sí, yo moriré —había dicho—. Pero primero ois matareis.

Eugenio había magnificado el lapsus, los mayores lo habían sabido y festejado. Y desde ese día quedó instituida aquella alternativa de lenguaje: Asinomás era decir «andá» y «vení» o, tal vez, única concesión a un idioma literario, ve y vete. En el Oismatareis se decía «Idos» y «Venid», como desde lo alto de unos coturnos.

Otras veces era Mariucha quien sacaba el libro y proponía los dramas. Entonces Eugenio se llamaba Deroso y Bob se llamaba Votino, o Bob se llamaba Garrón y Eugenio se llamaba Franti. Mariucha solía tener el libro en una mano, el libro de

tapas blancas con una mancha de tinta azul sobre las tres primeras letras del título, COR en letras anaranjadas. Un anciano barbado abría un cajón, un niño se empujaba en su silla, el padre miraba. Libros al fondo, un lecho, cuadros. Podía haber sido una cubierta más pérfida, alguna de las imágenes del interior del libro. Por ejemplo, un niño durmiendo en el bosque, al lado de su pequeño baúl y por debajo la leyenda «¡Oh madre mía!, ¿te acuerdas de tu Marcos?»; o la popa de un altísimo buque zozobrando en un mar bravío y el héroe desprendiéndose del bote demasiado colmado: «¡Tú, Julia! ¡Tú tienes padre y madre! ¡Yo soy solo!» Pero habían hecho bien en elegir esa escena tranquila, en la portada por lo menos.

Mariucha solía tener el libro en una mano, para oficiar de apuntadora. Pero en rigor no lo habría precisado. Se sabía de memoria todo el *Diario de un niño* y en especial los cuentos mensuales. Solía escenificar los más escuetos: *El protector de Nelle*, no se sabía por qué, era su preferido. Ella hacía el papel del jorobadito excluido de las hazañas de la vida. «También Nelle, el pobre jorobadito, miraba ayer a los militares, pero de un modo así, como pensando: «Yo no podré nunca ser soldado».

Se caracterizaba de Nelle poniéndose a la espalda, embutiéndose debajo del vestido la almohadita que usaba en la quinta, la almohadita en que luego murió, la que Tía Herminia regaló a Eugenio por ser el primero que la pidiese. Se ponía la almohadita debajo del vestido; se sentía instantáneamente en el papel de Nelle y se decía, como si explicara al personaje, corriendo de memoria sobre el texto:

—Es bueno y estudia; pero está demacrado y pálido y le cuesta trabajo respirar.

—Le falta el aire —acotaba Eugenio—. Pero la mirada de Mariucha lo fulminaba; y Bob, haciendo el proselitismo de la seriedad ante la niña, chasqueaba la lengua.

—Vamos. A no salirse de la obra.

—Lleva siempre un largo delantal de tela negra lustrosa —reanudaba Mariucha, que se había atado a la altura de las axilas una vieja enagua, desecho de uno de tantos lutos de la quinta.

Detallaba su traje, como antes había detallado el maquillaje de polvos, aludiendo a la fidelidad de su composición con un gesto de la mano, que apuntaba a la cara, que apuntaba al cuerpo, según la referencia.

—Su madre es una señora pequeña y rubia, vestida de negro, que viene siempre a recogerle a la salida (ese papel le tocaría después a Eugenio, pero por ahora le aguardaba el de

Franti)... porque no salga en tropel con los demás, y le acaricia mucho. (Bob le hacía saltarse este gesto).

Ahora venía la parte cruel. Eugenio se preparaba para entrar a escena, aunque estaba ya —semifascinado desde el comienzo, enamorado de ella y no de Nelle— de pie y con los brazos alargados hacia Mariucha. Y la ficción le imponía castigarla.

—En los primeros días, porque tiene la desgracia de ser jorobado, muchos niños se burlaban de él y le pegaban en la espalda con las carteras...

Bob le alcanzaba la cartera escolar. Eugenio asumía vertiginosamente la mueca innoble que tenían los malvados en *El signo fatal*, la mirada oblicua, la sonrisa taimada y viscosa.

—...pero él nunca se enfadaba ni decía nada a su madre, por no darle el disgusto de que supiera que su hijo era juguete de sus compañeros.

La acción ya se había desatado, nadie la detendría.

—...Una mañana se levantó Garrón y dijo: «Al primero que toque a Nelle le doy un testarazo que le hago dar tres vueltas».

Fueron al Diccionario, porque Bob era un histrión escrupuloso, quería saber a fondo lo que el texto marcaba. No hallaron «testarazo» pero sí «testarada»; llegaron a la conclusión de que era un golpe en la cabeza. Lo noble de Garrón era peor que lo innoble de Franti: Franti pegaba en la espalda al más débil, Garrón en la cabeza porque a su vez era el más fuerte.

La cartera pasaba rápidamente de manos. Bob había sido siempre un muchacho frágil y retraído, jamás un justiciero de patios escolares. La sublimación de esta escena lo transportaba. Y Eugenio debía encogerse cada vez más, y protestar e imponer condiciones antes de que empezase *El protector de Nelle*; porque el famoso testarazo era cada vez más duro, envolvía un sentido figurado de rivalidad ante Nelle y un sentido inconfeso de emulación ante Mariucha.

Lo que seguía era la escena de Garrón y Nelle compañeros de banco, puestos allí por el maestro. Basta con leerla para pensar que la escena es equívoca: «Se hicieron muy amigos y Nelle ha tomado mucho cariño a Garrón. Apenas entra en la escuela, busca en seguida por dónde anda, y no se va nunca sin decir «Adiós Garrón». Y lo mismo hace Garrón con él. Cuando a Nelle se le cae la pluma o un libro debajo del banco, en seguida, para que no tenga trabajo de agacharse, Garrón se inclina y le recoge el libro o la pluma, y después le ayuda a arreglarse el traje y a ponerse el abrigo. Por esto Nelle le

quiere mucho, le está siempre mirando y cuando el maestro lo celebra, se pone tan contento como si lo celebrase a él».

Pero más equívoca se volvía aún entre Mariucha y Bob. Porque Mariucha era una mujer —o, mejor dicho, iba a serlo algún día—, porque Bob como director había ordenado que miraran este mutuo embeleso en lugar de decir la letanía del texto aprendido de memoria, porque esta ritualización inesperada de un fragmento de la acción lo hacía esplender malignamente, porque Bob ponía la mayor suma de cariño imaginable en el hecho de recoger una lapicera, ponía unos ojos de cordero desgollado en el acto de echar un abrigo sobre los hombros de Mariucha. Eugenio padecía su exclusión; pero ya estaba preparándose para ser la madre de Nelle.

—«Nelle, al fin, tuvo que decirselo todo a su madre». ¿Qué era lo que había querido ocultarle hasta entonces? ¿La vergüenza de que, siendo un jorobado, sus compañeros lo aporreasen? ¿O la vergüenza de su ambiguo apego a Garrón, un apego que Mariucha enfatizaba con su rostro de harina y su falsa jorobita de almohada y su falso sexo de muchacho, todo eso que Bob o más que Bob Roberto podría haber calificado después (jamás lo hizo, la muerte de Mariucha bajó el telón sobre esa escena y sobre muchas otras) de exceso aberrante o, como en el caso de Tío Jaime y el vestido de novia, de sentimiento incestuoso?

Sobrevenía entonces la madre de Nelle al colegio. Eugenio había rehusado siempre caracterizarse como la madre de Nelle. Lo hacía vestido de Eugenio, vestido de Franti.

Simplemente aflautaba la voz para preguntar si había en la clase de su hijo un chico que se llamaba Garrón. Y la afeiminaba aún más para suplicar:

—¿Quiere usted tener la bondad de hacerle venir un momento?, porque tengo que decirle algunas palabras.

Garrón sobrevenía con la cabeza baja, «con su cabeza grande y rapada» (había sacado una media del bolsillo, se la había encasquetado). Sobrevenía como si fuera culpable de alguna demasía, como si también la bondad las engendrara en este mundo expuesto a la sospecha. Esa culpa —seguramente Eugenio lo veía así— no era gratuita: la escena del amor recíproco era cada vez más inadmisiblemente untuosa. La madre de Nelle no la había visto, es claro; pero él, Eugenio, sí.

—¿Tú eres Garrón, el amigo de mi hijo, el protector de mi pobre niño; eres tú, querido, tú, hermoso?...

El narcisismo de Bob había llegado a un éxtasis, parecía próximo al espasmo. Como director, había exigido el énfasis en los «tú», había querido alargar aquellas frases que lo bañaban indeciblemente:

—¿Tú eres Garrón? ¿Eres tú, Garrón, tú el amigo de mi hijo, tú el protector de mi pobre niño, eres tú, querido, tú, hermoso?...

Eugenio se resistía a sobrepasar el texto: pedía el mismo respeto que antes le exigieran. Pero Mariucha disfrutaba de la exageración y apoyaba a Bob. Y para reforzar el final, ella decía el texto como una salmodia, mientras los primos tenían que mimarlo:

—Después buscó precipitadamente en sus bolsillos, y no encontrando nada en ellos se arrancó del cuello una cadena con una crucecita (era el único artilugio escénico que Eugenio había consentido en llevar sobre sí: no parecía deshonroso, ni aun siendo hombre, colgarse una pequeña cruz del pescuezo). Y la colgó del de Garrón, por bajo de la corbata (Bob inclinaba demasiado la cabeza, él le veía una rayita de mugre en uno de los pliegues de la nuca) diciéndole:

—Tómala, llévala en recuerdo mío, querido niño, en recuerdo de la madre de Nelle, que te da millones de millones de gracias y te bendice.

Mariucha hacía también *El tamborcillo sardo*. Eugenio era el capitán que desde lo alto apostrofaba su marcha vacilante, de uno a otro extremo de la sala:

—Desángrate, muere, desgraciado, pero llega.

Y luego Mariucha se acostaba en el sillón, se echaba una sábana encima y decía aquella parte en que se cuenta que tiene la pierna amputada y que el médico, al operar, ha estado orgulloso de que fuera un muchacho italiano.

Un crucifijo puesto sobre el sofá, prendido a una cortina (el mismo que luciría sobre el pecho de Mariucha yacente), asumía la responsabilidad de escenificar el ambiente de sala de hospital. Bob llegaba entonces hasta ella (ella el tamborcillo), traía al flanco una espada de lata y se había puesto un viejo quepis de campaña, auténtica prenda del General Escudero.

Llegaba hasta el borde del sofá, se quitaba ceremoniosamente el quepis.

—¿Qué hace mi capitán? ¡Por mí! —exclamaba Mariucha.

Poco le costaba a Bob dar la voz dulce y sumamente cariñosa que pedía el libro:

—Yo no soy más que un capitán; tú eres un héroe.

Se inclinaba entonces, y esto era cierto, Eugenio lo veía, *El tamborcillo sardo* sólo le había dado la frase cruel del «Desángrate, muere», una espantosa anticipación del Destino, entonces no podía haberlo sabido. Estaba excluido de lo demás, veía ese «beso de todo corazón», habría querido que algún día las circunstancias le permitieran dárselo a Mariucha. Pero Bob

era un director intransigente, cuando Mariucha y Eugenio hacían *El pequeño escribiente florentino*.

—Es el cuento más hermoso de todos, decía Bob, porque su emoción no tiene nada que ver con la muerte ni con la desgracia (¿a quién se lo había oído?; seguramente a Tía Herminia, parecía escucharse hasta su modo de decirlo). Pero por eso mismo, es un cuento muy suave. No exageren.

Y cuando llegaba la escena culminante —Mariucha era el escribiente, Eugenio el padre— y ella decía «¡Oh padre mío, perdóname!» y el texto lo indicaba llorando, y él tenía que contestar «¡Perdóname tú a mí!» y decirlo en sollozos y cubriendo la frente del escribiente de besos, Bob se ponía al lado, casi encima, metiendo la cabeza entre ellos dos, para exigir que los besos fueran en la frente, fueran paternas, sonaran simplemente a protectores. Y cuando el padre llevaba al niño hasta la cama de la madre y le ordenaba «¡Besa a nuestro hijo, a este ángel que desde hace tres meses no duerme (Mariucha se hacía un sombrío maquillaje de ojeras para esta frase) y trabaja por mí y yo he contristado su corazón mientras él nos ganaba el pan!», Bob —que tendido en el sofá hacía de madre— tomaba a Mariucha en sus brazos y la arropaba amorosamente y le alisaba los cabellos de un rubio pajizo y la besaba en las mejillas y la apretaba contra sí hasta que ella, rendida y satisfecha, simulaba dormirse.

Bajará la vista del retrato; habrá estado mirando largamente, tratando de reconocerse en esos ojos claros, en el inquietivo arco de las cejas, en la morbidez de esa mano que se abandona sobre el libro. Podrá imaginárselo joven —más joven de lo que es el mismo Roberto ahora, ahora que ha rehuido las primeras canas—. Más joven de lo que ahora es él, mientras Narváez le dice:

—*Dear old Bob* (con el tono cariñosamente neutro con que ambos leían «*Dear old Santa Claus*» en el texto de inglés, acaso para evocar la frase íntegra). Veo que empezaste a teñirte las patillas. No hay caso, un *playboy* no puede darse el lujo de envejecer como un tipo cualquiera.

Como un gordo cualquiera, quizá. Pero no. El no es un *playboy*, nunca lo fue. Narváez no hace más que acatar una palabra

de moda. Tal vez estén en la fresca gloria del retrato, más que en él, más que en el viejo Bob mismo, las razones de esa absurda tintura.

Podrá imaginárselo joven, secretario de Lavalleja en 1833, vestido de capitán de caballería. Podrá representárselo como Sargento Mayor a partir de Carpintería y en 1837 cerrando piernas en el escuadrón que rechaza la carga de Rivera contra Paysandú. *Querido viejo Bob* es la traducción literal, pero no dice lo mismo. *Mi viejo Bob*, seguramente, lo dice mejor. Pero tampoco es viejo, salvo por el hecho de que las sienas encanecan y la piel se marchite y la carne se ponga algo más flácida dentro de la misma delgadez de siempre.

De todos modos, podrá pensar que los años cenitales no eran todavía aquéllos de Paysandú sino los del escenario nativo de Colonia. Podrá volver a presentárselo la extensión campal —en tierra, mar y años— de la Guerra Grande, su impura obstinación hecha de muerte y de codicia, de sacrificio e hidalguía, de impiedad y de reglas del juego. El Comandante habrá tomado la Colonia, será el 18 de agosto de 1848, Roberto podrá estarlo recordando. No habrá costado mucho, los cañones de los barcos de la intervención —el bergatín Adonis, el vapor Fulton— estarán todavía haciendo fuego sobre la playa ya ocupada. Las familias extranjeras —podrá estarlo pensando— habrán huido. Las baterías habrán sido abandonadas, los *salvajes unitarios* se habrán dispersado en todas direcciones. En la lista de bajas del enemigo estarán Andrés Torres y Felipe López, muertos a palos en el agua por los marinos franceses, para evitar que trepen a lanchas demasiado cargadas.

Si él hubiera tenido esas patillas leonadas (esas chuletas, como diría sin mayor reverencia Tío Jaime) habría podido dejarse las hebras blancas, jugando a provocar otro reflejo. Lo habrá pensado mirando nuevamente el retrato, que no es el del hombre que tomó la Colonia en el año 48 ni el de quien volvió a tomarla en el 51, ni el de quien discutió la paz de octubre de ese mismo año, sino —a lo más— el de quien tuvo que emigrar a Buenos Aires con la caída de Giró en el 53 o el de quien volvió a entrar a la patria para el combate del Arroyo San Martín o el de quien envejeció hasta 1878, entre esta quinta montevideana, la calle Veinticinco y la estancia de las Violetas.

Habría podido reconstruir, desde el sosiego de esos días otoñales, la estampa del atildado criollo que hizo decir al Comodoro Hope: «Creeí encontrarme con un soldadote y me hallé con un cortesano». Podrá imaginárselo hablando en francés con Coutelier cuando, para negociar y entretenerse, el marsellés bajó

desde el Fulton, acepte un caballo y una custodia y llegue hasta el campamento, muy pocos meses antes del asalto.

Podrá figurárselo en el momento en que, disponiéndose a culminar el asedio, aprestándose para la embestida final, escriba: «¡Soldados, la gloria de los vencedores nos espera; pero si hubiera algún desgraciado que se separase de su puesto, que robase o insultase a una familia, será fusilado al frente de la División».

Querrá comprenderlo, mejor que Tío Jaime, cuando tenga los hechos una vez más por delante, los hechos con su mezcla incongruente de cortesía y de rigor. Podrá extraer del cajón superior del escritorio de ébano los rollos de papeles y leerlos de nuevo, por más que se los sepa de memoria. El 22 de agosto Mazère, sucesor de Coutelier, escribirá desde el Adonis, para agradecer la insólita gentileza del envío de los uniformes de gala. Los oficiales franceses del Adonis y del Fulton los habrán dejado en desorden, tibios aún del baile de la noche anterior, para ganar las naves ante la noticia del asalto a la plaza. Durdós y su familia también habían huido, la casa habrá quedado abierta. El Comandante Escudero habrá puesto una guardia, habrá impedido que nadie saquee nada. Habrá ofrecido su propio carruaje, previamente equipado con víveres para dos días, a la familia de Rivera a fin de que pueda trasladarse a Montevideo. Mazère dará las gracias, Oribe habrá dado la otra orden. Y ese mismo día 22 en que el marino escriba su gratitud en francés, el Comandante dirigirá un oficio al Brigadier Ignacio Oribe: «El soldado Modesto Laguna violentó una puerta y robó cinco botellas de vino en la noche del 18. A las 8 de la mañana del día 19 ha sido fusilado, lo que pongo en conocimiento de V.S., a quien Dios guarde muchos años».

—Decime Papá... —le habrá contado Tío Jaime que preguntó una vez, tras la lectura de los mismos papeles (era el hijo menor, tratado con una benevolencia que en aquellos tiempos recién se empezaba a tener con los nietos: ni Lucas ni Virginia ni Rosina lo tuteaban)—. ¿No era horrible hacer fusilar por esa bagatela al pobre hombre que había peleado por ti, mientras le devolvías los uniformes a esos franchutes que habían estado cañoneándote?

El General (ya no era Comandante, tenía la indulgencia, la vejez, la sabiduría y la sorna de los viejos generales) se había limitado a sonreír, a decirle que él era aún muy joven y no podía comprenderlo.

—Pero Papá... —había querido insistir Tío Jaime, y se había detenido (le habrá contado muchos años después) al ver cómo los ojos del General se empañaban en una súbita tristeza. Qui-

zás acabara de ver por un momento a Modesto Laguna, fusilado por cinco botellas de vino, mestizo y solo, apenas rescatado del anonimato por un oficio de cuatro líneas. Y a Modesto Laguna, ¿no lo guardaría ahora Dios, con la misma pompa que a Ignacio Oribe, con más humildes pero más razones que al mismo General en su cielo de fusilados y uniformes de gala?

—Es la disciplina inevitable de los Ejércitos —habrá dicho Narváez, cuando Roberto se lo haya contado—. Hasta Fidel lo hace.

¿Qué habrá querido decir con eso, «Hasta Fidel lo hace»? ¿Habrá querido sostener que la disciplina es lo único que no pasa de moda, el único valor eterno entre tantos que el tiempo consume?

—Si no mata al de las cinco botellas de vino, el soldado siguiente viola a una mujer. Eso es lo que quiero decirte.

Y el Manuel Oribe que ordene «Póngale usted al pirata Fernando Guillasa y a los demás comprendidos un grillete y una cadena a cada uno, destinándolos a los trabajos públicos», será el mismo que disponga la entrega de «seis onzas de oro para lutos» a la viuda del Teniente Cerro, muerto en el asalto a la plaza; el mismo que mande desembargar las estancias del salvaje unitario Pedro Solano, padre de la viuda, acto que deberá serle anunciado como «debido a los méritos de su extinto yerno».

Si Modesto Laguna muere fusilado por cinco botellas de vino, le pasa algo que a mí no puede pasarme, algo que es hijo de su miseria, de una sed y de un ansia que no puedo tener —pensará Roberto, creyendo haber dado con el razonamiento exculpatorio que Tío Jaime buscara años antes—. Lo veo morir y no es la disciplina lo que lo hace ajeno. Es otra cosa. Es la insignificancia de la culpa que se ha buscado, pobre diablo. No he podido sentirlo, muere por una causa inverosímil, no ha querido ser mi semejante. Es él quien se niega, no yo.

No es un *playboy*, jamás lo ha sido. Un *playboy* dejaría que los amigos bailaran en la sala, se emborracharan delante del retrato, se acostaran en el sofá Luis XV, invadieran la casa, descolgaran los óleos, se pasaran el álbum como si fuera una pelota de fútbol, todo lo que harían si él los dejase. Un *playboy* se libraría de su estirpe de ese modo, se vengaría secretamente por el hecho de envejecer allí, por el hecho de que otros le hubieran empobrecido la suerte y el destino, lo hubieran engendrado tan débil. Él no es un *playboy*, no sabría serlo.

«Pero si hubiera algún *desgraciado* que robase...» El bando se comió a tener una piedad genérica por anticipado, una piedad monitoria, la única que en el orden militar es posible.

Modesto Laguna robó las botellas, se puso en las condiciones de aspirar a esa lástima.

La Retoma fue tres años después, podrá precisarlo con toda exactitud: la mañana lluviosa del 2 de agosto del 51. Cerca de Rosario un chasque le habrá dado aviso del levantamiento. Los ha dejado en libertad bajo palabra, le han prometido no insurgirse. No han cumplido. Lloverá torrencialmente la noche en que vuelva grupas hacia la plaza. Será una de esas noches en las que la gente de campo suele decir que no se ven las manos. Mandará hacer grandes fogatas en el Cerro Le Bas, a retaguardia, para orientarse en la marcha. Será la noche del uno al dos de agosto: y vuelve. El bisnieto podrá pensar si aquel hombre no sintió entonces un empuje colérico, un sentimiento cruel de vejación y de venganza, una levadura de verdugo que no precisó para ajusticiar a Modesto Laguna por cinco botellas de vino. Vuelve. Hace punta en la noche, concibe tal vez una sangrienta lección, un escarmiento ritual en un patio, una última pena contra un poste; el bisnieto podrá imaginarse que el guerrero vio y saboreó esa perspectiva, sentir que le interesó disponerla y apenas pudo retenerse de presenciarla. Fue un resto de ese empuje el que lo llevó a atravesar de un lanzazo al joven Neves cuando, rodilla en tierra, el muchacho le apuntaba y tiraba. San Jorge y no el dragón. El cabeceo del caballo lo salvó; el animal dobló las piernas, baleado en la testera. Alguien dirá después que el Coronel «entró a Colonia a sangre y fuego»; sus panegiristas negarán tal exceso. Fusilará al Mayor Pedro Arce; no por la costumbre enemiga de que por tres veces lo haya enfrentado, sí porque esta vez haya violado un juramento. Otros ejecutarán a Villoldo, por una orden errónea revocada a destiempo. José Vicente Villalba será encontrado entre un montón de alfombras de la sacristía y acribillado al tomar una lanza. Pero Abel Corrales se esconderá en el excusado de la casa parroquial y se dará al cura toda una noche para ponerlo a salvo; Martiniano Otero se encogerá hasta entrar en un horno y no será quemado.

Siempre, detrás de la ráfaga de rencor, será posible hallar esa calma noble y última en el retrato. Levantará los ojos hacia él, no tendrá la pasión gratuita, la pasión ciega, la pasión ancestral que es necesaria para gritar «Viva Oribe»; pero algo en él, desde sus labios magullados (no soy *playboy*), querrá decir señor, padre y abuelo.



Nunca le ha importado, no le preocupará saber si todo esto va a escribirlo algún día. Tendrá bastante con haberlo soñado. Podrá volver a soñarlo ahora, ahora que duerme mientras el otro se desangra. Será (ha sido ya otras veces) un sueño amortiguado y ceremonioso, ligeramente burlesco. Aparecerá el General haciendo un paso de minué; vestirá su uniforme de gala-museo, tendrá en la mano un papel, un papel como una piel humana donde sólo haya escrito SSSQBSM; vendrá hasta él, atravesando el tul del mosquitero; se inclinará hacia él para entregárselo en el sueño: SSSQBSM. No es una clave, es una pleitesía de campamento a campamento, una traición al estilo del campo que los circunda. Querrá decir Su-Seguro-Servidor-Que-Besa-Su Mano, así habrán terminado muchas de las cartas que escribía por las noches, a la luz del velón. Recibirá las de Urquiza, desde Potrero de Vences, desde la Costa de Gualaguaychú, desde el Cuartel General en el Peñarol: económicamente dirán «Su mejor amigo Justo», jugando a un mismo tiempo un nombre y un concepto. Los campos olerán a pólvora, las batallas a degollatina; el odio escupirá «pirata carcamán Garibaldi», el mismo Rosas será «salvaje unitario» en su desgracia. La amistad, en cambio, derramará «íntimas y federales felicitaciones», cumplimientos al destinatario en los que el vencedor ofrezca, como si fuese un toro, su victoria. Las corbetas, los bergantines, las naves de la intervención adornarán el bloqueo con la cinta de sus nombres hermosos: Adonis, Fulton, Firebrand, Asunta. Caundo caiga Giró se refugiará en la Andromède, Berro en la Galatea. El mar será la sede de esas gracias; la tierra: sangre, fusilazos, emboscadas, caballadas robadas, estancias desiertas, tropeles de soldadesca «excitada por el aguardiente, por jefes y oficiales y por hombres de frac». Todo tendrá en el sueño la condición de un ballet sigiloso, de una mascarada tumultuaria y monótona, en la que sólo cambien las caras: algunas veces el General, otras Tío Jaime, otras Narváez. Si el rollo de cartas dice que Rincón y Escudero hacían noche a campo, que aún después de firmada la paz dormían en medio de la tropa acampada, con los fusiles al alcance de la mano, dentro del mismo carruaje que transportara a la familia de Rivera, en el sueño serán Eugenio y él, Eugenio y Bob dormidos en un cupé perdido al raso, en mitad de la infancia. Y en el sueño estará otra vez él, otra vez Bob, ahora con Laguna: hay cinco bolos en el suelo, alineados como en un juego de salón. No ve la cara de Laguna, lleva puesta una boina marinera, se la oculta la culata del fusil cuando lo echa hacia adelante y tira. Cuando lo echa hacia adelante y tira y parte el bolo de la izquierda que es una botella y estalla, una botella que derrama

vino, sangre, algo que se filtra en el sueño, en el piso permeable del sueño, mientras Laguna cae, cae en brazos del General y de Tío Jaime que pregunta «¿Por qué?», mientras él Bob, envuelto en las redes del mosquitero no puede preguntar, lo ve todo en una bruma lechosa: Laguna (parece ser un negro, parece ser un indio, no hay dudas de que sólo no es un blanco) caído con el pecho atravesado, por el mismo tiro que hizo al bolo, fue él quien lo hizo, y el General inclinándose hacia el agonizante como si algo secular lo detuviese, como si únicamente algo incontrastable lo conminase a no decir «Perdón», a mirar al bisnieto con unos ojos acorralados, tristes y más jóvenes que los del retrato, a mirarlo en los mismos ojos que el débil descendiente le ha heredado, le ha quitado para mirar otras cosas, para mirar sin gloria posesiva, para abrirlos ahora en otro mundo donde no hay fusilados ni marchas nocturnas ni vigiliadas alrededor de las fogatas ni sueños en carruajes detenidos entre las chircas, donde ya no hay nada de eso sino solamente palabras, perdón, piedad, blandura, compasión, asco, lástima.

A tío Jaime le gustaba hablar de Violetas. Allí estaban tal vez sus mejores recuerdos de infancia, como en la quinta los de Eugenio y Bob.

—Había unos invernáculos enormes, en los que Leonardo encendía braseros cada vez que hacía frío.

Leonardo —Leonard Wright— era el jardinero. Fue también el poblador remanente de Violetas, cuando la familia se vino a Montevideo. Regresaban algún mes de verano y allí lo encontraban: envejeciendo entre las plantas, con un color de tierra en la cara, con un húmedo olor a lombriz en las ropas. Esta era la imagen que tío Jaime tenía de él: un viejo flaco encorvado, escardillo en mano, sobre fondos de helechos.

En Violetas, que era el casco de una estancia antigua y más grande, no había mayores lujos de mobiliario, no había pianos como en la quinta. Pero tío Jaime, silbando y tarareando, inventaba desde entonces sus primeras canciones. *León ardo / León ardes*, decía una de ellas, dedicada al querido jardinero. El viejo, que hablaba un español veteado de palabras inglesas, no podía entender que aquélla era una burla de las conjuga-

ciones escolares (yo ardo, tú ardes, él arde) pero festejaba al niño mimado, con la alcancía de su boca sin dientes, con golpecitos muelles entre los rulos. León ardo, león ardes: tío Jaime había dicho después que con el tiempo se lo representaba como si fuera el león alado de los portales asirios, reproducido en los libros de Historia. Porque la primera vez que miró la estampa de aquel león de perfil, el ala brotando de su cuello le había parecido una llamarada surgida de la melena, una llamarada en que se hubiera resuelto la melena del león mitológico. Y aquella figura, aquella mole de piedra que su hermano Lucas había visto en el Louvre, se convirtió en el emblema de Leonardo. Leonardo Leonárdez, como había pasado a llamarse; Leonard Wright, que se murió en las Violetas al año siguiente de aquel en que los invernáculos fueron pisoteados por la caballada del General Caraballo, pasando a escape y en derrota; deshechos como si les hubieran arado encima.

Dormir en un cupé entre las chircas; cuidar especies tropicales entre braseros, en medio de ese campo asolado por las partidas, por los cuatrerros, por la *seca*, hasta por las derrotas. Era preciso explicárselo con naturalidad aún en los caprichos. El General se apegaba a Violetas a medida que iba sintiéndose más viejo. Tal vez porque Violetas era el cogollo de algo que había sido y estaba a medio derruir, como él en su vejez.

La línea de su progenie más débil era la que más lo escuchaba; la que lo había atendido más afectuosamente en vida, la que seguía buscándolo aún después de la muerte. Tío Jaime se acercaba a cebarle mate —en la quinta, en Violetas— y se ponía a oírlo o preguntarle: «Decime Papá...» Bob era quien acudía con más interés a la cordura intermitente que Tío Jaime se provocaba años más tarde hablando del General. Sabía de algún modo que aquel tío desprolijo, raído, con una estampa de viejo concertista arrumbado al fin de su vida en la tranquilidad de un hospicio, era quien tenía mejores títulos íntimos para hablar del General llamándole Papá, como si las charreteras para él no existiesen, como si la espada y el grado no hubiesen mediado nunca en esos diálogos.

—Una vez dijo algo muy bonito. Verás. Estaba viejo, empezaba a ponerse desmemoriado. Yo ya no quería preguntarle, para que no sufriera al verse cada vez más olvidado. Fue él solo, solito. Tomábamos mate sin hablar nada, ¿comprendés?, sin decirnos nada. También me gustaba. Y de pronto, El Viejo me miró y me dijo que la vejez no era un dolor ni nada que no pudiera aguantarse, pero que se sentía algo raro... Se ve que quería explicármelo; y justamente cuando desistía le vino la imagen: era como irse quedando solo, me dijo, en un cuarto

del que otros estuvieran sacando los muebles. Ya he llegado a la edad de saber que es una gran verdad: para mí también empezó la mudanza... Pueden ir descolgando los cuadros.

Y Tío Jaime había muerto seguramente en una pieza de hospicio, en la pieza de un hospicio verdadero y no el hospicio imaginario de artistas, un refugio de locos, no el asilo de los viejos geniales pianistas fracasados. Y es claro que lo abandonaron a que se muriese en una pieza vacía, literalmente sin muebles, y quizás hasta sin una ventana al campo o a un jardín, como la que se reservaba siempre el bisabuelo.

Una metáfora intuida por una generación y padecida por la siguiente —pensaba Roberto—. ¿Será eso lo que llaman tradición?

—Tío, ¿te acordás bien de Violetas?

—Cómo no. Papá solía llevarme. Fui más yo que Lucas, por ejemplo. Era un viaje largo. Nos íbamos hasta Colonia en diligencia y desde allí en *break* hasta la estancia.

Tío manejaba al lado del cochero, azuzaba a los caballos, se emborrachaba de campo abierto. En el asiento trasero, el General miraba las cuentas que acababan de darle en la Colonia: corderos muertos de frío, ovejas ahogadas, mortandad de vacas con aftosa. ¿Sería cierto?

—Pero la verdad es que íbamos cada vez menos. Verás. Desde el 63 en adelante, creo que nadie vivió realmente allí. Bueno, nadie salvo Leonardo. Papá le había encargado que regalase un ramillete de violetas a cada dama que visitara los invernáculos.

—¿A cada dama?

—Papá lo repetía siempre así. Venía gente de la Colonia a visitarlos, los domingos de tarde. Valía la pena.

—*Poor old Daddy*, ¡qué romántico!

—Hasta que una caballada les pasó por encima. Fue la muerte de los invernáculos y, a los pocos meses, la muerte de Leonardo... Bueno, todo se acaba. Papá contaba que en el 63 un batallón de Guardias Nacionales que él mandaba, volviendo de la Expedición de las Islas, vivaqueó una tarde por allí. Y cuando se pusieron otra vez en marcha, a la tardecita, cada uno de los doscientos hombres llevaba en la boca de su fusil un ramito de violetas.

—Violetas en el crepúsculo... ¡más romántico todavía!

—No sé si romántico. Papá en el 70 no era tan viejo. Pero empezaba a hacer cuestión de detalles: los papeles del escritorio, las cartas en orden, los recuerdos en orden. Verás...

—Orden en el cuarto vacío...

—¿Y por qué no? ¿Qué otra cosa hacemos desde hace años en esta quinta? ¿O qué te has creído?...

Su cordura podía flaquear abruptamente, Bob estaba al tanto. El Tío pasaba de una frase amable a un exabrupto, y aquella irritación repentina era el signo de su debilidad: se cansaba de golpe.

En 1944, cuando los diarios hicieron el escándalo del cementerio de ajusticiados, suerte que Tío Jaime estaba muerto. Porque aquello habría sido para él lo que la caballada en desbande para el viejo Leonardo.

«Macabro hallazgo en la Séptima de Colonia», decían las páginas policiales. Unos obreros, haciendo un desmonte cerca de Violetas, habían encontrado huesos, esqueletos casi pulverizados de adultos. Era la antigua estancia de Escudero, dijeron los vecinos de más arraigo. «Escudero, a quien mis padres llamaban el General. Pero que dicen que no lo era...»

Ochenta años justos habían pasado desde que le otorgasen ese grado, ochenta años desde la carta de marzo del 64 en que Urquiza lo felicitaba (escritura de las más claras en el rollito número tres). Ochenta años y ya un viejo vagabundo, aguatero de los tiempos de sequía, changador de los muelles el resto del año, un viejo inútil y pringoso a quien llamaban La Grulla lo destituía, conseguía que los diarios lo fotografiasen a él al tope de sus declaraciones, asegurando que no había tal General, que se trataba de uno de tantos estancieros de la zona puesto al frente de sus propias partidas armadas, haciendo depredaciones por su cuenta y riesgo. Y los cronistas, es claro, no abrían un libro, no buscaban nada, ignoraban la existencia del personaje, como un detalle más en su vasta ignorancia de la Historia, de la tradición, del mismo emplazamiento urbano de los museos que las mostraban para ojos perezosos.

«Señor de horca y cuchillo», «encuentros o malones», «enemigos sepultados de prisa». Hasta que sobrevino un experto y determinó que eran huesos de indios, un secular cementerio de indios, con un método propio en las inhumaciones. Los diarios perdieron interés en el asunto, libraron a un rincón perdido el dictamen que epilógaba tanta intriga. El General Escudero volvía a su marco, La Grulla al muelle de pasajeros.

Violetas, 1944. Roberto juntó rencorosamente esas hojas en que, a cambio de tantas estupideces, aparecía el frontis ya en ruinas de la casa, su propileo de columnas dóricas, las alas laterales que avanzaban, dando a la construcción entera la forma de una U. Las tomas dejaban ver ventanas desquiciadas, agujeros de luz intensa hacia los fondos y el cuajarón blanco, piadosamente intacto de la parte central de la columnata. Otra

foto mostraba un paño, una lona, una frazada abierta sobre el campo, con su depósito de huesos semimolidos, de huesos porosos, con los alvéolos visibles de los que habían quedado más cerca de la cámara. Otra vista, desde mayor distancia: las columnas al fondo, un escueto trazo en serie de álamos deshojados (pleno agosto), la achaparrada forma de un ombú. Pensó en que debía convencer a Saquieres, si la Forchela fuese capaz de resistir la distancia: tenía que ir a verlo, aún en su ruina; a imaginárselo otra vez, a partir de su ruina.

—En el 53, cuando cayó el presidente Giró, Papá se desterró a Buenos Aires. Verás. Pasó por Higeritas (Tío Jaime había heredado la nomenclatura del General: nadie seguía llamándole Higeritas a Nueva Palmira, habían muerto los habituados a ese nombre) en un lanchón, con unos oficiales. La familia —es decir, Mamá, Lucas, Virginia, Rosina muy chiquita, porque yo no había nacido en ese entonces— se quedó acá, en la casa de la calle Veinticinco. Papá se instaló en una casa y esa misma noche una partida de unitarios...

—...De salvajes unitarios —proponía Bob.

—Sí —corregía Tío Jaime, que aún no estaba cansado—, una partida de salvajes unitarios, con Héctor Varela al frente, le apedreó la casa, al grito de «Muera Escudero, el asesino del Cerrito». ¡Vieras cómo lo enardecía contar! Era como si cada vez que lo repitiese le ocurriera de nuevo. Hasta se le cambiaba la voz, al punto de convertirse en gemido: *¡Me apedrearon la casa, hijito del alma!*

—Hijito del alma...

—Sí, es verdad lo que ha dicho tu abuelo Lucas: que Papá me consideraba como si fuera su nieto. Por eso era que yo lo tuteaba.

«Hijito del alma», quería decir eso, y quería decir también —por el tono patético en que el General estiraba la frase— que aquello había sido una injusticia afrentosa, que aquello estaba al margen de las reglas del juego, tan afuera como no lo estaban un degüello de prisioneros o un fusilamiento por cinco botellas de vino.

¡Me apedrearon la casa, hijiito del alma!...

Tío Jaime le contó también que el General tenía dificultad para ciertas juncciones de consonantes, y patinaba sobre ellas. Trataba de remedar respetuosamente el defecto y retocaba la frase:

—*¡Me apedrraron la casa, hijiito del alma!*

—Si algún día hubiera tenido a Héctor Varela bajo la mano...

—Ya lo he pensado. Verás. Una de dos: o lo perdona para

que el otro sienta la humillación, o lo fusila para castigar a precio justo la culpa. Sin términos medios... *A tout seigneur...*

Bob podrá haber soñado muchas veces que Jaime se lo dice desde el piano. Que va hacia el teclado, que vuelve hacia él la sonrisa de nutria, como disculpándose. Que pasa su pañuelo por las teclas, enjugando los restos de humedad. Que arranca con una marchita jocosa, se compone el pecho y canta:

*Me apedrraron la casa
hiji-hito del alma,
me apedrraron la casa,
hiji-hiji-hiji,*

como si fuera un final de llanto.

Pero Tío Jaime jamás lo hizo. Sus transgresiones eran más descocadas y veniales, las de un viejo pianista aficionado que moriría en una casa de reposo y no quería merecer ese fin. Con la memoria del padre jamás se permitía irreverencias de tal índole. No. Podía llamarle El Viejo, cosa que al abuelo Lucas o a la abuela Margarita o a la tía Virginia (si no estuviera muerta en Santa Fe, desde antes que Bob hubiera podido saberlo) o a la tía Rosina, y ni qué hablar que a la bisabuela Felipa, habría escandalizado. Podía incluso preguntarle si no le parecía una atrocidad matar a un soldado por cinco botellas de vino y cambiar zalemas con los franceses que lo habían bombardeado. Pero sabiendo lo que le había dolido que los salvajes unitarios le hubieran apedreado la casa, él, el *hijito del alma*, jamás lo habría cantado. Total, no era necesario, mientras hubiera canciones tan divertidas como *Quand on est mort* o *Si vas a Calatayud*.

Ahora mismo se sentaría al piano, ahora mismo se pondría a cantarlas, una tras otra, en hilera. ¡Despiértate!

Bob se atarea con el clericó, se lo da a probar.

—Dejalo para el final, que es cuando se toman hasta el agua de la palangana.

Echa otro chorro de vino blanco, una cucharada más de azúcar, contesta que será muy distinto cuando esté helado. Eugenio se encoge de hombros; sigue andando de un rincón a otro de la sala.

Ha llegado más temprano, como lo hace siempre. Para atribuirse una participación que su primo no le adjudica, para estar en la casa (como si viviera en ella) a la hora en que lleguen Saquieres, el gordo Narváez, Elermes Vallebona, El Sombra Montero. Es una presunción ingenua, porque los otros saben que ya no vive allí desde el remate, desde que todos estuvieron de acuerdo en que —en tanto no se decidiera el destino de la quinta— Bob siguiera en ella y la cuidara, y Bob pidió quedarse a vivir solo.

Como Bob no le reclama nada, ni lo hace participar en los preparativos, Eugenio asume el papel de crítico:

—Aunque lo hayas helado, dejalo para el final. Para cuando baje la exigencia.

—¿Está tan horrible?

—No, pero es una bebida inocentona, una bebida de viejas.

—Mejor es la añeja, ¿verdad?

El candor de Bob no es un candor verdadero. Quiere aludir a lo que él, Eugenio, toma cada vez con más sed, cada vez con más avidez, cada vez con menor resistencia. «Si por lo menos fuera whisky», es lo que quiere sugerir.

—Bueno, será también una bebida ordinaria. Pero no es tan de fiestita de rancho como el clericó.

Bob se impacienta de súbito. Quisiera retenerse, porque recuerda los arrebatos, los arrequives de otro humor quebradizo: el de Tío Jaime.

—¿Lo tiro, entonces? —pregunta con irritación, pero dulcificando el tono tanto como puede.

—Dios te libre. Llegará la hora y lo tomaremos con todas las ganas.

Eugenio se ha llenado desde ahora el vaso de añeja, de la misma botella que ha traído, como su contribución a la noche. Pretexto: sacar los pedacitos de corcho que han quedado flotando en el gollete.

Con el vaso en la mano, vuelve a la sala. Desde que llegó, ha estado removiendo las cosas de su sitio, sacándolas y volviéndolas a poner, con un escrúpulo sentimental de verificación y de autoprovocación, que Bob conoce y detesta. Por eso todo este fisgonear errabundo en los libros, en los floreros, en el álbum, en el crucifijo de Mariucha, en los óleos le crispa.

Porque es otra forma de señalar esos derechos imprescriptibles, los que da el haber nacido y vivido en la casa. Lo hace a sabiendas de que ni Saquieres ni Narváez, con ser los más íntimos, entran esas noches a la sala, a fin de no marcar la exclusión de los otros. En la mañana han transportado el piano a la galería. Ahora la reunión tiene que ser allí.

Lo que además lo escuece es que Eugenio haga comentarios retrospectivos acerca de los objetos, como si al descolgarlos bajara por un instante el alma de la familia y le echase un vistazo:

—La verdad es que el catolicismo de los Escudero se ha des-teñido mucho desde el General hasta aquí. Nos hemos ido olvidando de Dios.

Es la reflexión que acompaña al descenso momentáneo del crucifijo de marfil, y el verbo mismo está sugerido por la palidez en cruz del trozo de empapelado que ocupa. (¿Podría haberse marcado así sobre la sábana de Mariucha?)

—Pero al menos nadie lo ha negado —responde Bob—. En casa nadie fue jacobino, como en lo de Galván.

Es una forma de recordarle a Eugenio que en su familia materna predominaban los *positivistas*.

—Porque los Galván eran colorados y ateos, ¿no?

Pregunta en tonos de beata falsamente horrorizada. Pero, además, pregunta superflua. Lo sabe de sobra.

Eugenio no contesta. Como en las improvisaciones de comedia, como en las farsas sin libreto, presiente que se quedaría atrás, que si empalmara esta réplica sólo dilataría su derrota, porque Bob le asestaría el golpe siguiente, el que acaso ya tiene febrilmente pensado. Su humor de solitario está cada vez más exasperado, y eso lo inclina a una forma agria y punzante del ingenio, menos puramente perversa que la de los días infantiles, pero también menos luminosa, menos restallante en fantasía, más directamente burlona y ominosa.

El silencio y la retirada de Eugenio lo pacifican; ya puede volver a sentirlo como un pariente o, mejor dicho, como el que siempre fue: como un hermano. «Un hermano con una veta colorada, ¿qué va usted a hacerle? —como le dice en los momentos de broma cariñosa— *Accade nelle migliori famiglie...*»

—Tenés razón —consiente ahora—. Es un catolicismo un poco momificado. Pero los sentimientos cristianos en que se apoya la familia, en cambio, nunca flaquearon: los Escudero no son adúlteros, los Escudero se bautizan, los Escudero no se divorcian...

—Bueno, si ahora ni siquiera se casan... —argumenta Eugenio.

La pausa que sigue mide las diferencias entre sus dos solterías.

—Dame un traguito de esa añeja que trajiste. ¿Irás a acabarse la familia?

—¿Desde ahora?

—No, desde que muramos.

—Digo si desde ahora vas a tomar añeja.

—Claro que desde ahora. ¿O qué estás tomando?

Le repugna que el primo lo proteja. Es el único que no tiene títulos para tratarlo como a un ser más inerme, porque entre los dos saben que, a debilidades distintas, Bob es acaso el más fuerte. Aunque no se lo digan.

Recibe el vaso, toma un trago largo y profundo.

—¡Ele, bárbaro! Si apurás de ese modo...

—Enséñeme, maestro.

Eugenio sigue dando vueltas entre las cosas, perturbándoles el sosiego, removiéndoles el polvo, como si el juego de lavatorio de plata que el General regaló a la bisabuela Felipa y quedó en custodia luego del remate familiar (a falta de postor: «esas cosas ya no tienen uso en las casas actuales»), como si el metronomo de la niñez de Mariucha (que hace de tácito monumento recordatorio en escala, en la repisa del rincón del sofá en que representaban), como si el álbum de tapas de nácar, como si el camafeo engastado en terciopelo azul que recuerda a la bisabuela joven, como si el auténtico quinqué a gas de petróleo, que Bob no ha dejado adaptar a la electricidad, fueran objetos ateniados a una mecánica que obligara a moverlos, a agitarlos, a hacerlos oscilar en la mano, a escucharlos cerca del propio oído para sentirlos vivir.

Luego va hacia el reloj de pesas, abre la tapa y sumerge la nariz en esa larga caja, con forma y cara de ataúd, que lo prolonga hasta el suelo. Bob presiente ya el golpe:

—¡Qué olor a quinta! —dice, efectivamente, Eugenio.

Esto sí que es una canallada, debe pensar Bob. Porque esa era la frase sacramental y de apertura, que decía Mariucha cuando venía a pasar los veranos. Se desprendía del brazo de su madre, iba corriendo hacia el reloj, lo abría como ahora ha hecho Eugenio, metía la cabeza como ahora ha hecho Eugenio y decía —como ahora ha dicho Eugenio— «¡Qué olor a quinta!» Era un olor mezclado a maderas, a membrillos maduros y al aceite de los engranajes de la maquinaria, todo latiendo junto, con una pulsación que sugería un sitio y un tiempo. Mariucha recién llegada, hambrienta de las sensaciones que por todo el verano la esperaban, podía decirlo. Eugenio lo hace simplemente de péfido.

—Pero no —protesta, interpretando (lo que acaba de mostrarlo culpable) el silencio en que Bob ha dejado caer la alusión y el recuerdo—. Es que desde que sacaron el *lambris* del comedor, por aquellos arreglos de la humedad, y lo cambiaron por papel, la quinta ya no huele así. Es la pura verdad.

—Sí, será la pura verdad. Pero es una verdad que alguien

ya dijo antes, que vos y yo deberíamos respetar. Voy a mandar ponerle llave a la caja de ese reloj, cualquier día de éstos.

—No lo harás —dice Eugenio, volviendo a su vieja edad de niño enfurrñado—. Yo oleré sin decirte nada.

—Fetichismo.

La Forchela de Saquieres se ha aproximado detrás de este diálogo, y aquí están. Los de siempre: Narvárez, Elermes, Monterito y —claro está— el propio Saquieres.

Envoltorios, botellas, saludos, silbidos, cantos.

—Japi barda tu-íu.

Irrazonablemente, han supuesto que Bob cumple años. Bob mira rápidamente a Eugenio: «No vayas a decirles...» «Seguramente quiere pasar su cumpleaños solo, ni siquiera conmigo. Tiene razón...» (Ese es el diálogo, ése es el acuerdo.)

—¿Cómo, cómo? —pregunta fingidamente Roberto, como por una coartada de lealtad: no es cierto y por eso lo ha negado. Sí, pero dándolo a entender.

—Todo se sabe, Robertito. Entréguese y dé un beso a sus amigos en el día de su onomástico —dice Elermes, echando mano a toda su posibilidad de ingenio. En su caso, incluso es meritorio que pronuncie una palabra tan larga sin trabarse. Es claro que aún no ha empezado a beber.

—¿Cuántos van?

—¿Cuántos besos?

—No, cuántos años.

—Uno menos de los que demuestro.

—Entonces quince.

—Hermosa edad de infanto-juvenil, como dicen ahora —comenta Narvárez.

—De viejo delincuente juvenil. ¿Cómo era que decías cuando estudiábamos, gordo?

—Que estábamos pasando de estudiantes aventajados a estudiantes avejentados.

—Eso mismo. ¡Por la vejez! —y alza su vaso.

Beben todos. Saquieres y Narvárez prefieren añeja. Roberto se ha pasado a la cerveza-bien-helada, que han traído en el coche. Elermes y Montero no saben, no quieren tomar más que vino. Bajan las damajuanas del coche, las destapan.

—Decime, Hermes —pregunta Roberto—. ¿Cómo estuvo el partido? (No puede interesarle).

—Horrible, ¿cómo querés que haya estado? ¿No sabés que en este país ya se acabó el fútbol?

—¿Y por qué seguís yendo, entonces?

—Si dejáramos de estar en todas las cosas que se acaban

—lo ayuda Narvárez— habría que mandarse mudar de este país. Y aquí estamos.

—Aquí estamos, suicidándonos *all'uso nostro* —dice Eugenio.

—Ahora que decís suicidio (servime, echá aquí) el otro día me contaron una cosa increíble —dice Saquieres—. Que en París hay un servicio telefónico especial —como si fuera el 213— para hacer desistir a los que quieren suicidarse.

—Absurdo de toda absurdidad —sentencia el gordo—. ¿Y cómo funciona, a pedido de quién?

—Bueno, el que quiere suicidarse llama y se lo dice al tipo que está de turno. Entonces me imagino que el tipo le dice «Explíqueme qué le pasa» y se ponen a conversar. Dice que los tipos tienen una paciencia fenomenal. Que a veces hablan horas con el mismo sujeto.

—Hasta que el otro cuelga y se mata —dice Narvárez.

—O cuelga y no se mata. Porque a lo mejor el suicida se alivia explicando los motivos que tiene, discutiéndolos con alguien. Me imagino que en las grandes ciudades un porcentaje de gente se suicida por soledad, por no tener con quien conversarlo.

—¿Y el tipo del teléfono les arregla el asunto? —pregunta Elermes.

—Se los arregla o no. Son sicólogos profesionales, me supongo, pero seguramente a veces la embocan.

—La embocan siempre que los otros no sean suicidas —insiste Narvárez.

—¿Cómo?

—Claro. Un verdadero suicida no los llamará nunca. Porque es un individuo que ya no precisa consejos. Los llamarán los otros: los neuróticos, los farsantes, los que quieren que alguien los convenza.

—No sé —vacila Saquieres—. De todos modos, sería lindo pescar una de esas conversaciones, a ver qué dicen.

—Los cosos que se matan es porque se matan y chau —dice Monterito.

—¿El señor sostiene el derecho a disponer de la propia vida? —pregunta Roberto, tomándose un trago muy largo de cerveza. Toma con una decisión poco frecuente en él, con una decisión que tiene algo de alegre y desesperado al mismo tiempo, como la ficción de su cumpleaños, como la ficción de su absoluta soledad, como la ficción de su juventud y de su pelo negro.

—Bueno, bueno, si hasta El Sombra opina ahora... Servile más vino.

—Lo que yo digo es que cuando un coso quiere matarse no

lo para nadie: si le sacan el revólver de la mano va y se tira al agua...

—O al vino.

Eugenio deja el vaso a un costado, va hacia un rincón de la galería, se contorsiona junto a la pared. ¿Irá a vomitar? No, no; finge estar en una cabina de teléfono. No está tan borracho.

—Monsieur le psychologue —grita en falso, ya más entusiasta. Y volviéndose a la audiencia: —No olviden que es en París—. Monsieur le psychologue, je suis très nerveux...

Bob, el viejo Bob toma instantáneamente la llamada:

—Tome Passiflorine y déjese de joder.

El gordo Narvárez lanza una carcajada. Acaba de recordar los *Caras* y *Caretas* arrumbados en la glorieta: el aviso del hombre sacudido por un acceso de tos en plena calle y el caballero que sin acercarse le aconseja: «Tome Senenquina y déjese de toser». Pero tiene que estar él también un poco borracho para haberlo dicho de ese modo.

Los demás, fuera de Eugenio —que sigue en su papel, que ya no escucha— están al margen. Elermes y El Sombra no han entendido siquiera la llamada del suicida francés.

—Voy a abrirle mi corazón, M. Le Psychologue —dice Eugenio—. Me llamo Bimbo.

Ahora en Saquíeres quien larga una risotada, mientras el Gordo se contrae. El Gordo está divorciado; su mujer lo dejó hace años; lo abandonó aunque ella era horrible, aunque ella no estaba a la altura de él, aunque esa ruptura rehúya todas las explicaciones lógicas de su conveniencia, como las rehuyen casi todas las separaciones, casi todos los divorcios. Y el Gordo se emborrachó una noche, se puso estropajoso y confesó que su mujer, en los momentos de disfrute, se hacía llamar Bimba y lo obligaba a llamarse Bimbo. En realidad no era a él ni a ella a quienes su mujer bautizaba así; éstos eran los nombres que ella daba a las partes con que los dos hacían el amor.

—Habla Bimbo, monsieur —insiste Eugenio, volviéndose provocativa, pendencieramente hacia el Gordo, para devolverle la risa de la Passiflorine—. Quiero que me devuelvan a Bimba o me mato. La preciso, monsieur.

El Gordo está a punto de levantarse. Roberto lo ha advertido:

—Bueno, vamos a dejar este juego. Tómese lo que quiera, Monsieur, pero corte.

—Gordo, ya que te levantaste serví más vino —dice Elermes.

—Vino Harriague. Estos sí que se matan sin hablar por teléfono —comenta el Gordo, tratando de olvidarse de la ofensa

de Eugenio—. ¿Te acordás, Roberto, de las botellas de Borgoña legítimo que tenía tu abuelo en la bodega?

—Sí señor, me acuerdo —dice Eugenio— sin que el Gordo lo mire—. También era mi abuelo, ¿qué se cree?

...Parecía una noche calurosa mientras estábamos en la galería, tal vez por el encierro y la bebida, parecía una noche cálida y quizá lo fuera, pero ahora algo empieza a enfriarse en mí o afuera, será la sangre perdida gota a gota o será el aire, será que estamos entrando en la madrugada. No puede saberse, no hay forma de medirlo, ni pasos ni ruidos ni una música lejana en el viento, bueno, ni viento, ni la respiración de un dormido, ni siquiera alguien que grite en un sueño. Es eso, el centro de la noche como un barco a vela en una calma chicha, como una palangana en un cuarto cerrado, nada, una quietud, un desgajamiento que se esconde en las mismas cosas mientras las destruye, que no hace ni aún ese crujido de una madera en un dormitorio sumergido en la noche, nada, pero eso mismo puede ser la vecindad de la muerte, la zona de grandes calmas de la muerte, el dolor que está yéndose poco a poco, no un bienestar pero sí una indiferencia, un frío que no destroza pero empieza a poner la mano más lejos de la muñeca, la nariz más lejos de la boca y esta sensación creciente de que el piso aspira a todas las partes del cuerpo, quiere hacerse de ellas, va a ganárselas si no se las peleamos, y entonces, de golpe, descubrirse sin ganas de pelear. Bob duerme a unos cuantos metros infinitos o no duerme, también puede no estar o haber muerto, haber salido por el portón de los fondos aunque nunca lo hace, haberse ido y haber echado el candado para la custodia de las cosas, tantas variantes posibles, tantos desencuentros en unos pocos metros irrecorribles o en unos muchos metros irrecorribles, tanto da, ahogarse en dos palmos de agua o ahogarse en la zona abisal, fondos de arena o de madrèporas, tanto da. Y si esta cosa insidiosa y tranquila y estacionada fuese, a pesar del alivio, a pesar del dolor que lentamente se retira, a pesar de las manos que aflojan su crispación la muerte, todo lo que existió antes pasaría a no existir, sería arrastrado hacia abajo como las ropas que envuelven al ahogado, como la tintura que tramoya el pelo del ahogado, como los zapatos que calzan los pies del ahogado; todos los hechos de los últimos días, de las

últimas semanas, de los últimos meses se volverían incongruentes, esta botella de caña que compré para traer hoy, este traje que saqué de la tintorería ayer de tarde y está de nuevo sucio, más sucio y empapado que nunca pero para no regresar a ninguna tintorería de la tierra —es fútil pensar en ninguna tintorería de la tierra, porque la tierra sería la misma sin tintorerías, la misma sin sastrerías, la misma sin bodegas y bares que vendan botellas, se recogería igual a bostezar este aire de las madrugadas aunque todos los sitios que esos negocios ocupan fueran portillos ciegos en la noche, gemas arrancadas, vicios y virtudes castigados por igual, extirpados por igual, suprimidos por igual— y esta muela que me emplomé el martes y esa mujer con quien me acosté el jueves por la tarde, porque si un muerto pudiera pensar no una vez en la vida sino una sola vez en la muerte, así fuera por última vez al entrar en ella, como en los pasos que da todavía ensombrerado, dentro de una casa, el señor que camina hacia la percha, si un muerto pudiera pensar una vez en la muerte seguramente se miraría, se desgarraría los bolsillos y las solapas, diría para qué llevé en mi último mes este traje, para qué perdí tiempo en mis últimas horas en ponérmelo, para qué fui al dentista (y a lo mejor también podría sacarse de un golpe la dentadura cuyo ajuste mecánico tanto le preocupó en sus últimas tardes), para qué compré el diario y a lo mejor rasgarlo sin haberlo leído, para qué firmé estas cuentas, para qué llené estas hojas y escribí estos legajos, para qué mastiqué estos alimentos y me acosté con esta muchacha que a decir verdad no me gustaba. Pero es claro, casi nunca se sabe con certeza, casi nunca se sabe antes, el pasajero que va en un avión y piensa en un amigo trivial no regatea si el tipo merece el pensamiento, un sitio en el pensamiento de una cabeza con riesgo, un resquicio en el pensamiento de un cuerpo con riesgo, y si entonces el avión cayera el mortal atrapado se quedaría con el pensamiento de ese amigo trivial como con una flor ordinaria en la mano, y si pensamos en alguien, ¿valdrá la pena el ser en quien pensemos?, porque yo mismo podría pensar en Saquieres o en el penoso gordo Narváez, Bimbo, Bimbo sin Bimba, Bembó-sans-Bembá, y ni darles entrada a los otros, porque éstos ya son pura carroña y descomponen el pensamiento donde puedan acampar por un segundo, las tripas rotas por donde puedan colarse, esos imbéciles que se pasan detallando el recuerdo asqueroso de una historia asquerosa, un vómito de chocolate que confundieron con un vómito de barro, y eligen jugadores de fútbol a lo largo del tiempo como si extrajeran pájaros finos de una jaula. Yo pienso que si uno supiera que va a morir en un poco tiempo

más, a pesar de este relativo bienestar de tener sólo un poco de frío y estar acostado en la noche, esperando el día, sobre unas baldosas en las que uno esperó ya antes la pubertad o el amor, yo pienso que si uno supiera que va a morir en pocas horas más el mundo se le vaciaría de golpe, se vaciaría de gestos convencionales, nadie iría hacia una ventana para abrirla, nadie pelaría una naranja, nadie se lavaría las manos, nadie se pondría una corbata, nadie se lustraría los zapatos, nadie se cortaría el pelo y las fruterías y las tiendas y las peluquerías tendrían que cerrarse hasta la próxima vuelta de la vida, porque nadie podría interesarse en ellas en tanto todo estuviera suspendido porque un hombre, porque ese solo hombre para el que en cada caso el mundo gira estuviese muriéndose, sangrara en unas losas de un pórtico o durmiera hasta un síncope en una cama o navegara hacia una sala de operaciones de la que no ha de salir y él no lo sabe pero su indiferencia sí lo sabe. Esto me conforta por ahora, sí, me estimula, porque aún me interesan los detalles de la vida si pienso en ellos, la forma en que está hecha esta columna, las líneas de rombos terminados y la fila de rombos quebrados con que se integra el piso de este pórtico, la higuera que está lejos, detrás de Bob que duerme, las cosas que están detrás de seres que han muerto para fijarlas, Mariucha y la pirámide del metrónomo, Mariucha y el crucifijo, abuelo y la pajarera despoblada, todas las cosas hacia las que ahora mismo iría si pudiera de golpe levantarme, si la sangre ya hubiera dejado de salirme y no me estorbara para andar, como la rienda desgajada que arrastra el caballo, como la cadena que no detiene al perro una vez que forzó la argolla, aún me interesaría saber qué hora es y por cuánto tiempo más aún será noche, y esos intereses azarosos, esas preocupaciones fútiles son la vida, representan la vida, comen de la vida. En su rutina los hombres, aun los más pesimistas, hacen sin quererlo o sin saberlo pequeñas profesiones de fe, pequeñas afirmaciones sobre la vida, por lo menos sobre la tela cotidiana de la vida, y algunos —los que la gente cree más serenos, los que en verdad son más soberbios o están más embotados en esa rutina— siguen cuidando de estas cosas aunque sepan de su próxima muerte, de su muerte para esta tarde o a más tirar para mañana a mediodía, y piden que les traigan los enseres de afeitarse para no estar barbudos en el ataúd, o recomiendan que les pongan una camisa determinada, o eligen un lugar arbitrario dentro de un cementerio, tan sólo para que se sepa, para que haya constancia de que han elegido; y en cambio no toman precauciones sobre algunas contrariedades que son la obra de la rutina de la muerte y no de la rutina de la vida. Porque esos

mismos señores que se afeitan, que eligen su camisa, que em-
plazan su lápida y hasta redactan el epitafio industrial que ha
de escribirse en ella, esos mismos señores no saben que des-
pués vienen los empresarios y abren paso a sus empleados de
guardapolvo y esos empleados vienen con rollos de papel y a
veces hasta con trozos de diarios y rellenan los huecos que
siempre quedan entre los flancos de un cadáver y su caja, los
rellenan con páginas de telegramas o de crímenes y obligan al
señor tan previsor a irse cargado de noticias que ya no le inte-
resan, que al final de los tiempos van tal vez a quedarse pega-
das a sus huesos. Así yo ahora, aunque me queden muchos
días más, quisiera elegir mi compañía: me gustaría que Bob en
vez de dormir estuviese aquí y que Mariucha en vez de estar
muerta estuviese aquí y los tres pudiésemos hablar y decir o
hacer algo para ocupar con tino el tiempo que nos queda, apro-
vechar el tiempo restante sin falsas piedades ni falsas cere-
monias, porque si a un muerto le llenan los huecos del ataúd de
papel de diario es porque un muerto ya no es más que una
cosa y un diario es otra cosa, es porque un muerto es una
cosa aunque otros se estafen rindiéndole homenaje, una cosa
por más que lloren mirándolo, una cosa indestructible por más
que lo depositen con precauciones como si pudiera romperse,
una cosa, una cosa, nada más que una cosa. No les diría nada de
esto, claro está, ni representaríamos tampoco ninguna comedia.
Bob se pone maligno cuando representamos, me escamotea
los mejores personajes. Bob es el pequeño patriota paduano.
—«No acepto limosna de quienes insultan a mi patria», y nos
hace llover conchillas o piedrecitas desde más alto, como si fue-
ran el puñado de monedas de la ilustración— y Bob es el pe-
queño vigía lombardo y Mariucha es el pequeño escribiente flo-
rentino y el tamborcillo sardo; todos son pequeños, además, y el
libro es una bazofia de patriotero y de cruel, y nosotros nunca
tuvimos la excusa nacional de ser italianos y en cambio sufrimos
por la muerte de esos héroes infantiles, por las tremendas
despedidas del niño apuñaleado y su abuela, por las congojas
del chico sin madre en los Apeninos. Así que no, no quiero Bob,
así que no, no quiero Mariucha, ya hemos representado mucho y
tengo derecho a estar cansado; sentémonos en cambio, senté-
monos en este mismo piso, pero tampoco para jugar a la pa-
llana sobre su fondo blanco y negro. No sé siquiera si podría
soportar el fulgor de las cinco piedras rojas, de los cinco car-
bunclos que se fabricó Bob, de las cinco piezas de granito rojo
que pulió Bob; las mías eran unas piedras vulgares, unos gui-
jarros encontrados en cualquier sitio, grises, color pizarra,
negruzcos, del color sucio de las piedras sin nombre; y ade-

más eran ásperas a la mano y de peso desigual, de volumen
desequilibrado —una redonda, otra puntiaguda—; las de Bob
eran suaves, poliédricas como diría la maestra, del mismo peso
todas; y después del juego las guardaba en una bolsita de tela
negra como si quisiese silenciarlas, como si fueran bolitas y
quisiese cerrarles la luz para que descansaran. No, no, no qui-
siera jugar otra vez más —¿a qué?— con Bob a la pallana, no
sólo porque me hiere el color sangre de sus hermosas piedras,
no, ni siquiera principalmente por eso, sino por la disparidad de
condiciones y lo irritante del premio, que a veces parecía exigido
por Bob, otras veces ofrecido por Mariucha. Bob tenía una ha-
bilidad endiablada para tirar al aire y abarajar su piedra de
arriba en tanto había recogido con sobra las del suelo. La del
uno —porque las suertes del juego estaban numeradas de uno a
cuatro y luego culminaban en el puente, que era la quinta— la
hacíamos sin sacarnos ventaja, ya que es fácil y allí ninguno de
nosotros perdía. Pero yo solía perder en la del dos —la piedra
del aire salta y tiene que volver a la mano que recoge parejitas
de piedras en el piso— y Bob se hacía los puentes en hilera,
uno tras otro, sin más respiro que el de recibir el beso de pre-
mio, uno por cada puente. Bob triunfaba y fanfarroneaba al
mismo tiempo. Deliberadamente dispersaba sus piedras para
que las parejitas a juntar lo obligaran a un largo garabato, a un
complicado escamoteo de la mano en el tiempo del ascenso y
la caída de la otra piedra; o las juntaba mucho para lucir su
destreza de separar las cuatro en dos parejas, sin rozar nunca
la que no correspondiese. Oh, me explico todo esto al detalle,
como si estuviésemos jugando ahora mismo y razonara mi de-
rrota para ocupar mi tiempo de otro modo que con un pollo,
una botella de vino, un cigarrillo y una taza de café. La del tres
levantaba tres piedras y luego recoge solitariamente la restante;
la del cuatro da participación al contrario: éste indica la que
ha de ir al aire, para que caiga sobre las otras cuatro recogidas
del piso. Bob dejaba que yo eligiera, pero rehusaba elegir
cuando yo llegaba a esta etapa, generalmente varios puentes
atrás. Bob, no quiero jugarle más a la pallana, no tiene gracia,
siempre pierdo, ya te lo dije y repetí mientras Mariucha vivía, su
muerte cerró la competencia, vuelvo a decírtelo ahora: no tiene
sentido, no quiero que me des ventaja, que yo te diga «dale»
marcándote una dificultad y después tú me digas «Elegí la que
quieras, me da lo mismo», mientras Mariucha te mira, dibuja ya
el premio que va a darte en el mohín de sus labios. No quiero
volver a verte haciendo el puente que te va a conseguir la re-
compensa, tu fina mano izquierda, delgada y casi tan blanca co-
mo la piedra que hace fondo, resplandeciente si la baldosa es

negra, abriéndose en la distancia de un gême, el pulgar y el mayor apoyados en el suelo, el índice montando al mayor. Ella había inventado el premio y tú lo habías consentido sabiéndote más hábil, imbatible. La veo siguiendo con sus ojos el dibujo aéreo de tu piedrecita roja, desinteresada de mis torpes pedruscos grises. Sin papeles en el reparto, sin posible victoria en la pallana. Yo proponía a veces que jugáramos los dos con el mismo juego de tus carbunclos. A veces te oponías para exasperarme con la dificultad. Otras accedías y me ganabas con la misma facilidad de siempre. Con tal que te despiertes, siempre que te alces de la cama y ahora mismo vengas, te desafío sí, te desafío: a cinco puentes, como todos los días. Una mano trazaba el puente, la otra procedía a la descuidada siembra de piedras. Yo marcaba la «mía», la intocable, en el sitio que más podía obstruir el paso de las otras. Y concedía como «dale» la que estaba más cerca de la boca del puente, en el sitio más fácil. De nada valía. Tus rúbricas de piedras rojas iban y venían por el aire, se imprimían en la penumbra de este pórtico como las luces de los autos en las fotos nocturnas de exposición prolongada. Cierro hoy mismo, cierro esta noche los ojos y veo el fastuoso juego de los cinco poliedros como cinco rubíes, como cinco gotas de vino bailando en el aire. Y luego que habían pasado todas, incluso la «mía», que debía pasar al final, desmontabas el puente, echabas la piedra de señuelo al aire y recogías las otras cuatro, que habían quedado casi juntas por el límite que les imponía el cuenco de tu mano izquierda. Y todavía, como un regalo de tu facilidad, para demorar el beso de Mariucha, para jugar también con él, arrojabas al aire las cinco piedras juntas y, antes de recogerlas, palmoteabas repetidamente, una, dos, tres veces, en la baldosa donde habías triunfado. Sin embargo ahora duermes y ahora nadie te besa, Mariucha ya no está a tu lado ni tendría objeto que volvieras a ganarme, eso es lo que te digo. Si tuviera tus pallanas rojas en esta mano las tiraría contra los vidrios del recibidor para despertarte, si pudiera sacármelas de la herida de la ingle, sin lavantarme, te las echaría como la lluvia del pequeño patriota paduano sobre la claraboya, haría trizas los vidrios del recibidor y eso quizá te despertara, borracho de simiente, solo en tu quinta y en tu nombre si yo muero, te las arrojaría porque eso sí lo hacía con más fuerza y puntería que tú, con honda y sin honda; sí, lo hacía mejor que tú pero otros lo hacían mejor que yo, en tanto a la pallana no vi a nadie, no creo que hubiera nadie que pudiera vencerte...

Los tamaños de su mundo —debe pensar Roberto mientras los oye. No hay nada más grande que Peñarol (han estado diciendo), nada más grande que Gardel (dicen ahora).

—Seguro que sí —insiste Montero—. Un hombre que murió en el 35 y sigue ocupando todo el dial y vendiendo más discos que nadie... ¡Eso es grande!

Es un concepto de la grandeza; pero hay otro, más espiritualizado:

—Cada vez está cantando mejor —ha dicho Elermes, recogiendo una broma frecuente.

—Y es cierto —retoca Saquieres—. Cada vez encaja más en lo que ahora nos gusta. Y a medida que aparecen otros, se ve que el tango era él... y se ve que el tango no da para más.

—El tango que no da para más, estoy de acuerdo, es el tango-canción —aclara el gordo Narváez.

Los otros se callan, porque discutir con él sobre Troilo, Piazzola o Salgán, los llevaría demasiado lejos. Y hay algo de la pedantería de Bimbo, de su pedantería oculta sobre temas populares, que a todos —sin decirselo— los intimida.

—Si será grande —insiste Montero— que a más de veinticinco años de su muerte la gente sigue queriendo saber cómo murió.

—¿Te referís a toda esa patochada del medium y de la pelea entre los guitarristas y del tiro casual al piloto? —pregunta Saquieres.

—Sí, a todo eso. Si hay un diario que lo paga es porque interesa. Y además están todas las leyendas que han corrido por ahí durante años: la de que andaba ciego y con lentes negras, cantando por las afueras de Medellín.

—Seguramente era un imitador, como vos —dice Narváez—. Claro que mejor que vos ...porque a vos, viejo, ni con lentes negros...

—¿Y el otro, el portefino avivado que en el mismo lugar del accidente sigue vendiendo dientes de Gardel a los turistas?... ¿Qué me decís de eso?

—¿Aquél que contacte —pregunta Elermes— que compraba dientes a los dentistas de Colombia y después los llevaba en el bolsillo entre algodones y se los vendía a los giles que iban en peregrinación, como si fueran dientes del Mago?...

—Ese mismo. ¿No les parece formidable, no como cuento del tío sino... diría el gordo, como folklore?

—Y vos sabés que hay un disco en el que aparece su propia voz diciendo: «Y si alguien piensa en mí todavía... ¡Adió!»

—¿Dice Adió?

—Sí. «Si alguien piensa en mí todavía...» ¿Te das cuenta? ¡Es profético!

—Debe ser una frase de diálogo de una película.

—Claro que sí, pero igual, che... parece espiritismo...

—Espiritismo o profecía: te pone los pelos de punta...

—Y con un ruido como a mar o a viento pasando entre esas palabras tan impresionantes... Como si fuera una despedida en medio de una tormenta... o una cosa así.

—Lástima que no tenés un pic-up —dice Elermes, dirigiéndose a Roberto.

—No, gracias —dice Roberto, como si alguien le estuviera proponiendo regalárselo—. Para que después ustedes me conviertan la quinta en un club de la guardia vieja...

Y tiene, en verdad (lo miran, ven la palidez que una borrachera incipiente está haciendo subir hacia la sombra femenina de los ojos) algo de tipo de la guardia vieja, pero no en el sentido tanguero que él se imagina. Un estudioso del tango («de ese hecho artístico que es el tango», corregiría el interesado) es hoy un joven con el pelo cortado a la italiana y corbatita de moña. Roberto, en cambio, tiene algo de la guardia vieja en un sentido más fino, algo de vejez a doble teclado, como un clavicordio, algo de prosapia decaída a doble clave, como un príncipe que viviera en el destierro y, además, fuera hemofílico.

—Nadie más Guardia Vieja que vos, en algún sentido —dice Narvárez.

Los demás se concretan a averiguarlo mirando aquellos pantalones gastados y desplanchados de franela gris, sus fundillos flácidos, el rompevientos azul, las patillas de un negro apócrifo y retinto.

—Y pensar que hay quien dice que Gardel se está muriendo ahora, entre los jóvenes... Lo leí el otro día en una revista.

—Macanas: fijate los espacios que le dedican las radios... Si fuera así...

Montero (Monterito, El Sombra) está dispuesto a llevar su admiración militante hasta el puro orgasmo del acto imitativo. Y ya comienza a tararear, para avisar que se viene.

—A ver, Robertito —pide—, acompáñame al piano. Es fácil (y canturrea otra vez).

Robertito está ya un poco borracho y ninguna proposición le sorprende; y en especial, una proposición así de plebeya no lo indigna, como habría sucedido un par de horas antes.

Deja su vaso de cerveza en la repisa de la galería y va hacia el piano.

—Nunca me he especializado en tangos, ni siquiera tengo las músicas. Pero a ver, tararealo otra vez...

El Sombra lo hace. Todos están pendientes de que Roberto ajuste el alto de la banqueta y se ponga a tocar. La imitación de El Sombra, la pobre sombra de Gardel de El Sombra, ya la conocen y —a alturas de la noche como ésta— hasta podrían disculparla. Roberto tocando, así sea un acompañamiento de tango, es algo que les importa mucho más.

—Pará, pará, no es así —dice Elermes, y repite —exactamente igual— una frase musical del tarareo de El Sombra. Sólo quiere revalidar un mismo conocimiento.

Ya Roberto está al piano. Ha puesto un pañuelo doblado en lo alto de la caja y, sobre ese pañuelo, ha depositado el vaso de cerveza traído desde la repisa.

—No tiren sobre el pianista —previene, volviéndose alegremente hacia los demás—. El pobre hace lo que puede.

—Citar a Wilde entre esta merza... —dice Narvárez.

—Sí, culto Bimbo, sí —repite Eugenio, y se aleja para evitar la agresión, ahora en broma, que esboza el gordo.

—Citar a Wilde —dice Saquieres, volviendo a llenar su vaso de caña—. Citar a Wilde...

Pero, con las copas que tiene, visiblemente no se le ocurre nada más. O se lo guarda.

El Sombra, entre tanto, ya está cantando:

*—En el barrio Cafferatta,
en un viejo conventillo...*

El Sombra ha oído el disco centenares de veces y sabe que los dos primeros versos hay que decirlos con voz grave, y que el quiebro hacia el falsete viene con el tercer verso:

...Con los pisos de ladrillo

y se declara francamente en el cuarto:

minga de puerta cancel.

La voz, una voz que imita servilmente a la del Mago, se pone fina, sin excesivo amaneramiento, para decir:

—Donde van los organitos
sus lamentos rezongando
está la piba esperando
que pase el muchacho aquel...

—Culto Bimbo. ¿por qué no decís nada sobre los ripios?
Elermes está allí para vigilar que nadie estorbe el canto ni
el acompañamiento. Chista con severidad, dirige a Eugenio una
mirada reprobatoria, que no se anima a ser furibunda.

—Aquél que solito (dice el falsete)
entró al conventillo
echando a los ojos
el funyi marrón,
boín enterizo
el cuello con brillo,
pidió la guitarra
y pa ella cantó.

—¿Quién podría cantar esa estupidez, paella u olla podrida,
si no fuera El Hombre? —pregunta Saquieres, enjuiciando lo
absurdo que parecen los versos en boca de Montero.

—Ventanita del cotorro (la voz se ha puesto
grave)
donde sólo hay flores secas,
vos también abandonada
de aquel día se quedó.

—Asómbrense de la concordancia —apunta el gordo.
—Sí, culto Bimbo, maestro de la lengua...
—¿Por qué no te vas un poquito?... ¿Qué tenés conmigo
esta noche?
—Nada, culto Bimbo.

—El rocío de sus ojos
en la garúa de la ausencia...

—Metáforas —exclama Narváez.

...con el dolor de un suspiro
tu tronquito destrozó.

—Er delirio —dice Saquieres— mientras El Sombra vuelve
a atacar los mismos estribillos—. Jamás se vio tanto disparate

junto. ¡Grande y querido Mago, cuántos crímenes se cometen
en tu nombre!

—Bra-vo, bra-vo, bra-vo —aprueba parsimoniosamente Nar-
váez—. Has tocado estupendamente, Bob. El Sombra es lo que
es, y ya se sabe —agrega con aire deliberadamente enigmático—.
A vos deben haberte puesto El Sombra porque seguís más fiel-
mente que nadie al Hombre.

—No —aclara oficiosamente Elermes—, viene del tiempo en
que se pasaba las noches en las timbas.

—Tocaste muy bien, fuera de broma. Algún día debías pre-
pararnos en serio una sesión de tango. No sólo de Debussy vive
el melómano.

—Dios me libre —exclama Roberto, con un horror más fin-
gido que real—. ¡Ni me lo nombren!

Y hace rápidamente el gesto de persignarse.

—Claro, el tango para vos es la vieja vergüenza de los buli-
nes —dice rencorosamente El Sombra—. No, viejo, eso ya pasó.

—Para mí es sólo la eterna vergüenza del mal gusto, y ésa no
la levanta nadie —dice Roberto.

—Ah, bueno, si te ponés así... —dice El Sombra, que frente
a una discusión sobre gustos (buenos o malos) sólo sabe decir
que no hay nada escrito.

—¿Viste la película? —Elermes se dirige a Saquieres—. ¿Vis-
te lo que fue el entierro en la Chacarita? ¡Grandioso!

—Está la civilización de Gardel —dice Narváez, que ha
estado mirando desde la galería hacia la sala— y está la civi-
lización de los cielorrasos pintados en las casas de familia. Lo
que pasa es que una no se lleva con otra.

—Pavadas y qué sé yo —dice Saquieres, que ya no tiene la
lengua para frases tan largas como «la civilización de los cielo-
rrasos pintados». Las dos están en deca...

Con un vaso de vino en la mano, de pie en el centro de la
galería, Elermes hace ahora su número, que nadie le ha pedido.
Es su número a dos voces, que saca desde dentro de sí.

—Primera voz —anuncia—:

(Grave)
—Tengo un loro barranquero
que dice Quiero la papa...

—Segunda voz, ahora:

(Falsete)
—Y yo tengo un cenicero
que dice Victoria Plaza.

—¿Por qué no le ponés una tonadita al piano, Roberto?

Nadie festeja, la estupidez de uno aumenta el cansancio de los demás.

—Bueno, bueno, los fueros del espíritu no tienen nada más que esperar de una noche como ésta —dice Narváez.

—¡Que te crees tú eso! —profetiza Saquieres, ya bastante oblicuo—. La noche es aún joven, como dicen.

—Me pidieron que no te lo dijera —le confió Bob—. Lo que Mariucha tiene es una palabra muy difícil: miocarditis.

—Miocarditis... —repitió pensativamente Eugenio—. ¿Qué quiere decir?

—Parece que es algo grave al corazón. Como si fuera un corazón más grande.

—¿Cómo lo supiste?

—Oí una conversación entre Mamá y Tía Elisa, sin que ellas me notaran... Y cuando me descubrieron les dije que quería saber y les pregunté. Me pidieron que no te dijera nada.

Tía Elisa era la madre de Eugenio. ¿Podía su madre hacer recomendaciones que lo excluyeran?

—¿Por qué pidió Mamá que no me lo dijeras?

—Bueno... tu madre no dijo nada. La que me lo pidió fue Mamá.

Debía haberlo previsto: su madre hablaba muy poco cuando existía la posibilidad de que lo hiciese Tía Herminia. Porque Herminia tenía una suerte de prioridad natural que nadie le discutía: estando ella hablaba ella, mandaba ella, decidía ella, excluía ella.

—¿Y por qué quiere tu madre que yo no lo sepa?

—No, no habló de ti en especial. Dijo que era mejor que no lo supiera nadie más.

También debió haberlo previsto: a Bob le encantaba personificar en Eugenio a esa abstracción insatisfactoria: nadie. Estaba disfrutando, se veía, con estas aclaraciones. Mejor no insistir.

—¿Y es muy grave, muy grave?

—Parece que sí —respondió Bob. Y luego, midiendo sus palabras, avanzando cautelosamente la frase para la indagación de su efectos sobre la cara de Eugenio: —Por lo que decían, parece que es mortal.

—No, no puede ser. Habrá que llevarla a otro médico.

—La han visto dos o tres, según parece. ¿Te acordás de la tarde en que Mamá la llevó al centro? La llevaba a una consulta de médicos.

Mariucha (recordó Bob) iba poseída de una excitación trivial, como si fuese de compras o algo así. Con sus zapatitos charolados de pulsera alta, con su traje de organdí con lazo a la cintura, con una cinta también blanca en el pelo rubio.

—¿Va a morirse entonces?... ¿En muy poco tiempo?

Bob debería haber sufrido al saberlo, había algo gastado y maligno en su cara, que era la huella de una sorpresa de horas antes, la misma que ahora volvía contra su primo.

—Parece que sí —dijo.

—Entonces el desmayo... ¿no era un desmayo?

—Bueno, sería un desmayo... pero era también miocarditis.

La palabra —una palabra que Eugenio no manejaba todavía— esplendía entre los dos, como un objeto más importante que la misma Mariucha. Bob tenía dos llaves de dominio: haberlo sabido antes y haber asimilado la sorpresa a solas; poseer una palabra nueva y echarla por delante, con todo lo que eso tiene siempre de misterioso e incontrastable.

Había sido un desmayo y también miocarditis. Todo ese día, un día sin escuela, habían jugado. Y hacia el fin de la tarde Mariucha quiso que representaran Naufragio. Todo Naufragio y no sólo la escena final, que era algo así como el aria de bravura.

Mariucha hacía el papel de Julia, Bob el de Mario. Eugenio sólo tenía los bocadillos trágicos y crueles del Capitán, un papel desentendido y oprobioso, al fin de cuentas.

La relación casual de los dos adolescentes en el barco que navegaba de Liverpool a Malta, era mimada por Mariucha y Bob con un crecimiento huraño y tierno, que la hacía ambigua y deliciosa. Ya era ambiguo que el barco fuese la pajarera. Se habían metido dentro de ella escurriéndose por la puertecita demasiado angosta; cuando hubiera que abandonar el barco, en procura de los botes, esa dificultad tendría un significado. La media esfera de los pájaros no se parecía a un barco, pero aquello no importaba demasiado. Además, Bob —director de la representación— había ordenado a Eugenio que, en tanto el Capitán no apareciese a decir sus desalentadoras palabras, trabajase como maquinista en el absurdo escenario, moviendo el tejido de la jaula, en un crescendo que diera el ritmo de la tormenta, su espantosa garra zangoloteando a la nave.

Mariucha contaba los antecedentes de la parejita, la historia del muchacho huérfano a quien el cónsul italiano había em-

barcado con destino a Palermo, hacia la casa de unos parientes lejanos.

—Doblemente lejanos —acotaba Bob—: en grado y en distancia. ¿No es así?

—Sigamos —proponía Eugenio.

Luego, con el gesto de endosarla a su vestido, de detallarla con las palmas de la mano vueltas hacia su pecho aún asexualado, Mariucha narraba la historia de Julia: Londres, la temporada con la tía viuda —a la que sus padres tenían la esperanza de heredar— y el regreso a la casa, tras la ruina y la muerte de la tía viuda, «aplastada por un vehículo, sin dejar un céntimo».

Aquí Eugenio se vengaba de la pobreza de su papel, de su inminente posición simiesca de colgarse de las varillas y en el tejido de la jaula para crear la tempestad. E interrumpía para decir siempre lo mismo, tan ritualmente como si estuviera en el libro:

—Como si la pobre vieja tuviese que vomitar monedas porque la aplaste un autobús...

En seguida empezaba el diálogo en cubierta:

—¡Qué malo está el mar!

Bob miraba a Eugenio y en ese instante Eugenio debía colgarse a una de las perchas de la jaula y balancearse en ella: los extremos de la percha terminaban en uno de los grandes aros circulares que ajustaban horizontalmente la estructura de la pajarera; y el cuerpo de Eugenio, hamaándose allí, hacía temblar la armazón y hasta generaba un ruido, hacía chirriar algo como si un velamen se desgajase, como si la obra muerta o la arboladura de un navío crujiese. Había tenido que suprimir la más prolija gradación de efectos que originariamente intentara, yendo de las perchas menores a las mayores —como si recorriese un xilófono— porque la jaula estaba herrumbrada y un día una de las varillas había cedido y Eugenio se había venido de traste al piso de la jaula, creando un efecto cómico que desfondó la ternura incipiente del diálogo e irritó sobremanera a Bob.

—¿Y tú? ¿Vas a vivir con tus parientes?

—Sí..., si quieren.

—¿No te quieren bien?

—No lo sé.

—Yo cumplo trece años en Navidad —decía Mariucha, empujándose subconscientemente sobre la punta de sus pies y echando afuera el tórax, para suplir la edad que verosímelmente le faltaba.

Cuando ya hecha la noche se separaban, en medio de una mar a cada momento más gruesa (Eugenio hacía todas las suer-

tes de la barra sobre la varilla que lo resistía, para crear aquel chirrido de matraca gigantesca, que partía el diálogo en agrias tajadas), Mariucha decía, dirigiéndose a Bob:

—Que duermas bien.

Sin dejar de moverse en su extraño columpio, Eugenio asumía instantáneamente el papel del marinero (hecho sólo con la voz, con una voz bronca, cavernosa, que transmitía el fondo desagradable de la supuesta piedad de la gente de experiencia) para sentenciar:

—Nadie dormirá bien, pobres niños.

Bob iba a responder «Buenas noches» cuando un golpe de mar lo lanzaba violentamente contra un banco de cubierta, sacándole sangre de la frente.

Mariucha se sacaba un pañuelo rojo, a indicación del libro, y lo envolvía en la frente de Bob. Aquí Eugenio se reía, colgado de los brazos, y su risa producía un extraño efecto: era la del marinero fogueado, que sabía que los niños se lastiman en altamar y al parecer lo celebraba cruelmente, porque aquello lo confirmaba en lo mucho que había visto.

La risa de Eugenio —que no había subido desde la garganta del marinero sino bajado desde sus ojos de muchacho, al ver la cómica estampa de Bob con un pañuelo rojo al que Mariucha ataba dos puntas en el centro de la frente (y no en la nuca, como estaba escrito), dos orejitas que divergían como cuernos— tenía el efecto indeseable de redoblar la ternura de Mariucha, que se arrodillaba junto a Bob, le tomaba la cabeza y decía:

—¿Te sientes mejor?

Y él:

—Ya no tengo nada.

Julia tendría que haber mirado la mancha que la sangre de Bob había hecho en su vestido amarillo (pero el suyo era azul, esa tarde). No lo hizo.

Tendrían que haber seguido dos líneas de diálogo: Julia: «Duerme bien». Mario: «Buenas noches».

Pero en vez de esas líneas, Mariucha —que era la que debía hablar primero— dijo:

—Estoy cansada.

—¿Querés que dejemos el juego? —preguntó Bob, con una suavidad que podía ser entendida dentro de la situación, continuando el tono empezado y dedicada a Julia, pero que también era la forma de ternura vacilante, inquisitiva, algo insegura que él siempre usaba para dirigirse a Mariucha.

Ella no quiso abandonar y siguieron. «El marinero había acertado en su augurio. No se habían dormido aún, cuando se

desencadenó horrible tormenta». Estas frases no mimadas del texto las decía siempre Mariucha, alzando un poco la cabeza, como si estuviera leyéndolas en el libro, puesto en un atril que la obligase a levantar la mirada. Pero esta vez, a causa de la fatiga de la prima, Bob tomó tales frases de transición y Mariucha no le pisó el parlamento (como dicen en jerga de teatro). No. Por el contrario, su cabeza aparecía más bien baja, volcada sobre el hombro izquierdo.

—¿Qué tenés? —preguntó Eugenio, desde la exclusión de su barra—. Vamos a parar por hoy.

—No, no —dijo Mariucha— no es nada.

Y Bob, con una hostilidad conocida (la que sentía dentro de él cada vez que Eugenio extremaba el celo por Mariucha, lo aventajaba en alguna preocupación que pudiera concernir a la prima):

—Dale, dale. Seguí moviéndote. ¡Aquí viene la furia!

La cara de Mariucha no demostraba ninguna ansiedad por el temporal que rodeaba a Julia y a Mario, que los envolvía en cubierta, que los separaba del mundo. Se le veía indiferente, abstraída en algo que no circulaba en escena, en algo que tal vez andaba dentro de ella: ensimismada.

Llegó el momento en que Eugenio, personificando a un marinero anónimo, debió gritar «¡A la bomba!»; lo hizo sin mayor convicción, siempre pendiente de Mariucha. Bob debió notar su apatía, porque cuando se dirigió a él, asumiendo la voz plural de los pasajeros llenos de pánico, vociferaba y atronaba, se agitaba hasta el punto de ladear el pañuelo rojo que hacía de venda sobre su cabeza:

—¡Capitán, capitán! ¿Qué se hace? ¿Cómo estamos? ¿Hay esperanza? ¡Salvadnos, salvadnos, salvadnos!

Lo decía todo como si fuera una sola enorme persona hecha de muchas, que gritara acosada por el pavor de muchas personas, alojado en una sola. Lo decía todo de corrido, repetía dos veces el «Salvadnos» que el texto indicaba una sola vez.

Eugenio debía dejar de sacudirse en la barra, para replacar, odiosamente:

—Resignémonos.

Tenía que ser algo opaco, coagulado, ominoso. El texto lo marcaba sin signos de exclamación.

Mariucha tenía que prestar su voz al alarido de la mujer (¡Piedad!) pero fue también Bob quien lo hizo, chillando con un falsete insoportable, con un filo de cuchillo que partía el aire:

—¡¡Piedad!!

Después venía el trasbordo a las chalupas. La chalupa a que subirían Julia y Mario era la vieja carretilla de la quinta, que

tenía perforaciones de herrumbre en el fondo, por las que habría hecho agua si la ficción hubiera sido enteramente navegable. Dos escobas rabras, muy usadas, puestas a lo largo de la carretilla, excediendo sus límites, eran los remos que luego habría que echar al mar.

Toda la ópera verbal y mecánica de la tormenta, las voces, los desplazamientos en una cubierta que se inclinaba, haciéndolo marchar con oscilaciones y bandazos, con el cuerpo volcado para compensar el ángulo de la nave, estaban a cargo de Bob.

—¡La-cha-lu-pal-a-gua! —gritaba, con un empaste jugoso, carnal, que parecía inverosímilmente gozoso para lo patético de la situación.

Eugenio se había lanzado de la barra al piso de la jaula y se mantenía de pie, con las piernas muy abiertas, como imaginaba que deberían hacerlo los lobos de mar en estas emergencias. Quería estar desimpedido de toda calistenia, de toda incomodidad, de todo acento estrangulado por la posición colgante de los brazos o por el balanceo pendular de las piernas, para poder aprovechar su única frase noble en toda la historia, aquella en que el Capitán rehúsa dejar la nave que zozobra:

—Yo debo morir en mi puesto.

Lo decía por su cuenta, porque Bob —fingiéndose aturdido— omitía decirle la frase que daba pie a esa respuesta en la sucesión del diálogo. Simulaba olvidarse de la invitación:

—¡Baje con nosotros!

Tampoco decía, representando a los marineros, las frases destinadas a disuadir al marino de su sacrificio, o en realidad, a darle una mayor grandeza, la aureola de un propósito obstinado. Las frases eran: «Encontraremos un barco. Nos salvaremos. Baje. Está perdido». Taimadamente (aunque esta vez aprovechando la superchería para reparar en la palidez creciente de Mariucha) Bob se las salteaba.

Con estolidez, como si fuera un mero capricho en que nadie lo contradijese, Eugenio daba una respuesta que, separada del diálogo, sonaba a hueca fanfarronería:

—Yo me quedo.

Se acercaban al final. Bob y Eugenio debían arrojarse al suelo, para figurar las mujeres, «casi todas desmayadas y como muertas».

Luego vendría la ocupación de las chalupas, su exceso de carga y el heroísmo de Mario. Habitualmente lo hacían poniéndose Bob de pie sobre la carretilla que crujía y soltaba un polvillo de herrumbre bajo los zapatos que andaban en ella. Porque, contra toda verosimilitud, la carretilla representaba por

un instante la borda del barco y Mario arrojaba de allí a Julia.

Tenía entonces que pronunciar las frases de abnegación sacramental, que se suponían dichas desde lo alto de la borda, a una joven que estaba muchos metros más abajo.

—¡Tú, Julia! —decía Bob, levantando la frente y hablando hacia arriba, para dar idea de la altura a que se hallaba— ¡Tú tienes padre y madre! ¡Yo soy solo! ¡Te doy mi sitio! ¡Anda!

El libro estampaba estas frases antes de que Julia y Mario se separasen. Pero en la versión de Bob se decían después, como una ilustración arrogante de lo que había sucedido.

Mariucha, antes de la frase, había sido tomada de la cintura y arrojada al agua. Había caído a los costados de la caretila, en tanto Bob saltaba desde ella hacia el otro lado, a la franja que quedaba entre la rueda y la curva de la jaula. Aquel sitio, aquella tierra de nadie pasaba a ser la borda y desde allí Bob recitaba el «¡Tú, Julia!»

Mariucha, entre tanto, se asía a uno de los bordes herrumbrosos, como si le costara gran trabajo mantenerse a flote, echada sobre el espacio de grava. De tiempo en tiempo aflojaba una mano y se alisaba el pelo, no se sabía si para que su cabellera pareciese mojada o para que se tuviese la impresión (aún más activa) de que las olas la batían.

Todo esto había ocurrido otras veces. No iba a ocurrir ahora porque Mariucha, a renglón seguido de la machacona frase del capitán —«Yo me quedo»— dijo, sin precedentes para la historia de la representación:

—Quiero salir de esta jaula. Me ahogo.

No era Julia, en absoluto. Era Mariucha, y la frase («Me ahogo») era la misma de los jueves en el cine, aunque las circunstancias la tornaban ligeramente más absurda; porque la jaula dejaba pasar el aire a través de su urdimbre de tejido metálico y porque, suplementariamente, el tiempo y la intemperie habían abierto boquetes, buracos de ventilación que impedían que nadie pudiera razonablemente sofocarse allí.

Como la frase era rutinaria, no les causó alarma. Pero la tuvieron al ver que las piernas de la chica flaqueaban y que su palidez se acentuaba hasta hacerse extraordinaria; extraordinaria aun en ella, que ya era decir.

La hicieron pasar forzando la puertecilla descabalada, que bailaba sobre el orín de sus bisagras.

Ya no eran Mario y el Capitán, ya no era Julia. Eran Bob y Eugenio sosteniendo a una Mariucha totalmente demudada, cuya tez había pasado de blanco a sucio, de pálido a terroso.

Una vez fuera de la jaula, Mariucha los miró con una mueca

de sonrisa que quería ser tranquilizadora; y con un tono de voz que también inquietaba, les dijo:

—No se asusten, que voy a desmayarme.

Se los había dicho como si desmayarse fuera un acto de la vida cotidiana, como si estuviera anunciando «Voy a tomar agua» o «Voy a acostarme».

Y efectivamente se acostó en el suelo, se tendió sigilosamente, derramando hacia el lado del crepúsculo, entre la faja rojiza del cielo y el fondo azul que le hacía el vestido yacente, la gran mancha amarilla de su pelo suelto.

Ese había sido el comienzo. Los primos habían corrido a la quinta, aturridos, sin cuidarse de dejar sola a la prima desvanecida. Volvieron con Tía Herminia y Tía Elisa (así se les llamaba cuando alguien les daba otro nombre que el de Mamá, en cada caso). La madre de Mariucha, a quien llamaban Tía Rosa, no estaba en la quinta. Si hubiera estado, tampoco habría acudido —puntualizó después—. Las grandes conmociones inesperadas tenían el efecto de paralizarla.

Mariucha en la cama, Mariucha bajo el estetoscopio, Mariucha sentada y curvada en el lecho, mientras el médico le auscultaba los pulmones. Sólo horas después les permitieron entrar:

—Mañana la terminamos —dijo Bob, con ánimo de no conceder importancia al percance, pero con un desgraciado tono falso de voz, que daba la idea de que completar una representación le interesaba más que la salud de su prima.

—Quién sabe —dijo Mariucha, alzando una mano del borde de las sábanas, en un ademán desalentado e indescifrable.

Al día siguiente no pudieron representar (ni volverían ya a hacerlo) pero Mariucha pareció estar mejor. Su madre, que se declaraba inútil para acudir a las contrariedades, no se perdía en cambio los detalles de la coquetería. Puso un poco de colorate en los pómulos de Mariucha y la peinó con el pelo recogido, lo que la hizo aparecer como mejorada a ojos de los primos.

Después vinieron las salidas —al laboratorio de análisis, a la consulta de especialistas— todo lo que Mariucha hizo de la mano de Tía Herminia, luciente y alegre como si fuera a una kermesse.

Y ahora, ahora este diálogo sobre la miocarditis.

«Lo que Mariucha tiene es una palabra muy difícil». Así había dicho Bob y así lo pensaban. En esa edad, todo lo que pudiera ocurrirle a la gente eran, para ellos dos, palabras. «Se murió», les dijeron un día, cuando se animaron a preguntar por Tío Jaime. Aquello había pasado quince o veinte meses

atrás, o tal vez hacía más de dos años. No llevaban la cuenta del tiempo. La frase ponía una banda de separación, una barrera. Tras ella —«Se murió»— Tío Jaime ingresaba al pasado. Sería fácil aludir al número de cosas convencionales que se empujaban para caber en esa frase: No lo veremos más, Ha sido enterrado, *On vous porte au cimetière*, ¿Qué será a esta hora de sus enormes dientes amarillos? ¿Quién cantará las descocadas canciones? ¿Por qué no habremos apuntado a tiempo su letra?

«Se murió» quería decir todo eso y mucho más. Pero no podían hacerse a la idea de Tío Jaime tendido en una cama, encogido en un ataúd, bajado a una bóveda —no lo habían visto— porque preferían un hueco sin conceptos, totalmente lleno por el prestigio mítico, fascinante de la frase misma, esa frase que se cerraba sobre sí como las víboras de los dibujos. «Se murió».

Mariucha no se había muerto aún, pero iba a morir. Y por ahora eran también palabras.

Los llenaba de estupor —tenía ese fondo de estupor que suele provocar una broma pesada, en boca de una persona a quien se tenía por más fina— era casi grotesco que Mariucha pudiera tener «algo grave al corazón», como había concedido Tía Herminia cuando su hijo Bob la había sorprendido hablando del asunto. Era paradójal que tuviera «algo grave al corazón», ella para quien la palabra se había convertido en algo sin sangre, o con otra clase de sangre, ella para quien el vocablo sólo nombraba a un libro predilecto.

«Algo grave al corazón» podía ser, por ejemplo, la mancha de tinta azul, casi violeta, que ocupaba las tres primeras letras del título: la mancha azul-COR, que era algo así como el equivalente de un angioma en un rostro.

Bob solía ponerse extrañamente enigmático —hasta el delirio, hasta una forma de malsana fascinación, que ejercía sobre Eugenio como el despliegue de un proselitismo enfermizo— cuando los dos se recogían a la siesta, bajo la sombra de la higuera del fondo. Al día siguiente de la revelación sobre la miocarditis, dijo abruptamente que lo que tenía Mariucha al corazón era algo azul.

—¿Por qué algo azul? —preguntó Eugenio, con la misma perplejidad con que la tarde antes, frente a la afirmación prosaica de que la chica tenía «algo grave», había rebotado «¿Cómo lo supiste?»

—No sé decirte —tartamudeó esta vez Bob, a quien la descripción de su certeza se le hacía más difícil ante la atención expectante de Eugenio. No era tan sencillo como decir «Oí una conversación», claro está.

Era algo que pedía un lenguaje ingenuo y meramente apro-

ximativo, y al mismo tiempo la imaginación exaltada del Oismatareis.

—¿Por el vestido que tenía puesto cuando se desmayó? —aventuró Eugenio.

—No, no, no es eso. (El prosaísmo de su interlocutor hacía que Bob se arrepintiese de haber empezado.)

—¿Por la mancha en la tapa del libro?

A Bob no se le había ocurrido, pero esto ya le gustó mucho más.

—¡Qué bueno! —no pudo retenerse de exclamar, pero el acento demasiado triunfal para celebrar el hallazgo le pareció extemporáneo, inadecuado para el tono profundo en que habían convenido tácitamente hablar de la enfermedad de Mariucha.

—Sí, tal vez haya algo de eso —dijo, corrigiendo la misma modulación de su voz, cavando un abismo dubitativo, como ensañador, debajo de estas últimas palabras.

—¿Y qué mas? —preguntó Eugenio, a quien el juego empezaba a excitar.

—No sé —vaciló Bob—. Hay otra cosa, pero tal vez te va a parecer una idiotez.

—Decímela —ordenó Eugenio, con un fondo de rotundidad, con una imperiosa perentoriedad en la elocución, muy raros en la relación de los dos, ya que no era habitualmente él quien impartía los mandatos.

—Bueno, no sé... Creo que es la palabra «cardo», que anda metida allí adentro.

La explicación era, a un tiempo, fantástica y desilusionante, como en casi todos los misterios descifrados. Eugenio podía decirse, chasqueado, «¿Era sólo esto?» y a la vez admirar la fantasía de Bob, los enlaces secretos, inesperados (y algunas veces, como ésta, tan cándidos) que establecía entre las cosas.

Desde esa tarde, cuando volvieron a visitarla antes de la cena, Mariucha empezó a parecerles azul; se les volvía azul (tenía un rebozo celeste sobre los hombros) y, quizás por ese mismo efecto irreal, que no estaba en ella sino en una luz que la inundase, que cayese sobre ella —al modo de un proyector de teatro, podrían haber pensado con los años (no habían visto ninguno hasta entonces)— empezaba a hacerseles más distante. Era como si la carretilla se hubiese puesto a navegar con Mariucha a bordo.

Tía Herminia debía suponer que estando uno de los tres primos gravemente enfermo, el mal habría de hacer tierra, como a lo largo de un pararrayos, y los restantes estarían salvados. Mariucha tenía miocarditis; ergo, su querido Bob estaba a cubierto de una miocarditis: tal debería ser el razonamiento de Tía Herminia.

Algo de eso se traslucía en el trato que dispensaba a Mariucha: no era sólo, ni siquiera preferentemente, un trato cariñoso, afectivo, maternal. Tenía elementos de rito y de ceremonia, al mismo tiempo mágicos y distantes; delataba una unción que era hija de la misma enfermedad; no puramente prodigada contra ella sino, en algún sentido, a favor de la radicación de la dolencia, como puede suponerse que haya sucedido en las tribus que consagraban la existencia del chivo emisario. Sí, Mariucha tenía mucho de animal sagrado a los ojos de Tía Herminia; era el mal que amenazaba a Bob, desviado del cuerpo de Bob, lo que ella adoraba, reverenciaba y custodiaba —con un egoísmo absolutamente igual a la ternura— en la persona de Mariucha.

Exaltada a objeto ritual, Mariucha aprovechaba y expoliaba la circunstancia, con esa rapacidad y por ese narcisismo con que los niños son capaces de dar la vida a cambio de un escenario desde el que les dejen ser obsesivamente cautivantes. Una viciosa precocidad de actriz salía en Mariucha al encuentro de la miocarditis. Tenía que entregarse a ella sin titubeos: era posible presenciarlo en detalles de utilería y en ademanes de gran diva.

Hizo que pusieran sobre la cómoda, en el antiguo cuartito de costura donde la habían alojado (la misma habitación en que viniera años antes a espiar y consolar el Parkinson de la abuela Margarita, el aposento que rezumaba, para ella, la saturación de una muerte a distancia) todos los objetos que marcaban su presencia en la casa. La pirámide del metrónomo tenía su cara más próxima, de la forma de una tapa de ataúd, puesta a un lado; en sus entrañas brillaba el vástago destinado a marcar el compás, y el conjunto irradiaba una extraña ferocidad, como la de un piano con el cordaje al descubierto, como la de un maniquí para enseñanza de la anatomía. El Pianista Virtuoso se ofrecía de par en par abierto a una altura cualquiera, para que saltaran los enmarañados efectos decorativos de su escritura musical. Colgada en la pequeña percha de pie para sombreros, una boina marinera proclamaba ser de la Scuola Italiana. Mariucha había hecho que su madre se la comprase, para no ser menos que los primos, en el retrato y en el recuerdo de la infancia. La madre habría optado por la que declaraba, en su

cinta azul y entre dos salvavidas, ser del Uruguay; pero Mariucha había exigido la de cinta negra y letras de oro de la Scuola, lo que le permitiría a un tiempo mentir sobre sus días escolares y considerarse, con ella sobre los rulos, un verdadero personaje deamiciano. Debajo de la boina, recostado al pie de la percha, cerrado, estaba el libro. La pirámide y su varilla sensible, las corcheas y semicorcheas del Pianista, la Scuola Italiana, la estampa de azul-COR: tal ambientación anunciaba a Mariucha. Había ambicionado acaso el reloj de pesas, pero lo gravoso del armatoste y el delicado aplomo de la caja para el péndulo habrían hecho peligrar —en la posible negativa de Tía Herminia— aquella soberbia triunfal, aquella soberanía del capricho de las que estaba viviendo, con las que estaba nutriéndose Mariucha; juiciosamente, se había abstenido de convcarlo.

Más difícil era lograr, a partir de esas cosas o de cualesquiera otras, una pequeña acción dramática, un rudimento de situación, de transcurso y de personajes; su inmovilidad, el reposo temporario, la fatiga de su debilidad hacían muy remoto poder dar con ellos. Pero Mariucha era una criatura de talento y alguna vez pudo acertar en las sustituciones.

Tenía, desde años atrás, una gallina de Guinea que se criaba en la quinta, que la seguía en los veranos, que comía en su falda. En los meses inmediatamente previos a la enfermedad, Mariucha se había olvidado de ella y la gallina la seguía, a la espera de un cambio de humor, tenaz, abrumada y paciente. Llegó la miocarditis y la fijeza a que fue reducido el corazón de Mariucha la sacó de ese ostracismo sentimental.

—Traíganme a Pepita —dijo una mañana, con el tono de una exigencia irreplicable, en cuya satisfacción arriesgara su frágil bienestar—. La extraño mucho. Quiero verla.

Y a pesar de las aprensiones higiénicas de Tía Herminia, hubo que traer a Pepita. La misma gallina de Guinea habría demostrado sorpresa —si su estucada cabeza de tótem, que parecía hecha con cuentas de vidrio, con una máscara de yeso y una angosta visera de púrpura rojo se lo hubiera permitido— al verse puesta encima del cobertor blanco, al sentirse llamada por la cabeza horizontal de Mariucha, al encontrarse trepando al pináculo que hacían las rodillas flexionadas de su dueña.

Tía Herminia se agitaba aduladoramente:

—¡Qué ocurrencia! Vas a llenarte de piojos de corral.

—Tía —respondía Mariucha, con una cordura desajustada a la escena—. ¿De qué corral estás hablando?... Si en la quinta no hay más bicho que Pepita.

Y al hacerlo acariciaba el curvo lomo del ave, que se aplastaba bajo aquella mano opresiva o protectora.

—Pobrecita —dijo entonces Mariucha, como si hablara consigo misma—. Tiene miocarditis, cualquier día de éstos se nos muere.

Herminia había mirado directamente a Bob. ¿Quién sino él podía haber estado traficando con la noticia, con el horror agazapado en la palabra?

Bob devolvió esa cara de inocente cuyo secreto de perduración infantil está pidiendo ahora a los potes de crema, a las tinturas, a los fomentos calientes de peluquería.

—«¿Yo?» —parecía preguntar, ofendido por la sospecha.

Tía Herminia se dio por cumplida: su hijo no había sido. (¿Quién entonces?)

Mariucha seguía acariciando las plumas de Pepita: jugaba a que se advirtiese la operación de transferencia y, con ella, un punzante sentido de autocompasión. Había notado (su mirada penetraba más abajo que la de Tía Herminia, su mirada no renunciaba voluntariamente a saber) el desasosiego de Bob. Tomó la gallina de Guinea, la alzó en sus brazos, se la presentó por la quilla:

—Llévatela. No me la traigas más.

Las cosas que Mariucha no habría de hacer ya, se sumaban día a día: los primos se preguntaban si no iría más al cine, si dejaría definitivamente de correr, de improvisar conferencias al pie de la higuera, de representar los cuentos mensuales, de tocar el piano. Todo empezaba a estar prohibido, a causa de la miocarditis; la palabra se había apoderado de Mariucha y comenzaba a desmantelarla.

En la infancia de la quinta, en el mundo de los Escudero las palabras tenían una importancia particular, vivían una vida por separado, ignoraban el valor de la comunicación, la cifra de representación común que pudiesen seguir teniendo de verjas para afuera. Allí existían, y eso era bastante. Existían en un mundo pulcro, nunca manchado por la brutalidad, por la maledicencia, por la crudeza; se creaban un ámbito apacible, eran los puntales de ese bien encarecido y misterioso que allí recibía el nombre de Buena Educación. A la mesa que presidía el General jamás podía llegar la huella de las impurezas del día, de los trajines groseros, de las posibles suciedades circundantes. El abuelo Lucas festejaba una interpretación infantil de Tío Jaime, ante la simple mención de una escoba en la conversación del almuerzo: «No se habla de escobas en la mesa». Luego el tiempo había hecho bailar escobas por toda la casa, pero las palabras de los Escudero, su lenguaje particular ha-

bían subsistido. Muy pocos panaderos entendían cuando los primos pedían una *telera*, casi nadie cuando aludían a la *tartana* que había quedado inservible en la caballeriza, nadie cuando púdicamente mencionaban *la pira*. Porque la pira era, en la infancia de los primos, lo que otras veces Tía Herminia llamaba —para despistar a los sirvientes— el *pot de nuit*; la bacínica, como la designaba más añejadamente la abuela Margarita. Por eso mismo, cuando empezaban a estudiar Historia, les hacían una gracia irreprimible frases trágicas y martiroológicas como «Juana de Arco murió en la pira» o «La pira en que ardió Savonarola en Florencia». Aquello sólo podía parecerles, el lenguaje de entrecasa dominándolo todo, una muerte absurda y risible o —como explicaba años después Roberto a Saquieres— «un aguafuerte de Goya, algo así como la apoteosis del estreñimiento».

Porque es la primera acepción que uno ha dado a una palabra la que basta a marcarla para siempre: así —razonaba Roberto— con la palabra *violín* ocurría exactamente lo contrario que con la palabra *pira*. El abuelo Lucas estaba grave y, para hacerlo orinar, le ponían una sonda; y la sonda iba a dar al violín. Pero como el primer significado que había aprendido para la palabra era el musical, Bob sólo podía extrañarse —y encontrar absurdamente chocante, más que cómico— que al abuelo moribundo le pusieran un violín entre las piernas; Juana de Arco, en cambio, echaba mano a una palabra ridícula para un tránsito sublime. «Abuelo orina en el violín, Juana de Arco murió en la pira.»

Y ahora la palabra «miocarditis», pensaban los primos, avanzaba posesivamente sobre Mariucha, iba a devastarla sin duda. A medida que le prohibían cosas, a medida que Tía Herminia iba obteniendo del médico más y más prohibiciones, más y más tabúes (el objeto ritual debe quedarse finalmente desnudo), Mariucha se desarticulaba, se volvía más chica y más delgada bajo la profusión de sus colchas blancas: que no camine, que no corra, que no represente, que no grite, que no vaya al cine. Si los cuentos del libro la emocionaban demasiado —ese libro del que el autor esperaba «solaz y deleite para los niños españoles», solaz y deleite para los sádicos muchachitos de cualquier país, si sabían disfrutar con muertes, orfandades, puñaladas, balazos— Tía Herminia lograba que se los prohibiesen, por más que (dentro de ella) Mariucha pudiera seguir evocándolos de memoria, hasta el punto de saber qué palabra se cortaba en dos al dar vuelta una página. Tía Herminia lo consultaba con el médico, sugiriéndole la necesidad de la prohibición; y el médico, que no podía hacer más que dictar tabúes inútiles

frente a una enfermedad que no le dejaba otros recursos, consentía, trabajaba para la importancia de su reputación en el ánimo predispuesto de la tía. Ella y él eran los hechiceros de la tribu, inclinándose sobre la destrucción progresiva y ritual del chivo emisario. Era preciso despojarla de todos sus intereses; había que hacerlo pronto, antes de que estuviera muerta.

Por lo demás, era sólo una variante, una variante novedosa si se quiere, en la tradición de impiedad con que en casa de los Escudero eran consideradas la enfermedad y la muerte. Impiedad, vergüenza, pudor por cierto tipo de corrupción y de apogeo carnales que parecían advertir en la declinación del ser humano y en su término. No sólo se apartaban de los moribundos cuando los conducían a agonizar lejos, fuera de la vista de los parientes, como en el caso de Tío Jaime, que había decaído, delirado y muerto a causa de una enfermedad innombrable, absolutamente vergonzante, cuyo nombre de tres íes no era miocarditis sino otra palabra, absolutamente proscripta del vocabulario decente de la familia Escudero. No. Aun teniéndolos en casa los aislaban y arrumbaban, a cuenta de aliviarlos en su proceso.

Cuando el abuelo Lucas enfermó de gravedad (y lo suyo había sido un cáncer de vejiga, sin ninguna motivación venérea, como en el vituperable caso de Tío Jaime), la abuela Margarita —que tomaba con él aquellos morosos téis de las cinco, aquellos fabricotes que habían pautado solemnemente los modos y los estilos de la familia en su misma graduada decadencia, la abuela que lo obligaba a llevar como un delito su afición flojona y senil por los gallos de riña— se había cambiado de pieza, condenándolo a declinar y morir solo.

Y la mañana misma en que él murió, todos los cuidados eran para ella: téis, aspirinas, tisanas. El escamoteo de la muerte se consumaba redoblando las preocupaciones alrededor de los vivos, simulando que esa atención solícita podía, en ese día de la casa, prevenir desgracias que aún no hubieran ocurrido. Ella no preguntaba nada, pero veía a todos en torno a ella, rodeando su cama, secreteando por los rincones. ¿Sabía, no sabía, se había olvidado enteramente de su marido? Nadie se habría animado a preguntárselo, salvo Bob; pero Bob y Eugenio habían sido llevados, desde la tarde antes, a casa de parientes. Las visitas de duelo eran instruidas para que no hicieran preguntas indiscretas. Misia Margarita se dejaba besar, se dejaba oprimir las manos sin que aquello aparentemente le causase sorpresa. ¿Sabía, no sabía? «Pasen a verla, no le digan nada» —prevenía Tía Herminia—. «¿Cómo?», objetaban con cierta tr-

culencia las que venían a saludarla. «No se preocupen, ella no va a preguntarles nada».

Efectivamente, no lo hizo. No lo hizo nunca: con los días, cavó una estrecha fosa de silencio, en la cual sepultó hasta la memoria de haber tenido un marido, de que sus hijos hubieran alguna vez tenido un padre, sus nietos un abuelo.

En un momento del mediodía, cuando por un instante habían vuelto a la pieza del abuelo, dejándola sola, Misia Margarita se incorporó en la cama, tocó con cierta furia la campanilla, se compuso el pelo con los dedos, que ya entonces tenía casi agarrotados. «María —dijo a la mujer que acudió al llamado—. ¿A qué horas piensa darme de almorzar? Ya son las doce».

Y cuando la parálisis avanzó desde los dedos agarrotados al resto del cuerpo y el médico diagnosticó el Parkinson, entre Tía Elisa, Tía Rosina y Tía Herminia trasladaron a Misia Margarita al cuarto de la costura: porque era el más chico, porque era el más templado, con pretextos varios. Lo cierto es que aquél era el cuarto de los Escudero cuando entraban en capilla; y si Misia Margarita no lo había sabido, Mariucha lo sabía.

El Parkinson daba otros trabajos que el cáncer, y eran otras penurias, más fáciles de delegar en una enfermera por horas; así lo hicieron, desentendiéndose sigilosamente de la abuela. Pero por suerte Mariucha existía. Y Mariucha, con su innato sentido teatral, amaba esa relación en la que su abuela se convertía, al mismo tiempo, en un personaje y en un punto de referencia, en una madre y en un monumento.

—Mariucha —le preguntaban cada mañana—. ¿Has saludado ya a la abuela? ¿Le has preguntado cómo está?

Ellos no lo hacían; pero jamás se olvidaban de hacerse representar por la niña.

Mariucha deseaba y temía, en una extraña confluencia de sentimientos, aquel instante. La abuela tenía Parkinson y, no se sabía si por una consecuencia de la enfermedad, le habían quitado la dentadura postiza. Este era el detalle que sobrecogía a Mariucha. No la actitud del cuerpo de la paralítica, a veces en cama, otras veces pasado a un sillón de hamaca de esterillado vienés, que aún se conservaba años después en la quinta.

Era esa versión imponente y desdentada en que había venido a parar, lo que temía tal vez; pero lo cierto es que la abuela, en su decadencia, sólo se forzaba a alguna expresividad acogedora si se trataba de Mariucha. Había aflojado en adustez con la enfermedad y Mariucha la tuteaba (como los otros primos al Tío Jaime).

Se acercaba entonces y la veía en la penumbra constante

en que mantenían la habitación. La abuela, incapaz de hablar y casi de conocer a los demás, veía la figura de Mariucha a contraluz, enmarcada en la puerta, nimbada por la lumbre del patio. La miraba con ojos que se abrían desmesuradamente, como los del lobo ante Caperucita. Y era algo así: Misia Margarita era a ratos la abuela, a veces se descubría como el lobo. Pero acaso pareciera la abuela que se hubiese devorado al lobo, y no el lobo que se hubiese devorado a la abuela.

La miraba, quería articular algo como una palabra o una sonrisa, pero su maxilar no podía sostenerse: y todo se quedaba en una mueca masticada por sus encías desiertas.

—Buen día, Margaritín —decía Mariucha—. ¿Cómo estás?

Misia Margarita, Doña Margarita, Abuela: éstos eran los nombres que le atribuían los demás. Sólo Mariucha le decía Margaritín; y únicamente desde que estaba enferma. A la abuela, increíblemente, parecía gustarle, como si puerilizarse fuera rejuvenecerse, volver a la vida.

—Buen día, Margaritín. ¿Cómo estás?

La niña se acercaba. Los ojos de la abuela parecían querer colmar la distancia, llegar hasta la nieta, fija y sonriente, de pie junto a la puerta. La mueca daba entonces un tarascón de vacío, un bocado de aire. La niña se daba vuelta, retirando de súbito la causa de tensión que había advertido en el cuerpo de la abuela.

—Dice que bien —traducía en voz alta, dirigiéndose al resto de la casa—. Dice que bien.

Pero ahora la enferma era Mariucha, la secuestrada era Mariucha. Los lugares empezaron a despoblarse de su presencia, comenzaron a acostumbrarse a existir sin ella: la higuera, la glorieta, el pie del muro.

En aquellos sitios, la relación de los dos primos empezó a insinuar una diferencia: ausente Mariucha, competir ya no tenía el aliciente agresivo de antes. La relación pareció, por un tiempo, hacerse solidaria, como cuando iban al cine y Mariucha se ponía en medio y le tomaba una mano a cada uno.

El médico parecía haber empezado a desalentarse: venía cada tantos días, casi no decía nada, hablaba con la niña de cosas pueriles, le respondía con una voz más y más untuosa, más y más en falsete, la trataba como si Mariucha estuviese —de cada visita para la siguiente— perdiendo edad del mismo modo que otros pierden peso; como si la dolencia, que había suprimido tantas cosas alrededor de Mariucha, tantas cosas a hacer con Mariucha, cumpliera también un efecto degresivo en el tiempo. Los primos presentían que si aquella evolución con-

tinuaba, el médico llegaría una tarde con un sonajero, para regalárselo a Mariucha.

Un día, sintiéndose mejor, la prima los llamó junto a ella.

—Quiero que jueguen a la pallana aquí, a los pies de la cama.

Se miraron, como si no pudieran creerlo.

—Me divierte —aclaró Mariucha—. Y para terminar de convencerlos:

—El premio es el de siempre.

Bob trajo sus piedras rojas, ofreció ceremoniosamente que los dos jugaran con ellas; sin proponérselo, quería sin duda conceder alguna ventaja, hacer posible que Eugenio ganara. Pero Eugenio sabía que iba a perder; y mirando disimuladamente los labios morados y como abollados de Mariucha, pensaba que la derrota le traía, por primera vez, por única vez un alivio.

Fue extraña la conformidad (casi la pasiva aquiescencia) con que la dejaron morir.

El médico estuvo por la mañana y Tía Herminia lo acompañó hasta el portón de la verja. Hablaban poco y la tía, de tiempo en tiempo, volvía su mirada hacia la casa, como si temiese que pudieran llamarla de improviso, o como si quisiera esconder —a ojos de los demás— los minutos que distraía en acompañar al médico, en conversar con él.

Volvió luego y se puso a alisar la colcha de la cama de Mariucha, a recoger recortes de papel que habían quedado en el suelo. Mariucha había estado tijereteando figuras en una revista, pero se había cansado muy pronto. La tijera y una mujer a medio recortar yacían juntas, a un costado de la cabecera. La tía se atareaba disponiendo detalles, tomando los objetos para cambiarlos de lugar y desistiendo en seguida, para acabar devolviéndolos a sus sitios. Mariucha la miraba hacer con una sonrisa errante, con una suerte de calma fatigada que no pedía explicaciones.

Tampoco quería tenerlas Tía Rosa. Cuando sus ojos encontraban los de Tía Herminia —que agachada, para quedar fuera de la vigilancia de Mariucha, la conminaba a salir, a fin de hablar un instante a solas— Tía Rosa aplastaba la barbilla contra su pecho, fingía sumergirse de nuevo en el bordado que

tan sólo sus manos continuaban haciendo. Debía tener el cuello casi envarado, de no mirar hacia donde estaba su hija. Se obstinaba en no verla, en mantener en un límite de visión confusa los movimientos —los pequeños, los menguantes movimientos que venían de la cama—. Cuando todo hubo pasado, cuando Tía Herminia se lo dijo (ella, al lado de su hija, no lo había visto, parecía no haberse dado cuenta) dio un solo y corto grito, arrojó al suelo el pañito que bordaba y ya no volvió a la habitación. Aunque sólo había ingresado en él por matrimonio, ella pertenecía con honor —por lo menos en artículo mortuario— al clan de los Escudero.

Tía Herminia estaba resignada a que el más perfecto Escudero de la decadencia fuese Bob. Por eso no le extrañó que huyera hacia los fondos de la quinta en cuanto la vio venir a buscarlos. Presentía lo que iban a decirle, no quería oírlo ni saberlo, esperaba que se produjese un milagro tan sólo con que él lograra diferir la noticia.

—Eugenio —dijo la tía, asomándose a la puerta de la galería—. Ven tú.

Y una vez en el cuarto, con la truculencia de la absoluta sencillez (un efecto que Tía Herminia manejaba con temible habilidad):

—¿La viste? No te asustes, no le tengas miedo. Pobrecita... Morirse fue tan sencillo para ella... ¡Le costó tan poco!

Los dos participaban de una segura convención: la de que estaban fraguando momentos memorables. Por años y años, presumía Eugenio, habría de acompañarlo el horror congelado de aquella frase tranquila. Y no se equivocaba.

Mariucha estaba apenas más pálida que en los días anteriores y, en todo caso, menos impresionante que en el desmayo al lado de la jaula. Tía Herminia era enemiga de los montajes funerarios: dejó que la habitación siguiera bañada en su luz diurna. Mariucha no había agonizado en la penumbra, como la abuela Margarita. Los postigos habían estado siempre abiertos de par en par y, en los días nublados, los visillos habían sido recogidos y anudados en la falleba, para que la claridad no se ensuciase en su tamiz color crema. Pero esa mañana tal precaución era superflua: el cuadro amarillo en los listones pulidos del piso declaraba una mañana solar de primavera.

Tía Herminia dijo que la dejarían en «su camita» —se le habían pegado los diminutivos del médico, pero no eran la forma de eufemismo que mejor conviniese a su voz emprendedora, a sus gestos sólidos, a sus ademanes imperiosos— hasta el último momento. De noche, solamente cuando hubiera cerrado

la noche, encenderían una veladora en la mesa de luz; nada de cirios —decretó—, nada de nada.

¿Y el crucifijo de marfil con que Mariucha-personaje-dramático había trajinado tanto?

Tía Rosina deslizaba su beatería de solterona, casi pidiendo disculpas. La religiosidad de la familia estaba ya muy desleída entonces.

—Bueno... —dijo dubitativamente Tía Herminia; y al descubrir que la otra se le había adelantado en recabar ese consentimiento: —Si a la madre le parece bien...

A Tía Rosa le parecía bien todo lo que las otras dispusieran: ella sólo servía para gimotear en una pieza cercana.

—Mariucha andaba siempre con él... —insistió Rosina.

—No he dicho que no —le cortó Herminia—. Sea.

Rosina puso entonces el crucifijo sobre la vuelta de las sábanas, en el centro del pecho de Mariucha.

Eugenio estaba de pie y su mirada no podía apartarse del rostro de la prima. La luz llegaba de la derecha y resaltaba esa mitad de la cara. El caballete de la nariz era algo así como un tabique entre ese hemisferio que parecía más carnal y luminoso y el otro que se disminuía por contraste, que se adelgazaba en una zona difuminada, hacia la pared.

Y esa nariz, súbitamente cartilaginosa, era el único rasgo que la muerte había afilado un tanto. No los labios, menos apretados que en el momento de la pallana, los labios que parecían ligeramente ampollados, irónicos, desdeñosos.

Hay siempre, en la obsesión, en el don de presa con que se mira a un difunto, un instante en que el rostro inmóvil se mueve o las rodillas acomodan su postura en la eternidad. Ese momento llegó para Eugenio y para Mariucha: estaba seguro —se lo diría y repetiría después a Bob— de que la prima había esbozado apenas un gesto de clausura con labios y ojos, había removido imperceptiblemente el pecho y las piernas. Luego, ya sí definitivamente, se había sosegado.

Bob había empezado, ganando esas horas, su itinerario sentimental: de la jaula a la palmera, de la palmera al muro, del muro al portón de la calle. Cumplía aquel ritual baldío como si en esos lugares pudiera infligirse la emoción y encontrarla, como si en ese juego de esquinitas la prima hubiera de aparecerse. O tal vez no, tal vez sólo actuaba para los que mirasen desde la casa, para pasear ostensiblemente una pena ante la incompreensión aterida de los demás. Allí o frente a Mariucha podía pensarse lo mismo: Eugenio sintió que aquel primer cadáver con el que su experiencia comenzaba una serie, no estorbaba ni combatía sus pensamientos sobre la vida. Pero Bob

llorando en la glorieta y él con los ojos secos delante de Mariucha, querían seguramente provocarse estupores distintos: Bob el de imaginársela muerta, Eugenio el de encontrarla aún viviente. Por la noche, cuando Eugenio fue conminado a separarse de aquel cuarto, cuando fue sometido a la ficción de que la vida proseguía en aquella casa y esa normalidad era un plato de sopa, una naranja, la soledad de la propia cama, Mariucha se instaló entre él y su sueño, entre él y sus pensamientos de futuro, entre él y sus miedos adolescentes. ¿Qué podría pasar en un mundo en que Mariucha no existiese? Recién era posible pensarlo. Los días que habían pasado entre el desmayo y la muerte habían tenido una condición anestesiada y errabunda, habían flotado en una suspensión sin preguntas, habían futilizado la despedida a fuerza de estirla sin centro, como todas las cosas que ocurrían en aquella casa. La muerte de Mariucha, la decadencia de la familia, ¿cuándo habían justamente empezado? Nadie podría decirlo, cada instante estaba inficionado de la perplejidad del anterior, de la confusión del siguiente.

A la mañana, el rostro de Mariucha había envejecido hasta la ajenidad, se había agrisado, había perdido aquel tácito asentimiento de que la muerte fuese una estupenda broma teatral en un acto, se había plegado; no lo tocaba la luz, no lo tocaban las palabras, no lo tocaba ni siquiera el recuerdo. Bob podría entrar ahora, acercarse ahora —pensó Eugenio—. Ya no es ella. Se ha muerto realmente en la noche, se ha muerto mientras yo dormía.

—No, no, déjela así, con el camisón puesto— ordenó Tía Herminia, rechazando con repugnancia excesiva aquellas camisas con alforzas y moñitas, que le alcanzaban en cajas, que le daban a elegir.

Uno de los hombres de guardapolvo gris retrocedió entonces, mientras el otro recogía las guarniciones de claveles blancos que, durante la noche, habían puesto a los flancos del cuerpo de Mariucha, insinuando la forma de un ataúd en la misma cama.

Y entonces, exacerbada y teatral, tal cual lo haría si la misma Mariucha le insuflase el instinto del gesto adecuado, llevándose una mano a los ojos, adelantando la otra, la tía dijo, como si pactase dentro de un orden de violencia:

—Llévensela así, llévensela así.

Eugenio sintió también el golpe de aquella frase: por primera vez la entregaban, la transferían a un complot que había querido apoderarse de ella desde días antes: el médico que le hablaba en media lengua participaba sin duda de aquella cons-

piración, que ahora consumaban los hombres de guardapolvo. Los cosechadores eran más burdos que el sembrador.

Con infinito cuidado, como si pudieran romperseles (tal fue la impresión de Eugenio) procedieron a levantarla, envuelta en su camisón, calzada con sus escaarpines de lana, alzándola para depositarla en la caja, que habían colocado en el suelo, entre el lecho y la ventana.

—Eugenio —dijo la tía—. Sal un momento ahora.

La tía se dirigía a él con una propiedad empingorotada —ven, sal—, como si la presencia de la muerte dignificase necesariamente el lenguaje, le diese mayor pompa. ¿Se pondrá ahora a hablar en el Oismatareis? —pensó Eugenio—. Y le habría gustado comunicarle esta expectativa a Mariucha.

Pero Mariucha estaba teatralmente rígida, de pies a cabeza, rígida como una silueta recortada en madera, rígida como los fakires en las historietas, lisa y rígida como si se hubiese convertido en la figura de un tiro al blanco. Sólo los bordes de su camisón, que Tía Herminia acompañó con la mano, tenían algún relieve ondulante en aquella visión terriblemente plana.

Porque Eugenio no había querido salir, sabiendo que la tía no podría perderse ese instante en luchar contra él. Rebelarse frente a Tía Herminia era —para él mismo— un acto inesperado, de puro temerario. Pero dejar a Mariucha sola en ese trance, dejar que la tía expropiase en su favor esos últimos minutos le habría parecido aún más imperdonable. Bob había abandonado el terreno; él debía, hasta por esa razón, no ceder un palmo.

Cuando el lecho quedó vacío, Eugenio dio un paso hacia él, desde el lado opuesto al que ocupaba el ataúd.

—Tía, dame la almohadita.

—¿Para qué?

—Quiero dormir en ella.

La tía lo miró, mientras ponía el crucifijo en la veladora.

—Bueno —dijo con sencillez y sin afectación, con una simpatía tierna que en ella casi no existía—. Quedate con ella.

Habría preferido dársela a Bob —pensó Eugenio—. Pero se imagina los escándalos que Bob haría si se la diese.

—Pobrecita —volvió a decir Tía Herminia, viéndola desde arriba—. ¡Qué linda era! (pero ya había dejado de ser cierto, ya se refería a una estatua, ya resbalaba sobre esa hermética negación de los rasgos que había esculpido la noche pasada). —Y pensar que no nos queda ningún buen retrato. Después tendremos que buscar la instantánea en que esté mejor y mandar-la ampliar.

La tía ya había dicho «llévensela» y se había desprendido de

ella; ahora podía darse a conmemorarla, a celebrar su memoria, a atribuirle una edad que recién empezaba: la de sus días de muerte. Por eso se echaba en busca de un retrato. Sí, Mariucha ya había nacido dentro de la *deca* —como diría con el tiempo Saquieres— ya había abierto sus ojos a un mundo que no ritualizaba la vida con óleos de Gallino o de Blanés. Pero la tía —confiaba Eugenio— por lo menos tendría el buen gusto de no transigir, al punto de cambiarlos por esas horribles fotos iluminadas, por esos arreboles al pastel, por esos ojos que fabrican a lápiz los dibujantes.

A él, a Eugenio, la ampliación de una instantánea no le interesaría; se propuso no ayudar a Tía Herminia en la pesquisa del momento mejor, de la pose más favorecida. Esa era una operación ambigua, en la que su Bob le serviría como nadie. Una operación con lágrimas bloqueadas por las yemas de los dedos, con voces mitigadas, con pausas, con silencios. Bob era un especialista para ese tipo de escenas.

A él no le interesaría, porque esa instantánea no iba a aventajar al recuerdo pero sí a estropearlo. No sería Mariucha-Nelle, Mariucha-Julia, Mariucha-tamborcillo, Mariucha-escribiente. Sería el maniquí en que se transformaba cuando debía por un instante apaciguar sus gestos o fijar su actitud (ante el fotógrafo con impaciencia perentoria, ante esos guardapolvos con paciencia evasiva), cuando pasaba a ser antes que nada la Mariucha de las rodillas nudosas y a veces demasiado polvorientas. Ninguna foto en blanco y negro daría, por lo demás, el color de sus ojos, el reflejo pajizo de su pelo, las tonalidades tersas o marchitas de su piel, todo aquello que hacía —junto a su intangible movilidad— el encanto alegre, friolento y sensitivo que se empinaba en la persona de Mariucha. Ampliar cualquiera de esas instantáneas sería perpetuar el gesto de una Mariucha a regañadientes, de una Mariucha maniatada y desentendida, de una Mariucha hostil a la momentánea privación de su libertad, de una Mariucha pasmada y sin humor, tanto más pobre que la pequeña actriz que habían tenido, que la prima a la que habían amado, que aquella mujercita en ciernes que se habían prometido acompañar y querer.

Por eso, en cambio, había querido la almohada; porque en la almohada estaban la cabeza de Mariucha y la joroba de Nelle, porque en ella cabían Mariucha y el teatro, lo que más imponderablemente tenía que quedarles de ella: su voluble entusiasmo por ser otra, su ingenuidad de títere, su alma llena de candor y ambiciones.

La tía había arrancado la sábana de la cama, la había hecho poner debajo del cuerpo de Mariucha en el ataúd y ahora

la hacía envolver con ella, como al pequeño vigía lombardo con la bandera tricolor sacada de la ventana. La muerte podría ser una fanfarria si uno pudiera gritar «Viva, bendito seas», como en el cuento. Pero no lo era cuando un hombre en cuclillas, con una túnica del color más sucio, metía las colas de una sábana bajo el cuerpo, como si las empujase bajo el espesor de un colchón.

La peor blasfemia no era esa sino la de los papeles de diario. El otro hombre de guardapolvo, que no estaba en cuclillas, abrió una valija, extrajo unas hojas de diario y empezó a hacer con ellas bolas y trenzas, que crujían exasperadamente en el aire mustio de la habitación. ¿Para qué las hacía? El que estaba en cuclillas estiró la mano y el de arriba empezó a alcanzarse las. Las bolas de papel rellenaban los intersticios que quedaban en el ataúd, a los pies y junto a los flancos demasiado angostos de Mariucha. Era espantoso pensar que la mecharan de noticias tan muertas como ella, pero menos decentes que ella. «Guerra en Manchuria», por ejemplo, era lo que por esos días decían con más insistencia los diarios. Guerra en Manchuria y paz en Mariucha: era casi un juego de palabras. Si al menos lo hubiesen anticipado y las bolas pudieran haberse hecho con rollos de música, con páginas arrancadas al Pianista Virtuoso. Pero ya se las habían entregado (llévensela así) y ellos se creían autorizados a no consultar nada con nadie.

La Tía Herminia, en su mudez, estaba anulada. Eugenio tomó entonces una súbita decisión. Se volvió hacia la cómoda, se apoderó del libro y lo depositó —también con suavidad— en el centro, hacia la izquierda del pecho de Mariucha.

El hombre que estaba en cuclillas se volvió, dirigiéndose alarmado hacia Tía Herminia, librándolo todo a su decisión. Era el acto siguiente a la cesión de la almohadita, y la tía lo resolvió del mismo modo: bajó profundamente la cabeza, hasta tocar con el mentón las cuentas negras de su collar: quería decir que sí.

Habría sido opulento cargar su estrecho bote (el penúltimo había sido para ella la carretilla, ¿por qué no pensar que éste era el último?) con la pirámide del metrónomo, con los textos de música, con la bolsa de las piedrecitas rojas (era seguro que no volverían a enfrentarse a la pallana), con la boina de la Scuola Italiana; como el quepis y la espada de los militares, como la bandera chamuscada de los mártires. Pero Mariucha tenía una posteridad más frágil, y el libro bastaba a ilustrarla. En él estaban, por otra parte, las banderas, los mosquetes, los arcones, las rondas de niños, la agonía arrodillada de Sangre Romañola, todo lo que alcanzaría a contradecir la estolidez de

los diarios, esas noticias en que Mariucha jamás ponía los ojos.

La mancha azul sobre las tres letras en color naranja —COR— la mancha azul, azul como la palabra miocarditis para Bob, la mancha azul sobre el corazón de Mariucha.

Aquella decisión de Eugenio, de no quedarse con el libro como había querido quedarse con la almohadita, votaba por algo: votaba porque el mundo de los dramas de Mariucha permaneciese con ella, se encerrara con ella, no continuase suelto en otro mundo que decaía. Porque Eugenio quería ofrecerle algo (además del libro, que siempre había sido de ella) y lo que le ofrecía era un pensamiento mezquino y empecinado: esta gente va a arruinarse (como si él no fuera uno entre esta gente), esta gente va a arruinarse y esa ruina por suerte no va a alcanzarte, no va a arrastrarte, no va a degradarte como a Bob. Pero era —lo sabía muy bien— un falso consuelo, un resguardo vacío. Porque para Mariucha el mundo era lo que existía en ella y para ella, ante sí misma. Era capaz de crearlo cada vez con un acto de imaginación y ninguna estrechez de la realidad le habría impedido nunca ser feliz.

Con el tiempo, él y Bob habrían de tener, respecto a ella, el sentimiento de una relación abusiva, a veces valerosa, otras cándidamente depravada. Bob, como un muchacho maligno de los del libro, la había abandonado en la enfermedad, había pasado muchas veces junto a la puerta de su cuarto sin abrirla. Él, Eugenio, estaba allí y había depositado el libro en el arrebujado sitio que escondían el camisón y la sábana. Pero ninguno de ellos era, al solo precio de esta pequeña diferencia, menos deudor que el otro.

Los gestos de los borrachos —debe estar pensando Narváez—, los ademanes de los borrachos, los gritos de los borrachos.

Ha tomado menos que los otros y puede observarlos; está entre ellos pero comienzan a distanciarse, en la exaltación de las actitudes. Los mira desde afuera, los mira desde lejos, como desde la orilla a la corriente: están yéndosele.

Roberto ha arremangado la remera azul sobre sus brazos pálidos. Está despeinado y el alcohol ennegrece las comisuras de su boca, blanquea su cara, sume sus ojos. Viene hacia los

demás con los dos brazos en alto, echa una pierna hacia adelante, conserva cierta flexibilidad y una instintiva armonía para las contorsiones exageradas con que sostiene sus puntos de vista en una discusión sobre automóviles. Puede ser la discusión sobre cualquier tema, ya que hay una suerte de pasión fútil y sobrante que se ceba en los tópicos que vayan presentándose. Una de las manos que argumenta toma ahora la banda de pelo teñido que cae sobre los ojos, la lleva hacia atrás. Inesperadamente regresa hacia el rincón, se abastece de un buche más de cerveza, vuelve.

Saquieres, en cambio, está como embotado; su estampa, la más grande de todas (sentado, puede recordar Narváez, toca con su cabeza la capota del Ford) parece aplacarse en una pesadez sin respuestas corporales; pero basta conocerlo para saber que está en el límite de una contenida violencia; una violencia porque sí, una violencia gratuita y torva, que en definitiva no va a dirigirse contra los demás sino a desfogarse en las cosas o a rendirse en el sueño.

Eugenio ha estado virtualmente excluido desde que empezó la noche, pero esta sumersión plural en el mundo gesticulante de la borrachera lo está integrando a la reunión. Ha aflojado la corbata, que dibuja un trazo torcido sobre la camisa, uno de cuyos faldones asoma hacia atrás, por encima de la cintura del pantalón. Tambalea a veces, cuando su espasmódico interés por el diálogo lo lleva a dar un paso hacia los otros, en la esperanza de ser escuchado en pleno tumulto.

Montero (Monterito, El Sombra) avanza en la polémica unos labios vinosos y entreabiertos, unas manos agarrotadas en puños; unos puños que no están apretándose para golpear sino para apresar y condensar las más pobres razones, los argumentos más elementales de su tenacidad de borracho percutivo. «Es así, como te digo yo». Un hilo de saliva, seguramente ácida, enlaza y traba sus palabras, lo lleva a enjugarse a menudo la boca con el revés del puño izquierdo, detrás del que se quedan —refunfuñadas, desinfladas— muchas razones que probablemente deberían antojársele decisivas.

Elermes no está ahora; ha desaparecido por un momento, pero nadie, en el calor de la discusión, lo echa de menos.

Y él mismo, Narváez, está algo borracho, pero frígidamente borracho, lúcidamente borracho, incompasivamente borracho. Flota y se levita en ese punto en que puede replicar por cuatro o cinco vías mentales simultáneas, despidiendo objeciones ajenas que no están a la altura de su fugitiva brillantez; pero toma y toma, para acercarse a la pasión de los demás, y sabe que esta mecanicidad alígera de su inteligencia en la semi-borrachera se

perderá en cuanto consiga tal grado de comunión con los otros. Por ahora sólo advierte la tontería, el sinsentido de muchas de las falsas oposiciones que dividen hasta el insulto, hasta el encono patético de los ojos (cuando ya la lengua se resiente) las almas de los cuatro discutidores superpuestos.

El quieto y expectante, ellos sobrelanzados. Narváez puede recordar cómo se provocaba la misma impresión de distanciamiento llegando, en plena madrugada, fresco y recién salido de su casa, a los bailes de carnaval del Solís: gritos, máscaras eufóricas que lo reconocían, besos y cabriolas en los palcos, ademanes confianzudos u obscenos desde la pista; y él dudando en sumergirse, como ante una bañera con el agua demasiado caliente, como ante una piscina con el agua demasiado fría.

Hace un momento han estado en una zona comatosa de la idiotez. A uno de ellos se le ha ocurrido integrar el equipo de fútbol ideal de todos los tiempos —once hombres entre los cientos, entre los miles de jugadores que han visto en su vida— y han llegado al empujón y al insulto.

—¿Vas a comparar a Gambetta con Andrade?

Y el otro, en vez de decir «Yo nunca vi jugar a Andrade», se ha sostenido con empecinamiento agresivo:

—Sí, voy a compararlos. ¿Y qué hay?

—Entonces es porque sos un animal.

Unos no han visto jugar a Scarone y otros no han visto jugar a Piendibene, alguno ha pretendido que Obdulio Varela importa más que Gestido, sin saber —a esta altura de la borrachera— cuál es la confluencia entre su directo recuerdo averiguable y las charlas de café que ha recogido en otros tiempos.

Y lo mismo está ocurriendo con los automóviles:

—El primer automóvil que se vio en Montevideo fue un Delin —dice Saquieres—. Era el de Alejo Rossell y Rius.

—Fue un Panhard-Levassor —contesta Roberto—. El de mi tío.

—¡Qué va a ser! El de tu tío no fue el primero, ni el segundo ni el tercero.

—Aquí llegaron antes el Fiat y el Benz —dice Montero—.

Y los otros dos se ponen instantáneamente de acuerdo para denostarlo.

—Estás loco y además en pedo...

—¿Qué sabrás vos de automóviles?

—En mi familia hubo una limousine Benz —articula El Sombra en su defensa—.

—¿Y qué me decís con eso? —vocifera Saquieres, por encima de su pesadez—. En mi casa había un Chandler y mi tío

tenía un Buick. El que tuvieron en tu casa, Benz o lo que fuera, no tenía por qué ser el primero.

—Tampoco el de Alejo Rossell y Rius...

—Ah, no, eso es distinto. En casa siempre decían que lo veían pasar a saltos por el empedrado, con sus llantas macizas...

—¿Y qué corno importa lo que hayan dicho en tu casa? —carga El Sombra—. Un primo mío vio venir el Benz y creyó que era un coche de caballos que se había vuelto loco...

—Tu primo era tan bestia como vos, eso es lo único que está demostrado. El primer automóvil que hubo aquí fue un De Dion Bouton, carajo.

Nadie —ni Saquieres ni los otros— está seguro de que el automóvil de Rossell y Rius haya sido un Delin o un De Dion. Pero el insulto lo decide de modo irrefutable, y a ninguno se le ocurre dudar. A ninguno, salvo Eugenio.

—Yo creo —prorrumpe— que el primer coche que hubo aquí fue un Renault, de aquellos de trompa chata.

Es una opinión solitaria, que no busca hacer prosélitos. Sugiere que no en la timidez del «Yo creo», que simplemente postula «A menos que me convenzan, siempre que no me prueben otra cosa».

—Sí, sí —murmura Saquieres, súbitamente cansado—, también los primeros Franklin tenían la trompa chata. ¿Y qué hay con eso?

Pero la discusión ha llegado a su centro de violencia y ha pasado por él. Como el arca de Noé al bajar las aguas, ha quedado en lo alto, encallado, el verdadero o supuesto De Dion Bouton de Alejo Rossell y Rius: «Había que sacarle las bujías cada pocas cuerdas»; «andaba a menos de treinta kilómetros por hora».

Son capaces de discutir con alboroto algo que no les va ni les viene, en el grado de lo más inverosímil —puede pensar el gordo Narváez mientras los mira nuevamente, mientras los considera en su móvil ferocidad circunstancial: también es posible dar un paso atrás y quedar fuera del radio de las voces, o taparse los oídos y considerarlo todo como si fuera un sketch del cine mudo, o una de esas reviviscencias en estilo que se intentan ahora, sobre la vejez de Harold Lloyd o de Buster Keaton, sobre la eternidad de Chaplin. O acaso como un ballet.

—Todo esto —articula fríamente— es una pesadez de mamasos... ¿Qué les parece, en cambio...?

Pero lo que va a decir queda trunco. Porque volviendo desde el lado de la sala —desde el costado prohibido de estas reuniones— Elmeres cae sobre el asombro y la risa descompuesta de casi todos. Se ha levantado y estirado el pelo hacia atrás, su-

jetándolo con una cinta de color morado. Se ha puesto una mantilla sobre los hombros y una vieja cortina desafectada —habitantes del arcón de la sala— y con ella atada a la cintura parece arrastrar una pollera matronal en una velada romántica. Trae en la mano, tomado de la vitrina, un abanico con viejo olor a papel y a madera de sándalo. La punta de un cojín rojo, de los que suele haber encima de la cama de Roberto, sobresale de la abertura del cuello de la camisa, tras haber figurado los pectorales de una señora de raza.

—¿Quién soy, quién soy? —propone con grosera alegría.

—La bisabuela Felipa, la bisabuela Felipa —responde a gritos Eugenio, en medio de las atroces risotadas con que aflaja sus nervios.

¿Es por desagradar a Bob, es sólo por el colmo de la borrachera?

Roberto se va hacia los dos, ahora con los puños en alto, en un arranque de indignación que, paradójicamente, sólo enfatiza su debilidad.

—Sos un canalla, un grandísimo bellaco —y Elermes se repliega—. ¡Esto no vas a hacerlo más en esta casa!

Y le descarga un golpe que se pierde en la distancia que vuelve a existir entre los dos, en cuanto Elermes ha retrocedido.

—Y vos sos un tristísimo imbécil (volviéndose hacia Eugenio). El otro es Vallebona, con su familia de italianos y qué mierda le importa. Pero vos, desgraciado, sos bisnieto de la bisabuela Escudero y te llamás Escudero. ¿Qué te has creído, estúpido?

—Claro, claro —dice Elermes, desmontando rápidamente su imagen paródica del cuadro de Blanes o Gallino—. Yo vengo de italianos de medio pelo, pero vos sos un Es-cu-de-ro... Y aunque estés en deca, vamos a respetarnos...

—A vos no te es posible reírte de tu bisabuela, infeliz —escupe despectivamente Roberto— porque a la pobre vieja verdulera nunca la conociste...

—Terminala, Roberto —dice imperiosamente Saquières—, estás demasiado borracho y demasiado guarango. Estar en tu casa, si estás así, no te da ningún derecho...

Pero de pronto se detiene: lo ha mirado, buscando en su cara la inspiración necesaria para rematar la frase, y ha visto que en esa cara arrasada los ojos no están definitivamente borrachos pero se han vuelto, en cambio, acosados, infantiles, llorosos.

—Váyanse. Déjenme solo.

Más allá de la casa rosada en que vivía la lavandera, hacia el oeste, estaba el horno del yesero. Bob solía llegar hasta allí por las tardecitas; entraba al recinto abierto que, sumergido en una densa y viciada penumbra, recordaba a una iglesia fuera de la hora de oficios. Luego, cuando los ojos se acostumbraban, aquella opacidad devolvía sus formas en una opalescencia de fondos lechosos, hasta los que filtraba su luz el crepúsculo.

Las primeras veces, el yesero parecía no interesarse en su visitante. Le franqueaba la entrada con un gesto mínimo, ladeando la cabeza, sin dejar de rasguear la guitarra, sentado a la puerta en una silla de paja, el pie izquierdo apoyado en un burdo escabel de factura casera. No podría decirse que tocara la guitarra, que hiciera brotar de ella ninguna música coherente, desde el principio hasta el fin: sólo bordoneaba y recomenzaba, silbaba y tarareaba para ayudarse a buscar alguna tonada escondida en el cordaje, contra la cual parecía poder muy poco. No desmayaba, sin embargo; se detenía y reiniciaba. A veces parecía haber dado con el ritmo, con la cadencia, con la música que buscaba. Inesperadamente, clavaba los dedos en una pausa y se ponía a mirar el crepúsculo, que golpeaba de frente en las formas de la guitarra. Recomendaba luego, del mismo modo dubitativo y misterioso, del mismo modo tímido e indagatorio en que había estado rasgueando hasta el instante del supuesto hallazgo. Bob vinculaba de algún modo contrastante esa música empecinada, esa música con íntima dificultad de ser, a las formas sueltas y gozosas, a los potiches fondeados en la penumbra pero dueños de un acabado redondo y feliz que sobre su guitarra el yesero jamás obtendría.

Contra ese aire chapucero y pobretón de la guitarra, contra ese telón irritado de crepúsculo y de tartamudez del sonido, a Bob le fascinaba lo que había en el interior del barracón: iba hacia los gallitos alineados en hilera en los estantes cercanos a la boca del horno; si esa tarde sólo estaba pintada la cresta, mañana ya estaría pronto el pico y pasado mañana tendrían color las patas porque —tras cada nuevo tinte— debía haber un nuevo golpe de cocción. Era casi como verlos salir del cascarón, día por día, fosforescentes, enfilados hacia el resto de luz de la tarde, hacia el resto de música de la guitarra.

Algún día próximo cantarían sobre alguna mesa de comedor, en la repisa de una salita, en el centro de un recibidor, en el rincón de un jardín. Ahora, sobre fondos de cal, gárrulos en lo

oscuro, avanzando una cresta o unas mejillas al encuentro de la noche, se preparaban a internarse en los dudosos caminos de su vida.

Y cuando se trataba no ya de gallos o gallinas o pavos sino de cestos de frutas, hoy sólo estaban pintados los duraznos; mañana estarían pintadas las naranjas y después las peras, como si fuesen madurando primero unas y después otras, en la sombra genitrix del horno, y el milagro fuese el de la tierra —el del humus que sostiene los árboles, el del yeso en manos del yesero— la tierra que iba dando esas gemas, una a una. Eran potiches burdos, podía pensar el Bob de ahora y ya tal vez lo pensase el adolescente que recorrería, entre sombras blancuzcas y sorpresas chillonas, esa ilustración primitiva de los óvulos, de las savias que inventan el mundo. Podrían serlo, sí, pero pasar entre sus filas abigarradas —gallos o perritos o figuras del santo pesebre o fruterías— era asistir a un tiempo a la gestación del arte y a la gestación de la vida —un arte humilde, una vida provinciana— o acaso al acto de que una fuese engendrada por el otro.

Es posible que la alegoría que estaba construyéndose en la cabeza del Bob de trece, de catorce años fuese aún más complicada: porque mirando ese pavo que tenía ya iluminada su gorguera de cuajarones sangrientos y en cambio arrastraba las alas y abría la rueda, en abanico, con la palidez del yeso tras la primera cocción, es probable que Bob tuviese, en la vuelta de aquel espécimen ya parcialmente vivo al horno que endureciera y abrillantase sus nuevos colores, la visión de un regreso filial al vientre materno, para un último y amoroso golpe de perfección. La naturaleza tenía mejor imaginación que el yesero (siempre volcado a auscultar la eclosión de la vida, como si se tratase de los balbucesos reacios de su guitarra); pero, en compensación, tenía acaso menos paciencia artesanal. Aquellos gallos, aquellos pavos, aquellos bueyes echados, aquellas constelaciones de naranjas, aquellas palomas tenían una apariencia previsible y constante, y esa apariencia debía excluir por igual la singularidad llamativa de lo feo y de lo demasiado hermoso, del prodigio y del monstruo. Todo existía allí a una luz templada, todo figuraba —hasta morir en la cargosa orilla de la guitarra— un mundo en orden, donde los gallos abrieran las alas para cantar según un ángulo fijo, donde las gallinas esponjaran su pluma según una determinada inclinación del pico, donde las frutas convivieran en la canasta según un sazonado ecléctico de gustos.

El yesero venía a ser, a un tiempo, el menestral y el demiurgo de ese mundo. Inocente, con dedos que sólo porfiaban en

vano a las cuerdas, y que bailaban soberanamente sobre el yeso, vivía sin sospechar los conflictos de esa vida que prohihiera en serie. Era creador y beato sin saberlo, como son creadores y beatos los retablistas indígenas, capaces de detallar todos los círculos dantescos en las profusiones de un solo retablo. Habría sido absurdo pedirle que explicara las portentosas colas espectrales de sus gallos, la cruenta imagería de las cabezas de sus pavos, la mansedumbre dormilona de sus bueyes. Imposible preguntárselo a él —pensaba Bob— y, sin embargo, ¿quién podría estar detrás de él, ya que vivía en un medio en que la palabra tradición casi no tiene sentido para las cosas y las gentes más pobres?

Si iba a decirle ese asombro profano, las manos del yesero dejaban por un momento la guitarra; y una mirada socarrona, andando con lentitud por los rasgos aún entonces hermosos de Bob, negaba el fervor sobresaltado de crestas y carúnculas, la orgía sanguinosa de espolones y membranas, la roja inyección erótica en los ojos de las palomas, la carnalidad matronal y arbolada de las manzanas. El yesero vivía solo, con su costumbre de mate y guitarra por las tardecitas; vuelto hacia los colores rabiosos del crepúsculo, por donde podría haber vagado en busca de nuevas y truculentas tinturas, parecía inofensivo y casero, gordinflón y castrado por la edad, como un perro viejo.

Pero Bob no se conformó con penetrar al barracón por las tardes: en cuanto adquirió alguna familiaridad con el yesero y con el sitio, quiso forzar las claves de ese mundo, sondearlo en su entrevista profundidad.

Todo empezó la tarde en que, removiendo canastos, planchas de madera, plaquetas de yeso en los rincones del barracón, descubrió el busto del pañuelo colorado. Era un busto de yeso que reproducía la cabeza de Garibaldi, según la versión más conocida: la cara barbada, el birrete que no era boina ni quepis, las guedejas asomando debajo de ese casquete, la mirada noble y la golilla flojamente anudada sobre el pecho.

El yesero sólo había dado color a esa prenda; el resto del busto resplandecía de blancura, apenas con pequeñas adherencias del polvo del arrumbamiento en las aletas de la nariz del héroe.

—¿Y esto? —preguntó Bob.

No preguntaba quién era, porque lo sabía. Simplemente, interrogaba acerca de la presencia del objeto, de la razón de ese busto en el barracón del yesero.

—Es Garibaldi —contestó el viejo—. Hecho con un molde que me trajeron.

—¿Usted será garibaldino? —a un tiempo inquirió y afirmó Bob, calculándolo sobre la edad del viejo.

—Yo no soy nada —respondió el yesero—. Es un encargo del Club Rivera. Pero está aquí hace años... no han venido a llevárselo.

—¿No va a ponerle más tintes?

—Sólo querían la golilla en color.

—Garibaldi... —dijo pensativamente Bob, como si el nombre moviera en él memorias desmembradas.

Y luego, asumiendo una voz de recitativo:

—Hoy es día de luto nacional. ¡Ayer noche ha muerto Garibaldi!

El yesero, que no había dejado de rasguear la guitarra mientras Bob hablaba del busto, se detuvo ahora, acostó el instrumento sobre sus rodillas, se puso a mirar al repentino orador.

—¿Sabes quién era? —siguió Bob, que no lo tuteaba—. Era el que libertó a diez millones de ciudadanos de la tiranía de los Borbones de Italia. ¡Ha muerto a los setenta y cinco años! Nació en Niza y era hijo de un capitán de barco. A los ocho años, libró la vida a una mujer. A los trece, sacó a salvo una barca llena de compañeros náufragos. A los veintisiete, salvó de las aguas, en Marsella, a un jovencillo que se ahogaba (pronunció jovencillo con todo amaneramiento, para que el otro advirtiese que citaba un texto, sin tomarse la libertad de cambiarlo). A los cuarenta y uno evitó un incendio en un barco, en el océano. Combatió diez años en América por la libertad de un pueblo extranjero...

—¿De dónde sacaste todo eso?

—De un libro... (dando a entender que no revelaría su nombre).

—¿Qué libro?

—Un libro que está enterrado... junto a una prima mía que está enterrada...

El viejo lo miró con incredulidad:

—¿Lo decís en serio?

Y Bob —malignamente, como si tararease:

—Absolutamente en serio,
pregunte en el cementerio.

El yesero (desentendiéndose, con la recelosa impresión de ingresar a un mundo sin garantías de cordura):

—...¿Y qué quiere decir?

Bob (recitando de memoria, implacablemente):

—Que luchó en tres guerras contra los austríacos por la libertad de Lombardía y del Trentino. Que defendió a Roma

contra los franceses en 1849. Que libró a Palermo y a Nápoles en 1860; volvió a combatir por Roma en 1867; que guerreó en 1870 contra los alemanes, en defensa de Francia. Que tenía en su alma-la-llama-del-heroísmo-y-el-genio-de-la-guerra... Quiere decir todo eso...

—Pero todo eso —el yesero presentía oscuramente que en toda la retahíla había un truco siniestro— ¿quién lo dice?

—Corazón, el gran corazón.

El viejo seguía sin entender.

—Combatió diez años en América por la libertad de un pueblo extranjero —retomó Bob—. Ese pueblo éramos nosotros, ¿se da cuenta? El libro ni se toma el trabajo de nombrarnos... Y... ¿quiere saber lo que dicen siempre en casa?...

—Sí —musitó el yesero, completamente desorientado, dándole acerca de si debía prestarse al juego.

—Dicen que Garibaldi era un pirata carcamán, que degollaba blancos con un cuchillito mellado, para demorar más tiempo... ¡Y usted —lo señaló con un dedo acusatorio— usted le ha hecho un monumento!...

—Yo no he hecho nada —protestó el yesero, descargándose de culpas dentro de una situación que empezaba a exasperarlo—. Me dieron un molde y lo copié, nada más... Pero vos mismo, ¿qué estás diciéndome? ¿Que era un héroe o que era un asesino?...

—Entró-en-combate-cuarenta-veces-y-salió-victorioso-treinta-y-siete —recitó Bob—. Cuando no peleó (asumía aquí un tono de mayor calma, correspondiente a la paz) trabajó para vivir, encerrándose en una isla solitaria a cultivar la tierra...

Y de nuevo con énfasis:

—Fue maestro, marinero, trabajador, negociante, soldado, general, dictador. Era-grande-sencillo-y-bueno, odiaba-a-todos-los-opresores...

De pronto pareció desalentarse:

—Bueno, todo esto es lo que dice el libro. Pero en casa está prohibido repetirlo, porque dicen que es pura mentira y que la verdad es lo del cuchillito desafilado... ¿¡Qué sé yo!?

El yesero perdía pie en medio de todo este alarde de histrionismo, que bajaba y subía en los tonos, en las manos, en las cejas del recitante.

—¿Cómo es la cosa, al fin de cuentas?...

La pregunta del yesero fue formulada con un acento ominoso: trataba de volver las cosas a su sitio. Tomaba la guitarra, la ponía a un lado, se levantaba.

—Usted que es un artista —dijo Bob (ademán denegatorio del viejo)— oiga esta frase: Miles de italianos han muerto por

la patria, felices en la agonía al verle pasar a lo lejos victorioso... ¿Usted cree que alguien puede ser feliz en su agonía?... (Y al advertir la perplejidad del yesero, que esquivaba las respuestas): —¿Usted cree que sea verdad que millares de nombres hubieran querido dar su vida por él, por ese viejo de setenta y cinco años?... ¡Yo no!

—Depende —propuso el yesero—... ¿No dicen que una vez el finado Aparicio?...

—Ah, muy bien —atajó Bob, completamente desahogado— ¿Así que usted es blanco pero le hizo un busto a Garibaldi?

—Me lo encargaron —insistió débilmente el yesero, arrepentido de haber avanzado una opinión, y replegándose nuevamente.

—Ah, sí, se lo encargaron. Pero entonces... ¡vaya y hágalo como Dios manda! ¿Usted no sabe que en-la-guerra-usaba-una-blusa-roja y que era fuerte-rubio-y-hermoso... (Extendiendo el brazo derecho, en un ademán circular, abarcatorio de la imagen posible, trampeada o reducida a poca cosa por el busto del yesero)... En el campo de batalla, un rayo; en los sentimientos un niño, en los dolores un santo...

Y luego, apuntando otra vez hacia el pecho del yesero:

—Tendríamos que pintarle la blusa y pintarle el pelo.

El yesero se sentía ceder:

—No, no, no —argumentaba débilmente—. Los del club lo quieren como está: sólo la golilla colorada.

—Será por eso que han venido a buscarlo tan pronto —repuso Bob—. Mañana mismo podríamos empezar a pintarlo...

Se volvió hacia el hombre, que había acabado por arrinconarse, tomando otra vez la guitarra, asiéndola por el extremo de las clavijas y alzándola, a modo de escudo que lo defendiese.

—Tú ahora no lo comprendes —fraseaba Bob, dirigiendo los gestos hacia abajo y adoptando un tono paternalista, como si conversara con un interlocutor de estatura y edad menores que las suyas de adolescente—. Pero leerás sus hazañas, oírás hablar de él continuamente en tu vida y según vayas creciendo (el yesero volvía una mirada contra sí mismo, inútil y bloqueado detrás de su instrumento) su imagen crecerá ante tu vista; cuando seas hombre, lo verás gigante; y cuando no estés ya en este mundo ni vivan los hijos de tus hijos, ni los que nazcan de ellos, todavía las generaciones verán en lo alto su cabeza luminosa... ¡Tenemos que pintar el pelo de amarillo, porque era rubio!... ¿Entiende?

—No, no —dijo el yesero—. Creo que vamos a dejarlo así como está. ¿De dónde me dijiste que habías sacado todo esto?

—Del libro —contestó Bob, afirmándose en un tono misterioso—. Mi primo lo hizo enterrar junto a mi prima para que yo no lo tuviera. Pero lo sé de memoria... y además, un día de estos, cuando usted vaya a los bazares yo lo acompaño y nos compramos otro...

El yesero encontraba demasiado macabra toda la historia. Pero a los pocos días, el busto tenía el pelo amarillo y los ojos azules, aunque la blusa se conservara blanca. Sería de Bob (ya estaba convenido) si los del Club Rivera no aparecían a reclamarlo y pagarlo en una semana.

—En casa no se puede ni hablar de Garibaldi —le previno Bob— porque ayudó a los colorados en la Guerra Grande. Así que es mío pero yo voy a dejarlo aquí...

De esa manera (melena y ojos de Garibaldi) Bob y el yesero empezaron a trabajar juntos. El muchacho, muy pronto, aprendió a hacerlo todo. Y, además, aprendió a no preguntar al yesero, ya que era evidente que el viejo no sabría responderle. Era fácil soliviantar en él la ambición, nunca las posibilidades de la reflexión.

Por las tardes, el yesero ya no estaba a la puerta, de cara al campo, tocando la guitarra. Había, por el contrario, algo flamante y ansioso —más allá de sus manos nudosas y quietas— en la forma en que lo esperaba. La visita de Bob se transformó así en una irrupción cotidiana, en la posesión y devastación de un mundo por otro; y Bob era el más fuerte.

Se inclinaba sobre el horno, estiraba las manos donde todavía quedaban golosos ademanes de infancia. El yesero, primero con recelo, después como un poseso, lo seguía, lo escuchaba y le obedecía.

El mundo de esa creación limitada y serial empezó entonces a transformarse.

—No podemos quedarnos en gallos y más gallos —decía Bob—. ¿Quién va a ser tan desgraciado para conformarse con eso?...

Y el yesero —por acatamiento— comenzó a desdénar sus gallos, sus fruterías, sus perritos, sus palomas, sus bueyes acostados. La imaginación de Bob estaba valiéndose de las manos del viejo, e inventaba con ellas guitarristas taciturnos y obstinados como él había sido. (Aquella conversión le hizo perder súbitamente interés por la guitarra, como si el mundo al que hubiera querido asomarse con ella se hubiese disuelto, como si el pozo del que quisiera arrancar las formas de la vida se hubiese cegado en él, antes de que ninguna señal hubiese aparecido por donde ahora sus manos indagaban, hurgabán y desnudaban, como si en esa febril marea en medio

a la que luchaba por asirse crepuscularmente a algo, la guitarra hubiera sido arrastrada muy lejos.) Inventaba guitarristas tocando o no pudiendo tocar, lo cual le daba ocasión de verse desde afuera, tal como antes de someterse al sortilegio de Bob había sido. Inventaba bailaoras con piernas o pandereatas en alto («Mire estos dibujos de flamenco, no son tan difíciles»), según ilustraciones que Bob le traía y mostraba. Pergeñaba ensangrentadas cabezas que degeneraban el modelo de la imaginaria española —«Dicen que sin sufrimiento no hay verdadero hombre ni verdadero arte... ¿Usted qué piensa?» y, proverbialmente, el yesero no pensaba nada—; modelaba cabezas de Cristo con coronas de espinas y frentes que licuaban el martirio; construía manos amputadas con llagas —que se parecían a las manos infantiles de Bob y prefiguraban la perversión y la avería del tiempo sobre aquéllas que en la infancia sostuvieran el libro, el misterioso libro enterrado junto a la prima también enterrada—; alzaba en un pie cojo y bailarín diablos de danzas rituales indígenas; erigía totems vagamente obscenos en su ritualidad pagana.

Todo esto no tenía mercado, y seguramente el yesero lo sabía. Los bazares seguían reclamándole gallos, duraznos y pichones. Pero Bob le había insuflado el concepto romántico de la incompreensión como atmósfera necesaria del Arte, y el yesero disfrutaba de este repudio que lo confirmaba en su soledad o, mejor aún, que apretaba más y más un lazo entre él y Bob, copartícipes de un resentimiento común contra el mundo que, en el caso del yesero, no podría haber tenido otra causa cierta que su carencia de aptitudes para la música, cosa que ya había olvidado. Una madurez tardía y huraña brillaba en los ojos del yesero, ponía en ellos los tintes irritados de una cocción casi sobrenatural. Bob era el demiurgo, él sí consciente, de esta transformación. El yesero dejó de ofrecer lo que hacía y el barracón comenzó a llenarse de todas aquellas criaturas que, de cualquier modo —y seguramente para dar la imprescindible pululación de un universo que los ciñera y los rodeara— seguían produciéndose en serie.

Una vez que estaba lanzado en esta dirección, el viejo debió sentir que no había retroceso posible. Había dejado abruptamente de creer en las sencillas series de su antiguo mundo, en las débiles raíces que la vida tenía en su propia concepción creadora.

—Hay que buscar algo, hay que expresar algo distinto —repetía sin saber definirlo ni definirse en la busca.

Lo dominaba una suerte de pánico vertiginoso, una fiebre hosca y compulsiva que Bob alimentaba con figuras, con álbu-

mes, con fantasmagorías de dibujo, cuyas sentencias a lápiz perturbaban la mente del yesero. Corría de una cosa a otra —a un tiempo exigiendo y cediendo— mientras el adolescente, cada vez más imperioso, cada vez más misterioso, cada vez más inalcanzable, lo juzgaba y lo exaltaba, lo destituía y lo vituperaba, lo empujaba hacia nuevas evidencias de la crueldad del mundo y de pronto, esquivándolo aviesamente, lo dejaba a solas con su impotencia, a solas con sus preguntas en ese mundo en que el viejo ya flaqueaba, solía renunciar y crisparse, aflojar y llorar de ajenidad y de cólera, hervir en tentaciones mal atrapadas, sin reconocerse cabalmente en ninguna de esas humillaciones, en ninguno de esos éxtasis.

Bob había acabado (eso era lo cierto) con la menguada cordura del yesero. Y como aún estaba insatisfecho, seguía buscando y tanteando a través del oficio que el servilismo del otro le prestaba. A los totems obscenos siguieron perros acoplados, mujeres ferozmente desnudas, guerreros degollados. Lo que en el-libro-enterrado-junto-a-la-prima-enterrada era provocación verbal y nada más, se convertía aquí en una ópera violenta, en colores que saltaban, en formas que agredían, en las versiones de una locura enmarañada y senil. Porque Bob empujaba y acicateaba pero, llegado el momento, era la basta facundia creadora del yesero la que hacía, abriéndose cada vez más a la sugestión de un orbe que no era, que no podría haber sido nunca el suyo.

Luego de la serie de los sexos vino —en la versatilidad que Bob soplabá sobre aquella imaginación manual desquiciada— la serie de los automóviles. Bob traía las viejas revistas, Bob procuraba los catálogos. Empezaron por el Panhard Levassor de Tío Jaime, copiado sobre una vieja foto de familia, en la que sonreían los grandes dientes de nutria. Lo hicieron vacío, por supuesto, suprimiendo la intrusión alegre y fútil del Tío en el volante, su tiesura cómica en el asiento altísimo. Después se acercaron a lo contemporáneo: Franklin, Chandler, Cole, La Salle, Hupmobile, Marmon, Auburn.

Bob indujo al yesero a volver a los bazares, donde ya lo habían olvidado. La serie de los automóviles fue admitida como novedad, y el registro de marcas aumentado: Dodge, Hudson, Ford, Overland. Descubrieron entonces que el yesero podría vivir con lo que le dieran estas carrozas paródicas, estos autos que también parecían naves o alcancías, estos entretenimientos conmemorativos del mal gusto. Festejaron el hecho una tardecita: el yesero había vuelto del centro con una botella de vino. Bob disfrutó el sorbo de vino traído desde el áspero fondo de unas escudillas de yeso a sus labios. Paliada

la pobreza del yesero, podían ponerse a soñar con algo más entrañable, con una veta aún no intentada de su creación: el hombre.

Bob nunca quiso que Eugenio fuera con él al barracón del yesero.

—Está siempre tocando la guitarra, no quiere que lo interrumpas —insistía Bob, cuando ya la guitarra no contaba para el viejo.

Y aún seguía aludiendo a los gallitos —había traído uno, en los primeros tiempos: Tía Herminia lo había rechazado con furia y el animalito, picoteado, raído, cascado y sucio vagó de la glorieta a los canteros en que solía encontrarse acosado sobre un ala rota— cuando ya el barracón del yesero se había transformado, pasando del gallinero y la frutería a un Museo Grévin en miniatura. No era posible explicar a Eugenio —tan convencional y prosaico, tan estólido en su niñez de objetos verosímiles, en su adolescencia llena de miedos, en su paraíso doméstico de sueños sin incógnito— toda aquella atmósfera de aquélar, toda aquella potichería que apuntaba a la vastedad y complejidad de un mundo contemporáneo, al que Bob había empezado a asomarse, hacia el que había estado empujando las manos y la pobre cabeza del yesero.

Eugenio continuaba creyendo —sin mayor interés, sin mayor alarma— que más allá de la casa rosada vivía un artesano que hacía gallitos en serie o montones de fruterías iguales. Y prefería el aire extralúcido y fatuo con que Bob hablaba de ese mundo —como antes de Sámbara Catonia— a la misma posibilidad, que entreveía decepcionante, de recorrerlo algún día.

Ese día, sin embargo, llegó. El yesero, como un personaje del libro-enterrado-junto-a-la-primera-enterrada, había estallado en su soledad, había tenido delirios en los que se mostraba desnudo, obscuro y sin guitarra a la puerta del barracón. Salía por las noches envuelto en un abrigo y luego se lo quitaba, corriendo desnudo hacia los campos; o se lo abría de golpe, mostrándose impasiblemente en cueros, cuando una mujer se le cruzaba en las veredas; gritaba desde su puerta, hacía gestos lúbricos hacia una compañía sexual deseada e inexistente. Lo habían denunciado a la policía, lo habían llevado finalmente al manicomio; porque el producto de los gallitos y de los automóviles no daba para internarlo, como al Tío Jaime, en una quinta de reposo.

Entonces Bob había fugado hacia los últimos días de ese mundo, sobre el que ya se cernían alguaciles, sellos y precintos en mano.

Por un temor que no había sentido en la locura de aquel apogeo (o en el apogeo de aquella locura) desistió de ir solo, arrastró a Eugenio hacia aquello que hasta la víspera le habría impedido conocer.

En camino, le contó una historia muy sumaria de la última fase, de la veloz y abismal locura en que se había precipitado el yesero. Eugenio habría de ver en seguida demasiados objetos, hechos con demasiada paciencia de menstrual, para que aquella insanía fuese la obra de una sola semana, de unos pocos días en que se hubieran desmantelado y repoblado los estantes, en que la cauta baratijería del mercader hubiera sido reemplazada por aquella zarabanda de cabezas, de manos amputadas ofreciendo la desolladura de un clavo central sobre la exangüe palidez en que el yeso copiaba las de Bob, por aquel vórtice de totems, de torsos de mujeres en espasmos inimaginables para la edad de Eugenio, por aquel alud de objetos enclavados en la posesión de un mundo minado y enfermo. Y por detrás de todo ese escándalo en torbellino, la sorpresa de Eugenio era igual a la del vecindario, cuando el viejo había aparecido a su puerta, vociferante, gesticulador, procaz y desnudo: la de no haberlo sabido antes.

Y tal sorpresa cuajó en un espanto tranquilo, en un estuor definitivo y sin preguntas —que cavaba un foso entre Bob y Eugenio— cuando el recién llegado vio, sobre el camastro del yesero, la mascarilla de Bob. ¿Cuándo la habían hecho? ¿Por qué la habían hecho?

Bob explicó el ensayo que habían empezado y dejado trunco, la idea de una estatua que él había expoliado en el yesero, no la estatua del propio Bob (aclaró) sino la de un joven ideal que representara un concepto del Arte (Apolo o algo así, agregó sonriendo y Eugenio, por estólido que fuese, creyó advertir su turbación). Refirió la técnica simple con que podía hacerse (con que él ya sabía hacer, con que podrían intentar la de Eugenio en cuanto Eugenio lo quisiera) la mascarilla de un rostro vivo y no sólo de un muerto glorioso como Beethoven, como Napoleón, como el Papa. Era cuestión de cerrar los ojos y...

Eugenio miraba, trastornado, la expresión sutil, acaso burlesca, como la de una imagen oriental de Buda, la máscara apenas sonriente pero pérfida y taimada y elusiva, a un tiempo leve y carnal y abotagada que tenía el rostro de Bob en el yeso manoseado y raído que colgaba sobre el camastro vacante. Era un rostro que contaba una historia difícil de entender, una experiencia difícil de alcanzar, un éxtasis de molición y de ambigua satisfacción, algo que para Eugenio estaba más allá de las

provocaciones conocidas, de los estímulos que solidariamente habían recibido ellos dos hasta entonces.

Bob dijo que había estado a punto de estallar de risa todo el tiempo en que el viejo moldeaba la mascarilla y él sentía las cosquillas del yeso sobre los párpados, del yeso sobre los labios. Los ojos estaban plegados como los de Mariucha, pero los labios estaban aún más malignamente inflados que los de la prima, casi levantados por un soplo que viniera del interior de la boca, como si hubieran contenido largo tiempo un buche de risa, un buche de risa malvada que —a poco que el viejo hubiera sido un verdadero artista y no un pobre artesano, a poco que el viejo hubiera sabido trabajar sobre él— podría haberse convertido en un gesto con alma, en la imagen de una escabrosa sabiduría.

...Me cambio por él, si llegara a cambiarme podría seguir viviendo, viviendo como él, es cierto, pero sin desangrarme, estoy borracho, duermo profundamente y alguien llama, alguien golpea en la puerta del recibidor y lo oigo en el sueño, voy a soñar acaso con algo a propósito de esos golpes, pero no quiero imaginármelo, no quiero imaginármelo porque tengo que ser él y lo que él llama a veces la-mina-de-mis-sueños es algo muy extraño, es preferible atenerse a los hechos, a las simples actitudes, alguien llama, alguien golpea, seguramente alguien está herido, alguien pide socorro, podría ser él, es claro, no hay ninguna razón para que tenga que ser yo, para que él haya quedado dentro de la casa y yo prisionero en la quinta, una quinta en que los dos pasamos nuestra infancia, una quinta en la que nunca debí sentirme cautivo como a causa de las copas y del sueño en el banco me sentí, no podría explicar la angustia por la que fui hasta la verja y pretendí saltarla en cuanto Bob no me oyó, a los primeros golpes, entonces eran los golpes de un hombre borracho pero no lastimado, el llamado de alguien que no quiere regresar sino pedir tan sólo que le franqueen el paso, no puedo comprender esa angustia, alrededor estaba la quinta, alrededor de mi sueño en el banco se disponían los sitios conocidos, la casa, la pajarera, los canteros, la glorieta, la araucaria, la higuera, la casilla vacía donde hace muchos años —nosotros no llegamos a verlo— existió un perro, si ahora hubiera estado yo lo habría llamado, me

habría valido de él, no sé, es difícil hacer ladrar a un perro al que uno no es extraño, de los que sólo brincan y lamen la mano al conocido, ladró uno a la distancia cuando yo gritaba ¡Roberto, Roberto!, pero no era su perro y un durmiente sólo puede ser despertado, entre todos, por los ladridos de su perro, por las señales de alarma de su mundo, Bob no las tiene, ésa es la cosa, no hay una campana, sí, podría haber tomado la que está en la glorieta pero no tiene badajo, es claro que si antes de haberme lastimado, más borracho que ahora, todo esto se me hubiera ocurrido podría haber tomado la campana como una simple maza para golpear, como instrumento para romper un vidrio, un vidrio sí: a este solterón soterrado, dormido y sin parientes alrededor un vidrio roto puede sobresaltarlos, romperle en pedazos el sueño... Ni siquiera habría sido necesaria la campana, habría bastado con quitarse un zapato —siempre antes de estar herido, porque desde que me lastimé no puedo hacer la flexión, oprimiendo el vientre, que es forzosa para quitarse un zapato... Le gusta contar sus sueños, un zapato golpeando en una puerta, una campana rompiendo un vidrio pueden provocarle ensoñaciones absurdas, tal vez eróticas, porque su soledad debe estar llena de sortilegios, de emboscadas, de acechanzas casi inmenables... Una vez soñó, dijo, que alguien le tiraba en broma con un revólver descargado, y dijo que había sentido en su carne los soplidos del revólver vacío, esos que para otros —con otro calor, dijo— significan la muerte. Saquieres le propuso entonces que analizara el sueño. Es raro, le dijo, que para ti el frío sea la vida, que pienses que para otros el calor sea la muerte. Acaso tenía frío dentro del sueño, dijo Bob, porque suelo olvidarme de que cambia el clima y suelo acostarme en una cama liviana cuando hace más frío... pero era una explicación cobarde, no sé si tenía otra, no dijo en qué región del cuerpo sentía esos soplidos —como soplidos a un fósforo para que se apague, dijo, pero dados en la carne, dice siempre así, la carne, y tiene algo de fofa y marchito y apagado, algo como de la materia esponjosa de un volcán apagado decir así, La Carne... Bueno, soy él y duermo, pero si soy él tengo que serlo en todo, es el precio de no desangrarme y morir, o por lo menos de poder esperar a que amanezca, gastar ese tiempo en que si grito no me oye, en que si me arrastro no llego, en que si me muevo provoco los dolores, los desgarrones, más sangre, tengo que admitir que soy entonces él y no sólo tomo la situación de hombre acostado en su borrachera que él tiene..., muchas veces pensé en la infancia que si yo quisiera, que si yo hiciese el esfuerzo podría

haber sido otro, otro a partir del punto mismo en que me imaginaba el cambio, en que me ponía frente a una probable permuta de destino, permuta de destino como hay permuta de solares, permuta de automóviles, sustitución de cosas en una misma casa, en una misma pieza, hasta en la vestimenta de una misma persona... Una vez estuve, fugazmente estuve en un muelle del Buceo donde volaban miles de gaviotas, a mis espaldas una casa vacía, de ventanas rotas, de quicios sin puertas, las gaviotas chillaban a la altura de mi cabeza, hacían grandes coronas revueltas alrededor de mí, graznaban contra un mar que rompía en saltos de espuma, había viento y un cielo oscuro, con zonas color plomo, era uno de esos vientos que hacen guiñar las luces aquí en la quinta, que hacen saltar los muebles de su sitio, como a Bob tanto le gusta decir... pero allí no había nada más que el oleaje rompiendo y las gaviotas que aturdían, en anillos incesantes, y yo de pie, momentáneamente olvidado de la gente que me cuidaba; fueron los días en que me llevaron a casa de Coco, mi prima Galván, y de los padres de mi prima Galván —los tíos Galván— y en que a Bob lo llevaron a otro lado, porque el abuelo estaba muy-muy-grave, la muerte de los mayores era un tabú, fue preciso que Mariucha fuera menor que nosotros para que su muerte no lo fuera, o es que algo aflojaba, una mano se abría, un rigor se ablandaba, un estilo claudicaba o alguien desistía en esta quinta, en esta casa, no sé, lo cierto es que acababa de conocer a mi prima Coco, con quien después di celos a Mariucha, y que era tan diferente de Mariucha, a mi prima Coco con quien después Bob y yo tuvimos una relación tan estúpidamente culpable; y una muchacha como ella podía cambiar un mundo como el mío, y el signo de ese cambio no era ella que en ese momento no estaba a mi lado (aunque su casa quedara a media cuadra del muelle) sino las gaviotas que chillaban y volaban muy bajo, que luego se posaban en tierra y se ponían de cola al viento, meneándose para acomodarse, superponiéndolas, las tijeras de sus alas, mezclándose las pardas y las blancas, retocando el plumaje con las espátulas de sus picos..., las observaba fascinado, nunca las había visto, jamás llegaban a este mundo mediterráneo de la quinta, y entonces concebí que yo nunca volviera, que Mamá se viniese conmigo a la casa deshabitada que debía estar llenándose del huracán por sus portillos, que nos quedásemos a vivir allí y nuestras vidas cambiaran y yo fuese otro, no sabía determinadamente quién, pero sí que Otro, Otro como si ahora fuera Bob y durmiese, como si ahora fuera Bob y no estuviera herido, es claro que tendría que aceptar deta-

lles que no conozco bien desde que ocurrió el remate y me fui de esta quinta, detalles que me escapan aún de antes, la relación entre Bob y el yesero, la afición de Bob por aquellos monigotes tan primitivos, su entusiasmo por aprender aquel oficio que no sería bueno para sus manos de pianista ni para su porte de poeta, tendría que saber más cosas y aceptarlas, esa amistad parasitaria entre él y Saquieres, no sé, esa soledad sin alicientes en la noche, esa igualdad casi senil de sus días de la semana, y esa sórdida tristeza de sus domingos en esta casa clausurada, esta renuncia a los actos de la vida, a las diversiones de la vida, a los estudios, a los hipódromos, a los cines, aun a los conciertos que en otro tiempo tanto le gustaban, esta estrechez ácida de solterón para vivir con una renta minúscula, esa pensión de nieto de la Historia por causa de enfermedad, todo eso que Bob quiere ser, empecinadamente, sin discutirlo conmigo, no sé si conversándolo con Saquieres, creo que sin consultarlo con nadie..., me tendría que cambiar por él en todas esas rarezas, en las muertes parciales que debe haber impuesto a su carne, sí, estoy herido, puedo morir si esta noche demora un poco más que mi sangre, pero no he renunciado a las mismas partes que ahora más me duelen, no quiero renunciar, no consiento esas muertes de frasco en medio de la vida, esas muertes virginales que se pasean entre los demás, como si hoy fueran los tiempos de Tía Rosina y Bob tuviera las inhibiciones y los pudores y las limitaciones que el mundo podría haberle impuesto a Tía Rosina... Muchas veces quise o pensé cambiarme por otro, fútilmente, para vivir en una casa en que hubiera gaviotas, en que hubiera olor a mar y también brisas enfermas de olor a resaca y a peces podridos, para andar de noche por una ciudad de la que hubiera leído algo excitante —Venecia, por ejemplo— y otras veces sin ningún motivo, o sí, por un motivo vacío de angustia, para recuperar la identidad perdida, la que uno siente tener cuando lee, en la infancia, cuentos de niños robados por saltimbanquis y condenados a trabajar en los circos, que una tarde se ponen a marchar a campo traviesa, sin saber hacia dónde, en busca de una querencia de la que no debían ya tener memoria, sí, sí, a veces, dolorosamente, me asaltaba la certidumbre de ser otro, de haber sido otro o de ser otro ahora, según las circunstancias en que me viera, la avergonzada certidumbre de haberme contrabandeado a la que se tenía por mi propia familia, no ser el muchachito del traje a la marinera que sonrío en la foto y siente la picante aspereza del traje de alpaca, no haberlo sido, haberlo sabido por otro



o haberlo adquirido en un sueño, no ser el hijo de mi madre, el primo de mis primos, tener otra identidad y tener miedo de ella, miedo de que se descubriera la superchería y me llevaran a un asilo de expósitos (así era como amenazaba Tía Herminia, con su viejo lenguaje de familia, cuando Bob y yo nos portábamos mal), algo de todo eso era lo que temía desde que empezó esta noche, desde que me vi por un momento en la casa de los años infantiles: no ser ya el que tuviera derecho a tomar los objetos y picotearles el alma —Bob se dio cuenta y a Bob le fastidia— y por eso ahora, ahora que me he lastimado por querer escaparme sin sentido, por querer fugar-me sin que nadie me persiguiera, pienso que sería una compensación atroz, pero necesaria a la vida, cambiarme por él, tomarle su sitio, meterme en su cama, seguir sus sueños en el punto en que él los haya dejado y obligarlo a que se eche en las baldosas y sienta escurrir su sangre en la noche, solo, débil, enfriado, sin poder gritar, cerca de la botella de leche que dentro de unas horas, en la mañana, me acercaré a buscar, y ese será el momento, sí, en que yo lo descubra, sonriente y con los ojos bien abiertos...

El yesero nunca le compró el libro. Por lo demás, Mariucha no estaba ya para asumir las partes que siempre habían sido suyas. Había que cambiar el juego.

Tía Herminia recibió un día el recorte del diario de pueblo. Se hablaba allí de un pariente de los Escudero, médico en el Norte. Con la verba de los libelos departamentales, el diario contaba del médico —sin nombrarlo— una historia que pretendía ser infamante. Un chico de la vecindad había golpeado al hijo del médico, un niño enfermo —reconocía el articulista—. Entonces el médico había ido ladinamente en busca del agresor y le había propuesto una reconciliación, porque quería que los dos muchachitos, criados en la misma cuadra, siguieran siendo amigos, como lo habían sido desde la más temprana infancia. Luego el suelto contaba que el médico había traído al chico, lo había hecho entrar en la leñera de su casa (un galpón destartalado, para el depósito de astillas y desechos, que estaba a un costado de la casa) y lo había puesto en presencia de su hijo. El debilucho ocupaba —se infería a pesar de la torpeza con que estaba escrito

el pasquín— una posición central en aquel escenario. El médico había pedido a su hijo que reconociera al agresor, como si se estuviera en un tribunal y aquella fuese una diligencia de reconocimiento (esto sí lo decía, debía estar escrito por algún tinterillo de juzgado de paz). Tras eso, había hecho arrodillar al invitado, quien lo había hecho —agregaba el periodista— porque había creído ver que el médico, en la penumbra del galpón, tenía un látigo pronto en la mano. Lo había hecho arrodillarse y lo había forzado a que pidiera perdón al enfermo (al condenado, al convalesciente: esto no se aclaraba). Después lo había empujado fuera de escena, porque el hijo gritaba y se retorció, implorando que aquello terminase. «No tenemos tinta roja —decía el periodista—. Si la tuviéramos, escribiríamos con ella el nombre del culpable. Pero tampoco es necesario: a estas horas, toda la ciudad lo sabe».

Acaso todo fuese tan exagerado como llamar ciudad a aquel poblacho de mala muerte: ese fue el comentario de Tía Herminia. Ponderó el ocio de quienes utilizaban el correo para enviar tales recortes, y dejó el pedacito de papel impreso sobre la mesa, sin ocuparse más del asunto.

Bob lo tomó, lo leyó una vez, dos, veinte. A la manera de *El protector de Nelle* o *Naufragio*, el tema empezó a fascinarle. Casi en seguida, tuvo nombre: *Si tuviéramos tinta roja*.

—Es una pavada —dijo Eugenio, cuando Bob le dio el recorte a leer—. ¿Cómo no van a tener tinta roja en una imprenta?

—No es tinta para escribir a pluma —repuso Bob— sino para imprimir, y seguramente un diario como éste no la tiene. Pero, además, es una imagen.

Eugenio no era demasiado propenso a pensar por imágenes. Con todo, el color rojo lo deslumbraba: para él eran las cinco pallanas de Bob. Para Bob era, más siniestramente, la sangre: la golilla de Garibaldi era sólo una metáfora sangrienta de las yugulares que Garibaldi hubiera cortado con su cuchillito mellado, para respirar lentamente el olor de la muerte. Todo el cuento, en su imaginación, estaba tñéndose de ese color, que era el de *El tamborcillo sardo*, el de *El pequeño vigía lombardo* y, sobre todo, el de *Sangre romana*.

Mariucha ya no existía, y la versión escénica de *Si tuviéramos tinta roja* sería, sin ella, una representación mutilada. Pero, de todos modos, Bob se dio a imaginarla.

El escenario estaba dado por la denuncia: una vieja leñera,

depósito de astillas (astillas donde suelen anidar las arañas), de tarros y trastos viejos. La única leñera que conocía tenía por entrada, desde la calle, un portillo estrechísimo, cuyo umbral se situaba a un metro de altura, a fin de que los carros descargasen y los carreros braceasen la leña por allí. La trasladó a su versión, por un doble motivo, que encerraba un homenaje y una posibilidad. Mariucha habría elegido tal vez —más que la glorieta— la jaula vacía, para hacer (usaban este verbo en su acepción teatral) *Tinta roja*. Y la puertecita de la jaula, por donde habían sacado por última vez a una Mariucha que se desmayaba, se parecía a la puerta de la leñera, enclavada a una altura inverosímil en el panel de una pared ciega.

Tenía que haber, en el bastión donde transcurriera el drama, toda la sordidez imaginable. Eugenio no estaba interesado en figurársela, y Bob debió advertir una vez más —como venía ocurriéndole con todos los milagros y accidentes de su adolescencia— que se quedaba solo.

Hacia unos vagos fondos de arboleda, Bob situó un ventanillo altísimo, que echaba sobre el centro del galpón un chorro de luz pálida, una luz tamizada, borrosa, sucia, que afantasmaba los movimientos, un color impuro, una calidad entre sangrienta y lechosa de la luz, como la que amalgamaban el crepúsculo y las paredes enclavadas en el horno del yesero.

Las astillas —algunas verdinosas, otras blanquísimas, las demás amarillicidas— erigían un vago túmulo, con una condición ubicua de cadalso o de trono, en el centro de la leñera. Si en ese véteado confuso de la luz alguna mancha errante se estremecía, podía ser una araña en los fillos de las estacas o la sombra de un pájaro que atravesara la cuadrícula del ventanillo.

Pero la luz rojiza y a lampos blanquecinos no bastaba para corresponder a los horrores del título y para fraguar el espacio a que debía predisponer la escenografía. Entonces Bob pudo recordar el detalle cruel del refidero del abuelo Lucas. Contaban siempre en la quinta que el abuelo se complacía en mostrar la pieza del refidero a los visitantes, sin decirles los usos que tenía. Los ojos de los recién llegados se iban insensiblemente hacia las manchas de sangre que tatuaban las paredes. El doctor, que estaba advirtiéndolo, relataba equívocamente las crudezas del pasado bélico de la familia Escudero. Luego, con su interlocutor ya entregado, explicaba que aquellas manchas sangrientas en las paredes se debían a los puazos de los gallos, a los contendores que se arrimaban o golpeaban contra las paredes, malheridos o muertos.

¡Ya estaba! Habría manchas de sangre en las paredes de la leñera (suplementariamente, Bob imaginaba riñas de gallos a la luz oblicua del ventanillo, crestas furiosas, alas abiertas y púas aceradas que entraban al chorro de claridad o salían de él) y el Padre —porque el torvo justiciero se llamaba ya así, en la adjudicación de papeles— se abstendría de explicar a qué obedecían las manchas, y el Niño Humillado lo contaría al periodista y el periodista lo estamparía en su diario, pidiendo que se investigasen hechos indefinibles, que podían situarse tanto en la zona del crimen lunático como de la vivisección por causas médicas.

Los personajes eran tres, como en el tiempo en que podrían haberse distribuido: el Padre, el Hijo Enfermo (o el Enfermo) y el Niño Humillado (o el Visitante). En una atribución ideal de partes, Bob habría sido el Padre. Era el personaje más sutil, el más ambiguo, el único que se sentiría irresistiblemente inclinado a componer, a detallar, a inventar, a suponer, a enriquecer, a descifrar o —definitivamente— a entenebreceer. Mariucha habría sido el Enfermo: la pensativa debilidad de toda su última época, aquellos tintes exangües que publicaban una muerte que sus primos no supieron adivinar con anticipación suficiente, servirían espléndidamente para hacer al muchachejo atacado de un mal incurable, que trepaba a lo alto del montón de astillas y se sentaba en aquel trono equívoco, en aquel patíbulo a tiempo, levantando hacia la luz del ventanillo las dos cimas de sus rodillas polvorientas (como eran las de Mariucha y, en una equivalencia más resaltante de color, como le quedaban en la memoria, alzadas para que la gallina de Guinea las picotease o se abismase, señoreando la habitación, durante los últimos días de la prima).

Por descarte y por tradición, el papel del Niño Humillado tendría que ser para Eugenio. Con todo, a ratos Bob se sentía fascinado por cierta grandeza magullada, ultrajada, quizá masoquista que había en el Visitante. Porque uno de los trucos principales de la representación, uno de esos espejismos prestigiosos que —en el concepto de elemental histrionismo que podía tener Bob— redimen y justifican al Teatro, podría ser el de que el Niño Humillado disfrutase de su situación durante todo el transcurso de la escena y luego, como su parte necesaria en una impostura compartida, saliese a denunciarlo, a pretender que había estado todo el tiempo temiendo que se le arrastrara tomándolo de los pelos o se le diera de latigazos. En esa suposición —que a Bob malignamente le encantaba, que Eugenio no podía comprender ni acaso se inte-

resaba en evaluar— el Visitante denunciaría el hecho para llevar el juego hasta el fin, para corresponder a la condición ritual de misa negra que todo aquello hubiera tenido, para añadir un poco de escándalo como sal del episodio.

Si el personaje del Niño Humillado era así, Eugenio resultaba —podía decirse desde ahora— un sujeto poco sensible y no lo bastante dotado para representarlo. No, realmente Eugenio no serviría. Pero tampoco era posible librarle el personaje del Padre, ese extraño vindicador y verdugo, látigo en mano, aparentemente lleno de crueldad y en el fondo traidor de una piedad lancinante por su hijo moribundo; en definitiva, si alguna crueldad implacable había en ese personaje era la elíptica (o expresa) crueldad hacia su propio hijo, a quien estaba dando a entender, con toda aquella horrible ceremonia, que había que estar preparado para la muerte, para la propia muerte que el chico macilento y flacucho —bañado por una luz que hacía de su rostro una mascarilla, que hacía de sus rodillas blancas y puntiagudas dos estacas súbitamente verticales que se escapaban del montón— debía sentir, tenía que sentir dentro de sí. Si Eugenio asumía el personaje del Padre, lo convertiría en una criatura melodramática y ruidosa, en un mero vociferador, como al Capitán de *Naufragio*. Y a Eugenio no era posible convencerlo de otro modo de ver el asunto que el adelantado por el periodista sin tinta roja. Eugenio expresaría una ostentosa impiedad operática, para hacer del Padre un simple verdugo, ridículo y sin grandeza; y volcaría toda esa malicia, toda esa ominosa severidad contra el mismo personaje y —brotando desde éste— contra el Niño Humillado. Y dejaría sin enlace posible la obra, al olvidar que el Padre está sobre todo y siempre pensando en su hijo, que sus intemperancias son actos de amor y que la sola crueldad nace de ese amor y va, por consiguiente, hacia el destinatario de su pasión: el Enfermo. Sí, una crueldad elíptica si Bob se imaginaba al personaje del Padre actuando sin decir nada acerca del emplazamiento del Hijo; o expresa, cuando llegaba a figurarse un diálogo en el que, al revolverse y rebelarse el enfermo contra la escena de la deprecación, el Padre a su vez se volviese hacia él para explicarle por qué lo hacía, y esa explicación fuera la revelación de la muerte, hecha por un padre médico a su hijo incurable. Sí, tal vez la escena era demasiado amigable (la mecánica del reconocimiento, la escena del pequeño escribiente florentino jugada al revés, yendo desde las fuentes de la vida hasta la simiente mortal), pero podía resultar inevitable. Y entonces Eugenio no serviría: su voz sería inepta, sus gestos serían ineptos, su

emoción sería inepta para dirigirse al hijo enfermo (había que pensar insustituiblemente en Mariucha, en su color de falta de aire) y decirle que estaba señalado, que estaba perdido, y que por eso él, su Padre, provocaba ese homenaje irritante, esa ordadía insufrible, esa reparación de la flagrante injusticia vital, no tanto la del insulto del visitante hacia el enfermo, sino la de la oposición y contemporaneidad de un niño robusto y un niño baldado, de un niño destinado a crecer hasta el hombre y un niño destinado precozmente a la tierra.

No, Eugenio no serviría. Eugenio podría aceptar a regañadientes una indicación del director (porque Bob, claro está, dirigiría) pero no sería capaz de cumplirla. Esa doblez como el ángulo de una hoja de papel —una cara a la luz, otra en sombra—, esa ambivalencia entre la demostrativa perversidad de los sufrimientos que inflige a un muchachito de rodillas y la imponderable (y aparentemente pía) represalia que ejerce sobre el propio Hijo por defeccionar de la vida, por abdicar, por no saber mantenerse en ella, eso no podría hacerlo cabalmente Eugenio.

Eugenio gritaría, con engolada vacuidad, Eugenio haría grandes gestos de tenor con el látigo en la mano, Eugenio podría mimar un infortunio simple y enterizo, como el de un payaso. Pero no dar toda la gama de los encontrados sentimientos de un padre emplazado a sufrir la ablación de su parte más joven, aquella que había cuidado para que se perpetuase en el hijo. Un hombre súbitamente viejo, súbitamente desposeído, cauto y demente al mismo tiempo. No. Eugenio no podría.

Pero si Eugenio no podía hacer a ese visitante puesto de rodillas ni a ese Padre enarbolando un látigo, puesto de pie en el rincón en penumbra de la leñera, ¿cómo se arreglaría todo? Porque Bob tendría que correr desde las partes implorantes (¡Basta, basta, basta! ¡Papá, por favor, Papá, por favor, no lo hagas!) del chico enfermo sobre el montón de astillas —Mariucha no estaría allí, Mariucha sí que estaría estupenda en ese papel de criatura semi-dolida, sensitiva, mortalmente ulcerada— hasta las partes indesciframente comedidas o brutales del Padre, y no podría pararse, en ese sesgo constante de movimientos sobre la escena, a hacer también las partes depuestas, abrumadas, genuflexas del Niño Humillado sobre ese otro desplazado centro, el niño postrado e infamado pero ególatra y secretamente victorioso como en las viejas estampas Bob había visto (habría creído ver) que proclamaba serlo el muchachito con orejas de burro o con las rodillas sobre montículos de maíz que se ofrecía al escarnio de sus discípulos y a la autoridad incontestable del maestro, por no

haber estudiado una lección de Geografía, por no haber resuelto bien un par de cuentas.

Es claro que la indisponibilidad de actores, al par que creaba inconvenientes decisivos para la representación, resolvía sencillamente las cosas. Esta vez —Mariucha muerta, Eugenio desentendido, entregado a otras perplejidades de adolescencia que las que Bob sentía dentro de sí— no se trataba de representar sino de escribir. Sí, lo escribiría. Sería algo más que imaginarse las líneas de texto, las cuales, en las primitivas representaciones inventadas al margen del libro o en las pequeñas fantasías coloquiales de detalle sobre los cuentos del libro, a veces se acuñaban de memoria y no llegaban nunca a verse escritas. Lo escribiría de pies a cabeza, libraría al papel la descripción de los personajes, la caracterización física de cada uno, la precisión del clima de tragedia latente y suspendida sobre esos seres, el color de la atmósfera que los envolviera, las ropas que vistiesen, los objetos (montones de leña, manchas de sangre como acuarelas japonesas en las paredes, una escalera abierta para disimular una zona de vacío, para componer estructuras laterales a la acción), la luz desde arriba, las manos ondulantes del niño enfermo, los pantalones planchados refulgentes del Padre, la composición en grises y el pelo amarillo del Niño Humillado, todo lo que veía simultáneamente y en ebullición, como si el episodio hubiese aparecido y transcurrido ante sus ojos pero tuviera que anotar lo vertiginosamente a riesgo de olvidarlo, porque había en él una anémica condición de cosa evanescente y a término, como la salud condenada del chico trepado al montón de astillas (ah, las astillas elevándose hacia el techo a la espera de arder, las astillas como el proyecto de una hoguera, sí, aunque sonase a ridículo con lo que entre ellos había querido decir la palabra, las astillas como la certidumbre de una pira para una consunción que sería más noble y menos dolorosa por el fuego).

Y luego, el diálogo, al que habría que confiar las transiciones del humor de los personajes y, especialmente, del humor versátil —tierno, depravado, malévol, protector, abnegado, mezquino, justiciero, sádico— del Padre.

Bueno —podía pensar Bob— si no hubiera de representarse en definitiva, la acción podría empezar en la calle, cuando el doctor iba en busca del niño sano y lo convencía:

—Quiero que vengas a casa. Esta mañana tú y Mario (Mario era un nombre insustituible para el enfermo, surgía por simple declinación y adaptación del nombre de Mariucha) se han

peleado y yo quiero que se reconcilien. No puede perderse una amistad de toda la vida: tienen que seguir siendo amigos.

Es posible que el niño requisado por toda esta solicitud entreviese algo, viera corporizarse otra vez la cobardía por abuso impune que había sentido esa misma mañana, cuando golpeará a Mario. Pero experimentaba la necesidad de sobreponerse, incluso en la medida en que una perspectiva de sufrimiento enjugase en él algo impuro, algo sucio que no podía arrepentirse sin provocación externa, algo taimado e innoble que, por sí solo, no tendría fuerzas para arrojar de sí.

Esta era la posibilidad más fascinante: la de que el condenado participase del sentimiento de justicia de su condena, acompañase de buen grado a su verdugo, contribuyese a las formas simbólicas de su propia ejecución:

—Estoy arrepentido, doctor —podría proponer entonces—. Dígaselo a Mario.

Lo propondría, sí, pero deseando —en el fondo de su alma— que no lo liberasen tan fácilmente.

Y el doctor le haría el gusto:

—No, no. Es preciso que tú mismo se lo digas; sólo eso podrá hacerlo sentirse mejor.

Una pausa en que los dos caminarían pesarosamente, responsables de lo que iban a representar, un tanto intimidados por la posibilidad de un fracaso que los tornase incómodamente injustificables, cada uno a los ojos del otro.

El Padre querría entonces reforzar el albur más sombrío de éxito.

—Porque Mario está muy enfermo, no sé si sabes.

Y luego, tras un silencio, esta precisión, dicha del modo más objetivo:

—Es muy posible que se muera muy pronto.

No, no era la frase que paladinamente diría un Padre en un trance semejante. Pero podría decirlo un padre literario, un padre que estuviese dispuesto —en la ritualización de su dolor— a verse desde afuera y a purificarse de ese modo, como Mariucha transfería su propia muerte cercana a la gallina de Guinea, elegía un chivo emisario dentro de la misma situación en que la familia Escudero la condenaba a ser eso mismo.

Bueno, habría que perfeccionar la verosimilitud anímica de esta frase, pero sin alejarla demasiado de esa índole de formulación a la vez exasperada y tranquila, calmada y tajante, embrutecedora e impersonal, irritante y cotidiana, profecía y noticia, duelo y diagnóstico.

El Niño Humillado se encogería entonces sintiéndose con-

fusamente honrado e inequívocamente condenado a su humillación: él sería una parte capital de una ceremonia, él prestaría por un momento los fueros de la vida a ese simulacro. Caminaría a buen paso, se aproximarían a la casa. Pero no habría imaginado que le tocara entrar por la puerta angosta y como colgada de la leñera.

Esa sería la primera metáfora de la humillación. Pasar curvándose, entrar de rodillas, girando sobre el escalón de piedra. Tal actitud anunciaría a las otras.

El resto era el que se había imaginado tantas veces, el cógulo central de la acción, el vórtice del drama. El Padre se transformaría en cuanto hubieran traspuesto ese umbral y hallado al enfermo, con la estúpida y desairada inmovilidad de un pollo acosado, encaramado a lo alto de las astillas.

El látigo habría brotado del aire para ir a dar a la mano del Padre. Sí, si Eugenio hubiera hecho el papel de Padre, lo habría hecho restallar en la atmósfera del galpón, para acompañar las palabras.

—Pídele perdón a Mario. Dile que has sido una basura al golpearlo y suplícale que te golpee. Ahora mismo.

Los personajes no hablarían en el Oismatareis pero sí con una cortante precisión gramatical, para no crear un equívoco de familiaridad, esa trampa cordial que se abre siempre debajo de las palabras deliberadamente mal dichas. Dirían «dile» y «suplícale», hablarían así.

Bob no había decidido aún si Mario aceptaría el ofrecimiento, si se bajaría del montículo de estacas o —tal vez fuera preferible— si tomaría una astilla y la haría rodar flojamente hasta que cayera y golpeará la espalda depuesta del flagelado. A veces le parecía que ese gesto introducía la suma necesaria de acción física para un drama de otro modo demasiado estático y exorcizado en su fijeza. Otras veces, por el contrario, sentía que la debilidad del enfermo se proclamaba mejor sin un gesto, sin un esbozo de acción, como si el chico estuviese ya debajo de una campana invisible, totalmente abstraído por el emplazamiento de la muerte, y no pudiese renunciar a ella, a la fascinación morbosa que sobre él ejercía, a la exorbitancia del trance de morir, que no tolera que el elegido se evada, se distraiga en nada, esclavo de su concentración y consciente de su sacrificio.

Había que resolver estos detalles. Tal vez la glorieta, con sus restos de paredes en pie, fuera mejor que la jaula para mimarlo y pensarlo. Eugenio andaría jugando al fútbol o fumando cigarrillos pedidos a los peones de las huertas, comprados uno a uno a los almaceneros del barrio. Él tomaría

posesión de la glorieta y se daría a recitar las partes, solo y múltiple.

—Sí, Mario. He sido un cobarde al golpearlo. Te pido perdón. Pégame.

—No digas cobarde —la voz cambiaría para pasar de la unción ladina del arrodillado hasta la veracidad inclemente del Padre—. Di basura.

—Basura.

—No, no basta. Di: «He sido una basura al golpearlo».

—He sido una basura al golpearlo.

—He sido una basura al golpearlo, sabiendo que estabas enfermo.

—He sido una basura al golpearlo, sabiendo que estabas enfermo.

—He sido una basura al golpearlo, sabiendo que vas a morirte muy pronto.

—No, eso no.

—Dilo.

—¡No, no, no me haga decirlo, yo no lo sabía!

—Dilo, perro (y el chasquido de un latigazo).

Y entonces otra voz, la del chico desde el montón de astillas:

—¡Basta, basta, basta! ¡Papá, por favor, papá, por favor, no lo hagas!

¿Que no hiciera qué? ¿Dar latigazos al arrodillado, obligarlo a decir, para que él oyera desde el montón de leña, esa sentencia de muerte que ya conocía desde adentro?

Habría que volver sobre toda la situación. Había que imaginarse la fase final. El arrodillado poniéndose de pie, huyendo ante la desesperación en medio a la que el Padre iba a sustituirlo, a arrodillarse en el espacio del que él desertaba, levantaba hacia el hijo enfermo las manos con el látigo, como pidiendo que el chico lo flagelase, y el chico no podía aguantar y se venía rodando hacia abajo, con la caída, ahora sí, de muchas astillas.

Y era necesario imaginar lo otro, la visita al periodista, la denuncia del vaciado de los hechos sin el alma de los hechos: el niño humillado estaba ahora flanqueado de un padre que era el suyo, de un padre que lo protegía, de un padre que no tenía látigo y que, a diferencia del otro (pensaba Bob, daba Bob por supuesto que los sentimientos de extrañeza ante el mundo que experimentara el muchacho humillado habrían de ser los otros) le alcanzaba cariño en vez de castigo, pero en ese cariño, al revés de lo que podía ocurrir en la punición, renunciaba a comprenderlo y lo ayudaba a mentirse, a men-

tirse ante el periodista y ante los demás, como su restante, como su póstuma parte en el juego.

Había que escribirlo. Ahora o cuando fuese grande, pero mejor ahora. Bob había tenido, durante toda su infancia, la reproducción de una estampa humorística sobre su cama: era un negrito metido dentro de una bañera y la leyenda decía «How ink is made». La obsesión del cuento a escribir lo había llevado a soñarse en la misma bañera: pero no estaba cómodamente sentado como el negrito sino en la descompuesta actitud que los grabados atribuían a Marat tras el ataque de Carlota Corday: y la leyenda decía «How red ink is made». Es claro, si tuviéramos tinta roja, si tuviéramos tinta roja él escribiría no el nombre del culpable sino el cuento entero. ¿Podría ser la tinta roja de la golilla de Garibaldi o tendría que ser —a edades más complejas e inciertas del sentimiento— otra distinta?

Estos juegos a partes mutiladas se hicieron cada vez más lóbregos. Bob recorría de punta a punta los caminos de la quinta o se revolvía en la glorieta —trepado a un montón de cajones, bajando de ellos— mientras repetía y afinaba las frases de su diálogo. Tenía una necesidad peripatética de armar las frases sobre el movimiento de su persona, porque su persona eran todas las personas del drama. Por momentos podía ser *Tinta roja*, pero a veces dejaba de serlo. Acaso hubiera conversaciones interrumpidas con el yesero, que se proguiesen a una sola voz. Era, en todo caso, un mundo que se incomunicaba voluntariamente. Eugenio —cansado de jugar al fútbol en los terrenos vecinos, harto de fumar cigarrillos entre las ramas bajas de la higuera— volvió para reclamar su parte en los textos. Pero Bob había aprendido seguramente, a esta altura, los encantos huraños de la soledad; y se negó a dejarlo intervenir.

Las tías habían aflojado la vigilancia sobre ellos. Tía Herminia envejecía a ojos vistas, Tía Elisa jamás había tenido energías para imponerse. La adolescencia se había vuelto, para ellos dos, un predio más extenso, que ya no se confinaba tras las tapias de la quinta. Pero Bob, al parecer, no precisaba excederlas.

Eugenio insistió: quería representar las antiguas partes, se

turnarían en los papeles que habían sido de Mariucha. Bob volvió a negarse. Entonces Eugenio, abruptamente, denunció ante Tía Herminia que Bob se pasaba las tardes hablando solo en la glorieta, invocando a menudo a la prima, como si dialogase con ella. Era una venganza infalible: Tía Herminia tenía terror a todo lo que —en el más vago de los conceptos— trascendiera a espiritismo, a formas de comunicación suprasensible. Y había tenido, desde siempre, miedo a lo que llamaba —en ese tono que mezcla el orgullo y la reprobación que puede merecernos un lujo inútil— la sensibilidad enfermiza de Bob. No era lo mismo que si estuviese hablando de una dolencia física: jamás la habría confesado en estos términos desnudos. El espíritu era otra cosa, una planta a un tiempo prestigiosa y alarmante: Bob abusaba de él, como se abusa de una droga. Su madre no podía entender otra forma del abuso que la cuantitativa; pero algo le decía que, en este caso, estaba ante otro estilo del derroche. ¿Cómo luchar contra él?

Tía Elisa propuso una solución: se acercaba el verano y Eugenio había estado deseando volver a la casa de las gaviotas, no tanto para estar junto a la prima Galván como a la orilla del mar. Pero hacia el comienzo de la primavera había muerto la madre de Coco y aquella perspectiva se había cancelado. Tía Elisa propuso entonces traer a Coco, a que pasara las vacaciones en la quinta. Coco era mayor que Bob, mayor que Eugenio. Le haría falta un cambio de ambiente después de la desgracia (eran los típicos argumentos evacuativos de la familia Escudero) y su presencia influiría también en el humor de los primos. Nadie pensaba que sustituyera a Mariucha. ¡Eran tan distintas...! Pero de todos modos, nada se perdería con intentar la experiencia: «Se saca a esa pobre chica de la casa en que acaba de morir su madre...» —repitió Tía Elisa, que en su hora había sentido muy poco la muerte de su cuñada—. «Y a lo mejor Bob congenia con ella...»

¿Era la veta casamentera de Tía Elisa? Si es así, ¡qué chasco de ultratumba debe estar saboreando ahora! Bueno, tal vez no fuera eso sino su modo instintivo y servicial de querer conjurar las aprensiones de Tía Herminia, su cuñada, aun sin acabar de entenderlas. ¿Herminia recelaba algo mientras miraba a su hijo, mientras seguía con los ojos los arrequives de Bob? Entonces convendría proponerle la esperanza de que los dos chicos se entendiesen. Entre Bob y Coco no había ningún parentesco, al fin de cuentas...

Tía Herminia —no podría establecerse justamente por cuáles razones— consintió. «Que venga Coco».

—Que venga a estar con Eugenio —corrigió Bob—. Yo no la preciso. Y el primo de ella es él.

Sucedió como venía sucediendo desde la infancia: cuando Bob estaba débil y había que darle jarabe iodotánico o emulsión de Scott, era necesario hacerle creer que era Eugenio quien lo precisaba, y él quien debía tomarlo por solidaridad. La prima Coco venía, pues, por causa de Eugenio, porque la muerte de Mariucha lo había entontecido, lo había lanzado a vagabundear todo el día, lo había hecho perder el año liceal. Bob, como cuando tragaba entre muecas el aceite de hígado de bacalao, tenía que consentirlo por espíritu de sacrificio.

Y Coco apareció entonces. Vestía de luto, pero un luto ligero y, podría decirse, casi deportivo, muy distinto del que todavía se usaba entre los Escudero: una blusa negra y una pollerita tableada de un gris ceniciento, medias y zapatos blancos. Parecía, con sus fuertes piernas semidesnudas, sus calcetines demasiado cortos, su falda demasiado alta, una jugadora de tenis. Ayudaba su pelo negro, cortado *à la garçon*, como se usaba entonces. La idea de que, recién huérfana, se hubiera hecho ese corte de pelo tan rabón y provocativo, causaba cierto malestar de repugnancia en Bob. La recibió mal, pero ella no pareció advertirlo.

—Lo que no quiero es aburrirme —dijo—. Y esta quinta siempre me ha resultado aburrida, con tanta vieja y tanto sillón de hamaca. Tenemos que hacer algo.

Tenía lo que Bob, lo que Roberto habría de definir —con los años— como «una cara moderna», ambigua ponderación de grosería, de aire de época y de vitalidad, todo junto. El Roberto que había madurado en la soledad decía «una cara moderna» y se ponía al margen, como si hablara de un rostro en una galería, como si esa cara y la suya no rozasen el mismo aire. Tenía una cara moderna —una cara de grandes rasgos y pocos gestos— y desde ella miraba al mundo con una condición perturbadora de franqueza. Los Galván habían sido siempre ateos y colorados, esto es lo que Bob había sabido de ellos. Pero ahora se le aparecían, en la persona de Coco, de otro modo más crudo: parecían criaturas de una raza más nueva y más tosca que la suya, seres que golpeaban con una índole de sinceridad agresiva, con cierta clase de desenfado invasor, como si cosas, personas y costumbres no merecieran tantos recatos, tantos prejuicios, tantos melindres, como si toda forma de pudor fuera hipocresía, como si todo disimulo urbano fuera falsedad. Esa mirada extrañamente clavada de frente, esos modales desenvueltos, esas cejas que a la me-

nor retracción del interlocutor, solían preguntar —ingenuas a su modo, extrañadas, escandalizadas— ¿por qué?, desazonaban a Bob y no parecían, en cambio, molestar a Eugenio. Es claro que Eugenio era, por mitades, Escudero y Galván. Y aunque estas predisposiciones no hubieran sido antes las suyas, se le veía encontrarse ahora con ellas y no insurgirse ni desconcertarse demasiado ante el cambio.

Coco tenía dieciséis años contra los quince de Bob y los catorce de Eugenio; pero el trío no acusaba, visto de afuera, estas edades. La soltura y el tamaño de Coco la hacían aparecer mayor de lo que era; y Bob, en cambio, flaco, encogido, pensativo, había adquirido una edad indefinida, había retrocedido de aquella edad resuelta y rebelde que tenía en el horno el yesero. Eugenio, más alto y robusto que Bob, sentía la presencia afín de Coco y se afirmaba por primera vez en los estribos hasta entonces flojos de su adolescencia. No se sabía de dónde, había sacado un vozarrón, una risotada, ademanes ventosos; le apuntaba la barba, adelantándose al rostro lampiño de Bob; y los pantalones demasiado ajustados que seguían cosiéndole en la quinta, empezaban a delatar las formas de alguien que se está haciendo hombre.

La clase de audacia histérica y estridente de que era capaz Bob estaba agazapada y sin lanzarse. Coco no la hubiera entendido, la habría sospechado en seguida, se habría reído de ella. La audacia de los planes, la osadía taciturna de los juegos y de las ocurrencias, las fantasías de la imaginación. Coco era aún más taxativa y terrenal que Eugenio, las cosas que para ella existían eran las que tenía a la vista, los fantaseos a que se entregaba eran los que alguien o algo (una historieta, una película) le dieran ya hechos.

Todo lo demás estaba expuesto al estilo más impertinente de la desconfianza y de la acusación, todo lo demás podía ser puesto repentinamente en ridículo o, por lo menos, en desairado entredicho:

—No hagas esos arreglitos, Bob. Pareces un maricón.

Las cosas de la sala —álbumes, óleos, sillones, floreros, cortinas— habían pasado a tener un solo y mismo nombre: antiguallas. Cuando eran objetos susceptibles de tomarse en la mano, la de Coco los sopesaba con hostilidad, los ponía a distancia para una mirada desapacible: —Estos mamarrachos de antes...

Lo de ahora —lo liso, lo saludable, lo sencillo, lo directo, lo útil— le parecía lo único que tenía títulos valederos para existir: aquella cara moderna estaba hecha para volverse a un mundo que le fuera estrictamente contemporáneo.

Ningún revulsivo habría hecho que Bob extrañase de tal modo a Mariucha, sus maneras frágiles, su acatamiento humilde y afectivo, la consagración indiscutida de los modos de Bob como los solos concebibles, de las invenciones de Bob como las solas que tuvieran relación con la vida, de los misterios de Bob como la razón que está más allá de las cosas y las explica, todo lo que él se sentía irradiar frente a ella y recibía al regresar desde ella. Coco, con su rotundidad hombruna, con su aplomo prosaico, con sus manos demasiado grandes, con sus cejas demasiado gruesas, con sus labios demasiado carnosos, lo desarmaba, lo anulaba, lo hacía retroceder hacia el rincón donde esos oscuros desaffos, donde esos ordinarios estímulos de la vida no existieran de modo tan imperioso.

Si yo parezco un maricón —debió pensar Bob— ella es un marimacho; y consagró así una diferencia, más que un modo insólito de proximidad. Todo lo que fuera refinamiento natural a ella no le concernía, del modo remotamente distante en que podía no concernirle una conversación en chino.

—Eugenio, dame un cigarrillo.

¿Luego ella sabía que él fumaba? ¿Y lo reconocía y aceptaba con tal desparpajo? Bob no salía de su asombro herido. ¿Y ella, ella fumaba también? Que Eugenio se escondiera a fumar en la glorieta o trepado a la higuera, era ya lamentable. Que Coco fumara ostentadamente, sentada en el piso de la jaula, era inconcebible. ¿Cómo no la veían, además, desde la casa? Fumaba como la cosa más sencilla y legítima del mundo, sin enjuagarse la boca después, sin andar con los bolsillos llenos de pastillas de orozuz o de altea para sacarse el gusto a tabaco y el olor a tabaco, como hacía Eugenio. Proclamaba, sin decirlo, su derecho a fumar y acaso a echarle el humo en la cara a las personas mayores.

—¿Qué te creés? —decía advirtiendo el gesto de asco y pudibundez en Bob— ¿...que fumar es delito?

No se sabía concretamente qué cosa podía ser delito en su código, ese código que sólo ella conocía de cabo a rabo, y que Eugenio trataba de penetrar servilmente, en la imitación del descaro.

Ella también tenía un libro, como Mariucha. Pero era un libro manoseado y ajado, que no podía ser «una novela para señoritas», como decían en lo de Escudero cuando aludían anacrónicamente a las del Padre Coloma. Era un libro manoseado y ajado, que le había prestado una condiscípula del Instituto, y cuya admisibilidad de lectura —Bob se lo preguntó y ella le asestó la respuesta brutal, desde abajo de sus cejas

enarcadas de estupor— nadie había verificado, inspeccionado. «¿Qué te creés?»: era el colofón de toda disidencia sobre los dos mundos en que disparmente vivían.

La tapa tenía el título en rojo y, como dibujo de la cubierta, un hombre desnudo —con las sombras de un contraluz borroneándole las partes viriles— avanzaba sobre un fondo de exasperado cielo amarillo, llevando una mujer en brazos. La mujer, una suerte de Lady Godiva cuya cabellera se derramaba hasta tocar los muslos del hombre, también estaba desnuda y aparentemente exánime, con la cabeza depuesta y pendulante; una mano del hombre pasaba bajo sus corvas, otra la sostenía por la cintura. Él miraba hacia delante y avanzaba hacia un bajo friso de llamas, que incendiaba en rojo la parte inferior de la tapa.

—Cuenta la historia de una mujer casada que se escapa de noche para encontrarse con un guardabosques —decía Coco—. Es divertida pero rara. Hay cosas muy interesantes: cuando él le obliga a romper la foto de recién casados, que ella guardaba... Un día voy a leerte ese pedazo...

Se dirigía exclusivamente a Eugenio, aunque Bob también estuviese escuchando. Era el gran desquite frente a las exclusiones que imponía a Eugenio el otro libro, frente a las prepotencias de Bob para apoderarse de los mejores papeles en los antiguos repartos. Sí, algún día le leería la escena en que él obligaba a ella a que rompiera la foto.

—...¿La foto de ellos dos recién casados? ¿Por qué?

Coco lo miraba despectivamente:

—No, idiota. La foto de ella, recién casada con el paralítico. El que le hace romper la foto es el amante.

—...Ah, hay también un paralítico —reflexionaba Eugenio, más propenso a encontrar truculencia en esa figura que en la otra categoría, más difícil de entender, que Coco llamaba la del amante.

—Sí, un paralítico y un amante y una mujer que por las noches deja la casa del paralítico para irse a la cabaña del amante —aclaraba Coco, enfatizando la crudeza del asunto, porque Bob sí parecía, en su palidez sin réplicas, entenderlo.

—Y ella... ¿quién es? —preguntaba Eugenio.

—Una condesa o algo así, una gran dama —ponderaba Coco.

Y Bob acusaba el dejo de rastacuerismo ante lo que ella, desde su adolescencia de barrio (el barrio de la orilla del mar, con sus gaviotas y también —contaba ahora— con sus autos ocupados por parejas en lo más oscuro de los muelles)

reverenciaba como abolengo, como edulcorada e inalcanzable grandeza.

—Una condesa, la gran siete —comentaba Eugenio, en cuyo lenguaje empezaban a aparecer las vulgaridades del habla de Coco—. ¿Y por qué deja al conde por el guardabosques...?

—Porque el conde está parálítico y parece que no funciona —respondía Coco.

Los dos lo subrayaban con una gran risotada, que segregaba, que expulsaba ofensivamente a Bob del mundo de la malicia. Seguramente no sabían al detalle qué pudiera querer decir «no funciona», pero era algo escabroso, algo prohibido, algo que no estaba permitido revelar a los demás, algo que los mancomunaba en el secreto.

—...Que no funciona —retomaba Eugenio, aclarándose la garganta, con ánimo de provocar más explicaciones.

—Sí, hay una frase que me sé de memoria —decía Coco, como si aquella alegría hubiera vencido en ella los últimos restos de pudor—. Es una frase muy bonita: «Pero había una serpiente oculta entre la hierba: la cuestión sexual...»

¿Qué quería decir? —debía preguntarse Eugenio, pero no se atrevía a inquirirlo en voz alta, para no quedar descalificado como inocente, una suposición que, en aquel juego con pretensiones de depravado, le habría parecido indigna y vergonzosa.

«Dicé «una frase muy bonita», como las sirvientas cuando leen sus revistitas de letras de tango», debía pensar Bob. «Qué guaranga».

—Es la serpiente de la tentación —agregaba Coco—. Bueno, no sé... yo creo que es ésa.

Y con su modo de ser, tan atenido a cosas corpóreas, parecía que creyese que la serpiente de la tentación era una especie de ofidios, al mismo título que la serpiente de cascabel o la víbora de la cruz o la coral:

El libro no era dramatizado y vivificado, como en las sesiones con Mariucha. Coco lo narraba como si fuera la crónica de un crimen aparecida en un diario, un folletín relatado por una mucama, una historieta de muchachos torpemente abreviada en un excusado, en los recreos liceales en que el retrete se convertía en un fumadero; y a veces, cuando una frase le gustaba especialmente a Coco («Me deseaba y no se andaba por las ramas» o, más líricamente, cuando la mujer se escapaba de noche, «iba a dar un pequeño paseo bajo el rocío») podía parecerse a la sorpresa de una frase obscena leída a hurtadillas en una pared, mientras se iba de la mano de una tía.

El recuerdo de Mariucha no asomaba su cara mustia a esos diálogos, en medio a los cuales Coco fumaba o cruzaba las piernas hasta dejar entrever la base de un muslo firme y curvo, casi el nacimiento de una nalga aplastándose contra el suelo. Las explicaciones de Coco bajaban a menudo del libro a la realidad:

—¿Ustedes saben cómo se besa a una muchacha...?

Eugenio pretendía que sí, acordándose de las humillaciones de la pallana, sintiendo que si decía saberlo se vengaba de aquellas derrotas.

—Sí.

—¿Cómo? —insistía Coco, que nunca confiaba en afirmaciones tan inverificadas.

—Así —decía Eugenio, y se llevaba a la boca el dorso de una mano, que figuraba la mejilla de Mariucha.

—No, no, hazlo conmigo —ordenaba Coco, indagando el efecto de su mandato sobre el rostro elusivo de Bob—. Vení, besame como creés que se besa a una mujer —y tiraba lejos el cigarrillo encendido.

Eugenio se sentía torpe, abochornado. Bob, acaso, se estuviera divirtiendo desde su falta de obligaciones.

Se levantaba, iba hacia ella, le tomaba la cabeza, golpeaba con su boca, así con sus dientes en el pómulo de la prima.

—No, no, no, ¡animal! —gritaba Coco, impedida por sus carcajadas, con el más jocundo aire de desvergüenza—. Eso es una ventosa, no un beso.

Eugenio se replegaba, dejaba de existir. Ella se dirigía a Bob.

—A una mujer se la besa en la boca —decía—. ¿Van a decirme que no lo sabían?

Por supuesto que lo sabían. Pero ella, con su actitud de averiguarlo, los intimidaba.

—Viciositos —decía entonces Coco, con el acento de un reproche benigno—. Saben muy bien cómo se miran las piernas de una muchacha (y visiblemente se dirigía a los dos)... pero no cómo hay que besarla.

También los intimidaba cuando jugaban. A veces, hacia los fondos de la quinta, con una vieja pelota de fútbol, que Eugenio —a su pedido— había vuelto a inflar. Tenía una habilidad increíble para estirarse y cabecear, para alzar la pierna izquierda (era zurda) y patear, mientras se veía su ropa interior, que no le importaba recatar. A despecho de su propia habilidad, Eugenio se sentía disminuido e imponderablemente atado, como envuelto en un ovillo, cuando ella sacaba la pelota del rincón de la glorieta en que la dejaba, y venía

hacia él, descocada y resuelta, diciéndole —sin admitir réplica— «Vamos a pelotear». Bob no estaba obligado, por supuesto, y se abstenía de hacerlo. Seguramente Coco habría encontrado que su destreza sutil y su debilidad para chutar una pelota eran también rasgos afeminados, como los que había descubierto y denunciaba constantemente en sus gestos, en la manera de peinarse, en la onda de la frente, en la deliberación de aflojarse una blusa sobre la cintura. Bob no estaba obligado y unas veces lo sentía como un alivio, otras como una forma de rencor.

Coco estaba siempre removiendo en él un fondo acechante de repulsa e indignación. Estalló con el juego de Ben-Hur.

—Vamos a jugar a Ben-Hur —propuso una tarde.

Como siempre, se dirigía a Eugenio. Le explicó la historia y se adjudicó el papel central, como Bob en las escenificaciones de Corazón. Pero había una diferencia: en las historias que relataba Coco no había más papel que el de ella: por desprolijidad, por bastedad, por olvido.

—Conseguime algo que haga de carro romano —ordenó.

Por la forma en que lo decía, se echaba de ver que no se entregaría a ningún espejismo, que no se dejaría arrebatar por ninguna ilusión, que el artilugio que le consiguieran nunca sería para ella un carro romano sino algo que hiciera sus veces, en una burda ficción sin sortilegio, en la que ella no cerraría los ojos, dejándose engañar.

Fiel, sumiso, subalterno, Eugenio fue hasta la glorieta y regresó con la carretilla. Coco se había caracterizado de gladiador, con una tabla que hacía de escudo, y se subió a la carretilla.

—Llévame —le conminó.

Eugenio había tomado ya los manubrios de la carretilla e iba a llevarla. Ella estaba de pie sobre aquel fondo herrumbroso que el peso más leve de Mariucha hacía cruzir, con una molinenda de polvillo de orín, y que la pesantez de Coco desfondaría. Bob debió pensar que si la carretilla se desfondaba la chalupa se hundía y el mismo recuerdo de Mariucha naufragaba. Debió pensar algo así, en su estilo tortuoso, complicado, malsano. (Esta, por lo menos, pudo ser la suposición ulterior de Eugenio, ganado a la estirpe más sencilla de razones a que estaba habituándolo el tráfico con su nueva prima.)

Bob se aproximó entonces, con la sigilosa violencia con que podía reaccionar, y dio un puntapié al flanco de la carretilla. Coco saltó a tiempo para que el vuelco del aparato no la arrastrase.

—¿Qué mosca te picó, estúpido? —alcanzó a gritarle.

—Nada, Ben-Hur —masculló él, fríamente—. Que no vas a subirme a ese carro, porque no es tuyo. ¡Ni más ni menos!

—Es porque en esta carretilla jugábamos con Mariucha —le explicó Eugenio, con tono conciliador.

Coco estaba furiosa, pero la invocación de aquel nombre la detuvo.

La primera frase estaba escrita en uno de los lamparones de revoque del corralón del Colegio de Hermanas: *Don Santiago es muy bueno*. Era una inscripción en tiza, hecha con una letra infantil que no sabía mantener el renglón y trepaba apuntando a la cresta del muro, hacia los cuellos y cascos de botella; una letra demasiado infantil, tal vez, demasiado laboriosamente infantil. Había que seguir el recorrido que iba desde la escuela a la quinta para encontrar —un par de cuadras después— en la fachada amarilla de una casa con grandes ventanas enrejadas, la segunda frase, ya menos explícita, «con sujeto elíptico», como diría la maestra de quinto: *Siempre me regala caramelos*. La tercera frase, con la misma escritura —cada vez más trémula, cada vez más vacilante, cada vez más henchida por el peso de la progresiva revelación— había sido puesta sobre madera. La tiza tenía allí mayores facilidades, sobre la pizarra escolar que le ofrecía la puerta verde oscuro de una cochera, en la esquina del largo muro del sanatorio para enfermos mentales (el sanatorio donde se suponía que había muerto Tío Jaime): *Todos los domingos me da para el cine*. Ya a esta altura las frases trazaban o simulaban, abiertamente, el viaje diario de un niño a la escuela; o no, su dirección y su crecimiento indicaban el regreso, con una tiza robada o recogida del piso (crujían bajo la mano demasiado vigorosa de la maestra de quinto, rayaban el pizarrón, solían quebrarse en pedazos y generalmente las puntas rodaban a los rincones de la clase; pero ella, imperturbablemente, sin hacer un solo salto en la línea, seguía escribiendo con el muñón más romo en el cuadro agrietado y seco, sin estropear la hermosa letra); el regreso, seguramente con una tiza en el bolsillo del guardapolvo, y dibujando el proceso de una bondad equívoca, de una paternidad desplazada que, al volver, iba a encontrarse instalada en

casa. Y la última frase estaba dos cuabras más adelante y a unas seis del párrafo inicial. Si hubieran sido estampadas a la ida, la historia tendría que haber sido redactada al revés, sabiendo ya —desde la primera palabra— el desenlace. Era preferible suponer que este truco, al menos, no se había dado, que la sucesión de las frases había seguido el curso de una caminata y de un descubrimiento naturales, y que el niño (real o supuesto) había marchado efectivamente desde la gratitud a la comprensión y, al repararlo, desde el Colegio de Hermanas hasta la Estación de Tranvías (la vieja estación del tranvía de caballos, convertida en galpón de desechos) para depositar allí, sobre uno de los panes de pared verdinosa, en blanco contra el llovido alquitrán de las mentiras electorales, la sentencia conclusiva, la clave sencillísima y poco desinteresada de todo el asunto: *Don Santiago duerme con Mamá*. Aquel presunto huérfano de padre —no querría seguramente que lo tomaran por otra cosa— aquel ser tan respetuoso de la santidad de todos los actos de su madre, ¿era un alma cándida o era un viejo corrompido, uno de esos viejos que espían la salida de los chicos a la puerta o por los alrededores de la escuela, para pasarles la posta, para aligerarse transmitiéndoles de algún modo una posesión de misterios, sabidurías e inmundicias que empieza a abrumarles, que para ellos comienza a volverse inservible y sin cuyo desprendimiento a tiempo parecería que temieran morir? Imposible saberlo. En cambio, era evidente que aquellas leyendas confiaban en alguien que anduviera a lo largo de un trayecto posible pero no necesario, en la capacidad de ese dudoso paseante para recordar frases sueltas e irlas atando, en una memoria que devanase la historia una vez terminada y encontrara, recién entonces, un sentido cruel a la primera frase, tan inocentemente laudatoria. Esa fe en la existencia de un lector era lo único admirable, lo único que un niño o un viejo, tanto daba, no acertarían a explicar. ¿Quién entonces?

Esa misma noche, Bob hizo la denuncia. Coco dormía desde temprano y tenía un sueño a prueba de pasos o de luz en la habitación. Tía Herminia se movía cautelosamente y no tenía demasiados sitios donde revisar: el libro apareció, manoseado y ajado, en la maleta de la huésped.

Tía Herminia lo tomó y se lo llevó, previsiblemente a leerlo en la cama. ¿Qué efecto le haría esta historia del guardabosques, del parálítico y de la gran dama? —pensaba Bob, mientras la confirmaba en el hallazgo.

—Sí, es ése, es ése —con temor de que su madre lo desdefiase.

—Ya la tapa es una inmundicia —dijo Tía Herminia.

¿Bob quería realmente que Coco se fuese de la quinta, buscaba interrumpir sus vacaciones? Él mismo no lo sabía con certeza; pero pensaba que provocar un escándalo acerca del libro significaba devolver muchos golpes que, en su momento, había debido absorber sin respuesta.

A la mañana siguiente, Tía Herminia llamó a Coco.

—¿Qué es esta inmundicia? —preguntó.

—Un libro —repuso Coco, con una fresca desfachatez, que condecía con el aire de la mañana y con su cara de haber dormido saludablemente.

—Sí, ya veo que es un libro —dijo Tía Herminia—. Te pregunto por qué estás leyendo este libro y qué dice, si es que has podido averiguarlo...

Tía Herminia tenía aún la ilusión de que Coco no hubiera entendido, aunque algunos subrayados (¿los había hecho ella?) daban a pensar que sí.

Coco miró hacia los costados, antes de responder; encontró el rostro huidizo de Bob y no tuvo dudas de que era el delator. Bob se empeñaba en arreglar el borde destrenzado de una panera de mimbre.

—Lo estoy leyendo porque me lo prestó una amiga —dijo—. Es una historia de amor.

—¡Una historia de amor! —exclamó Tía Herminia, indignada—. Te prevengo que yo lo he hojeado anoche, a pesar de mi repugnancia. Y esto (lo tomaba con las puntas de los dedos, como si hubiera sido la lectura de un leproso) no es una historia de amor sino una porquería. Una historia de amor, no sé bien si para tu edad, es *María* de Jorge Isaacs. No esto.

—¿Y usted cómo lo tiene? —preguntó Coco, con un aire de probidad ofendida—. Porque ese libro estaba en mi valija.

—No importa cómo lo tengo. Lo importante es que lo tengo y lo he visto. Y ya vamos a hablar con tu padre sobre tus lecturas, sobre tus modales, sobre el modo en que contestas a las personas mayores.

—Son demasiadas cosas —respondió Coco—. Prefiero irme de esta casa hoy mismo. Pero devuélvame el libro.

—Ni pensarlo —dijo Tía Herminia, que insensiblemente

había entrado en el juego de que le hablaran a su misma altura, con la misma perentoriedad incontestable a que ella estaba acostumbrada—. Ni siquiera me animo a mostrárselo a tu padre. Voy a quemarlo en la hornalla.

—No puede hacerlo —le previno Coco, con un tono de nobleza que resultaba increíble (pensó Bob) para lo sucio de su causa—. Es de una compañera de clase, no es mío.

—No voy a discutirlo contigo —afirmó la Tía, sobreponiéndose—. Voy a quemarlo ahora mismo.

—Haga lo que quiera —advirtió Coco—. Usted va a ser la responsable. Entiéndase con mi padre.

¿Era posible que a su madre le hablaran de ese modo? —se preguntaba Bob—. Mariucha había muerto prácticamente en sus brazos, atendida al amparo inverosímil que ofrecía la consistencia de la Tía; todo el peso de las decisiones de la ruina descansaba en ella, en su energía sobrante, apta para tiempos mejores. Y ahora esta intrusa —pensaba melodramáticamente Bob— esta Galván, este marimacho la desconocía, la emplazaba, la conminaba de un modo descortés y totalmente desvergonzado.

La deca —diría años después Saquieres—. Todo cae con la deca.

Coco ya estaba decidida a irse, a cortar la temporada ese día. Sólo así es concebible que, en el momento en que Tía Herminia se encaminaba con el libro hacia la hornalla, se acercara rápidamente y diera el zarpazo. Anonadada, la tía pudo, sin embargo, retener el grueso del volumen. Pero Coco se llevó un puñado de hojas, el fascículo final del libro.

—Esto sí que vamos a arreglarlo con tu padre. ¡Insolente!

Bob pensó que debería haberse adelantado para disputar aquel manojito a brazo partido y arrebatárselo a Coco. Pero quizá no era el más fuerte de los dos. Y Eugenio, que había aparecido y contemplaba la escena, inequívocamente se abstendría de intervenir. Él también, de algún modo neutralizante, pertenecía al clan de los Galván.

Con el resto del libro, la Tía fue hacia la hornalla. Avivó el fuego con un atizador y luego, lentamente, como para que la combustión fuera por sí misma un espectáculo aleccionante, al modo de los autos de fe, introdujo una esquina del libro por el aro de hierro y la aproximó al fuego. Las llamas que estaban ya dibujadas en los bajos de la cubierta treparon sobre el resto de la tapa y la acartucharon. El rostro de Tía Herminia adquirió un resplandor rojizo, ligeramente demoníaco, como debería haber sido el de los inquisidores en su gesto justiciero: *la pira*.

Con el manojito de las últimas páginas en su mano, Coco se había alejado un tanto. Y como si fuera una letanía, recitaba —leyéndolos— los párrafos salvados de la hoguera.

—Siento el diablo en el aire —decía, con un tono híbrido de recitativo y de salmodia—. E intentará cazarnos. O tal vez sea Mammon, no sea otra cosa que la voluntad colectiva de los hombres que quieren dinero y odian la vida...

Eugenio pensó instantáneamente en la vieja escena familiar de Tío Jaime trepado a la araucaria, con el traje de novia de Tía Virginia, y recordó la furia del general y la oferta del reloj de oro de Tío Aurelio. Pero a Coco nadie le ofrecía nada para que dejase de recitar, mientras el libro entero se contorsionaba en el fuego y desprendía sus primeras mariposas de chamusquina.

«Odian la vida», pensó Eugenio. ¿No es eso lo que ocurre en esta casa?

—...Sea lo que fuere, siento en el aire grandes manos blancas y ávidas, que tratan de prenderse a la garganta y de quitar toda vida a quien quiera vivir más allá del dinero. Los malos días están próximos, mis amigos, los malos días están cercanos...

Era la primera vez —debió reconocer Bob— que Coco demostraba instinto histriónico. Ni sus cigarrillos fumados al desgaire ni sus arrestos de Ben-Hur tenían gracia. Pero ahora no podía negársele cierta gallardía apocalíptica; parada a unos metros de la hornalla, las hojas estrujadas y semi-abiertas, el pelo revuelto. De un salto, trató de escamotearle las hojas. Pero Coco estaba más alerta de lo que parecía; lo esquivó ágilmente y lo escupió. Pálido, ultrajado, Bob se tomó una mano con otra, como si estuviera herido. Le habían salivado la mano con que intentara apoderarse del manojito escapado del fuego.

—Esta misma tarde te vas —sentenció la Tía, que no había visto el escupitajo—. Así que puedes ir preparando tus cosas.

El libro, en la hornalla, se había ya consumido enteramente.

—Es claro que me voy —dijo—. Estoy hasta aquí (con la mano libre a la altura de la frente) de hipocresías, hasta aquí de mariconerías.

—Y yo estoy demasiado vieja para darte una soba —una furiosa impotencia llevaba a Tía Herminia a oprimirse una mano con otra, igual que su hijo—. Pero esta tarde tu padre va a arreglar cuentas contigo. Te aseguro que sí.

Bob lo dudaba mucho: el padre era un viudo reciente y vencido. Conservar a la hija tras la muerte de la mujer le ha-

bía parecido un prodigio, como a Coco salvar las pocas hojas finales del libro.

Pero en este momento ella sacaba un encendedor de algún bolsillo de su ropa, y quemaba en su mano las hojas que había salvado.

—Hasta las flores fueron creadas para el acoplamiento del cielo y de la tierra —leyó en un último vistazo, antes de arriarles la llama.

—No va a ser en su vida más que una virago —dijo horas después Tía Herminia, a quien encantaba el sabor español de esta palabra.

—Es una pobre chica, que acaba de perder a su madre y está desorientada —propuso Tía Elisa.

Pero era demasiado evidente que la imagen de una huerfanita en lágrimas no condecía con el temperamento de Coco.

—Con lo bien que va a venirle no tener madre, dentro de unos pocos años, no más...

Bob, luego de la quemazón y del escupitajo, había cortado totalmente la frágil relación que lo vinculaba a Coco. Ella se iría esa tarde, era ya una condenada con pocas horas de plazo. Ser expatriado de la quinta habría sido para él peor que la muerte. Pero Coco no parecía sentirlo así.

Eugenio, en cambio, se había aproximado a ella desde que la muchacha soltó las últimas hojas ennegrecidas y el viento se las llevó hacia la jaula vacía. Le ayudaba a poner sus cosas en la maleta, quería regalarle (a espaldas de Bob) pequeños objetos mellados e inservibles. Con estupor, acababa de descubrir que no tenía pertenencias disponibles, en aquel mundo que se desmantelaba. Recortes de revistas, una vieja escopeta de aire comprimido, ¿qué podían importarle a Coco, a ella que se iba hacia su barrio abierto al mar y a las gaviotas, a aquella zona donde los muelles corrían entre el oleaje y donde el cielo —limpio o atiborrado de nubes— tenía en el paisaje mucho más sitio que el que le concedían los árboles, los frisos y las cornisas de la quinta? ¿Qué podía ganar Coco con su ternura, ahora que se iba? ¿Qué podría haber ganado, incluso con su amor, si él no había sabido besarla, si no había sabido confesarle nada, si sólo la había nombrado repentinamente cuando ella estaba lejos y él acurrucado e invisible, cuando de golpe el nombre aparecía en su delirio de muchacho en cuclillas, como aparece a veces una palabra predilecta cuando andamos, vagabundos y solos, en una calle desierta por las noches?

Roberto lo magnifica ahora, llamándole «la gran ordalía del remate familiar». Y agrega:

—Una de las tantas cosas que fueron escapándose de las manos...

No alude a los objetos propios que se subastaron, a las verdaderas reliquias de la familia Escudero que se fueron al mejor postor, sino —paradójicamente— a las falsas reliquias, a las pertenencias apócrifas.

La elegancia antes que la posesión: según ese lema, lo imperdonable de la ordalía consistió en haber cedido a las postulaciones comerciales del rematador, en haberlo dejado falsificar historia e intimidad.

—Discúlpeme, señor —decía— son cosas muy interesantes pero no bastantes cosas. Si usted me deja agregar algunas (y adelantaba una mano, para prever y mantener a distancia la objeción)... absolutamente en estilo, valorizo las suyas... y claro (sonriendo, con sonrisa de subasta pública)... favorezco las mías.

—Fuiste un débil —decía después Saquieres—. O, mejor dicho, no deberías ser un hombre tan débil y una conciencia tan exigente. Una de dos.

Roberto lo miraba, sin ánimo de responderle: ¿no era precisamente esta ambivalencia —un hombre débil, una conciencia conflictual o dramática— lo que hacía la trama de la relación entre ellos dos?

De todos modos, la idea del remate no había sido suya sino —¿cuándo no?— de Tía Herminia. Había que pagar gastos de sucesiones enrabadas (la del abuelo Lucas, la de la abuela Margarita y no podía presentirse entonces que la del sueño próximo de Tía Rosina) y de algún lado debería salir el dinero.

Es posible que en otros tiempos, Tía Herminia hubiera descubierto una solución más imaginativa: hipotecar la quinta, enfrentar las deudas sin desprenderse de nada. Tendría que haber sido más joven. Pero ya ahora, a su edad, tendía a confundir su próximo fin con el fin de la familia, y a obrar según las líneas de menor resistencia, aunque fueran las de mayor empobrecimiento. Es posible también que, de haber sido capaz de un esfuerzo, Bob hubiera evitado el remate. Bob y no Roberto, claro está. Pero Bob aspiraba a ir quedándose solo, y toda solución que dividiera, que hiciese espacio, que

abriera un claro entre su madre y él por un lado y los demás por otro, contaba con el precario empuje de su debilidad. Tía Rosina, por su parte, estaba ya radiada de todas las dificultades, paseaba entre los Escudero una suerte de demencia pensativa y recoleta, un mitigado delirio crepuscular sin palabras. Y Eugenio había dicho que se declaraba neutral pero —en el fondo de su alma— se oponía al remate, desde su falta de ánimo de empresa para imponer nada a los demás. Presentía acaso que el desmantelamiento, la dispersión de la gente acechaban tras la dispersión de los objetos. Y, aunque sin poder evitar esos resultados, sentimentalmente los resistía.

—No se escandalicen demasiado —prevenía Tía Herminia—. Cuando murió Jaime, acuérdense bien, se vendió el Panhard, para hacer frente a los gastos de sanatorio y entierro. Haciendo otra vez lo mismo, salvamos la quinta, que es lo que más nos importa a todos.

Sí, la verdad. Era un vívido recuerdo infantil de los primos el de haberlo visto partir; una compensación mecánica, quizás, del hecho de que no hubieran visto partir el ataúd de Tío Jaime, escamoteado desde el sanatorio al cementerio, en cumplimiento del proceso de su famosa cancioncita.

Fue un coleccionista particular quien lo compró. Hoy, muerto el coleccionista, su museo ha sido secularizado por el municipio y el Panhard-Levassor (confinado al cuadrilátero que le hacen cuatro soportes de bronce por cuyas argollas se enhebra un trenzado cordón rojo) se exhibe a la curiosidad pública. El tío está, así, vengado de la plutocracia privada; él, que se reía de los poderosos de este mundo...

Lo sacaron con muchísimo cuidado (¿habrían tenido tanto así de respeto para manejar el cuerpo de Tío Jaime?) porque el coleccionista no quería que lo hiciesen rodar, estando —decía— las llantas tan resacas. Eligió un día nublado, envolvió los faroles en paños de franela, trajo un camión fletero e hizo subir el Panhard, casi llevado a pulso, apenas tironeado por cordeles también envueltos en paño, para no lastimarlo, por una rampa hasta la caja del camión. Dirigía esa ceremonia —lo había pagado ya, era suyo— con un aire a la vez deferente y perentorio, obsequioso y preocupado.

—¿Ustedes no tendrán una foto de este señor?...

Parecía referirse al auto.

—¿Qué señor?

—Este pariente de ustedes, el dueño... —se corregía orgullosamente—... bueno, el antiguo dueño del coche... Una foto de época, claro está, si es posible con galerita o algo así.

—No, no hay ninguna —dijo Tía Herminia, de un modo

tajante (la memoria de Tío Jaime no estaba incluida en la venta). Era enemigo de sacarse fotos...

Y luego, como si hubiera seguido pensándolo, y en busca del modo de deprimir al ricacho:

—...Por favor, ¡fotos de Jaime!... Si era un hombre tan poco convencional, usted no se imagina.

Aunque sin entender la indirecta, el comprador no había insistido: el rincón de su museo se quedaría sin la foto del antiguo dueño, puesto al volante. ¡Paciencia!

Y la foto, claro está, existía: Bob habría de llevársela después al yesero y ambos estarían de acuerdo en suprimir a Tío Jaime del volante, tras el que se empinaba —tieso y cómico— sonriendo con sus dientes de nutria. ¿Dónde estaría ahora? ¿La habría vuelto al álbum de familia, andaría padeciendo ratones en la glorietta? A esta hora, con el deterioro de la vejez, los dientes estarían tornándose amarillos, como habían sido en la realidad. Y en vez de empañarse con los años, la sonrisa de Tío Jaime se revelaría inmortal. *Quand on est mort on n'est pas foutu...* ésa sería su moraleja privada de ultratumba; y la sostendría con los dientes, como un forzado de circo. ¡Él, forzado!

Con el mismo criterio con que se había subastado el Panhard, Tía Herminia sostuvo ahora que se debían venderse la platería, los Sèvres, los Limoges, los Bavaria, la cristalería de Baccarat, los jarrones de Rosenthal, y también —¿por qué no?— los libros, los muebles de dormitorio del abuelo Lucas, las lámparas, los manteles con encajes de Malinas.

—¿Cómo podría hacerse? —preguntaba Tía Herminia—. ¿Los ofrecemos directamente? ¿Hacemos un remate restringido?...

—¿Un remate restringido? —preguntó a su vez Saquieres—. ¿Qué entiende usted por eso, señora?...

—Bueno, un remate reducido a los de la familia y a algunos amigos, que es posible elegir.

—Un remate por invitación —dijo Roberto, en el doble juego de que su madre lo encontrara suficientemente aclaratorio y Saquieres lo hallara suficientemente burlesco.

—Bueno, señora, perdone... pero usted está pidiéndonos opinión, ¿no?

Tía Herminia lo confirmó con la cabeza.

—...Bueno, en ese entendido yo le digo que un remate restringido, como dice usted —o un remate por invitación, como dice Roberto— no es ni chicha ni limonada... No deja de ser un remate... y tiene menos postores...

—Sí, eso es cierto —dijo Roberto.

—La moral de un remate es obtener los precios mejores...

Pero Roberto lo interrumpió.

—¡Qué absurdo que digas eso... la moral de un remate! El remate es el estado amoral de la materia, la representación mercantil de la lucha por la existencia —asumió un ligero aire recitativo—... ¿Vas a pedirle moral a un remate?... ¡Estás loco!

—Bueno, quería evitar algo más presuntuoso: la filosofía de un remate.

—Peor que peor —Roberto lo acompañó de una carcajada—. Te propongo que digas: el agnosticismo de un patricio que vende su hacienda en subasta pública...

La Tía se impacientó:

—Estoy pidiéndoles un consejo y ustedes se ponen a decir sandeces. Óigame, Saquieres (dando a su hijo por inimpuntable)... ¿qué me aconseja usted?...

—Yo conozco a un rematador. Puedo traérselo —sin compromiso, como él mismo le diría— y usted lo consulta...

Fue lo que se acordó.

El rematador llegó una mañana y la Tía Herminia, Roberto y Saquieres estaban esperándolo. Llegó, subió los escalones de la quinta haciendo jugar entre los dedos el llavero de su automóvil. De pronto, como si hubiera cometido una distracción imperdonable (Roberto pensó que eran ademanes prolijamente cultivados, para dar la idea de un poderío negligente de sí) guardó el llavero y avanzó hacia Tía Herminia, a quien no conocía, con la mano estirada.

—La señora de la casa... —alcanzó a balbucir, innecesariamente, Saquieres.

Luego pasó a ver las cosas, escuchando la historia de cada una, que Tía Herminia hacía con gran prolijidad; una prolijidad que era, a esta altura, su rasgo más senil.

El rematador encontró, puntualmente, que todo era «muy interesante». No tenía otro calificativo, y este mismo sonaba a ligeramente untuoso, y correspondía al gesto de levedad profesional con que tomaba los jarrones o los platos para pescado, pasándoles una mano en redondo, como si los envase-linara.

Roberto hizo un inventario negativo: el de aquello que no se remataría: el piano, los óleos de familia, el metronomo, el crucifijo, el reloj de pesas, un sillón frailerlo, el secrétaire del álbum y el álbum mismo, el sillón de llantas que había balanceado el Parkinson de abuela Margarita y —claro está— el juego de comedor, las sillas, las camas, los sillones imprescindibles para la gente que vivía en la quinta.

—Muy bien, muy bien, muy interesante —asentía el rema-

tador, encontrando estímulos hasta en aquello que se le retacaba.

—Es un recuento sentimental —dijo Saquieres—. Las cosas entre las que quieres seguir viviendo.

—Entre las que queremos seguir viviendo... —corrigió Roberto.

Fue entonces cuando el rematador propuso la inclusión —sumamente discreta, sí, por supuesto, sin criterio de bazar— de algunas cosas —«totalmente en estilo, totalmente en época, todo dentro del espíritu de la casa»— que él haría traer y que (dijo) provenían de la liquidación de otras casas, «también de linaje».

«Todo dentro del espíritu de la casa»... ¿Es que lo que su madre le había dicho lo autorizaba a conocer ese espíritu?, pudo pensar Roberto.

Tía Herminia miró a su hijo, trasladándole la propuesta; y fue el instante en que Roberto —en que el viejo Bob sin fuerzas para negarse— consintió; consintió ante el ademán congelado de maniquí con que el rematador objetivaba su situación de estar pendiente de una respuesta, su obsequiosidad (dedos ligeramente abiertos y ondulados) de agradecerla, cualquiera que fuese, sus previas garantías de buen gusto...

—Por favor —dijo entonces Tía Herminia—, todas nuestras relaciones saben que nunca vivimos en un *bric-à-brac*... No se olvide de eso.

—Pero, señora...

Y para ganarse su confianza:

—También supondremos que la gente conoce lo que va a comprar, sabe que todo es *legítimo* aquí... No tenemos por qué abaratar las cosas haciendo una ponderación al detalle...

—Tampoco quiero carteles en la casa —dijo Tía Herminia—. Y, si fuera posible, nada de banderas.

—Por aquello de no poner bandera de remate... —dijo Saquieres, pero Tía Herminia lo desaprobó con la mirada: alusión demasiado verídica.

—Señora, una bandera puesta esa misma tarde... sujeta a la verja, como simple indicación...

—Mejor no.

El rematador se inclinó cortésmente, lo cual (lo comprendieron demasiado tarde) no significaba acatamiento.

—¿Queda algo más? —preguntó Roberto.

—Si los señores me permiten... —dijo el rematador—, hay que elegir la hora a que enviaré las cosas que se *incorporan* al remate: o la noche antes o ese mismo día, pero a la mañana temprano...

—Mejor en la misma mañana —decidió Roberto.

—Como el señor prefiera...

Los anuncios de publicidad en los diarios marcaron el comienzo de la tensión. Eugenio, malignamente, los propuso a la discusión colectiva: «Sensacional remate del suntuoso mobiliario de la lujosa mansión que fue del General Escudero, hoy su sucesión...», empezaban diciendo.

—Sensacional remate... —comentó Eugenio—... ¿No era que ustedes querían evitar la sensación?... ¿Y dónde queda la vieja sencillez criolla?... Suntuoso mobiliario, lujosa mansión... ¡Qué rastacuerismo!

—Por supuesto —convino Roberto—. Este tipo es un bellaco.

—No. Él te dirá que fue su oficina, que a él se le escapó.

—Pero mirá esto otro —exclamó Roberto— y explicame si lo inventó su oficina: «Valiosos cuadros, mesas de juego, ajedrez de piezas de marfil...» ¿Será eso lo que piensa agregar?

—Ya lo veremos.

Lo vieron, en efecto, cuando llegó el camión por la mañana. Los cuadros venían envueltos en arpilleras, con ataduras de alambre de acero sobre muñones de trapo. Recién a mediodía se procedería a descubrirlos.

Roberto preguntó por las mesas de juego y el camionero se las indicó:

—Lléveselas —ordenó Roberto—. En esta casa jamás se ha jugado...

...«Salvo la plata en las riñas de gallos», pensó Eugenio, pero no lo dijo.

—Señor, yo tengo instrucciones de dejar todo aquí hasta que ellos vengan...

—Pero yo le ordeno llevarse las mesas de juego. Bastante asunto tendremos con los cuadros... ¿Y esto?

—Objetos religiosos —dijo ambiguamente el camionero.

—¿Objetos religiosos? ¿Qué puede ser?

—No sé, señor... Creo que un altar...

—Pero dígame —Roberto abrió los brazos— ...esto ¿qué va a ser? ¿Un remate o una misa?

El camionero lanzó una risotada:

—Creo que el señor sabrá mejor que yo...

—A esta hora le aseguro que ya no sé nada.

—¿Qué hacemos entonces, señor?...

—Deje el retablo, o lo que sea, pero llévese, por favor, las mesitas de juego. Admitimos a Dios, pero no al Diablo.

—Son muy bonitas, señor.

—No me interesa. Tal vez sean mejores que los cuadros. Pero en esta casa nadie jugó nunca.

Eran seguramente mejores que los cuadros. Porque cuando llegaron, pasado el mediodía, los adláteres del rematador y empezaron a descubrirlos, se vio que eran cigüeñas paradas en una sola pata, niños mendigos en atrios de iglesias, madres arrebujadas en soportales de mansiones, sosteniendo criaturas famélicas en los brazos, toda la parafernalia del lugar común *de época* (como diría el rematador), a endosarle a la concurrencia como el marco pictórico dentro del cual vivía la familia Escudero.

—¡No puede ser! —dictaminó Roberto, cuya irritación subía de tono ante cada nuevo objeto que develaba su presencia de intruso entre el apaciguado círculo de las viejas cosas habituales de la quinta— ...éste es el contrabando más grosero... y un contrabando de adefesios, de baratijas indecentes.

—Señor, ya está anunciado —dijo el secretario del rematador, que emulaba los modos suasorios e hipócritas de su patrono— ahora tendríamos muchas dificultades, incluso *legales*, si hubiera que dejar tanta cosa de lado...

—¿Es una amenaza? —preguntó Roberto.

—De ningún modo, señor. ¿Cómo se imagina el señor que yo?...

—Ahora tenés que dejarlo —aconsejó Saquieres—. Es un mamarracho pero tenés que dejarlo.

Hubo que dejar la bandera que apareció de súbito, empantallada el asta a uno de los florones de la verja; hubo que dejar que el rematador dispusiera los cuadros en las paredes, aunque Tía Herminia obtuvo que se desplazaran hacia los corredores y la galería del fondo; hubo que admitir que, sobre una mesa de la casa, el juego de ajedrez de piezas de marfil («al fin y al cabo, lo más noble de todo el contrabando», admitió Roberto) simulara una partida a medio jugar, interrumpida por la llegada de la concurrencia. Saquieres y el gordo Narváez se entretuvieron reconstruyendo de memoria una partida famosa, entre Lasker y Capablanca.

Eugenio impidió que los visitantes abrieran el álbum de tapas de nácar y el teclado del piano: «No está en venta», decía en cada caso, secamente.

—¿De quién son estos óleos?

—No están en venta.

—No, por simple curiosidad...

—Éste de Blanes, aquél de Gallino.

(¿O era a la inversa?)

—Las casas de antes, ¡qué proporciones nobles, qué cosas tan finas! Decime si esto se ve ahora... —articulaba un viejo, entre los desajustes de los postizos.

—Había un ideal de vida detrás de todo esto... Ahora, ¿qué ideales tenemos?...

—Bueno..., el del progreso.

—Oh, por favor, no me hablen del progreso —el que lo decía era un sujeto flaquísimo, peinado con mucha brillantina— ...de lo que crece la ciudad, de lo que es hoy Montevideo. (Volviéndose al viejo de los postizos)... Decime, por ejemplo, ¿cuántos tiro-al-blanco había en el Montevideo de tu tiempo?

El viejo pensó un instante, contó en el aire con los dedos:

—Tres, creo que tres.

—Claro que tres... y ahora (volviéndose al joven que había mencionado al progreso)... ¿cuántos hay ahora?... Decime.

—Ninguno.

—¿Dónde está el progreso, entonces? ¿Eh?

El rematador parecía feliz rematando porcelanas; bandejas de metal; incluso parecía feliz al no encontrar postor para «el lavatorio de plata que el General Escudero regaló a su esposa al cumplir las bodas de plata» (¿Será verdad?, preguntó Saquieres. Es verdad, dijo Roberto, pero este tipo ¿cómo lo sabe? Estas ratas saben cualquier cosa, viven de eso); rematando un juego completo de Limoges, para pescado, con fuentes en forma de peces —según explicó con superfluidad—, mientras un peón de guardapolvo amarillo levantaba y paseaba las piezas entre la concurrencia; malbaratando computeras, juegos de té; ofreciendo «una hermosa lámpara de época, fácilmente adaptable a la electricidad», y el ayudante levantaba el globo opalino, y el tubo y el pie del artefacto, en cristal tallado, una lámpara que compra el propio Roberto, para no permitir el insulto de que nadie la adapte a la electricidad.

Tía Herminia y Tía Elisa, vestidas de negro —lo que les daba un conmemorativo aspecto luctual en medio a la subasta— se mantenían a distancia y recibían discretos saludos. Parecían estar allí para afrontar con coraje social el trance y, al mismo tiempo, para proclamar tácitamente, en el orgullo visible que los objetos más nobles encendían en sus rostros, «Así se vivía en esta casa». Cuando el rematador sacó a subasta el juego de ajedrez, Tía Elisa aprovechó lo admisible del objeto para dejar que se escuchara a su alrededor: «Esto no era nuestro». «¿Cómo?», le preguntaron a media voz. «Este individuo nos metió un contrabando de última hora. Ya vas a ver... hay cuadros de cambalache. Tampoco eran nuestros...» Tía Herminia tenía más sentido comercial, en medio de la situación creada, y la llamó a silencio.

Se hizo una pausa en mitad del remate y el oficiante (así podía precisamente empezar a llamársele ahora) pidió que

dejaran un claro, para exhibir un objeto singularmente precioso.

—¿Qué diablos será? —preguntó Roberto.

—Prometíó no hacer ponderaciones cursis —dijo Saquieres— y está excediéndose...

Los ayudantes instalaron entonces un armarito, mientras insistían en que el público librara un espacio, para que todos pudieran ver. «Con cierta perspectiva» —mejoró el rematador, desde su escabel.

Abrieron el mueblecito: era un altar de campaña. Nunca lo habían visto, provenía del desembarco de la mañana.

—No deseo ofender convicciones políticas —comenzó a decir el rematador— pero es evidente que, en los días de la Guerra Grande, la tradición católica estaba con el Ejército de Oribe, fincaba en el gobierno del Cerrito...

Hubo un murmullo entre la concurrencia. «Colorados», anotó mentalmente Saquieres.

—...Y bien, señores: éste es el altar de campaña que el General Escudero llevaba consigo, para que él y su Estado Mayor escucharan misa antes y después de las batallas... Es un altar delante del que se arrodillaron los que hicieron la Patria... un altar que escuchó rogativas, votos, misas de acción de gracias...

—Este individuo es un sinvergüenza —dijo Roberto, sin preocuparse de que lo oyera—... está vendiendo algo que nunca fue nuestro y es justamente cuando más me parece que estuviera vendiendo a toda la familia...

Casi nunca es posible saber a qué hora exacta de un día justo comenzó un hecho, así se trate del hecho más nítido, más delimitado en su singularidad: una batalla, por ejemplo. ¿Se sabe en qué minuto determinado empezó la batalla de Waterloo? Y si no se trata de un hecho tajante sino de una situación, menos que menos: la decadencia de una familia, digamos. ¿A qué hora empieza, en qué día se consume, qué signos, qué señales la marcan?

Lo que entonces cada uno puede hacer es elegir una imagen: Roberto prefiere sin duda la del remate del altar de campaña. En el instante en que el rematador traficó ese objeto y lo subastó como pertenencia sagrada de la familia (lo

remató como no había podido rematar el lavatorio de plata, como él no dejó que remataran, comprándolo, el quinqué a gas de petróleo) fue la familia la que se despanzurró, la que dejó de existir, la que entró en disolución. Eugenio se atiene a otro episodio: rememora el día en que Saquieres se comió a reparar la humedad que ganaba una esquina del comedor y procedió a sacar el friso de *lambris* que lo recorría; el instinto histórico prevalece en Roberto, el instinto olfativo en Eugenio: el día en que el *lambris* fue removido y, luego de una operación ineficiente, reemplazado por tiras de papel, la quinta perdió su olor a quinta y dejó de ser ella misma. Aquello que Mariucha se inclinaba a buscar dentro de la caja del reloj de pesas, había desaparecido del resto de la casa. Y el reloj mismo lo devolvía parcial y amortiguado, envuelto en un tufillo ácido y con una remanencia inextinguible de humedad, como si el verdín que habían rasquetado de las paredes hubiera optado por decir una metáfora sobre el tiempo y se hubiera ganado en las oquedades del reloj.

Mariucha, si hubiera vivido, habría preferido referirlo a la muerte de alguna persona o, en último caso, a la ausencia de algún animal, porque para ella el mundo de los objetos contaba muy poco y la felicidad o la desdicha no se hacían con ellos. Habría elegido la desaparición de la gallina de Guinea (¿cuándo ocurrió? o aún más genéricamente ¿qué había pasado con ella?) o, idealmente, la tenue y soñadora desaparición de Tía Rosina.

De todos modos, habría un instante en que, por todos los sistemas de medición, se llegaría a lo mismo: a tener *la deca* instalada en la familia, apoderada de aquel bastión a medio desmontar, donde los muebles flotaban con una holgura de fantasmas acreditados, de espectros consentidos e insubstanciales.

Es posible bajar todavía, en la espiral de *la deca*; todo el mundo parece suponer que las espirales tan sólo subieran, echaran sus rulos hacia arriba, fuesen invariablemente ascendentes; la espiral de *la deca* descende, taladra, penetra. Está *la deca* de los años noventa —dicho así parece un error de imprenta, porque está de moda hablar de las décadas— y luego la familia se estabiliza en su disminución, se acomoda a un nuevo *status* y dura en él por años y años. Hasta que viene esta *deca* de los años treinta, sopla de golpe y porque sí, abre las ventanas y por ellas salen muebles, cuadros de mal gusto, cajas de mantelería, un altar de campaña.

Y casi en seguida, en ese escenario empobrecido, en ese teatro a medio desmontar, Tía Rosina se duerme una noche

y económicamente aprovecha el sueño para morir: las frases del monólogo de Hamlet podrían inscribirse en su lápida. Pero no hay lápidas particulares en el panteón de los Escudero, donde cada nueva muerte implica el trámite apresurado e impío de una reducción. Tío Jaime debió encogerse para que cupiera Tía Rosina.

Es preciso dar la razón a Roberto y, más que a Roberto, a lo que hubiera quedado de la sensibilidad de Bob: *la deca* de los treinta empezó con el remate, con el ligero aire de compunción de toda la familia, con el discreto martirio de las tías, con su mortificación aristocrática, de narices en alto, por tener que exhibirse en medio de aquello que —contra las expresas prevenciones de Herminia— se había convertido efectivamente en un *bric-à-brac*. La imagen visual —más fuerte que la olfativa del *lambris* arrancado, de la caja del reloj en que percute un tiempo empozado en el moho— puede ser ésta: las dos tías de pie en una orilla de la reunión (Tía Rosina ya estaba preparándose tenuemente para su sueño, ya desaparecía en las habitaciones con un mimetismo de lagartija en los sepulcros, no había siquiera asomado la cara a los preliminares del remate) asistiendo, como el capitán de *Naufragio* en el puente de mando, a la progresiva inclinación del buque, a la obra del oleaje que barría su cubierta.

La deca. Tía Rosina, que consideraba una desvergüenza nacer en los sanatorios, habría estimado tal vez un deshonor morir en alguno de ellos, con un espectáculo de médicos y enfermeras alrededor, entre botellas de suero y jeringas de inyecciones. ¿Ella no elaboró acaso esta suprema discreción, este atildado pudor de la muerte en el sueño, de una muerte precedida de un «Hasta mañana» dicho sin énfasis, como si el paraíso al que ella seguramente ingresaba estuviera para todos los otros igualmente cerca? «Hay familias que se agotan pronto —solía decir ella— como si unas sangres se gastaran más temprano que otras». Pero, ¿no advertía que su propio clan cabía en tal sentencia?

Los libros vinculados a la infancia de Bob no se habían rematado: las viejas ediciones en pasta de Dickens y Balzac, los novelones de Eugenio Sué, la literatura del sitio de Montevideo: la novela de Dumas sobre la Nueva Troya, el Diario Poético de Acuña de Figueroa, los cuatro tomos —encuadrados en dos volúmenes— de los Anales de la Defensa de Montevideo, de Isidoro De María, editados en 1885 por la «Imprenta a vapor de El Ferro-carril». («Literatura de batallón», le llamaba con desprecio el Abuelo Lucas: «un mamotreto que no falta en ningún cuartel» —agregaba—. Pero había leído los

cuatro tomos con vehemencia polémica, y anotado sus disenti- mientos, y a veces hasta sus improperios, en los márgenes de las páginas. A Roberto le encantaba abrirlos y refrescar ese ardor combativo, ya mustio en la familia. Era como imagi- narse los gallos de riña, todas las formas de la pasión de es- pectador, las únicas que el doctor había heredado del general y que ni siquiera podía decirse que hubiera transmitido a su descendencia.)

¿Dónde estaban —en cambio— el Diario del General Escu- dero, llevado con su letra menudita, que enlazaba las pala- bras unas a otras? ¿Dónde estaban sus cartas a la bisabuela Felipa y las cartas de Andrés Lamas, de Urquiza, de Oribe? ¿Quién se había apropiado del uniforme de gala del retrato, que después aparecería en el Museo? Y más cerca, saliendo ya de la edad heroica, ¿dónde estaban las cintas de Fusiliers de Marine, dónde la boina de la Scuola Italiana que mentía un pasado de Mariucha? Todos esos despojos («épaves de la gran- deur», diría Tío Jaime, riéndose de su propia familia, como lo hacía a menudo tomando un abanico, un camafeo) habían desaparecido de un modo sigiloso y tráfuga, como si alguien los hubiera cargado en un carro de desechos a la madrugada; habían pasado un límite impreciso (¿de tiempo, de espacio?) y habían dejado sencillamente de existir.

En esa casa semivacía, el piano de Roberto tocando Debussy ya no chocaba contra fondos corpóreos; salía al jardín, daba la vuelta a la casa, traspasaba postigos y persianas. A cambio de tanta pertenencia que había transmigrado, a cambio de tanto renunciamiento en las cosas, *la deca* había traído con mayor asiduidad a Saquieres y al gordo Narváez. Por suerte para el gordo, el naufragio no se había llevado los Tit-Bits ni los Caras y Caretas; por suerte para Saquieres, Tía Herminia seguía bajando escalones, uno tras uno, en una adusta resignación de despedida, y él podía disponer en la casa, ordenar la reposi- ción de un vidrio roto, el refuerzo de un puntal en la glorieta.

Eugenio empezó a sentir que se movía en un mundo abolido, en un mundo sin salidas, en un mundo de oprimentes presen- cias muertas: Mariucha antes que nadie, Tío Jaime, Tía Ro- sina, los abuelos; o no, tal vez antes que nadie el mismo Bob, ese Bob que se había transformado en Roberto y entregado a sus amigos, ese Bob que quedaba detrás del yesero y detrás de Coco Galván, ese niño imperioso que había derivado a ado- lescente y luego a hombre pusilánime y celoso, el que había minado la energía de Tía Herminia al par que vivía de ella, el que hacía conscientemente echazón de las cosas para sen- tirse más libre y descastado, más liviano e insolidario.

Fue entonces cuando Eugenio empezó a soñar que alguien lo obligaba a suplantar al que había sido en su infancia, que la pallana y las representaciones, que la foto de los trajes de alpaca, que los partidos de Berjanita y Parentela eran hechos que le habían contado a fin de instruirlo y aleccionarlo, para que nadie notase la sustitución cuando él se levantara cada mañana, dijera «Buenos días» y Roberto lo mirase con cierta desazonada y hosca extrañeza.

Tampoco sabía a ciencia cierta cuándo había sido decidida la separación: Tía Elisa habló una tarde largo rato con el inter- mitente fantasma de la juventud de Tía Herminia. Y esa no- che se anunció que se iban. Eugenio pensó que, a esa altura, no lo sentiría demasiado. Montevideo había empezado a cre- cer por el sur y la quinta, quieta bajo las hojas del verano, languidecía en el norte. Mudarse era cortar, renunciar a seguir decayendo, evadirse de la abdicación colectiva. Acaso hubiera ventanas que se abriesen sobre un fondo de mar, sobre un cielo abierto, sobre revueltas bandadas de gaviotas. El alivio de Roberto fue, por muy otras razones, su alivio. De un mo- mento a otro la verja de la quinta iba a caerse y ellos salta- rían por encima de sus lanzas depuestas.

Se había quebrado el tronco de la casa —pudo pensar Eu- genio— aunque la araucaria y la higuera y las casuarinas se mantuviesen en pie. Había caído y, en su última y despojada parvedad, cabía en aquella cama angosta de su vejez, casi se perdía en mitad de ella.

Un tubo de oxígeno con su espita cerrada era el único sig- no de que allí hubiera existido una agonía y Eugenio no la hubiese presenciado. Las últimas muertes de la familia esta- ban excluyéndolo, en tanto no fueran hechos consumados; me- jor (pudo pensar), eso conservaba la soledad de Mariucha en el recuerdo.

Saquieres había ido a buscarlo, porque no conocía otro modo de avisarle; y en la tardecita y en la Forchela, volviendo hacia la quinta, le contó escuetamente lo que había que saber para ahorrarse preguntas frente a Roberto: dos o tres días de decaimiento final, sostenidos a coramina; y ese mismo día, sobre la media mañana, una larga conversación con Roberto, a puertas cerradas. —¿Se sabe de qué? —No; salió un poco

pálido, no dijo nada. Pudo arrepentirse de la pregunta: habría sido molesto que el otro creyera que su curiosidad iba dirigida a una posible materia de intereses. Y después poca cosa. Hubo que ponerle el oxígeno, al que ella se resistía tanto, porque aquella conversación la había agotado. —Prácticamente se mató... o, por lo menos, apresuró su muerte con esa extenuación. —¿Y Bob no pudo impedirselo? Había dicho «Bob», pero Saquieres no parecía haberlo registrado. —¿Supiste de alguna vez en que Roberto pudiera impedirle hacer algo que ella verdaderamente quisiese?... —Sí, es cierto...

El rostro de Bob (oh, sí, era el rostro de Bob, no el de Roberto) estaba firme en su sitio; firme sobre sus rasgos, quería decir, sin ninguna crispación visible. Tampoco especialmente distendido, como cuando dirigía *Naufragio* o *El protector de Nelle*; ni ambiguo, elusivo, inescrutable, como en la mascarilla del yesero. Simplemente natural, un rostro enjugado, que había vuelto por un instante a la edad de ser hijo, él que querría haber seguido siéndolo por siempre. Porque la muerte de Tía Herminia lo obligaría a dar el paso al frente que con obstinación había rehusado, a asumir por sí —sin esa sombra protectora que la vejez había adelgazado, pero bajo la cual él se había ingeniado para seguir acurrucándose— la simple circunstancia de estar vivo.

Imposible abrazarlo; algo en Bob se retenía, algo lo evadía de las efusiones. Como la de Mariucha, como la de la abuela Margarita, aquella muerte acudía a reforzar su aislamiento, se resolvía en caminatas ensimismadas, en largas meditaciones con un hombro apoyado en el quicio. Miraba aparentemente hacia el rostro de su madre pero, en última instancia, miraba sin fronteras delante de sí, en un campo raso en que la cara de su madre flotase como otra mascarilla, como un gesto filtrado por un espejo, oscurecido por las picaduras del azogue (la fijeza de sus ojos algo miopes, la veladura errante de sus ojos de hepático).

Imposible acercársele, decirle socorridamente nada. En esa zona cruel en que abría los ojos y los pensamientos, no había piedad para la cursilería, perdón posible para el convencionalismo; sí, era el Bob sin inocencia, el Bob con sus represiones vitales dispuestas a estallar en agresión en cuanto alguien intentase auxiliarle. Era evidente que Narvéez y sobre todo Saquieres lo sabían, respetaban esa distancia incolmable, esa reticencia íntima que nada autorizaba a franquear; que nadie, por otra parte, tenía títulos ni argucias bastantes para poder violar. No estaba seguramente pensando en ella, en lo que ella había sido para él; era un ser árido para esa índole de pensa-

mientos copiosos, agradecidos y vulgares. No. Estaba pensando seguramente en él, viéndose desnudo en una región en la que a nadie consentiría que se arrimase, le pusiese una mano encima, le dijera nada. No sólo ahora, esta noche, mañana en el instante del entierro. Tampoco más allá, en los meses que siguieran, en ese mundo de responsabilidades de primera fila (con butaca de primera fila) que comenzaría a representar para él, frente a él, contra él. Estaba definitivamente solo, ella lo había abandonado: ése parecía ser su tranquilo pero implacable reproche. Estaba solo desde que salió de la habitación casi a mediodía, tras haber conversado con ella, tras haber jugado todo ese último acto del que Dios procedería a retirar los actores. Habría podido incorporarla en la cama, tomarla entre sus brazos, besarla. Seguramente no lo había hecho, ni ella tampoco había querido pedirselo. Habían hablado, en cambio, habían cancelado las contraseñas de un mundo que por más de treinta años habían compartido, que habían recorrido y enjuiciado juntos y al margen de los demás, que habían afirmado en ellos sin cuidado de que se correspondiese al de los otros. Habían parlamentado para cerrar esas puertas, para echar definitivamente los cerrojos. Ella ya no lo precisaba más, él no podía sustituirla. Ese era un balance en que Bob salía perdiendo, el balance que lo había irritado incompasivamente con ella y más aún consigo mismo, por haber andado los años de los años hacia esta quiebra, hacia este desprendimiento empobrecedor, hacia esta ablación en que ella hacía de verdugo y por tanto tiempo, con apariencia de humildad cristiana («el día en que yo te falte») lo había proclamado.

Imposible pretender que se ocupara del resto: Saquieres lo había concertado todo, apenas con el escrúpulo de darle noticia. Cuando había tenido que pedirle cualquier cosa venial («los títulos, las llaves del panteón») sólo había obtenido de Roberto un vago gesto en dirección a la sala, en dirección al secrétaire de la sala, y había comprendido. Cuando había intentado darle cuenta de los detalles de mínima y austera organización que había dispuesto, sólo había encontrado la ajenidad de los ojos, el alzamiento de los hombros en esa zona inviolable en que El Hijo, dispuesto a ser El Hijo, se había colocado. Era la suerte de emplazamiento cumplido que el Padre recelaba en *Tinta roja*. Ahora podía saberlo: si el Padre tuviera ya entre sus brazos al hijo muerto, sólo pensaría en sí mismo, sólo volvería contra sí mismo la ferocidad que desplegaba en el cuento (en el cuento que seguía siendo, hundido entre las páginas del álbum, doblado bajo la estaqueada foto del pariente, un amarillecido recorte de diarucho

de pueblo), querría quedarse solo en la leñera, se correría hasta la catarata de luz que cayera del ventanillo y elevaría los brazos como para bañarse en ella, como para dejarse penetrar por ella desde las axilas al pubis, porque de cualquier modo esa violencia iba a tomarlo desde ahora para siempre, iba a expoliar en él una suerte de desnudez incurable.

«El día en que yo te falte» podía expresar un presentimiento de culpa: el día en que yo deserte, en que yo te abandone, en que suelte tu mano; el día en que defeccione, en que te niegue, en que olvide; en que me desentienda de ti, en que te descargue; en que te eche al suelo y dé en seguida un paso atrás, para obligarte a que camines. A que camines solo aunque te caigas, aunque llores, aunque te rompas la nariz, aunque sangres. Soy tu madre.

Imposible tenerle lástima: esta vez no esquivaba la presencia de la muerte porque no encontraba modo de escamotearse, de delegar en otros el centro de una aflicción que, él y su madre frente a frente, era suya en el grado de lo inevitable: no lo salvarían ya el jardín, la glorieta, la jaula, la sombra de la higuera. Se había convertido en un huérfano y con esa orfandad tenía que entrar ahora en la vida, como si llevara uno de los brazos en cabestrillo y con el otro se asiera a su compañía, dilatando todavía por unas horas, por unos días el choque. Pero no era la pura estupefacción de lo que no aguardase, de lo que nunca hubiera querido imaginar: sabía, desde años atrás, que ese día se acercaba; pero se concedía prórrogas y disculpas, exorcizaba la muerte de su madre con la propia irresponsabilidad. No era posible tenerle lástima ni habría querido que se la tuvieran, porque había también algo sórdido y rapaz en ese apego a la vida que simulaba resistirse a ella, inhibirse ante ella, renunciar de antemano.

«Pobre Mamá» era una frase gélida y neutral; lo único atrevido y exacto habría sido confesarse «¡Pobre de mí!» o preguntar, con un pudor tembloroso, «¿Qué ocurrirá conmigo en adelante?»

Y para eso, pudo pensar Eugenio, ni Saquieres ni Narváez ni él tenían respuesta. Si era así, si irrevocablemente era así, ¿para qué fingir que lo rodeaban y que una mano puesta en la espalda era confortación o una cara recostada en su cara aliviaba de la mitad de la desgracia?

Saquieres había mandado buscar unos claveles blancos y el gordo Narváez llegó con ellos. «Como si se los trajera a Bimba, en procura de una reconciliación», debió pensar Eugenio. Porque el gordo no tenía naturalidad para estas ocasiones; en-

varaba el pescuezo por no mirar hacia donde su curiosidad tal vez lo tironeaba: por no ser indiscreto y por ser hedonista.

Saquieres comenzó a distribuir —como Tía Herminia lo hiciera con Mariucha— las flores sobre la cama, siguiendo los escuetos flancos de Tía Herminia. Roberto se dio vuelta, como si expresamente dejara el escenario, desaprobando lo que en él sucedía. Caminó con cierto énfasis lánguido hacia la galería, se puso a mirar cómo bajaba la noche desde los árboles.

Allí estaba cuando llegaron Vallebona y Montero. Traían toda la idea de estrujarlo, pero se detuvieron cuando Roberto, tomándose una mano con otra —para estrangular la posibilidad de los abrazos— alzó hacia ellos la cara de todos los días y les dijo «¿Qué hay?»

«¿Qué hay?» Era la pregunta más absurda, porque los obligaba a decir «Nada» y quedarse con las frases de condolencia.

«Nada», dijeron, ensayando un vago ademán de palmoteo distraído; Roberto se desplazó hacia un lado y el ademán se replegó, devorándose.

Más tarde, para pasar la noche, Saquieres ordenó a El Sombra que fuese a la cocina y preparara café. Elermes vio que había llegado el trance providencial de hacer algo, y se dio a trajar pocillos, cucharitas, azucareros.

Roberto lo miró con simpatía:

—Sacá de la alacena un porrón de ginebra y seis vasos.

A las tres de la mañana, se habían tomado toda la botella. Roberto, al que Saquieres apenas se atrevía a contrariar, se había tomado la mitad por sí solo. No parecía borracho, pero sí estaba pálido y la noche y la vigilia alcohólica acentuaban sus ojeras, la lumbre de sus ojos.

Fue hacia la sala y volvió con el álbum. Buscó entonces, por primera vez, la proximidad de Eugenio.

—Sentate aquí —dijo—. Vamos a repararlo.

Pero él elegía autoritariamente. Pasó las gruesas hojas en que aparecían en sepia el General en sus últimos años, el abuelo Lucas en un sillón cuyos brazos representaban grifos, la abuela Margarita en un vis-a-vis sobre fondo de cortinas, borlas, hojas de salón, helechos, macetas y ánforas. Se detuvo por primera vez cuando Tía Herminia —joven, encorsetada, con un vasto peinado de rulos— aparecía en óvalo, apoyando pensativamente la frente sobre el brazo en jarras de Tío Jaime —chaleco de muchos botones, atravesado por una cadena, solapita angosta del saco abierto, cuello alto y plastrón— que estaba a su lado, de pie, los dientes escondidos, mirando recatamente hacia el fotógrafo. Era una foto en sepia y el nombre

del artista, impreso en dorado y en letra cursiva, envuelto en una rúbrica, estaba al dorso del cartón: Bate & Co.

Era posible dar con fotos aún más antiguas y Roberto las encontró:

—¡Mirá éstal —dijo—. ¡Qué formidable!

Aquí era el abuelo Lucas quien estaba sentado y una niña de falda a media pierna, rulos más menuditos e inocentes y botita alta la que miraba, de pie, al lado de su padre: no parecía asustada sino simplemente incrédula de que el aparato, de veras imponente, que tenía ante sí pudiera fijarla en esa postura pueril y graciosa, la pierna derecha sin inflexiones, la izquierda flexionada y cruzándose sobre la otra, la botita izquierda de perfil golpeando, con su punta, el flanco de la bota derecha. En lo alto de los rulos, una gorrita de bordes ondeados se mantenía apenas. El dorso, sobre un fondo de dibujo menudo, como de embaldosado, proclamaba, en letras hechas con ramas de árbol que sostenían dos cintas, enlazadas por aros, de las que a su vez pendían medallas, que la toma era de la Fotografía Brunel, 107, San José 107 entre Convención y Arapey, en Montevideo; y las medallas, anverso y reverso, aludían a la Exposition Industrielle de la ville d'Agen, realizada en 1870.

—El gorripete y las botitas —dijo Roberto, con un absorto fondo de ternura en la distorsión de una palabra, en el diminutivo de la otra y en la voz que la ginebra y la hora le habían sutilmente cambiado—. ¡Qué gracioso!

El abuelo debería haber ido con ella a casa del fotógrafo, porque habían aprovechado la oportunidad para más fotos.

—¿Y esta otra?

El abuelo siempre sentado, con su levitón abierto y sus crespas patillas. Y ella otra vez, pero no al lado, sino subida, con su suerte de cofia resplandeciente, a un velocípedo inverosímil, de rueda delantera altísima. La botita izquierda, que era la que quedaba a la vista, pedaleaba, dejando ver su fila de botones; la mano atendía al manillar pero la cara había sido seguramente tomada por la pinza de dos dedos del artista y miraba con un aire compungido, de obligación y pellizco.

—Notable también —se atrevió a comentar Eugenio.

—Sí, pero aquí es el velocípedo el que *l'emporte*.

En la tercera estaba sobre un pequeño carricoche a pedal, cuyo pescante formaba la cabeza, el pescuezo y los remos delanteros de un corcel. Un manubrio pasaba entre las orejas del animal y ella, tomándolo, sonreía; sí, sonreía, pero mayor era la risa dientuda del caballo, que emulaba la de Tío Jaime en el Panhard. Sonreía y estaba sola; tal vez sonreía por eso,

porque su padre se habría puesto al lado del fotógrafo y llamaría su atención con algún melindre deliberadamente ridículo. En la cuarta, también sola, pero tomada en otra ocasión y en Chute & Brooks, jugaba con un diávolo: los dos paliños, el hilo en comba, el carrete:

—Decía siempre que había jugado muy bien al diávolo. Y también al volante.

Pero no había fotos del juego del volante, como no había fotos de escenas en que Eugenio y Roberto la recordaban: detenida con el médico por el jardín, durante la enfermedad de Mariucha; conversando en francés con la profesora de idiomas, una mano puesta sobre el teclado del piano; mostrando al opulento comprador el automóvil del Tío Jaime y regateando el precio; quemando el libro de Coco y mirándola mientras lo quemaba.

Saquieres y Narvéez se asomaban sobre los hombros de los primos, seguían a la distancia su itinerario. Elermes y Monterito estaban respetuosamente ajenos: se habían sentado a uno y otro lado de la mesa de la cocina, habían puesto sus brazos a manera de almohada y, como escolares sobre el pupitre, con cierta rendida inocencia en sus cabezas, dormitaban sobre su armazón de antebrazos, manos y codos, como el pequeño escribiente florentino cuando lo venciera la fatiga.

Con las primeras luces del alba, tambaleante —por un efecto retrasado de lo que bebiera— volvió hacia la habitación de su madre; Eugenio y Saquieres lo siguieron, sin marcar el cuidado con que lo escoltaban.

Rayaba el día; hizo apagar la veladora, abrir las persianas. La primera luz pálida echó una ola cansada sobre el rostro terroso y aquilino que la muerte había ido trabajando sobre Tía Herminia; estaba navegando ya muy lejos.

Roberto se inclinó un poco, la miró como si le costase reconocerla. Ya no es ella, debe haber pensado. Recién entonces se asomó a frases que la aludieran:

—En este velorio de hombres no hay quien rece —dijo.

—¿Qué te ha dado ahora?... empezó a decir Eugenio, pero una mano de Saquieres le oprimió el brazo y lo redujo a silencio.

—Yo no sé hacerlo —agregó— y a ella le habría gustado que rezasen por ella...

«Pero ella no rezó por Mariucha», pensó Eugenio. Y sólo dijo:

—En esta casa hace mucho que no se reza.

Roberto lo miró con acritud: Eugenio había perdido sus

títulos para decir lo que pasaba o dejaba de pasar en la quinta.

—Sí, es cierto —dijo—. Dios va a esperarnos con una cuenta gorda.

Dio un paso hacia los pies de la cama; pasó una mano por su pelo, alisándose, como si se aprontase a hablar en público:

—Mamá, no sé rezar —dijo con una voz desconocida—. Perdoname.

—Está completamente borracho —cuchicheó Eugenio, volviéndose hacia Saquieres.

—Roberto, ¿no quisieras recostarte un par de horas?

—No, estoy muy bien y ya es de día. Mi miedo era la noche.

Era de día y estaba solo. En el instante en que separaban las cosas que había sobre la mesa del comedor para hojear a sus anchas el álbum bajo la araña con sus seis luces encendidas, Eugenio había encontrado el borrador de la participación fúnebre, con letra de Saquieres: «Su hijo Roberto y demás deudos...» Estaba solo, quería seguir estándolo. Pero su miedo, como acababa de decirlo, era la noche.

La había pasado ya y las primeras luces del día le daban fuerza par excusarse por no saber una oración. Jamás lo habría mencionado de noche, a medio pasar el túnel; de noche, a media altura de su vida.

«Perdoname», había dicho, pero tal vez habría querido decir «comprendeme», «sabés muy bien que no me lo enseñaste», «¿por qué nos descuidamos tanto?» Y ella se iba y lo dejaba solo, solo y sin plegarias, con años por andar, completamente solo.

Eugenio pudo haber pensado entonces que su experiencia fuera de la quinta también lo había reducido a la soledad, con su madre en la casa de salud, con una pieza sin mar en la ventana, con un empleo sin gracia, en medio a una ciudad sin amigos.

—¿Querés que me quede unos días a acompañarte? —se animó a decir, envalentonado por el recuerdo del álbum, acuciado por la pequeñez increíble del cortejo, al regresar del cementerio.

—No, de ningún modo, yo estoy bien —dijo cortésmente Roberto.

—Pero puedo hacerte compañía... —insistió torpemente Eugenio.

Bob (otra vez era Bob) frunció la cara hasta encontrar un

argumento disuasivo; la distendió al volver con él, urbanamente:

—Vos tenés que atender a Tía Elisa. Ella es quien te precisa —con el proselitismo elíptico de «desgraciadamente-eso-ya-no-sucedee-en-mi-caso».

—Mamá está en un sanatorio, igual puedo...

—No —cortó Roberto—. Te debés a ella y, además, todos nos debemos a un orden ya hecho. La vida tiene que seguir como hasta ahora.

...Sí, sí, sí, duele a relámpagos, es la cuarta o quinta vez que golpea del mismo modo, podría seguirse con el metrónomo de Mariucha, da a intervalos justos, precisos, separados, mordidos, iguales, es una dentellada caliente, un dolor como cálido y enlodado y pegajoso, un gato que salta sobre las tripas y da su zarpazo y se encoge y vuelve a desaparecer en la noche, un gato negro en las tinieblas, un gato negro sin chispas en los ojos, un gato sin ojos como un perro de cráter, un gato que da el zarpazo y salta y desgarrar y fuga, pero me quedo esperando forzosamente que vuelva, no puedo distraerme pero de nada me sirve estar atento, lo espero sin poder evitarlo, me arrollo como un feto sin poder defenderme, porque de algún lado cada vez distinto llega y salta y rompe, sí, mi barriga es una bolsa de gatos, una bolsa de gatos que se retuercen aprisionados por la arpillera, y la arpillera son mi pantalón, mi saco, mi camisa, porque los gatos saltan por todos lados, vienen desde los riñones, desde las piernas, desde el pecho, pero esta fantasmagoría zoológica no puede distraerme, la verdad, la verdad, la verdad es un dolor de tripas cada vez más agudo, cada vez más perforante en la noche, se espesa con ella, ¿desaparecerá con ella?, un dolor acucioso y emprendedor como un gato revolviendo un tacho de basura y luego las garras, una vez, otra vez, otra vez, si el intervalo siempre igual en los dolores de la mujer anuncia el parto estos dolores en hilera, como árboles que pasan en un camino recorrido a velocidad pueden anunciar la proximidad de la muerte, como este frío, este frío que parece levantarse de las baldosas y del fondo de la noche, tomarme por las piernas, envolverme con cintas mojadas en lo oscuro, tal vez el frío está en el aire y es la señal de que se acerca el día, sí, la revistita escolar

que leíamos decía que los cinco minutos que preceden a la salida del sol son el momento más frío de la noche, el piso de la noche que se desfonda o algo así, pero no es sólo el frío, es un mareo liviano y nauseoso que me sube del pecho a la cabeza, una liviandad rota, como dislocada de la cintura para arriba mientras las tripas pesan, pesan y parecen colgar como las tripas del pollo en el hocico del gato que rebuscó en el tacho de la basura y encontró los despojos de la comida de su amo, una cabeza de pollo, una cresta de pollo, unas patas de pollo, unas tripas de pollo, una panza de pollo como un monedero, como un corazón relleno de yerba, como un reloj anegado de pasto, y en ese reloj anegado de pasto el tiempo de la noche se ata, se enreda, no avanza, la botella de leche tiene tal vez una gota residual para alumbrar en cuanto la toquen los primeros resplandores del día, el crepúsculo matutino como un color pálido difuminado, extendido por un algodonado usado y sangriento, como un color de cera apenas empurpurado, pero no viene y Bob se duerme, duerme solo en la casa que le queda grandísima en la noche y en la decadencia sin muebles donde resuena a las horas y a las medias la campana del reloj de pesas, como una sonda echada a las profundidades vacías, pero Bob ha querido quedarse solo para eso y duerme, duerme con el sueño de los que no esperan nada de las alarmas de la vigilia y de la tierra, contrariedades sucedidas a parientes, cartas de los hermanos, libros o noticias de amigos, nada, no espera nada, Saquieres y Narváez vendrán recién mañana y él nunca jugará ante los dos juntos su alma, su alma que ellos pueden empezar a juzgar desabrida, su alma que yo conocí aún sin que él me dejara, su alma llena de miedos absurdos, de orgullos absurdos, de supersticiones absurdas, su alma, su alma, es explicable lo que decía la revistita, el enfriamiento de la tierra en la noche llega a su punto terminal, su despertador de frío estalla, Bob no los tiene ni los quiere, despertadores en su velador, para tocar el piano, para leer un libro no hay horarios, para quitar las trancas de una casa solitaria no hay turnos marcados, pero él se levantará, vendrá hacia la botella de leche y aún la hallará vacía, o no, el lechero dará dos golpes en la puerta y el sueño de Bob a esa hora ya será más liviano, más vulnerable, más expuesto, hace años que no vivo aquí y el lechero no acertará a decir «su primo», dirá «un hombre» o tal vez «un tipo», porque cuando esta gente se emociona es cuando sale a flote su lenguaje más plebeyo, dirá un tipo, seguramente un tipo y seré yo, yo porque no supe oponerme lo bastante y tuve que salir de esta casa, yo que esta misma noche no me animé a decirle

que mis derechos no eran los que él dijo, mi-parte-tu-parte, oh no había partes cuando vivíamos en familia todos juntos, no había más partes que las que él distribuía en los dramas y en los dramas se hacía su voluntad como después en los remates, como después en la soledad, como antes en las denuncias y en los misterios, se quemó aquel libro porque él lo provocó, se hizo el remate porque él lo provocó, echaron a Coco porque él lo provocó, se escribió esa estúpida leyenda en el muro porque él lo alquiló, dejó de venir la profesora de francés porque él lo provocó, provocó que tía Herminia le dijera en francés, los dedos sobre la tapa del piano, que íbamos a detener las lecciones por un tiempo, que estábamos cansados por las fatigas del año en la escuela, la tía estaba mintiendo y la verdad era que Bob la odiaba, tal vez porque había empezado a recelar que ella me quisiera o yo la prefiriese, que su aire de Vieja Niña, como decíamos para reírnos del modo en que sonaba en español, que su aire de vieja niña marchita me hubiese conquistado y ella y su Thémoin color verde fueran más míos que suyos, y además sus celos, sus malditos celos, porque cuando empezamos Bob decía mejor que yo *J'ouvre le canif, je prends le canif, je ferme le canif* pero después, en la página siete, lo recuerdo muy bien, vino la silbante palabra, la palabra *chaise* y Bob no pudo fácilmente con ella, aquella niña de largos rizos sostenía la silla tomada por el respaldo, apoyada tan sólo en las patas delanteras pero había que decir, decir con ella, que lo estaba haciendo, *Je prends la chaise*, y ella, no la niña de la silla sino la Vieja Niña del Thémoin color verde corregía a Bob con sus labios finitos, con su lengua angostita, con un paladar abovedado que era mejor que el suyo, que sería siempre mejor que el suyo para decir *chaise* e instalar una silla dentro de su boca, la silla de Viena del dibujo dentro de su boca y aún dentro de la mía, tú-lo-dices-mejor, pero nunca en la suya, nunca en la de Bob, y Tía Herminia temió entonces que Bob odiara en ella y en la palabra *chaise* un idioma que tenía que aprender, que desde tres generaciones hablaban de corrido los Escudero y que ahora Bob deja enmohecer y yo dejé enmohecer por no hablarlo, ese idioma del que sólo dice al pasar cuatro o cinco palabras cuando quiere que una referencia excluya a Monterito o Elermes, esta misma noche no quiso contestarme en francés cuando yo dije *Monsieur le Professeur, je suis très nerveux*, no quiso responderme en francés porque eso evocaba a la *vieille fille* y se resolvía en mi ventaja, como sepultó a Mariucha y al nombre de Mariucha dentro de sí porque en el último reparto, en el reparto de su muerte él no había jugado ningún papel por cobardía,

como cavó una horrible distancia entre Coco y yo, empujando a Saquieres entre nosotros cuando supuso que ella y yo podíamos casarnos si él era más amable y lo veía con ternura, pero la ternura, oh, la ternura es como este dolor que ahora vuelve, un lancetazo en él y se retira, oh, no, ahora se queda pero no la ternura en Bob, un dolor puede horadar mis tripas pero un sentimiento en su vida no tiene ese poder, está seco, está muerto de un modo que no pide su entierro, muerto y acartonado como una momia conservada en el hielo de una pirámide, de una tumba, de una cueva, duerme incluso ahora con un sueño de momia, con su sueño de balde al fondo del aljibe, sumergido, herrumbrado, sordo al golpe espaciado del reloj y a los golpes que pude dar en la puerta, a los gritos con que pude llamarlo, ahora no tengo fuerzas para gritar, para alzarme, para tomar la botella y estrellarla con fuerza contra el panel de roble, contra la ventana lateral del recibidor porque ahora sí, las horas espesas de su sueño ya han rendido lo suyo y vienen las más tenues, no sé, acaso todavía no, su sueño de borracho no habrá gastado aún todo lo que tiene para consumir en la noche, dormir no es una lastimadura, dormir no es una lanza en las tripas, dormir no es este frío de las baldosas, dormir no es un dolor ni es fiebre ni es recuerdos, recuerdos y reproches y arrepentimientos en la espera de un herido, el día, ¿cuándo va a levantarse?, el lechero, ¿cuándo va a llegar?, el hambre, la vejiga o las náuseas, ¿cuándo van a ponerlo de pie?, oh, no, seguramente él no vomitó su trago como yo en el banco, porque Bob, como dicen los médicos cuando operan, tolera siempre muy bien su anestesia, hace años que dormido y despierto tolera su anestesia, seguirá tolerando su anestesia, no hay nadie que pueda revolver nada en él, ah si estuvieras ahora en este sitio, cambiado por mí, y te anduviera rondando la idea de la muerte, ¿en quién pensarías y para qué?, no hay una madre reblandecida a la que tu muerte abandone, no hay nada a medio hacer que tu muerte interrumpa, no pedirías como yo levantarte, aunque fuera veinte minutos, antes de morir y aceptando desde ya morir, para tomar un taxi e ir a casa de Coco y despertarla y, teniéndote el vientre como alguno de los muchos héroes destripados del libro Corazón, pedirle a tu prima que no se fije, que no te haga preguntas porque no tienes tiempo, que no te socorra porque es radicalmente inútil pero que en cambio atienda, que por lo menos se serene y atienda porque quieres transferirle y recomendarle a tu madre que todavía no está muerta, que no ha querido dispensarte la piadosa tranquilidad de morirse antes que tú para que tú cierres los ojos sobre un planeta previamente arrasado,

y se lo pidas en nombre de unos pocos recuerdos que no comprometen, un libro quemado del que ella se olvidó por completo, una noche pasada juntos, varias noches pasadas juntos que no cuentan más que como un sedimento al fondo de una botella de vino en el recuento de su vida, pedirle en nombre de esas cosas veniales que asista lo que vas a dejarle, esa madre asilada por la que aceptaste no volver a la quinta, esa madre puesta en punto muerto por la que debiste medir tu borrachera y no saltar las lanzas de una verja a tu edad, a esa edad, que no es joven para ti pero lo es aún para tu madre, porque es el vientre de tu madre el que ahora has agujereado como hace cuarenta y tantos años para nacer, es el desamparo de ella lo que estás pariendo por las tripas deshechas que rebosan tu pantalón y tu camisa, es la muerte de ella la que estás arrastrando por las baldosas, es su abandono el que no supiste evitar con el simple golpe de una botella de leche, y entonces sí podrás arrepentirte de haber dejado un mal recuerdo, de haber pinchado a un amigo con la desolada historia de su divorcio, de haberle llamado Bimbo pudiendo haberle dicho Gordo, te arrepentirás de haber discutido toda la noche sandeces, si la insignia del Ford era un óvalo y la del Chevrolet un rombo y un cuadrilongo cruzándose, si la del Hudson era un triángulo y la del Essex un exágono o no, tal otro dice octógono y entonces lo destratas y lo llamas imbécil, tu alcohol le llama imbécil al alcohol que él ha bebido y él le replica al tuyo, y sabés más que él y le decís que era el Chandler el que tenía el guardabarro delantero cortado en vez de seguir la línea del estribo y él dice que no recuerda bien pero que cree que era el Case y entonces otra vez le llamas imbécil y te volvéis a encarnizar porque tu lengua está más suelta que la suya, y mientras todo esto va colmándote hasta el minuto en que te expulsará a orinar en lo oscuro, a vomitar en lo oscuro, a dormir en lo oscuro, a despertarte en lo oscuro, a trepar en lo oscuro, a ensartarte en lo oscuro, a agonizar en lo oscuro, otros, los verdaderos enemigos, los cuervos que planean sobre tu hambre de noticias son los que están verdaderamente esperándote, son los que están esperando que sueltas tu presa, ese poco de vida que estás guardando entre los puños apretados cuando vuelve el dolor, ese poco de vida que como una piola sostiene tenuemente tus tripas mientras la sangre sigue, están esperándote porque ellos sí que tienen tinta roja, ellos sí tienen tinta roja Bob y van a escribir sobre tu cuerpo cuando se haya tumbado sin estremecimientos al costado de la botella de leche, te están esperando con la pluma en alto porque saben que tienen que escribir *Con las primeras luces* como en otras maña-

nas de la misma redacción escriben *occiso* o *interfecto*, sí, hay que tener confianza, eso también lo dirán por ti cuando estés garantizadamente muerto, como escriben *desenfundó de entre sus ropas un revólver*, dos preposiciones separables jamás van juntas, decía la maestra de quinto, como escriben *extrajo de entre sus ropas un cuchillo*, ¿jamás existió alguien, después de las cavernas, que matara desnudo, sólo para morir será posible estar desnudo?, pero yo estoy vestido y el dolor a cada instante, cada vez más puntiagudo y seguidito vuelve, el gato salta todo el tiempo sobre mis tripas desgajadas, yo estoy vestido y las ropas cada vez más embebidas pesan, las ropas toman también su trago, como decía el Profesor de Literatura analizando el fragmento de la muerte de Ofelia, vean qué hermosa metáfora, decía, y seguramente se le perdían otras muchas porque había confesado no saber inglés aunque enseñaba las bellezas de Shakespeare, las ropas toman también su trago pero no es de agua Ofelia, toman su trago de sangre aunque te parezca truculento dulce virgen, dulce virgen como este Bob que duerme, ¿deliro, duele, estoy mejor, empieza a verse claro, hay una gota, una sola gota de leche velada por el color verde de la botella como un ojo en lágrimas por un cristal ahumado?, ¿deliro, muero, amanece?, las ropas empapadas con las primeras luces, hay un traje de luces que no es el de un torero, es el que pone la mañana sobre un muerto en un escalón, *traje de luces, pase de muleta*, también son frases hechas, frases que nos rodean y nos aprietan, *j'ouvre le canif*, el pastor mentiroso, el mundo está podrido de frases hechas, ahogado de frases hechas, *yacía sobre un charco de sangre, el cadáver de un hombre vestido de gris*, ¿de qué color austero no vestirá un cadáver, un cadáver de tripas afuera de qué color viste?, se muere también entre palabras como montones de hojas secas, entre cáscaras de palabras, junto a detritus de palabras, sobre excrementos de palabras, sílabas, muñones de pensamientos, *si yo, si ya, nada vale la pena* mientras no rompa el día, *mientras no rompa el día* que es también otra frase...

Solo, operado de apendicitis, tendido en la cama del sanatorio de la mutualista, Eugenio se sentía como el pequeño Marcos de la historia infantil, acostado a la orilla de una zan-

ja, cerca de Tucumán, el baulito junto a la cabeza, dormitando y pensando en su madre, sintiéndola venir en sueños.

También para él los días eran todos iguales, como en el mar. La dispersión de su gente no se había producido en el espacio, sino en el tiempo: Tía Rosina muerta repentinamente mientras dormía (recordaba el chiste atroz y conocido, en boca de Saquieres: «y cuando se despertó estaba muerta»); Tía Herminia muerta poco después, al cabo de una decadencia graduada, de enferma cardíaca; Roberto solo en el caserón, resistiendo la idea de que alguien pudiera acompañarle; su propia madre (Tía Elisa, en el lenguaje de la quinta) viviendo vegetativamente. De la arterioesclerosis había pasado a la demencia senil y Eugenio, imposibilitado de atenderla el día entero, obligado a salir diariamente para acudir a su empleo del ministerio, había tenido que internarla en una casa de salud. Iba allí a visitarla, por las mañanas en invierno, por las tardes en verano. Pero los días no contaban para Elisa, que solía desconocerlo y que, aunque lo reconociera, estaba ya en una zona de indiferencia sin preguntas, de la que sólo salía para decir penosas incoherencias.

Asistirse, decidir la operación que le aconsejaban, fue para él tan sólo un problema de certificaciones médicas y de licencia administrativa. Podría haber avisado a Bob, pero prefería ponerse a cubierto de una negligencia ofensiva, que resolviera del peor modo el equívoco de su distanciamiento presente, un distanciamiento endosado a las circunstancias, a la dejadez, a supuestas interposiciones de hechos e intereses dispersivos, que en verdad no existían. Si le hubiera avisado, el desabrimiento de Bob podría haber tenido que asumir una apariencia categórica, y Eugenio prefería —por esa pusilanimidad que tantas veces el primo le había reprochado— no provocarla, no darle ocasiones.

En el momento en que ligaron sus muñecas a la mesa operatoria —habían descubierto una pequeña falla de su corazón, no le darían anestesia general— se descubrió en el centro de una gran indiferencia: nadie lo echaría de menos si desapareciera. No pudo saber si el desaliento —si el dolor aletargado, con algunos relámpagos más agudos, que sintió desenroscarse de su vientre mientras lo intervenían— era un estado orgánico o una consecuencia espiritual, si mientras miraba la danza achatada y rechoncha de las túnicas en la concavidad metálica de la gran lámpara del quirófano y pensaba intermitentemente en Mariucha (como una providencia para soportar los tirones viscerales, los dolorosos desacomodos de las tripas) no estaba desinteresándose de todo, declarando su renuncia, su abdicación.

ción a la vida en esa forma yacente y maniatada, tranquila y sin escándalo. Si él también se durmiese, como la tía Rosina, mientras lo escarbaban y cuchicheaban pidiéndose instrumentos, mientras danzaban deformados encima de su cabeza y la quinta corría por detrás de sus ojos la perezosa cinta de unos recuerdos poco comprometidos con la prosecución de la vida, todo podría arreglarse sin grandes alharacas. Bob entonces sí lo pediría (había dado su dirección, pero reduciéndola a un aviso de emergencia, a una noticia extrema) y él volvería a la quinta o lo destinarían al saloncito de una funeraria, y esa historia deprimida y mediocre de su empleo, de su soltería, de su orfandad clandestina habría cesado, como una película gris resbalando sobre fondos borrosos, sobre cielos picaditos de lluvia, de pátina de la vejez, de simple deterioro.

Pero el cirujano, sacándose el tapabocas, le había dicho —con tono que quería ser estimulante— que todo había salido bien, aunque el apéndice tenía puntos de gangrena; y se lo había mostrado sobre un trozo de algodón. Tampoco su laxitud era capaz de asco y lo miró como algo que no pudiera haberle pertenecido, que no contase para él, que no podría haber representado nunca el truculento papel de muerte-en-las-entrañas. Todo parecía una estafa trivial y desazonante, una forma embotada y estúpida del riesgo.

El viejo de la cama que estaba al flanco —separada por un biombo plegadizo— y los familiares que rodeaban a ese viejo se introdujeron en su soledad. Le impedían llamar a la enfermera, se ingerían en sus menores necesidades, se ofrecían a darle al manubrio para alzar la cama, trataban de patrocinarlo. Como esa solicitud ajena, esquivada a veces con la ficción del sueño, era peor que la definitiva ausencia de compañía, Eugenio terminó por consentir: dio el nombre —tuvo que pensar unos segundos para recordar que Coco se llamaba Amelia— y la dirección telefónica de su prima en el empleo, admitió que simplemente le anunciaran que se había operado y ya estaba bien.

Había visto a Coco algunas veces, cuando murió su tío Galván, cuando ella lo había ofrecido como «referencia bancaria» y había venido a prevenirse a su oficina. No las bastantas veces, con todo, para que en circunstancias corrientes ella hubiera dejado de parecerle una extraña. Pero allí, en aquella habitación compartida con el viejo canceroso y con los joviales parientes del viejo canceroso (que evocaban y ponderaban la historia de sus cambiantes gentilezas con los transitorios ocupantes de la cama contigua, porque su enfermo —su padre, su abuelo— llevaba allí cuatro meses y dos operaciones)

había sentido la posibilidad de la visita de Coco como una forma de reencuentro con el pasado y con la familia, con desperdigados recuerdos que, en cuanto a ella, no lo absolvían del todo, con un pedazo de mar batiendo en los muelles y arrojándole a la cara el turbión del viento y el graznido de miles de gaviotas.

Coco llegó esa misma tarde, directamente desde el empleo.

—¿Cómo no me avisaste? —preguntó, simulando ante el vecino de cama una asiduidad que entre ellos dos era cosa abolida—. ¿Por qué no dijiste nada? ¿Cómo estás? Por lo menos... ¿estará al tanto Roberto?...

Eran demasiadas preguntas para un convalesciente a quien hablar solía provocarle tirones en la herida, y se lo dijo sonriendo, con la sonrisa descolorida y horizontal que le era posible dirigirle.

—No, no está al tanto —aclaró, optando por responder a la última de todas—.

—¿Por qué?

—Ya sabes cómo es Roberto —dijo por toda explicación—.

Coco jamás le había dicho Bob y aquel viejo diminutivo habría puesto un matiz de ternura con el que ella no habría simpatizado. Por debajo de una contrariedad aparente, que lo amonestaba por el descuido, era fácil sentir que a Coco le encantaba que Bob no estuviese enterado; seguramente, pensó Eugenio, no se perdería la oportunidad de informarlo, como modo indirecto de marcar su primacía.

Coco se sacó la boina y los guantes, se sentó al borde de la cama, pasó revista a tazas y computeras, salió a hablar con las nurses; y cuando volvió y se esponjó el pelo, mirándolo y sonriéndole, Eugenio supo instintivamente que ella se había apoderado de él.

—No fue tan sencillo —abrevió Coco—. Puntos de gangrena y qué sé yo... Pero ahora todo va bien y tal vez el jueves te dejen salir...

Y advirtiendo su pequeña vacilación, su cobardía aplazada, su propensión a postergar resoluciones, su transferencia viciosa al día siguiente (que en tantos otros órdenes difería y aplanaba su vida):

—De aquí salís para irte conmigo. A convalescer junto al mar.

No supo si quería decirle que no. En todo caso, como muchas veces ante el dominio de Bob, se abstuvo de toda resistencia. Ella sintió la blandura de aquel silencio:

—¿No has dicho siempre que te gusta mi casa... y sobre todo mi barrio?...

—Sí —dijo él— claro que sí... No es eso...

—Bueno, si no es eso no puede ser nada. No hablemos más.

A la mañana siguiente estuvo otra vez: había solicitado una tarjeta de acompañante y podía entrar a cualquier hora, dijo.

Eugenio estaba pendiente de algo que no se había convenido entre ellos. Tanto, que olvidó la contraseña del nombre detestado:

—¿Le mandaste decir a Bob?...

—Sí —contestó ella secamente—. Está avisado.

—¿Cómo hiciste?

—Fui a verlo.

—¿Cuándo?

—Anoche mismo, al salir de aquí. Me tomé un taxi. ¿Qué más?

—¿Fuiste a la quinta?

—Claro —dijo ella, echándose a reír—. No había vuelto desde que tu tía me echó. Pero tu tía ya está muerta.

—Y él... ¿cómo te recibió?

—De ningún modo particular —repuso ella, a quien notoriamente los pormenores a que Eugenio estaba obligándola no le hacían gracia.

—¿Estaba solo?

—No. Con dos amigotes.

—¿Narváez y Saquieres? —y advirtiendo cierta confusa vacilación, cierta perplejidad en ella—: —¿Uno gordo y otro alto?

—Sí, supongo que son esos...

—¿Y qué dijo?

—El hombre está muy preguntón —terció el canceroso, que por las mañanas solía estar solo.

—Señal de que está mejor —dijo Coco, dirigiéndole una sonrisa que quería ser cautivante y que tenía por objeto reducirlo a silencio.

—¿Qué fue lo que dijo? —insistió Eugenio, que no quería perderse nada del cuento.

—Se dio por enterado. Hizo una broma sobre el estado de sus zapatos para venir hasta el centro...

—¿No dijo si vendría hoy?

Todas las discreciones habían cedido: Eugenio quería que viniera, comenzaba a mirar a Coco con el tácito reproche de que no hubiera sido lo bastante elocuente.

—No, en definitiva no dijo nada... —empezó a referir Coco, pero la triste ansiedad en la cara de su primo la llevó a mentir, cambiando repentinamente el sesgo de la respuesta: —...Eso sí, quise saber con detalles qué habías tenido y por qué...

—¿No le llamó la atención que no le hubiera mandado de-

cir nada antes?... —Eugenio tanteaba, pero sin duda estaba envalentonándose... ¿No hizo ningún comentario?...

—Te diré, Gene —repuso ella (solía llamarlo así, desde que le contaran la historia de que prefería a Dempsey y Bob a Tunney)—... lo noté avejentado y además, disculpame... (le costaba decirlo, bajaba la voz para excluir al viejo de la cama frontera, Eugenio vio lo que se venía)... me pareció que está cada vez más marica.

—No —dijo Eugenio, no tanto para negarlo, en aquella circunstancia en que se debía a los cuidados de la prima, de una prima con viejas opiniones sobre el punto, como para expresar su deseo de que no fuera cierto; o, en todo caso, para interponer su escrúpulo de no discutirlo ahora. Y tras una pausa: —Incorporame un poco, dándole a la manija a los pies de la cama...

—El hombre quiere ponerse en la vertical —insistió el canceroso—. Coco optó por interceptarlo con ofrecimientos:

—Y usted... ¿no quiere también que lo ayude a moverse?...

—No, yo no —dijo el viejo, visiblemente desanimado de que en vez de dialogar con él le propusiesen trajinarlo—. Para mí es mejor estar así, acostado...

—¿Y qué dijo Narváez? —preguntó Eugenio, que no quería dejar morir el tema de la visita a la quinta.

—¿Narváez es el gordo?...

—Sí.

—Me pareció un cinicote. Me miraba todo el tiempo, como desnudándome con los ojos.

Eugenio hizo una mueca y ella lo atribuyó a dolor, acomodándole una almohada bajo los riñones. No era dolor. Le fastidiaban estas zonas de vulgaridad en que Coco solía caer, estas frases estereotipadas que correspondían a percepciones, a convicciones, a resistencias estereotipadas: «como desnudándome con los ojos». Mariucha, por más que hubiera crecido fuera de la quinta y más allá de la inocencia en que vivió y murió, jamás habría dicho frases así, «como desnudándome con los ojos»...

—Pobre Bimbo —articuló, denegando blandamente las intenciones que le atribuía la prima—... Es un inocente.

—¿Le llaman Bimbo? —dijo ella.

—Bueno, le llamo yo...

Al otro día, sobre las diez de la mañana, Coco llegó con la noticia del alta:

—Acabo de hablar con la nurse del piso —le informó—. Te dejan ir a mediodía.

—Bob ya no viene —dijo Eugenio, como si un dato consagrara el otro.

—Me imagino que no vas a quedarte a esperar al señorito... —y el tono de la prima volvía a hacerse brutal.

—Así que se va el hombre —dijo el viejo, alzando una mano sarmentosa desde su yacencia, como si la partida fuera en ese mismo instante—. Feliz de usted.

—Usted también va a irse pronto, abuelo —fingió creer Coco, pero el tono en que dijo «pronto» y la languidez con que remató diciendo «abuelo» apuntaban a la verdad que estaba detrás de su mentira.

—Sí —dijo el viejo, impenetrable en su credulidad.

Coco estaba ya revisando la veladora de hierro. Abrió el cajón, sacó el frasquito.

—¿Y esto?

—Es el apéndice —dijo Eugenio—. La nurse se empeñó en dejarlo ahí. Tiralo en el baño.

Ella no aclaró si pensaba hacerlo.

Ya en el taxi, volvieron a hablar de Bob:

—Qué raro que no haya venido —insistía Eugenio—. ¿Le dijiste que yo iba a quedarme pocos días más?...

—Es claro que se lo dije. No le tomes en cuenta lo que haga. ¿O es que precisás más pruebas para convencerte de que es un anormal?

—Ahora no va a saber dónde encontrarme. Porque no va a imaginarse que me he ido a tu casa.

—No pensarás que voy a volver a la quinta a pasarle otro boletín médico... a él y al Bimbo.

—No, claro que no.

La palabra «anormal» —pensaba Eugenio— tenía en el lenguaje de Coco un sentido acusatorio y hostil. Pero la mujer en que ella se había convertido estropeaba a la vez el significado de la palabra «normalidad». Había sido hermosa en su juventud, luego de haber pasado las vacaciones en la quinta; pero con el tiempo se había vuelto convencional, había ajustado sus maneras a las de todo el mundo, y aquél era el sentido censitario que daba a la palabra «normalidad».

Habían hecho una pausa mientras el taxi los llevaba velozmente. Eugenio tuvo temor de las horas que se venían, de la perspectiva de que les faltase tema, ahora o en el fin de semana.

—¿Todavía tendrás algunos días más de licencia? —preguntó Coco.

—Sí, pero hay mucho trabajo en la oficina —adujo él, defen-

sivamente—. Así que pienso reintegrarme en cuanto esté bien... créo que en el correr de la semana que viene.

—No seas infeliz —sentenció ella—, tomate toda la licencia que te dio el médico. El Estado no reconoce favores.

Otro de sus conceptos, pensó él. ¿Me tocará vivir todos estos días escuchándolos?

Habían bajado los cristales y el aire de un mediodía de primavera estaba ya anunciando la proximidad del mar.

—Decime una cosa... —avanzó Eugenio, gastándose los temas de toda la jornada—... ¿volviste a comprar alguna vez el libro?

—¿Qué libro? —preguntó ella, extrañándose, como si hablara con un enfermo que delirase.

—¿Cómo qué libro? ¿Cuál va a ser? *Lady Chatterley*.

—Ah, no —Coco se rio—... ¿el que quemó tu tía?

—Sí, claro.

—No, casi ni me acordaba del nombre... ¿Era bueno, no?

—Sí, muy bueno. Yo lo tengo. Si querés, puedo prestártelo...

—Bueno... después... ¡aunque tengo tan poco tiempo para leer!

¿Por qué dice esto?, se preguntó Eugenio. ¿Qué puede tener que hacer fuera de su empleo, que no le lleva más de cinco horas?

—¿Te acordás de la frase? «Una serpiente oculta entre la hierba: la cuestión sexual».

—Sí, sí —dijo ella, abstraídamente, pero él vio que la había olvidado por completo.

Estaban de pie en el muelle y miraban el mar a la hora del poniente. Pocas gaviotas, menos que las del recuerdo y más quietas: algunas en las piedras del espigón, otras posadas en las aguas, otras dejándose caer en unas rachas flojonas.

—Dame ahora el frasquito —dijo él.

Ella había desestimado la orden de tirarlo en el baño del sanatorio: lo había sumergido en su bolso y se lo había mostrado al llegar a la casa, tres días atrás.

—¿Qué vas a hacer?

—Dámelo.

Coco metió la mano en el bolso y se lo alcanzó.

—Prometeo encadenado libra sus vísceras a las aves —recitó Eugenio, que parecía muy alegre, a aquella hora y en aquel lugar.

Y arrojó el frasquito a las aguas. Pero el movimiento del brazo removió algo en su herida aún fresca, y el cuerpo entero de Eugenio se contrajo.

—Diablos, vuelve a doler.

—Prometeo —dijo ella— ya te han picoteado.

—Me libero de toda esta estupidez —dijo él—. Me quedaré contigo y me curarás.

—Sí, Gene, consintió ella—. Te quiero.

Volvieron a besarse, de pie sobre el muelle. Lo habían hecho en la casa y, a pesar de los tirones de la herida, él se había amañado para estar con ella. Eran sus compensaciones porque, en cambio, mucho de lo que hacía el viejo encanto del lugar había desaparecido. La casa de los portillos había sido transformada en cobertizo de botes; y hacia sus espaldas, donde el cielo partía de unos montículos para alzarse como el hueco de una mano contra el embate del mar, estaba ahora el horrible edificio del club de yates.

—¿Te acordás que no supe besarte cuando me lo pediste en la quinta?

De esto no se había olvidado:

—No quisiste. Roberto te frenaba.

—¿Qué será de Roberto? —dijo él, haciéndose eco, como si ése no fuera el nombre real de su primo.

—Estará con los amiguitos que lo rodean, tocando el piano...

—No sé, a veces me parece que tendría que avisarle dónde estoy...

—No seas bobo, te he dicho. Ahora estás bien y te lo cuento con toda franqueza: no le importó saber que estabas operado, no preguntó qué tenías, todo el tiempo se hizo el ingenioso a costa tuya, a costa mía, a costa de quien fuera...

—A costa del Buceo —dijo él— y en pleno crepúsculo. Mirá.

Era evidente que no tenía ganas de que Coco denostara a su primo; era tan tontamente escrupuloso —pensó ella— que acaso se sintiera culpable porque hubieran reanudado esta relación sin prevenirse, como si de algún modo ella se consumara a expensas de Roberto.

Habían estado juntos toda la tarde, habían gemido, habían dicho —como en un túnel— palabras que resultaban irrepitibles en la vigilia, en la lucidez, en la calma. Palabras que no eran tampoco las del lenguaje de la quinta, ni las más

puerilmente desenfadadas del lenguaje de Coco cuando pasara las vacaciones allí. Eran palabras protervas y gastadas, con una oscura adherencia de vida, y las habían dicho. Bob quedaba detrás de la cortina de esas palabras, definitivamente excluido, sin posible papel en un reparto de esa índole.

—Cuando estuviste con nosotros aquel verano, ¿cuántos años tenías?...

—Dieciséis —dijo ella.

—¿Y no conocías?...

—¡No! —interrumpió, vivamente contrariada—. ¿¡Estás loco!?

¡Qué convencional, qué normal se ha vuelto!, pensó Eugenio. La que ella era entonces, fumando con descaro, no habría tenido esa reacción. No. Tal vez habría mentido —o dicho la verdad— acerca de alguna experiencia de amor, para deslumbrarlos. La de ahora, en cambio, se replegaba. No tanto para que él no le preguntara más cosas de entonces, sino del tiempo que había transcurrido desde que dejaran de verse. Para que no le preguntara simplemente «¿Cuándo?», para que no quisiera averiguarle historias de la primera vez. «¡No!, ¿¡estás loco!», había dicho, pero era —de todos modos— lo que Coco Galván, o no, lo que esta mujer Amelia Galván —pensó pomposamente, tomándola de la cintura— tenía forzosamente que decir.

Sí, todo era un equívoco absurdo. Había ocurrido con veinte años de retraso, a veinte años del día en que verdaderamente lo hubiera deseado. Y había sucedido con una mujer ajena a aquella adolescente de pelo corto a quien deseaba, insolidaria con ella en impulsos y recuerdos. Esos veinte años estaban instalados entre ellos dos y ellos no se reconocían a través del tiempo. Ni ella era Coco, la muchacha que había adelantado su boca carnosa para decirles «Viciositos» (se lo hizo repetir y fue un fracaso, no parecía significar nada si era sólo para él y venía desde los labios cuarteados y pintados de una mujer madura) ni él tenía ya las apetencias refrenadas de aquellos años, las ilusiones de aquellos años, el concepto abismal del placer que le había sido posible presentar cuando apenas se atreviera a imaginarlo desdoblándose, compartiéndose, integrándose con otro ser, tras las primeras veces en que confusamente se lo hubiera infligido.

—Hace frío aquí. Vámonos —sugirió ella.

El no tenía miedo a la soledad, dijo. Es el temor de los mediocres, de los que no están seguros de ellos mismos (y miraba a Eugenio). Sí, es cierto, todos no pueden vivir con este metraje (extendió los brazos al espacioso alrededor, enfatizó la palabra, como si le estuvieran disputando el terreno con un plano de mensura y una propuesta de división de condominio). Pero si él podía, si él no tenía horror a la noche tan sólo porque estuviera rodeado de árboles que eran los mismos que encantaban a todos a la luz del día, si él sabía resistir sin necesidad de ponerse a buscar desesperadamente compañía (ahora miraba a Coco), ¿qué podían reprocharle? ¿Estar habitando lo que era de él y de algún otro? Bueno, que lo dijeran... y por ahí estaban los juzgados (gesto de descartarlos, como perteneciendo a otro tiempo, a otro universo que los suyos) y tan amigos como siempre. Pero pedirle cuentas, a esta altura de la vida, no, porque entonces...

—Nadie te está pidiendo cuentas —dijo Coco, con esa índole de cordura estólida, de buena fe por empecinamiento de la sencillez, que a Roberto tanto le irritaba—. Nadie te ha dicho nada de lo que estás queriendo contestar. Te pregunté —nada más que te pregunté— si habías acabado por habituarte a todo este vacío, a toda esta soledad. Porque yo...

—Una mujer, en estos casos, no sirve de ejemplo. Se supone que los demás tienen cierto derecho a acosarla. A un solterón retirado como yo, en cambio, nadie va a golpearle la puerta para pedirle explicaciones.

—No te olvides de que entramos sin golpear —dijo Eugenio— porque somos tan ingenuos como para pensar que teníamos títulos que venían de otro tiempo... no de ahora en que tanto te repugna que se entrometan en tu vida...

—No me repugna —protestó Roberto, advirtiéndole que Eugenio, a diferencia de Coco, estaba dispuesto a darle pelea dentro de la mala fe— pero hace tiempo que noto que todos me consideran algo así como un monstruo. Justifícate, parecen decir. ¿Por qué no te casás, por qué no te vas a vivir al centro, por qué no tomás la iniciativa de liquidar este caserón que se viene abajo solo?... Pues queridos —la palabra era dicha en el tono más frígido—... tal vez sea porque el caserón ya se ha derrumbado hace años dentro de mí... Debo estar lleno de escombros por dentro, un tipo de escombros que no se ve.

—Allá vos con tus demoliciones interiores —dijo Eugenio—, no es eso lo que vinimos a discutirte. Vos lo sabés muy bien y estás esquivándolo desde que llegamos. Simplemente, tenés

miedo de que hayamos venido a plantearte algo que traiga cualquier tipo de cambio a tu vida... No los querés, estás en tu derecho...

La vieja cara de Bob lo miró: las intermitentes perspicacias de su primo lo habían desazonado siempre, lo desmontaban de golpe, le arrebataban la espada de la mano. Eugenio también lo advirtió:

—Voy a decirte lo que pasa: desde que vinimos estás calculando si querríamos plantearte algo que tuviera que ver con nosotros dos como pareja, o con esta pareja (pasó una mano por su pecho, la corrió hacia un costado señalando a Coco) en relación contigo. Tranquilízate. Ya sé que fue un error venir y que Coco tenía razón cuando se resistía (habría querido retenerlo pero ya lo había dicho; era una imprudencia y la imprudencia daba innecesarias ventajas a Bob en el duelo)... La culpa fue mía (y no podría saberse si aludía a la decisión de venir o a la torpeza de haberle descubierto el juego de oposición entre Coco y él)... Pero lo que pasa es que a veces pienso que la familia va acabándose y que hay que verse y consultarse para las grandes decisiones...

Roberto se atuvo al disentimiento que Eugenio había apuntado.

—¿Por qué, Coco..., si puede saberse..., estabas en contra de que vinieran a visitarme?...

—Muy sencillo —dijo Coco—. Porque hace poco vine a decirte que Gene estaba enfermo (Bob *encajó*, como dicen en la jerga de boxeo, ese apodo indeseable con una mueca: sentía una hostil solidaridad Galván en el hecho de que Eugenio pasara a llamarse Gene; se lo había oído decir cuando ella había venido a traerle la noticia de la operación, ya entonces lo había molestado) y no fingiste ningún interés en saber qué le pasaba... Sí (deteniendo una protesta de falso estupor, los brazos de Bob cruzados en equis sobre la remera azul), eso sí que no te lo reprocho: por lo menos no simulaste una curiosidad que no tuvieras... Porque después tampoco fuiste a verlo; y tercero —ya que tengo que darte las razones en hilera— porque creo que alguna vez tendrías que haberte comedido a explicarle a Gene por qué era él y no vos el que tenía que irse de la quinta... En esas condiciones, entiendo que no debíamos haber venido a participarte nada.

—Bueno —dijo Roberto— es una *remontrance* complicada: afectos heridos, intereses impagos... Vamos por orden.

Coco no sabía lo que significaba *remontrance* pero encajó a su vez: el sentido de la frase lo daba a entender.

—Nada complicado —repuso—. Tu primo quiere enterarte de que estamos viviendo juntos.

La brutal franqueza de Coco, su antigua rotundidad golpearon a Bob, como siempre había ocurrido. Como cuando les decía depravaditos o algo así (no, no, la palabra era otra: viciositos), como cuando acusaba cualquier arrequive de Bob como coquetería afeminada. Era la misma, a través de los años; y saber que la tenía otra vez por delante, lo puso instantáneamente maligno.

—¿Qué quieren, entonces? —preguntó artificiosamente—. Mi bendición clandestina, mi comprensión de hermano mayor, mi aplauso por el incesto... Sí, si soy como siempre me han considerado, tengo que dárselos...

—No digas estupideces —cortó Eugenio—. Pensamos que teníamos que decirte algo, por lo menos como simple aviso. Suponete que un día nos casáramos... ¿No te convendría saberlo?...

—No veo por qué me *convendría* —precisó Roberto—. Si creyeras que me gustaría saberlo, vaya y pase... Pero mi conveniencia, ¿dónde está?

—No te asustes —le previno Eugenio, con una voz taimadamente comedida— no vamos a llenarte la quinta de chiquilines y a ponerlos de tu cargo como tío viejo...

—Que el Diablo me dé sobrinos, en buena hora... pero que la quinta se convierta en *Kindergarten*... antes le pongo una bomba.

—¡Pobre Tío Jaime! En su tiempo no había bombas. Y los sobrinos —sobrinos, nietos, fijate bien— éramos vos y yo.

—Pobre tío, tenés razón. Ni siquiera sabemos bien cómo era. Porque vos mismo, cuando fuiste con Saquieres por la reducción, me dijiste —¿te acordás?— que los dientes no eran ni tan largos ni tan amarillos como nosotros creíamos. Para eso sirve la juventud: para fraguar calumnias sobre los ancianos...

Lo había dicho con tono de broma, para evadirse de la discusión de aquel posible matrimonio, para no dar su punto de vista, para pedir tregua.

—Entendido —dijo Coco—. La cosa no te gusta.

—Bueno —contestó Roberto— supongo que *la cosa*, como le llamás, es el casamiento. Y bueno... no es que me guste o no me guste... Es que no tengo nada que ver...

—Gracias —dijo ella, con un mohín despectivo.

—Me gustaría saber, en cambio, si ya pensabas casarte *con Gene* (afectó una voz meliflua, que resultaba odiosa) la noche en que estuviste a anunciarme que lo habían operado...

—¿Por qué te gustaría? —terció Eugenio.

—Porque a Saquieres ella no le dijo nada del asunto —deslizó Bob.

—¿Cómo a Saquieres? ¿Qué tiene que ver Saquieres en todo esto?

—Ah, bueno —articuló Bob— ¿no le has dicho que él fue quien te llevó de vuelta al centro?... y parece que hablaron de lo lindo, de vos, de mí, de nuestras madres, de toda la familia... ¿no te contó?

—No —dijo Eugenio.

—¿No te pareció lo suficientemente pintoresco? —Roberto insistía en dirigirse a Coco—, ¿ni siquiera porque Saquieres le había bajado la capota a la Forchela y tuviste frío y pararon no sé dónde para subírsela?...

Eugenio debía estar pensando que en toda la conversación del sanatorio, Saquieres no había aparecido: que Bob estaba cada vez más marica, que el gordo Narváez era un cinicote que la desnudaba con los ojos... ¿pero Saquieres?

—El chisme es perfecto —dijo Coco—. Veo que tu amigo te rindió cuentas... pero no sé por qué iba a consultarlo sobre si debía casarme o no, si es que ya para ese día lo hubiéramos hablado.

Dejó flotando la impresión de que todo estaba convenido por ese entonces.

—Bueno... como parece que además le contaste tantas cosas de tu vida...

—No le conté nada fuera de lo corriente —dijo ella—. Tu amigo me pareció una persona simpática —...tal vez me equivoqué...— y charlamos mientras me llevaba. Eso es todo.

—Eso es *casi* todo —dijo Bob—. Porque él quería verte al otro día. No sé si vos a él...

—Mirá Roberto —dijo ella— a mí no me interesan tus celos, que por algo tendrás, pero no voy a permitirme calumnias. No sé a quién diablitos habrá querido ver tu amigo al día siguiente... ¡Pero a mí no me vio!

—De todos modos —dijo Eugenio— no me explico por qué no me contaste que él te había llevado de vuelta.

—Con la capota baja y con la capota alta —precisó ella, para puerilizar la omisión.

—Con la capota como fuera... Me hablaste de los demás... ¿Por qué no me hablaste de Saquieres?

—¿Te hablé de los demás y de él no? —preguntó Coco, pero por primera vez su aire de negligencia no parecía verdadero—. Realmente, no me acuerdo... Pero si ahora le das tanta importancia...

—Ahora y siempre —corrigió Roberto—. Lo conozco muy

bien. Nunca se casaría con una mujer si sospechara que vive en la misma ciudad alguien que la haya conocido antes que él. Le parecería que está indefenso a la vuelta de cada esquina, que nada lo protege contra el hecho de que alguien sepa más que él o aunque sólo sea tanto como él, de la mujer con quien está viviendo...

«De la mujer con quien está viviendo»: era la simple trasposición genérica de la noticia que Coco había querido aser-tarle. Y Eugenio no podía defenderse, no quería decir nada. Sí, Bob lo conocía mejor que nadie: ni las gaviotas en el muelle ni una noche juntos, ni muchas noches junto a Coco le darían el menor amparo contra esa sospecha. Y la verdad, caía recién ahora, es que él ya lo sabía y se lo había salteado desde el principio: ese hombre —Saquieres o cualquier otro, seguramente algún otro antes que Saquieres— existía, vivía en esta misma ciudad en que ellos pudieran casarse y vivir. Y él, ¿qué podría contra esa presencia, Saquieres o el que fuese? ¿Cómo estaría enteramente seguro de ella, él que había ido perdiendo uno a uno sus asideros y, aunque con menos vocación que Bob, estaba también condenado a la soledad? Condenado sin quererlo, como Bob entre los fantasmones de la quinta. Condenado sin fuerzas para soportarlo. Condenado por una infancia y una supeditación que lo habían esclavizado. Sí, esa infancia lo conocía a él mejor que la Coco casamentera y extraña de hoy en día; y esa infancia volvía, estaba ahí, sonreía flojamente en la vieja boca añiada del viejo Bob.

—Fue cuando hiciste el gran escándalo del feto: denuncias en la Comisaría, telefonadas a los abogados, policías en la quinta. Todo para que no fueran a creer que era un desliz del niño de la casa con la cocinera. Y ya no había niño de la casa, ¿te das cuenta?, ni había cocinera...

Eugenio está un poco borracho: los demás saben que aquello empieza y a grandes líneas presienten lo demás.

—Pero cuando se trató del letrero en la pared, en cambio, lo resolviste solo, sin consultar a nadie. Había que alquilar la pared para poder pagar la Contribución, y se acabó. Vos decías, como siempre.

—¿Qué tiene que ver el feto con lo del letrero?

—Bueno, no sé cuál de las dos cosas hubiera sido más ver-

gonzosa para la memoria patricia de la familia: el feto no era nuestro y la pared sí. El envoltorio en la hornacina, ¿te das cuenta?, no nos acusaba. Sólo que era distinguido apuntar con el dedo hacia la negrada y pedirle a la policía que averiguase. A los Escudero no les dolián prendas. Pero cuando puse aquello del paredón y de Nardone, ¿tampoco les dolián, dime?...

Está tomando vino, encima de la cerveza, y tiene una traza cárdena en la blandura carnal del labio inferior, dos lagrimitas vinosas que quieren descolgarse desde las comisuras.

—Tenés razón. Tu sistema de comparar ya no puede asombrarme, lo conozco. Y además, ya les dije a todos éstos...

—A tu *claque*...

—Sí, a mi *claque*, ya les dije esta mañana que ibas a embo-rracharte en fija. Así que ya salió lo del feto y lo de la pared. Nos quedamos esperando lo de las medias escocesas.

—Muchachos —el ademán circular de Eugenio los abarca—. Siento defraudarlos. El asunto de las medias no lo cuento hoy. He descubierto que Bob disfruta escuchándolo, y no le hago el juego.

—De todos modos, ellos ya lo saben. Animate. Te escondí las medias escocesas porque te gustaban y porque yo gozaba con verte sufrir, ¿no es eso?

—No es eso sólo. Pero no insistas, no voy a contarlo.

—Le escondí las medias —Bob se dirige a los demás— porque quería demostrarle que mi madre era mejor que la suya o algo así, que sólo Freud entiende.

—Sabés bien que no es tan ridículo, pero Freud debe entender también por qué estás queriendo ridiculizarlo. Y entonces vas a oírlo otra vez, con ese gesto de mártir benigno, con esa cara de San Sebastián con las flechas puestas, que tenés ahora. Te acordás perfectamente de que yo rompía más medias que vos, porque era más torpe, porque pisaba mal, porque era descuidado y no me las sacaba (como vos) para jugar al fútbol, por todo lo que Tía Herminia decía y a vos también te encantaba escuchar. Bueno, rompía más medias que vos, ¿y qué? Lo importante no era eso. Lo importante, cuando ro-baste el par de medias escocesas y lo escondiste en la glorieta...

—Donde ya no están —apunta Narvárez— porque ya saben que lo he revuelto todo, para dar con los *Tit-Bits* más viejos... Yo también soy cliente del judío Freud: un caso de fijación en la niñez...

—Sí, Bimbo, es como vos decís: donde ya no estarán. Lo importante, ¿sabés?, era que mi madre, *la pobre mujer*, no hubiera preparado un par de repuesto. Para ese día eran las

escocesas y no había más medias prontas. Las escondió y, claro, quedó como que yo las hubiera perdido. Y entonces, una vez más, se vio que Tía Herminia era más previsora que Mamá. Pero tus medias, Bob, no me servían, porque vos tenés el pie más chico... un pie angostito, como decía con gran orgullo tu mamá... Veo todavía a Tía Herminia con el matecito en forma de pera, haciendo de apuro un zurcido grosero, y a Mamá escribiendo unas excusas en fino, que hablaban de «indisposición pasajera». Todo para que yo llegara tarde a la escuela, humillado y rengueando, con el pelotón de hilo grueso, como una piedra en el zapato, hundiéndoseme en la planta del pie... Y para que vos todavía me embromaras con el cuento del dolor de barriga, delante de los demás... «¿Qué hay de esa cagale- ra?...»

—Crueldad mental, como dicen en las películas —anota Roberto.

—Demonismo infantil, fui especialista —corrige entusiasmado Narváz.

—Crueldad mental o demonismo infantil, tanto da. Desprestigiar los sentimientos, eso fue lo que siempre te gustó. Desprestigiar los sentimientos, desprestigiar la inocencia... Era una candidez que yo dijera que quería a mi madre, que quería y extrañaba a mi prima... porque de todo eso había que hacer como un juego de escamoteo y ser satánico...

—Eso que ahora llaman sofisticado —le ayuda Roberto.

—Sí, será eso. Por eso me pediste que copiara, en el excusado de la escuela, aquellos versitos indecentes y después los dejaste olvidados, al alcance de Tía Herminia. Si Eugenio quiere a su madre y a pesar de tan nobles sentimientos trata de aprenderse de memoria estas inmundicias...

—¿En qué queda la pureza de su amor filial? Sí, ya sé. Y además te hice creer que los niños nacen cuando las madres los echan por la boca, y conseguí que fueras muy sericito a preguntárselo a Tía, ¿no? Ése es el cargo siguiente, si no me equivocó... Sólo que yo también lo había creído... ¡pero eso no interesa!

—Después, cuando en vez de decir estupideces empecé a hacerlas, lo mejor no era correr a contarle sino rondar y espiarme...

—Sí, cuando nombrabas a quejidos a tu prima Coco detrás de la glorieta. ¿Te referís a eso? Sí, pero estás convencido de que nunca se lo dije a ella ni a nadie...

—No se lo dijiste, claro que no... porque eso habría sido darme un primer papel arriesgado, y eso nunca. Era preferible denunciar a mi prima por lo del libro escabroso a contarle

mis desahogos, y por eso la denunciaste... Acordate de que no estabas demasiado seguro de lo que ibas a ser, a medida que crecías... Eso que todavía no sabés, en el mejor de los casos para vos ...—con la palma de una mano vuelta hacia arriba y estirada hacia el primo—... ¡Disculpame, pero es así! Estoy mamado y es la hora de la franqueza...

—¿Qué querés insinuar? ¿Seguramente yo te espíe cuando vos ibas a aprender modelado con el yesero? ¿Seguramente te espíe cuando tocabas el piano, porque me pareciese que lo estabas haciendo con los ojos cerrados y fuera bueno divertir a la prima Coco con parodias y morisquetas? Lástima que mis ojos no estuvieran tan cerrados como vos creías y simplemente yo prefiriese tocar el piano a recalentarme y andar pellizcando a Coco, como vos aprovechabas a hacer, simulando que era a propósito del ridículo que yo hacía... Vamos, decí también lo otro, largá todo el rollo —Bob parece también un poco desvergonzadamente borracho, trabaja en ademanes hacia su *claque*, aunque esa *claque* se sienta oscuramente incómoda y embotada, implicada otra vez en una querrela de familia que ya conoce y no le concierne—. Andá y deciles que cuando no te vendí ni te espíe fue porque te copié. Es la parte que viene ahora... —pone los ojos en blanco, como anticipándose al proceso de un sufrimiento necesario—... Yo te copié el mundo imaginario que vos inventaste..., yo te copié el gusto por los objetos. Sólo que yo me empeño en suponer que los objetos, para que me importen, deben tener un significado para mí, y el gusto tuyo consiste en olerles adentro, en bajarlos y hacerlos marchar, en sacudirlos para ver si están rotos y todavía podés darte el lujo de acusar al degenerado fetichista del primo Bob, ese pariente depravado que los guarda y te los prohíbe, ese ladrón de todas tus cosas, que te dio tantas razones para odiar la-mediocridad-de-la-infancia...

—Hablarás seguramente de las cosas que quedan, después que Tía Herminia resolvió, contigo de ventrílocuo, cuáles había que rematar... Hablás de este piano que quedó porque te sirve, de aquel álbum que se salvó porque te inspira... Porque tampoco fue en atención a Tía...

—Si te parece, podemos retirar a ciertas figuras respetables de este final de fiesta.

—Sí, lo que te convenga, como siempre. Tu madre, por ejemplo. Tu madre a la que hiciste quemar el libro, vender los muebles ...Pero tenés razón, ése no fue nunca tu lado flaco: reconozco, señores, que el primo Bob fue siempre un hijo devoto, un hijo abnegado, un hijo amantísimo, como dice la gente de los que se mueren, un hijo estupendo...

—¿No habrá nada por ahí sobre el complejo de Edipo?...

—No se precisa: los Escudero son otra dinastía, otros ciegos más cretinos. Vos sos el último y es como si estuvieras en el destierro: Bob en Colono, ¿te gusta?

—Me encanta. Seguí, que los muchachos se divierten. Oblígalos a que se emborrachen contigo y divértilos al mismo tiempo. Sé generoso.

—Bueno, declaro con toda lealtad que tus celos no eran especialmente maternos. Al contrario, usabas a Tía Herminia para cumplirlos contra los demás, no para apoderarte de ella. Ella se creía demasiado fuerte y a vos te consideraba demasiado débil. Por eso tu negocio fue atrincherarte en ella y tirar desde allí.

—Espía y monstruo claustral, es el juego completo. Sólo que a ese monstruo vos ibas a pedirle después, por los años de los años, que viviera contigo, que no te perdiera de vista, que te recogiera convaliente y te masajeara despacito las tripas, que te tomara de compañía para los lutos... Sí, sí, yo tenía que ser el báculo de tu debilidad, como dicen (se mira, recoge las dos manos sobre el pecho, parece a punto de recitar)... ¡como si ya no me bastara con ser el de la mía! Yo debí haber sido tu madre aunque aún esté viva tu madre, y mucho antes que eso tenía que haber sido tu amigo y tu hermano, tu cabeza y tu mano, tu espejo, tu pensamiento y hasta supongo que tu voz... Y bueno, como no quise serlo, como no se me dio la gana, me convertí en un bellaco, en un vicioso y la mar en coche... ¿No es eso? Yo debí darme cuenta de que había nacido para abastecerte de sensibilidad y de razones y de imaginación y de ternura. ¡Cómo me descuidé, qué imbécil fui! Perdoneame...

—Bueno, no es tan irreparable. Todavía podés enseñarme muchas cosas... algunas que nunca me he animado a preguntarte pero que si seguimos...

—El onanismo es como la poesía —dice Narvárez, plegándose a la borrachera—. El que lo niega lo es, al revés de lo que decíamos cuando éramos chicos...

—¡El-que-lo-dice-lo-es-y-el-que-lo-repite-también! —evoca embelesado El Sombra, con el acento de los días escolares.

—Pero aquí es lo contrario. Todos hemos caído en él, a alguna edad de la vida. Y los que dicen que nunca lo han hecho, ésos son los que todavía lo hacen. Lo mismo que pasa con lo de escribir versos...

—Sí, ésa es la otra cosa —recoge Eugenio, ya a punto de olvidarse—. Quise escribir porque vos prometías a todos que ibas a ser *un artista* —era un poco vago, pero nadie en la fa-

milia lo dudaba, desde los días de tus conversaciones con Tío Jaime—... prometías que ibas a ser *un artista* y por eso yo, que era un negado para la música, empecé a decir que iba a escribir versos o novelas, aunque por el momento sólo copiara versos de excusado y me metieran el domingo en la cama a causa de la distracción inocente de mi primo Bob y de la gran diferencia de letras que había entre él y yo, tanta diferencia que no podía haber ninguna duda, ni siquiera para Mamá... Bueno, y además quise aprender francés para hablarlo contigo, y quise ser fusilero de marina porque vos y Tía Herminia habían decidido que vos lo fueras. Y yo decía amén y Mamá decía amén a todo lo que decía Tía Herminia, dentro de la que tantas veces hablabas vos; y lo peor es que yo empezaba a cono-certe, porque fuiste un débil pero a tu manera, un débil por exceso de imaginación, y eso es lo que en la infancia hace a un tipo más taimado y peligroso. Lo malo es que esas ínfulas de adolescente sensible te sigan ahora... y ahora tenés algo, perdoname, algo gastado y como ridículo, un aire de cacatúa embalsamada, mirá vos, de cacatúa embalsamada, con las plumas pintaditas a mano y pegadas una por una... con olor a cola.

El Sombra y El Hermes meten una carcajada alcohólica; uno de ellos la corta en ruido equívoco, de hipo o de náusea.

—Bueno —dice Roberto— si todo el juego consiste en ofender directamente, si tenés necesidad de hacerlo porque tomaste unas cuantas copas, estamos todos a la orden. Podés seguir con el gordo... No, al gordo ya estuviste jorobándolo...: podés seguir con Saquieres.

—¡No! Saquieres es una carta tuya. Presentate, Saquieres, y hablá como testigo del señor. Contame, por ejemplo, qué hiciste con la prima Coco aquella noche en que salieron en auto con la capota baja y después subieron la capota. Contame dónde pararon y si se bajaron y si la invitaste con un trago... y qué pasó después.

—Che, por qué no te vas un poquito... —dice Saquieres—. ¿Qué querés conmigo?

—Sí, sí, el señor Roberto, que es un tipo notable pero un poco raro, metió una vez cizaña entre la prima y yo, insinuando lo que había podido pasar esa noche... Parece que el señor Roberto está muy preocupado por el modo en que vos, Saquieres, puedas gastar tus noches, si eso sucede fuera de la quinta; y por eso esa noche...

—Che, Eugenio —dice Saquieres, poniéndole una manaza en el hombro—... siento mucho, pero porque vos estés borra-

cho yo no estoy obligado a dejarte seguir conmigo. No soy pariente tuyo, no tengo por qué aguantarte.

—Bueno, ¡formidable! Vamos a hablar entonces de alguien que es sólo pariente mío y no pariente de ustedes, así que tienen que tolerármelo. Vamos a hablar de Coco Galván, Amelia Galván, amiga de varios de los presentes... ¡sin decir nombres! Bueno, es *mi* prima. Es la que yo nombraba detrás de la glorieta, cuando tenía catorce años y ella dieciséis... ¿Qué otra cosa podía hacer en ese entonces?... Pero después pude... y entonces el primo Bob, que también es pariente mío pero no de la prima Galván —y además los Galván son ateos y herejes y descastados y positivistas y advenedizos— ya había dicho que esa prima era una perdularia y la había denunciado y le había hecho quitar un libro que no era de ella y se lo había hecho quemar y había gozado como un enano, porque el primo Bob es un tipo raro y delatar era para él lo mismo que para mí nombrar a la prima escondido y agachado entre las macetas... Y ese primo mío sugiere entonces que la prima mía, que ya entonces es una mujer, y un amigo suyo al que no puedo nombrar habían estado acostándose juntos mientras yo estaba también acostado... pero con apendicitis... Y claro, yo entonces voy y la dejo.

—La dejás porque sos un infeliz, porque sos un inseguro, porque nunca te has animado a conocer a la gente. Vos debiste preocuparte de saber *quién* era tu prima y no qué había hecho esa noche o cualquier otra noche...

—¿Quién era?...

—Bueno, yo tengo opinión formada. Pero, ¿para qué voy a decírtela ahora y a vos qué te importa? Yo soy una cacatúa embalsamada, vos un empleado público. Mirá, yo quise ser *un artista*, como vos decís con tanto odio, y aquí me tenés convertido en lo que fui esta noche, en un pobre pianista cursi y borracho. Pero a vos no te habría importado nada que los Escudero terminaran en jugadores de fútbol o en dueños de panaderías, y a mí sí. *Quelle différence de Paris à l'estancel!*, como decía Tío Jaime. ¿O no?

—¿Y qué había hecho Coco? —insiste Eugenio.

—Bueno, imaginatelo también. O ahora cuando esto se termine, que ya no falta nada, andate con Saquieres hacia el centro vos también —andá con la capota baja, así vas refrescándote— y pedile que te cuente, siguiendo el itinerario, dónde le agarró la pierna, dónde le acercó por primera vez la trompa...

—Sí, parate que ahora quiero decirte una cosa... (yendo hacia él, el puño en alto)... Tu madre fue una buena mujer,

una excelente mujer, fue mi tía, la quise mucho... Pero vos sos un grandísimo hijo de puta.

Se levantará después de un momento. Se habrá sentado en el sillón frailerero porque es el de respaldo más empinado, el que menos incite a un borracho a reclinarse y a dormir; porque se habrá confesado que está borracho de cerveza, una borrachera empalagosa y por anegamiento, una borrachera gomosa, estirada; habrá ido a la galería antes de sentarse, habrá abierto la puerta hacia la calma de la madrugada, hacia el frío, hacia la boca de lobo remecida por fondos de arboleda. Habrá sentido correr a tierra esa borrachera, solo, de pie, considerándose a sí mismo con una lucidez ultrajada de alcohólico. Después habrá llegado a la sala, habrá puesto las luces más bajas, habrá mirado el quinqué sin fuerza bastante para allegarle un fósforo; habrá pensado que es una operación demasiado complicada para los minutos que piensa estar allí, dándose una tregua antes de ir a la cama. Habrá pensado en su primo, que insultó, quiso golpearlo y abruptamente se fue... ¿Habrá encontrado un taxi? Porque ya antes de separarse de los demás, Saquieres habrá dicho que por las cercanías del portón no se le encuentra, se habrá eximido de llevarlo, habrá preferido llenar el auto con los otros tres y se habrán ido. Habrá pensado avaramente en su soledad, que tratan de quitarle, en ese último sabor espacioso a noche y a tiempo que sale del fondo dormido de la casa cuando se vuelve a estar solo en ella. Habrá murmurado quedamente Mariucha, mirando las formas del metrónomo hundiéndose de punta en la penumbra, pero no lo habrá hecho por un enternecimiento súbito, por una culpa extemporánea, por una nostalgia demasiado tardía; lo habrá hecho para escuchar su propia voz, para convencerse de que aún existe, de que está viva por debajo de su borrachera. Habrá querido que lo dejen solo, después del incidente con Eugenio. Se habrá irritado de la ayuda que se obstinaban en prestarle, habrá dicho «Son cuatro vasos locos, un par de ceniceros» y Saquieres se habrá aproximado a la ventana y habrá hecho volar a la noche el montón de puchos, haciendo un movimiento de discóbolo pero sin lanzar el disco. Habrá pedido disculpas —disculpas de frío, devueltas en cordiales absoluciones— para no acompañarlos a través del jardín, hasta el portón de la verja.

«Déjenlo así no más», habrá dicho, «no hay por qué echar candado». Pero ahora, antes de levantarse, con esa volubilidad de los borrachos, con esa clarividencia cambiante, habrá pensado que más vale pasar el cerrojo. Habrá olvidado que espera al lechero sobre el comienzo de la mañana y que será muy difícil que para entonces esté en pie, lo habrá archivado. Habrá olvidado que no hay ya campana en el portón, que si el cerrojo está pasado no tendrá ese vaso de leche que toma de mañana para limpiar las francachelas de la víspera, para empezar en blanco la mañana-después-de-la-noche-antes, como diría el gordo Narváez. Se habrá levantado, por una exasperación prolija de seguridad —de seguridad para andar entre las cosas, de seguridad para ajustar el propio paso, de seguridad para atender al circuito de puertas y ventanas dentro del cual habrá de acostarse—. Habrá ido hacia la cocina, habrá pasado entre las botellas volcadas en la pileta, habrá puesto a un lado los vasos de la noche, habrá inclinado la cabeza bajo el grifo, habrá dejado correr un chorro helado sobre la nuca, habrá considerado con las manos torpes ese pelo que se escapa, ese pelo que encanece, ese pelo que envejece, ese pelo que muere. Habrá tomado un repasador, habrá pensado que una toalla y un cuarto de baño están demasiado lejos y, sobre todo, demasiado cerca del dormitorio para volver después al orden de las atenciones menudas de un dueño de casa, a las obligaciones del último vistazo que un hombre solo debe a las cosas entre las cuales vive, cuando dice y profesa quererlas; y que si llegara hasta allí, la tentación de la cama estaría demasiado próxima, la tentación de la cama para echarse encima de cobertores y sábanas sin destenderlos, sin desvestirse, sin descalzarse siquiera. Habrá quitado las manos de ese pelo que Mamá llamaba de pollo mojado, habrá pensado con una pobre ternura de madrugada en las frases de Mamá, una mano lava la otra y las dos lavan la cara, en las frases de disimulo de Mamá —cuando quería que Mariucha, la pequeña Mariucha, la pálida y apocada Mariucha se arreglara un poco pero no demasiado, las tardes del jueves para ir al cine, y su amor por los términos medios de la discreción estaba dado por la frase, era invariablemente la misma, ni tan fea que espantes ni tan linda que encantese—; habrá pensado en toda la tradición de grandes frases que tejían la historia de la familia, y también en las rumbosas frases de la decadencia, en abuela Margarita acusando en artículo póstumo a Tío Jaime de haber vivido toda su vida dándole la carne al Diablo y los huesos a Dios. Habrá pensado, con una sonrisa escapada a su misma atención en la soledad de la noche, en la forma en que se hablaba en la casa, en la

prohibición de mencionar escobas en la mesa, en todo el ritual pomposo y solemne e inflado de las frases —frases para escribirle a otro general antes de la Expedición de las Islas y, con el mismo boato, en el mismo tono, frases para hablarle al rematador antes de la subasta —todo lo que les impidió ver que la vida se transformaba de la verja hacia afuera, que la vida cambiaba de lenguaje, que el mundo circundante no hablaba ya como seguían hablando ellos. Lo habrá pensado confusamente y con cierta desverguenza que nace del acto de considerarse a solas y encontrarse objetivamente un poco viejo, un poco vivido, un poco gastado y un poco borracho. Sí, se dirá, todas esas cosas son ciertas, como esta noche, como estas ganas de orinar otra vez, desde la puerta de la galería hacia la noche ya que, como decía Tío Jaime —frases, más frases— en el campo de la puerta p'afuera todo es excusado, jugando al doble sentido de todo es tolerado y todo es retrete y otra vez Tío Jaime ajustándose los pantalones tras salir del baño y preguntando ¿Quién dice que no es lo mismo retrete que serenate? Pensará que a eso llegaron, que a eso cayéron, a ese ingenio de coplitas, de chistes más o menos malolientes, de irresponsabilidad: la carne dada al Diablo, *quand on est mort*. Se palpará ahora la frente, todavía llena de gotas, buscará a través de ella los huesos que debe a Dios, para cumplir él también con la sentencia de la abuela. Se esponjará el pelo con una sola mano, es ya tan poco, ah, quién hubiera pensado que sería tan fácil, tan escaso y tan dócil en la edad de los tres remolinos de pelo sobre la frente, en la edad del casquete de media, el casquete hecho con una media vieja obtenida de Mamá o de Tía Rosina o de Tía Elisa, el casquete que se ponía para alisarse el pelo, para disciplinar el peinado recién hecho y también para figurar la cabeza grande y rapada de Garrón en *El protector de Nelle*. No. Retrocederá ahora, se negará a pensar en los dramas porque si lo pensara sería posible que se entregara a repetir los parlamentos, la agujereada memoria de frases sueltas de los parlamentos, las deterioradas colas de las grandes parrafadas, que a veces el alcohol tironeaba desde adentro. No, preferirá detener ese juego antes de que estalle, antes de que instale en su cabeza cansada una maquina infernal, la maquina automática de la cual salga una palabra a la que haya que acompañar con un gesto, otra palabra que reclame otro gesto, Perdóname tú a mí, lo he comprendido todo, todo lo sé y el gesto de las manos ahuecadas para que corran desde las sienes a las mejillas del pequeño escribiente que está sentado, no, por favor, no más frases, no más migajas de hitrionismo en la madrugada, nada del loco suelto de

Bob en la casa vacía en que transcurrió su infancia, precisamente eso que Eugenio se imagina, eso que a Eugenio lo enardece, o que lo lleva a insultarme sin que en verdad pueda sentirme ofendido. No, dirá, basta de ese juego, *vade retro*. Volverá las dos manos paralelas que estaban a punto de tomar la cabeza del escribiente, las pasará ahora por sus propias sienes mojadas, por sus propias sienes que tal vez sutilmente destiñan, paguen de algún modo el alivio del agua fría. Se sentirá mejor, tomará la botella de leche, atravesará con ella la sala —la contemplará, tiene una gota blanquecina y acuosa en su fondo verde—, le parecerá curioso sentirse un lechero clandestino atravesando de madrugada las alfombras de la sala de recibo del general Escudero. Irá a la puerta del recibidor, depositará la botella con cuidado, en un sitio visible, al costado del umbral; cerrará la puerta, volverá a hacer jugar los pestillos de las ventanitas laterales, se cerciorará de que todo esté en orden, los sillones, los cuadros flotando sus manchas oblongas en la penumbra, el álbum con sus pequeñas historias encerradas, el *secrétaire* con sus pocas cartas rescatadas a la dispersión. Volverá hacia atrás, pasará otra vez hacia la galería, verificará las fallebas del tiempo del abuelo Lucas, sentirá que por momentos su mano se impregna de azul o se vuelve roja, según el tinte del rombo más cercano; también mis manos están tintas, *Lady Macbeth*, pero basta con sacarlas de la proximidad de estos losanges para que vuelvan a estar blancas, mi culpa debe ser más leve que la tuya. Sabrá lo que está más allá y no se ve, la jaula, la glorieta, un banco, la larga tapia con su guarnición de vidrios, los cascos de vidrio como dientes fantásticos a la luz de la luna (pero hoy no hay luna). Pensará en lo que sabe de esas cosas transitoriamente ocultas, las historias dramatizadas dentro de la jaula, el traje de novia flotando en lo alto de la araucaria, las huellas de la Forchela entre rebarbas de pasto, la gallina de Guinea —¿la habrán robado?— que picoteaba las rodillas nudosas de Mariucha en la salud y en la enfermedad, la carretilla claudicante, la vieja campana de la hornacina del portón antiguo, el palomar y la casilla de perro que ellos no vieron nunca habitados, el camino que llevaba al horno del yesero; recorrerá por un minuto en la memoria todo eso que conoce y será como haberlo vuelto a ver con una condición abreviada, de vecindad servicial, de aprietamiento en el espacio y en los años, como ocurre —pensará— cuando acercamos una mano acartuchada a los ojos y el paisaje entero parece caber en ella, volverse a escala del gesto que hacemos para circunscribirlo. Pensará también en lo que no ha visto, las botellas de vino por las que murió fu-

silado Modesto Laguna, las caballadas que destruyeron los invernáculos de Violetas, la arrogancia del general en traje de parada. Ignorará conscientemente en qué manos pueda estar hoy el busto de Garibaldi con su birrete, con su melena amarilla, con sus ojos infantilmente azules, con su goliilla colorada; nada sabrá siquiera del final del yesero, si su locura se ha transformado en muerte. Mirará hacia lo oscuro, sin ver, y sentirá alucinatoriamente que en ese espacio están también las cosas que no hizo, las historias que no escribió, los conciertos que habría querido poder dar y por pereza no estudió, los viajes que había planeado y no realizó. Dará espaldas al dibujo espectral de la galería, que fomenta esta regimentación ilusoria de la vida a través de los rombos; mirará el ámbito en que los seis han pasado la noche, el piano que sólo tocó un tango, las sillas en desorden, ese olor picante y ácido a humo y a ropas que el aire sutil de la madrugada aún no ha aventado del todo. Saldrá luego, flanqueará la casa por el lado opuesto al de la jaula, andará la angosta vereda de baldosas rotas, de baldosas hundidas, de baldosas saltadas que flanquea la casa y registra los movimientos del terreno; tomará el sendero central, pasará junto a las matas de boj, a los dibujos en guarda en que se aprisionan los canteros; irá hasta el portón, acercará dos eslabones extremos de la cadena, cuya avaricia de longitud obliga al esfuerzo, y pasará el vástago del candado entre esos ojos y lo hundirá en el orificio y se dirá que así resulta más seguro. Volverá hacia la casa sintiéndose solo, libre, ya no acechado; el portón de cinc hacia la calle General Escudero estará cerrado, ya que por él sale siempre la Forchela y Saquieres tiene la llave del otro candado, pasa la otra cadena entre los agujeros gemelos de las dos hojas del portón y aísla la quinta de su antiguo pedazo de las caballerizas, de los invernáculos, de las galleras, del reñidero, de la canchita de fútbol. Todo eso es ya desde hace mucho tiempo —pensará— la noche ajena, la noche circulada por otros, la noche que acumula en los rincones amoniacales del portón detritus de amor, detritus de sed, detritus de gula, noche pisada por más gente, noche mordida a bocados por otros ruidos, por cantos de borrachos, por aullidos de perros, por gallos equivocados en pleno corazón de la tiniebla. Volverá hacia la casa, por la misma veredita, quedará por un momento frente a las manchas indiscernibles de la glorieta, de las casuarinas, de la higuera; entrará de nuevo en la galería, cerrará, pensará que regresa del fondo de una aventura que empezó con el clericó y que ha quedado, recién ahora, detrás de los cerrojos, abandonada a otra gente y a otro tiempo. Pensará que ha tenido siempre la angustia de expresar esa fractura

que unas paredes no bastan a justificar, ese hiato del mundo en cuanto las cosas se acercan a él y se desprenden de la condición de vivir y usarse para otros, algo —pensará— que habría estado bien describir al detalle para explicarse la condición sórdida e intemporal de la leñera, en el caso de la tinta roja. Pensará que desde hace tiempo lo llama así, El caso de la tinta roja, como si fuera una novelita de la serie negra, una historieta policial con muertos en los armarios, porque en lo íntimo de su ser ha renunciado a escribir el cuento, a relatar lo que sabe él de los personajes, lo que nunca llegó a sospechar el libelista de pueblo. Sentirá que su vida es eso, cosas que pudo hacer mejor que otros y no hizo, frases mejores a las que escuchara que él nunca pronunció, sentimientos sin perdón posible, sentimientos demasiado tristes y vergonzosos, demasiado expuestos, demasiado ateridos y cándidos para que alguien pudiera creerlos suyos, para que alguien fuera indulgente con los pudores del viejo histrión Bob, del niño mimado de la Deca, delfín Escudero. Con estos pensamientos habrá entrado en la casa, habrá echado tras sí el pasador de la puerta de la galería, habrá apagado las luces y condenado al sueño al león rampante del piano, a los candelabros, a las teclas desnudas. No, volverá a encender, tornará hacia el piano, sacará la tapa del león dorado, descubrirá esas zonas de cables sutiles, de martillitos afelpados, colocará la tapa en un rincón; y ahora sí, volverá hacia la llave de la luz, dará dos golpes, hará primero más claridad y luego oscuro. Pasará otra vez por la sala, ya sin mirar las cosas, extinguiendo las luces bajas, escuchando su propio paso —que este ejercicio ha tornado más firme— sobre un amortiguado trayecto de alfombras. Irá hacia su cama, tomará de la veladora el frasco de agua de su sed nocturna, de sus buches matutinos, de sus abluciones para pesadillas. Irá al baño, aclarado indirectamente por la luz del dormitorio, llenará el frasco sin mirarlo, calculando la altura del agua por su gorgoteo. Volverá a la habitación, se sacará los zapatos haciendo presión en cada pie con el talón del otro. Echará lejos, sobre una silla, el pantalón desplanchado, la remera arrugada y tibiona. Ganará la cama agarrándose de la cabecera, porque el alcohol habrá vuelto a ásaltarlo al inclinarse sobre los sitios de su sueño: abrirá las sábanas, sentirá por un momento su fresco que engaña a mojado, su olor a plancha y extrañamente a bóveda, su aliento como a campo húmedo desde una ventana, su acre de heno, de parva, de siesta. Acomodará la cabeza en aquella almohada que su peso de muchas noches ha partido casi en dos, bajará su sien izquierda hacia esa depresión del lienzo donde cabe su sueño,

donde caben sus días, donde cabe su soledad; y así, quedándose quieto, dentro de poco, como una botella que se vuelca ha de sentir correr su vino, asistirá indefenso y gozoso al fluir ciego y animal de sus entrañas cansadas, se inundará de sueño.

...Estoy por morirme, me doy cuenta, quiero pensar en algo y se me escapa, ah sí, quiero pensar, ya sé, quiero pensar en que fui un imbécil al creer que llegaría el lechero, si yo mismo quise forzar el candado y no cedía, no vendrá nadie, el lechero mirará desde el portón, no me verá, los árboles lo tapan, sólo se ven los altos del pórtico de la casa, el lechero pensará Qué raro está de viaje y volverá hacia su camión de reparto, y yo aquí, y yo sin poder hacerme escuchar si es que alcanzo a saber que está mirando, las cosas de la noche, una por una, el avión que pasa en cuanto aclara, que zumba cruzando al sesgo, Buenos Aires, y yo aquí, debajo del avión, con las tripas colgando, naufrago de otra isla desierta, encerrado, reventado, y la botella que no quise romper seguirá tan vacía como antes, hasta que él venga a buscarla y la encuentre donde la había puesto y no se haya dado aún cuenta de su error y mire hacia abajo y me vea, oh, sí, debe ser que estoy por morirme, esta paz, esta calma, la puerta de la casa que va a abrirse, la profesora de francés mirando desde el atrio, ¿qué hace allí?, el piano puesto como para una kermesse, ¿quién pudo arrastrarlo, anoche mismo, al salir de la fiesta, como en mi sueño...?, ¿qué pasa?, ya no hay piano, ya no hay vieja con su *méthode orale*, no hay nada, nada más que noche que no se termina... era un ferrocarril, parece, ya ha pasado, el piano quedó atrás lleno de humo, cubierto de ceniza, con las teclas empapadas en vino, una servilleta desplegada en el sitio del Pianista Virtuoso, en las noches de viento norte se escuchaba el silbato entre las quintas pero en las noches del viento sur no llegaba ese otro olor sexual del océano, porque esta quinta está lejos de la costa y el Cerrito de la Victoria debe quebrar los olores marítimos, revolcarlo en sus olores de fritanga de pobres, allí estuvo el gobierno de Oribe, éste era un sitio para los Escudero, no el mar, ¿dijeron alguna vez que el mar es colorado y el campo es blanco?, no, no lo dijeron, los dientes de tío, era verdad, no se parecían al recuerdo de tío, yo se lo dije pero él le dio otro sentido, yo no quería burlarme de la familia, sólo

que en el hueso que había dejado a Dios, como Bob recordó cuando le dije, no eran tan de nutria, sólo que en el hueso dejado a Dios Jaime no sonreía, los dientes tenían como una mordedura de arriba abajo, como una puerta, como un rastro, como algo serio más serio que el tío, como el piano donde él tocaba *si mélancolique*, el tío vestía de general algunas veces creo, no sé, quién vestía de general y quién tenía gallos y quién helechos, todo es un fondo blando de tierra y el pie se hunde y sigue, yo pienso que la quise, ella fue el centro de toda la casa, de toda la historia, de toda la familia y tal vez fue por eso que murió, porque era triste, estábamos vencidos, tocando el piano, manejando un auto, el piano aún está ahí, el auto embalsamado en un museo, ¿empujan a los autos viejos como a los perros que desuellan porque el amo no se anima a dejar de mirarlos?, hay historias, hay cosas, si Coco me levantara lo sabría, no la dejé por la insidia de Bob, claro, no la quería, uno se cree solo, camina, le hacen señas, ah sí, viene la luz, ya viene, pero es fácil engañarse y la luz puede no ser la luz y esa mujer que se acerca a la cama y anuncia el alta puede ser el amor y no ser el amor, si ella viniera ahora y me levantara y empujara mis tripas y las pusiese en orden y sacara una aguja y las cosiera, ¿estaría obligado a decirle Te amo, Siempre te amé, pensaba ir a tu casa en cuanto fuera de día?... no sé, sus piedras rojas saltando en el aire, su carretilla inundada de páginas de música cubiertas de gusanos, las bolas de papel jugando solas entre montones de hojas muertas, ah no, no lo permito, no puede ser, renuncio, quémense antes pero a ella no, que ella no tenga que hacerme sitio, que su libro no se haga polvo, que su cara no se haga polvo, que su camión de franela no se desgarré y caiga, que no la toquen, que no se acerquen, que no digan por nada de la tierra ni por nada del cielo que yo se lo he pedido... tampoco le pido estar cerca, estirarle una mano, Bob con un horrible guardapolvo gris está ahí, de pie, junto a ella, le dice Vamos, tiene en la mano una caja más chica, le dice Vamos, yo estoy al lado como estaba al lado de la carretilla si era una chalupa, al lado de su cama si era una chalupa, al lado de su ataúd si era una chalupa, pero él se saca un guardapolvo gris y se pone un guardapolvo más claro y un tapabocas y viene ahora, está aquí, se inclina ¿será ya de mañana?, casi no veo nada, hay una luz que ciega, Tío Jaime, Tía Herminia, tía Rosina, Mamá caminan achatados en medio de esa luz que parece brotar en lo alto como del hueco de una gran cuchara deslumbrante, Bob se pone el tapabocas y se lo quita, mueve sus labios y dice Ya no es nada, todo pasó, Ahora es la cosa, Me quedo con el libro y le da un

golpe seco en la manga y vuelan pedacitos de hojas. Me quedo con el libro porque ya no cabrá, ustedes dicen siempre que hay que reducirse, que una quinta es demasiado grande para un hombre y ahora van pasando todos por este embudo, saca un embudo gigantesco como si fuera una campana y me lo muestra, pira, dijimos, violín, dijimos, telera, dijimos, nadie entendía alrededor pero dijimos, ya no duele, sólo se desgaja, ya no duele, sólo se abandona, está pasando el frío a hilitos para adentro, está pasando entre las grietas que abren las baldosas, estoy casi estaqueado por las grietas de las baldosas, Bob me acerca el tapabocas, primero quiere ponérmelo en la cara y después hace como si me diera vuelta, como si fuese una hoja de parra y riéndose, oh, riéndose, el libro que no voló al golpearlo contra su brazo está ahora casi contra mis ojos, tiene las hojas quemadas y se lee el nombre de Deroso y se ve la serpiente escondida en el pasto, a Deroso lo mordió una serpiente, a Coco la mordió una serpiente, a Saquieres y a Bob los mordió una sola serpiente, a Mariucha no le llegó a morderla nadie, sólo la picoteó Pepita, con su cabeza de grifo en miniatura, sólo le picoteó las rodillas, tan sólo las rodillas aquel ave que ella dijo que estaba condenada, un ave hecha como de plumas rotas, una manzana, muérdela, cierran el portón y se alejan cantando, grito y están cantando, pido auxilio y están cantando, son Montero y Elermes y Saquieres y el gordo que se alejan cantando pero ya viene el día, sí, ya lo siento, el aire está más frío, parece que desnudo, parece que mojado, está más frío, más frío, más frío, acercate, traé esas cinco piedras rojas y jugamos como siempre su beso, jugamos como siempre y yo pierdo, pero no importa, quiero jugar, sólo jugar, saber que juego, saber que éste es el pórtico, que éstas son las columnas, que ella vendrá, que la sabrás llamar en cuanto hayas ganado el puente y ella vendrá con su boina italiana, ella vendrá, se agachará hasta aquí, verá que yo no puedo ganar así, con estas tripas que están como racimos, dirá Pero-qué-pasa, dirá, Tú lo has matado, dirá Te doy el beso que le quito, dirá Será por siempre, yo te doy sitio y te vienes conmigo, pero ya está, qué poca luz para que sea de día, qué poca luz, no se ve nada, qué poca luz para que todos griten, pero tampoco se oye nada y hay sólo un calorcito en la boca y un color bermejo como las viejas fotos del velocípedo y del carricoche, Mariucha, si trajeras ese quinqué que Bob nos robó se arreglaría todo de golpe, ya casi no se ve, ya no se oye, ya se cae en un túnel, ya se cae, y esas uñas en la palma de mi mano, oh, son las mías, las mías que ya no me obedecen, las mías que no quieren aflojar, las mías que me lastiman, inútil, si ya no hay

una gota más de sangre, por eso están tan pálidas, invisibles las cosas, invisible el cielo, mentira, no amanece, es tan sólo el resto de un día que empieza en otro sitio, en otro lado sí, allá podrán decir Ahora es de día, no habrá nadie tirado en las baldosas, ni botellas de leche ni un asesino en sueños mientras mi mano se abre, no araña, no golpea, ya no la siento, ya no veo el color, ya no siento mi vientre, ya salgo, ya salgo, es muy temprano, no apuren, nadie se acerque, ya voy a levantarme sin ayuda de nadie, yo solito, pero será en cuanto sea de día, en cuanto pueda verse, en cuanto haya un poquito de luz, un solo rayo, en cuanto empiece a amanecer, en cuanto el sueño de Bob se disuelva, en cuanto la puerta de la casa se abra y alguien grite ya estamos, ya llegó... con las primeras luces del alba, oh sí, ahora, ahora, con las primeras luces, con las primeras luces de este día de hoy, con las primeras luces...

Terminóse de imprimir
en junio de 1966
en los talleres de
I. G. Seix y Barral Hnos., S. A.
Provenza, 219 - Barcelona

BIBLIOTECA FORMENTOR

(continuación solapa anterior)

Oficio de muchachos, de Manuel Arce
Color de oscuridad, de James Purdy
Hay quien prefiera las ortigas, de Junichiro Tanizaki
El jardín de los Finzi-Contini, de Giorgio Bassani
Una nube de ira, de Giovanni Arpino
Habitación para hombre solo, de Serrano Poncela
El Pabellón de oro, de Yukio Mishima
Testa de copo, de Alfonso Grosso
Memorial, de Paolo Volponi
Mundo de extraños, de Nadine Gordimer
Prisión Marítima, de Michel Mohrt
El maestro de Vigevano, de Lucio Mastronardi
Laberintos, de Jesús Fernández Santos
La costumbre de amar, de Doris Lessing
En Chimá nace un santo, de Manuel Zapata Olivella
Todos comprometidos, de Uberto Paolo Quintavalle
El atestado, de J. M. G. Le Clezio
Joe Giménez, promotor de ideas, de Fernando Morán
La motocicleta, de André Pieyre des Mandiargues
Con las manos vacías, de Antonio Ferrer
Una historia de cuerda, de Veijo Meri
El dependiente, de Bernard Malamud
El peso de la noche, de Jorge Edwards
El hermano pequeño, de H. E. Nossack
Aprendizaje del dolor, de Carlo Emilio Gadda
Los enanos gigantes, de Gisela Elsner
De muro a muro, de Douglas Woolf
Corre conejo, de John Updike
Constancia de la razón, de Vasco Pratolini
El Siglo de las luces, de Alejo Carpentier
La casa verde, de Mario Vargas Llosa
Las hermanas Makioka, de Junichiro Tanizaki

Títulos aparecidos en

NUEVA NARRATIVA HISPANICA

Los buenos negocios, de Gabriel Celaya
A veces, a esta hora, de Antonio Rabinad
Con las primeras luces, de Carlos Martínez-Moreno

(sigue)

(continuación solapa anterior)

216